

VÍCTOR DEL ÁRBOL

El peso de los muertos



AUTOR GANADOR DEL PREMIO NÚMERO UNO 2016

de

Lectulandia

Nos gusta creer que podemos enterrar el pasado, pero la memoria reside en nuestro inconsciente, y nuestra historia es a menudo el fruto de nuestra imaginación.

Por eso cuando en septiembre de 1975 Lucía recibe una llamada en su casa de Viena desde España, decide que es el momento de regresar a Barcelona y enfrentarse a los fantasmas que la esclavizan. Intuye que su mundo no es tal y como lo ha concebido y ya está cansada de huir y de mentirse, por lo que no puede posponer afrontar su verdadera realidad. Pero, como temía, sus muertos regresan veinte años después en cuanto pisa las calles de Barcelona y retorna otra vez el dolor, la angustia y los temores. Franco agoniza, pero aún deambula lo más duro del régimen, con personajes como el moro Ulises y sus cómplices, en una España en decadencia que se debate entre un sistema decrepito y los nuevos aires de cambio.

Mientras, en la prisión Modelo, reside desde hace tres décadas Liviano, quizás la única persona capaz de reconstruir la verdadera historia del general Quiroga y su mujer Amelia al comienzo de la dictadura, la de Nahúm Márquez, la del padre de Lucía y, cómo no, su propia existencia, en un duelo entre el amor y el tormento.

El peso de los muertos nos adentra en lo más profundo de la memoria y los miedos de su propio significado.

Lectulandia

Víctor del Árbol

El peso de los muertos

ePub r1.0

Karras 29-07-2018

Título original: *El peso de los muertos*
Víctor del Árbol, 2006

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Lola.
Gracias por comprender los silencios
que han facilitado esta historia*

A veces, durante la noche,
enciendo la luz
para no ver en mi propia oscuridad

Nota del autor

Que el tiempo pasa es una obviedad de la que no siempre se es consciente. Se cumplen ahora once años de la primera edición de *El peso de los muertos* y al echar la mirada atrás me pregunto, con cierto asombro, qué hay hoy de aquel escritor y de aquel hombre. En cierto modo, soy el mismo; en cierto modo, otro muy distinto. *El peso de los muertos* marcó el inicio, fue la primera vez que pude ver concretado el sueño al que aspiraba desde la niñez: ser escritor, sentirme escritor. Cierto es que escritor es quien así se siente, pero sin lectores, sin el objeto mismo del libro, no puedes sentir que el ciclo está completo. Recuerdo multitud de anécdotas, como se recuerdan los primeros besos, los primeros bailes, las primeras canciones: el premio TIFLOS concedido por la ONCE, la llamada de su presidente, la incredulidad de Lola, mi compañera, y la mía al escuchar que habíamos ganado, los gritos de alegría, el miedo a recibir una llamada diciendo que se habían equivocado. Me acuerdo de la tirada inicial que llevaba pareja la concesión del premio, quinientos ejemplares, y mi temor a no encontrar «tantos amigos» que quisieran o pudieran comprarlo. La ceremonia de entrega en la Residencia de Estudiantes de Madrid, bajo el peso de Federico García Lorca y la presencia amable de Luis Mateo Díez, Soledad Puértolas, Miguel Longares, que debían de preguntarse durante el almuerzo quién era este Víctor del Árbol y de dónde salía tanta vehemencia, tanta visceralidad, al punto que, lo recuerdo perfectamente, Luis Mateo afirmó que *El peso de los muertos* estaba tras la estela del tremendismo español y yo, autor ignorante, no supe entender el elogio. Llegarían otros momentos, como la mañana que me citó el editor que editaba el premio y me ofreció mi primer contrato, tres mil ejemplares, mi primera Feria del Libro de Madrid con dos ejemplares firmados. Conocería a quien hoy es mi admirado amigo Jordi Canal, tendría la oportunidad de conocer el mundo de la radio gracias a la periodista Ana Hernández, vería mi hasta hoy única «Contra» en *La Vanguardia* gracias a Víctor Amela, quien fue tremendamente cariñoso y prudente conmigo. Se abriría un mundo nuevo, fascinante, y conocería también la cara oscura de la luna, esos espacios de sombra que también habitan el mundo de los escritores. Pero no quiero hablar de eso; hoy es motivo de celebración, porque nada me hace más feliz que ver que Editorial Alrevés, que me dio la oportunidad de volver a empezar, celebra este aniversario reeditando *El peso de los muertos*, hasta hoy descatalogada. Sirva como homenaje a mi añorado Josep Forment, porque fue gracias a esta novela que nos conocimos. Y sirva como agradecimiento a ustedes, los lectores, aquellos que han seguido desde el principio las vicisitudes de este hombre, de este escritor, siempre a punto de arrojar la toalla en los años duros y siempre con una palabra de aliento para no hacerlo.

Rosa Montero me dijo en una ocasión que se percibe a un escritor novel en la

necesidad de morder más de lo que a veces se puede digerir. Y tal vez tenía razón. Algo de eso hay en esta historia, una necesidad ferviente de demostrar y de mostrar un mundo lleno de fantasmas. Fantasmas que hoy siguen aquí pero que he aprendido a reconocer y a llamar por su nombre. Hoy, probablemente, ya no escribiría esta historia de este modo. Y precisamente por eso, no hemos querido manipular el texto ni corregirlo más allá de algunos elementos necesarios. Con sus fallos y sus virtudes esta novela fue una declaración de intenciones. Aquí está ya mi voz narrativa, mi universo. En él me reconozco, y espero que tú, lector, en él me reconozcas.

Leo algunos párrafos ahora, y pienso: tal vez soy otro, pero de alguna manera seguimos siendo aquellos que fuimos.

VÍCTOR DEL ÁRBOL, 2016

Una suerte de locura lo dominaba. Aunque no podía ver nada, Nahúm Márquez extendía los dedos hacia las paredes sin ventanas en busca de un poco de luz, y se arrastraba por el suelo sucio de excrementos tratando de huir del goteo exasperadamente lento y constante que caía del techo abovedado, negro de humedad.

—Ese ruido se me mete aquí y explota dentro —murmuró, apretándose la sien. No sabía de dónde venía el frío, pero lo notaba en la cara amoratada, en los huesos sin carne apenas y en los pies sin uñas. Era un frío seco y mortal. Igual que antes hicieron otros presos, se orinó en las manos para entrar en calor. En vano.

Se apartó a un rincón y se embozó con un trozo de manta.

—¿Tienes miedo? —Oyó que le preguntaba su compañero de celda. Fingió no escuchar lo que decía.

Sabía qué le esperaba. Los días de ejecución se conocían sin ser anunciados porque el silencio se extendía como un miasma de superstición y miedo por las galerías de la cárcel. Intentaba no pensar en ello, pero el otro preso le describía con tanta precisión lo que iba a pasar que Nahúm Márquez se veía ya en el garrote.

—Cuando la argolla metálica se estremece merced a una manivela sobre la tráquea, te prohíbe el aire precioso para respirar, poco a poco, hasta que te pones azul. Dejas de ser una persona y te transformas en un pez boqueando fuera del agua, en un asmático con una bolsa de plástico en la cara con los ojos desorbitados y la lengua violeta. Entonces, y solo si la misericordia del verdugo lo permite, un último giro de la manivela, más brusco que los anteriores, te quiebra la columna vertebral con un chasquido seco y todo se acaba.

Nahúm Márquez trataba de controlar el pánico, pero apenas era capaz de mantenerse lúcido. Hubiera preferido estar solo en aquellas últimas horas, pensar, refugiarse en el recuerdo de Amelia para no sufrir, pero las palabras del preso lo enloquecían. Hasta muy poco antes había mantenido la esperanza, porque todo aquello era «absurdo, una patraña, una estupidez, una equivocación», se repetía. Pero cuando cesó el sonido de los martillos, el frío se hizo más intenso e incluso las gotas del techo parecieron quedarse suspendidas. Oyó los pasos en la galería y notó que su compañero de celda se arrastraba a las sombras antes de que la cerradura crujiese y se abriera la puerta. Y ya no hubo esperanza a la que aferrarse: iban a matarlo.

Mientras los funcionarios lo vestían con la hopa negra, el sambenito de los que

morían por el garrote vil, el de los asesinos de baja estofa, aún pensó en una posible salvación: quizá un cataclismo, un huracán o un terremoto que destruyese la prisión, sembrase el caos y le permitiese huir en medio de la confusión. O como en las películas que tantas veces había visto de niño en el cine de verano de Munxidos, imaginó una rebelión de sus compañeros presos, un motín para salvarlo, una flecha certera al cuello de su verdugo en el último y dramático segundo.

Pero no ocurrió nada de eso. Antes de salir de la galería, un sacerdote le dio a besar el crucifijo y la extremaunción. Bajó la cabeza, se ablandó y se dejó llevar como si ya estuviese muerto.

Cuando lo sacaron al exterior nevaba un poco. Tuvo que cerrar los ojos porque la luz lo cegaba. Se escuchaba el murmullo del viento levantando la nieve recién caída y las ramas secas de los árboles crujían con el peso de los carámbanos. Los cuervos esperaban como pacientes espectadores en el tendido del hilo telefónico que cruzaba de punta a punta el patio. El sol del invierno alumbraba en parte el muro y el cadalso sobre el que esperaba el verdugo, junto al artilugio de ejecución.

—No se me raje ahora, doctor —le susurró uno de los guardias que lo llevaba del brazo al ver que flaqueaba.

Nahúm Márquez miró al cielo y los copos de nieve le espolvorearon los párpados como la mano gélida de un fantasma que quisiera cerrarle los ojos para siempre. Pensó en Amelia, intentó acordarse de su piel y se arrepintió de no haberla saboreado lo suficiente, de no haberla mordido, porque ya no recordaba qué sabor tenía. Debería haberla llevado mucho antes al acantilado, debería haber cumplido antes las promesas que le hizo. Pero ya era tarde. Tarde para nada que no fuesen sus últimos pasos. En lo alto de la tarima lo esperaba el verdugo: un tipo formal en el vestir con traje de corte barato, negro, y camisa blanca, sin corbata, abrochada hasta el cuello y la mirada ausente de piedad o de crueldad, sosegada, de padre de familia cumplidor con su deber. Los funcionarios le hicieron subir a trompicones los tres escalones de madera, lo sentaron en la silla frente a los testigos y lo ataron con un cinturón rodeándole el pecho; tensaron luego las correas de pies y manos. Sin preámbulo de misericordias ni de despedidas, el verdugo tensó la argolla y él apretó los dientes esperando el chasquido que le rompiese la columna.

Todos los presentes, desde el director de la prisión hasta el verdugo, miraron al militar que desde abajo observaba protegiéndose de la nieve con una capa caqui. Sus ojos asomaban bajo la visera de su gorra con las estrellas de general. Alzó el mentón y asintió, como si el César hubiese dejado caer el pulgar hacia abajo. Algo más apartado, un policía de paisano al que todos conocían como *el moro* encendió un cigarrillo y le sonrió con cinismo, despidiéndolo con la mano.

Lo último que vio Nahúm Márquez antes de que le pusieran el saco en la cabeza y todo se volviese negro fue al médico que iba a certificar en unos minutos su muerte por asistolia y traumatismo bulbar y al secretario judicial dando lectura de la sentencia:

En el centro penitenciario de Hombres de la ciudad de Barcelona, y en cumplimiento de la sentencia dictada por el Tribunal Superior de Justicia Militar, con fecha del 12 del presente, núm. de provisiones 345.678, y alegatos 45 y 678, y ratificada por el Ministerio de la Gobernación y por el Ministerio de Justicia, se condena a la muerte por garrote con hoya negra al preso con cédula 2.345-E, Nahúm Márquez López, nacido el 10 de junio de 1905 en Muxidos, provincia de La Coruña, por el asesinato de doña Amelia Ros Hidalgo, señora de Quiroga. Cúmplase de inmediato. Así lo ordena su señoría, y lo certifico en su nombre. ¡Viva España! En Barcelona, 20 de noviembre de 1945.

Viena, treinta años después, septiembre de 1975

—Estás pensativa esta noche.

Lucía de Dios no contestó. Admiró con cierta tristeza el edificio del Teatro Nacional completamente iluminado. Estaba cansada, y a pesar de ello había consentido que Andrés la llevara a cenar y luego a dar un paseo romántico por la parte interior de la muralla. Habían recorrido despacio el bulevar de Ringstrasse y se detuvieron cerca del Palacio de Belvedere para contemplar los muros de estuco blanco, los centenares de ventanales y los tejados de cobre. Más tarde se sentaron en un pequeño y acogedor parque, cerca del pequeño apartamento que compartían en el barrio universitario. Andrés quiso besarla, y ella intentó corresponder, pero no pudo. Aquella noche le costaba fingir.

Se quedaron mirando un pequeño estanque que tenían delante. Una botella vacía flotaba en la superficie oscura.

—Me siento como esa botella —dijo Lucía. Inevitablemente, al caer la noche se sentía abandonada a su suerte. Como los días de lluvia.

—Últimamente estás muy rara —se lamentó Andrés.

En alguna ocasión, Lucía había tratado de explicarle a su marido esas sensaciones pavorosas que la asaltaban a menudo, pero era difícil hacerse entender. En realidad, ni ella misma sabía de qué escapaba, aunque sospechaba que el final estaba próximo. Rara vez podía evitar la impresión al mirar su vida de que todo eso era efímero, como ella misma. Un mecanismo interior le decía que no confiase en esa seguridad de la que se había rodeado desde su huida de España veinte años atrás, porque era solo un espejismo y tarde o temprano tendría que abandonar cuanto tenía para regresar al principio. Era como si viviese de prestado.

—Todavía hay noches en que sueño con todo lo que pasó y me siento como en un laberinto del que no puedo salir. Hay momentos en los que tengo miedo de volverme loca.

Eso no había cambiado a pesar de los años, aunque ya no miraba atrás cuando paseaba ni aceleraba el paso cuando veía apostado en algún chaflán a alguien con aspecto de policía.

—Aquí ya no puede hacerte daño. Ni siquiera él tiene tanto poder, y además, hace ya mucho de eso. —Andrés trató de consolarla, aunque al abrazarla sintió que su cuerpo se ponía rígido. Se apartó de ella dolido.

Lucía sabía que su marido tenía razón. En Viena había empezado una nueva vida y había conseguido construir a su alrededor cierta apariencia de tranquilidad: se había casado con un abogado de prestigio y, aunque no tenían hijos, no sentía su vida demasiado vacía a pesar de que acababa de cumplir cuarenta y cuatro años y seguía

sintiendo una gran desorientación respecto a su futuro. Se conservaba bien, era guapa a su manera y, aunque su pelo cortado al estilo chico no disimulaba la fea cicatriz del lado derecho de la cara, sus compañeras de trabajo envidiaban su cuerpo de trazos firmes y escuetos, su vitalidad, el marido que tenía y todo cuanto la rodeaba. Andrés también la miraba con deseo, aunque ya no fuesen las cosas como al principio, y la piropeaba jurando que estaba mucho más interesante que cuando se casaron. Pero no se engañaba.

Sabía que existe una justicia circular que está por encima de los hombres o de sus razones para hacer o no hacer las cosas. Ese sentido de ordenación del universo era el que la hacía temer que el mal hecho volvería, de un modo u otro, a ella.

—Anoche, mientras dormías, recibí una llamada de Octavio —dijo con pesar.

Andrés se mostró desconfiado.

—¿Y qué quiere de nosotros?

—Vuelvo a España. Tengo que hacerlo.

Andrés se puso en pie de un salto y la miró con una extrañeza absoluta. No comprendía lo que acababa de escuchar, y aunque Lucía se lo repitió dos veces, siguió sin comprender.

—Pero ¿por qué? —le preguntó una vez más, dando vueltas a su alrededor y echándose las manos a la cabeza.

Lucía no podía decirle el motivo. Y él debía entender y aceptar, por ahora, su silencio. El problema era que Andrés ya estaba cansado de entender y aceptar.

—Nunca quieres hablar de aquella época, y acabas de decirme que sigues teniendo pesadillas. Y quieres volver... ¿Te das cuenta de que es muy peligroso?

—Franco se muere, es un buen momento para regresar con las cenizas de mi padre.

—¿A qué viene eso ahora? Tú nunca quieres hablar de tu padre —le recordó Andrés. Cuando le pedía en alguna cena con los amigos del partido que explicase cómo la policía de Franco asesinó a su padre en un callejón del puerto, Lucía se removía en la silla y guardaba silencio. Y si él insistía, le recordaba que su pasado era de ella y de nadie más.

—Ahora es diferente —replicó Lucía, levantándose—. Volvamos a casa, va a llover.

Aquella noche, después de que Andrés se quedara dormido, subió al piso de la buhardilla. Entre los muebles que habían ido arrinconando con los años, permanecía oculta la vieja maleta de madera que se trajo de España. Abrió las correas y, al levantar la tapa, una nube de polvo la rodeó.

Bajo la luz de la bombilla observó el interior forrado de piel claveteada. Aún estaban sin deshacer los lazos de cinta verde con que había envuelto los paquetes de fotografías y recortes que su padre había ido coleccionando sobre la familia Quiroga.

Hojeó su agenda; las páginas habían amarilleado, pero la tinta seguía firme como el trazo alto y ligeramente inclinado de la letra. Había también una leontina y una cadena de oro con un pequeño crucifijo de plata. Resultaba paradójico que su padre acabase asesinado por comunista, llamándose Juan de Dios y siendo cristiano. También conservaba un antiguo sombrero y un par de gemelos. Observando aquellas cosas se preguntaba por qué no era capaz de quemarlas después de tanto tiempo. Tiró hacia fuera de una de las esquinas del forro, como había hecho decenas de veces para poder meter los dedos en un compartimento secreto. De allí sacó un pequeño sello con un águila que sujetaba una esfera. Lo examinó un momento y luego extrajo una fotografía antigua, de un joven militar con uniforme africano que parecía mirarla con dulzura. En una esquina estaba escrita una dedicatoria: «A mi amiga Lucía, de su amigo Nahúm Márquez. Prisión Modelo, 1945».

Besó con cariño la fotografía y, junto con el sello, se la guardó en el bolsillo.

Ocultó al fondo de la maleta, detrás de los libros viejos de gramática latina y griega, estaba la urna con las cenizas de su padre. De vez en cuando la sacaba para limpiarla con pulimento y repasaba con un pincel el relieve de la inscripción en la base. Repitió en voz baja esa suerte de elegía, como si las cenizas fuesen a encarnarse otra vez por arte de magia en aquel hombrecillo rechoncho de aspecto bovino que fue en vida y que para nada relacionaba con esa sentencia: «Los hombres de valor dan sentido a nuestra lucha».

Abrió la urna y hundió la mano en su contenido. Tocarle era como apretar los huesos de un fantasma. Sacó un puñado que se le derramó por entre los dedos y lo olió. No olía a nada. Se lamió un dedo con la punta de la lengua y paseó esta por el paladar. Tampoco tenía sabor. En realidad, no sabía nada de su padre. Y lo poco que sabía le hubiese gustado no descubrirlo jamás.

—Cuánto daño hace la ignorancia —murmuró, colocándole de nuevo la tapa a la urna y guardándola con cuidado en una bolsa de piel.

Tres días después, aún no había amanecido cuando circulaban veloces por la autopista desierta hacia el aeropuerto. La luz opalina de las farolas desfilaba ante los ojos inmóviles en un punto imaginario de Lucía.

Dibujó un círculo con los dedos en el cristal empañado, un círculo perfecto que deshizo enseguida para observar con nitidez el exterior.

En alguna parte había leído que los seres humanos guardamos una memoria inconsciente, como una especie de cadena genética invisible que nos une a nuestros ancestros desde antes de nacer. De ahí que hubiese quien aseguraba recordar los momentos previos al parto, incluso los sueños en la placenta materna, o quienes creían reconocer lugares en los que nunca habían estado o anticipar situaciones en las que no habían participado.

Debió de ser esa memoria primitiva la que la empujó a cerrar los ojos con fuerza

al subir al avión. Le temblaba la mano izquierda levemente, a pesar de que la calle Imperio, con todo lo que encerraba de su pasado, quedaba lejos todavía, a más de una hora de vuelo, cubierta por un manto de parafina.

Andrés volaba en el asiento de delante. Lucía alargó tímidamente el brazo, como si quisiera tocar la nuca de su marido, pero la retuvo el recuerdo de la última discusión que habían tenido. Él todavía estaba enfadado y sus sarcasmos lo hacían inabordable.

—Ojalá pudieras entenderlo —murmuró.

Andrés escuchó el comentario de su mujer, pero no dijo nada. Ladeó un poco la cabeza, apoyando la sien, en la que se adivinaban cabellos de color gris, contra el cristal de la ventanilla. Quería a Lucía, al menos razonablemente, pero empezaba a pensar que eso ya no era suficiente para ninguno de los dos. Lo había intentado con toda su fuerza y nadie podía reprocharle lo contrario, pero querer a Lucía más allá del duro caparazón bajo el que asomaba de vez en cuando era muy difícil. A su lado, tenía la sensación de estar incompleto, de ir siempre en busca de algo de ella que era inaprensible. Entre ambos regía una lógica confusa que los unía y según la cual, si no se preguntaban demasiadas cosas, podían tener momentos de felicidad, pero ya no bastaba. El colmo era este viaje en el que ella se había empeñado. No entendía cómo una llamada de teléfono podía cambiar una vida que los dos habían dado por buena, quizá no perfecta, pero al menos llevadera. Que Franco se estuviese muriendo era una excusa que le hacía reír. Estaba en contra de aquel viaje desde el principio, como lo estaba de todas las nostalgias inútiles y peligrosas de su mujer.

Lucía no sintió una emoción especial al divisar Barcelona. Vista desde el aire era una superficie como todas, un amasijo impersonal de cemento volcado hacia el mar. Se dio cuenta, nada más salir de la terminal, de que esa ciudad tenía poco que ver ya con ella.

Camino del hotel, escucharon en Radio Nacional el parte clínico sobre la salud del general Franco. Andrés le pidió al taxista que subiese el volumen. El locutor leía mecánicamente el informe asegurando que, dentro de la gravedad, la situación era *estable*. Luego siguió el noticiario con las últimas repercusiones internacionales de los juicios de Burgos. El taxista se arrancó con insultos contra los etarras y los del FRAP diciendo que le parecía muy bien que los ejecutasen. Esos cabrones iban a llevar al país a la anarquía, aseguraba.

—¿Por qué no se calla y conduce? —le soltó Andrés, malhumorado.

Lucía se acordó de lo que solía decir su padre: «No preguntamos nada, vivimos felices ignorando lo que no nos conviene».

Poco más adelante, el taxista frenó en seco. Había un atasco provocado por un retén de policía al final de la calle. Lucía notó cómo la piel de Andrés enrojecía en la nuca. El taxi avanzó unos metros y volvió a detenerse. No era un control rutinario, los

policías buscaban algo concreto o a alguien en particular. Desmontaban los coches casi literalmente y escudriñaban con interés personas y pertenencias. Una niebla intermitente parecía aislar el coche del exterior.

Lucía se encogió. Le resultaba imposible no evocar una humillación antigua pero imborrable que la hacía sentirse indefensa cuando veía a un policía. Cruzó los brazos sobre el pecho mientras el taxi se sumergía en la niebla con la sensación de que traspasaba un tiempo y una frontera.

Delante de ellos, alguien salió corriendo perseguido por varios agentes pistola en mano. Hubo gritos y carreras.

—Sigue siendo un país de fascistas —se quejó entre dientes Andrés, procurando que no le oyera el taxista.

Unos minutos después, la policía levantó el retén y pudieron llegar al hotel.

Se inscribieron con el nombre falso que constaba en su pasaporte austríaco. Andrés dominaba el idioma con más soltura que ella y fue quien se encargó de todas las gestiones mientras ella subía a darse una ducha.

La habitación era sencilla, justo para una cama de matrimonio, dos mesitas y un mueble auxiliar. Sobre la cómoda habían dejado una nota apoyada en un jarrón de cristal azul con flores de trapo. Estaba dirigida a ella:

Bienvenida. Espero que el hotel sea de tu gusto. No es muy grande, pero si decides quedarte más tiempo buscaremos algo más apropiado. Te espero mañana, tal y como acordamos. Creo que no te arrepentirás de haber venido.

O. C.

En ese momento entró Andrés. Lucía guardó con disimulo la nota.

—La dueña dice que tiene que pasar el parte de todos los huéspedes a la policía, pero no creo que haya notado nada extraño. De todos modos, no estaremos mucho aquí. Podríamos levantar sospechas. Está todo infectado de policías y chivatos, los huelo de lejos. Se nota el ambiente revuelto. ¿Qué te apetece que hagamos con él?

Lucía había empezado a deshacer la maleta extendiendo la ropa sobre la cama. Sobre la mesita de noche había dejado la urna que Andrés señalaba con desgana.

—Mañana iré a echarlas al mar, a la Casa de Las Ceibas.

—No estoy seguro de que ese sea el lugar idóneo para que reposen las cenizas de tu padre.

—Y según tú, ¿cuál sería el adecuado?

—No lo sé, pero ya que estamos aquí podríamos ir a ver a sus antiguos camaradas. Habrá gente en el partido que quiera darle un homenaje como se merece.

—Yo soy su hija y sé lo que debo hacer.

—Déjame que avise a sus más allegados, a Virtudes, al menos. Iremos juntos.

—Ya hemos hablado de esto. Es algo que necesito hacer sola.

Sitges, 20 de septiembre de 1975

El paisaje, o al menos la percepción que ella tenía de lo que veía fuera de la ciudad, era distinto, más sosegado. El sol parecía que se desperezaba sobre los árboles un poco por encima de la niebla desgajada. Lucía sacó la cabeza por la ventanilla del autobús para sentir el aire cortante de la mañana en la cara. El olor del asfalto recién alquitranado corría tras ella y las líneas discontinuas del carril rodaban veloces y paralelas a su sombra como si disputasen una carrera. La costa aparecía y desaparecía en las curvas y se adivinaban las olas por las crestas de espuma blanca.

Experimentaba una sensación ambigua al recorrer otra vez aquellos paisajes. No tenía una idea clara de si había sido feliz o no en los primeros años de su vida antes de que muriese su padre. Se acordaba de las excursiones con él y con su madrastra Virtudes en el mismo autobús amarillo que olía a gasoil. El autobús paraba en la carretera cerca de la Casa de Las Ceibas y los tres tenían que subir por la montaña andando hasta la cala particular de los dueños de la casa. A su padre le gustaba ir allí, sentarse cerca del merendero a mirar el sol amarillento y a coger cangrejos y mejillones entre las barcas y el olor de la brea. A menudo la dejaba sola mucho rato con su madrastra y él se alejaba hacia la casa en lo alto de la colina, escondiéndose entre las peñas y los pinares para que nadie de la finca lo viera. Recordaba bien esas horas muertas, esperándolo mientras el sol se ponía y su madrastra dormitaba en la arena, pero no recordaba que tuviese miedo. Esos largos espacios de silencio entre la pinaza y la arena húmeda de la playa eran de tranquilidad, de inquieta curiosidad. De mirarlo todo muy atenta.

—Cala de los Quiroga —anunció el conductor, parando el autobús en el arcén, rescatándola del pasado.

Fue la única en bajar. Se adentró colina arriba por una pista estrecha. Llevaba en una mano la urna con las cenizas de su padre, y cuando tenía que trepar le resultaba dificultoso. Apenas tuvo tiempo de ver el mar en calma desde lo alto antes de girar a la derecha e iniciar el descenso hacia la cara opuesta de la colina. La Casa de Las Ceibas se veía al final de la senda, rodeada por un muro de piedra y cemento descascarillado.

Se detuvo para examinarla bien desde lejos.

No era mujer de aferrarse a las cosas; vivía de prestado y su viaje era veloz, de modo que no podía cargar lastre, y a pesar de ello sintió cierta desilusión. Se había mentalizado, sabiendo como sabía que en la memoria de los niños todo es grande e insalvable, las puertas son muros y los charcos mares, las casas castillos y los mayores gigantes. Era consciente de que a los cuarenta y cuatro años todo tenía que verse reducido a una medida más justa, pero no estaba preparada para semejante

estado de deterioro. Quieta en medio de la senda, bajo la neblina que el viento empujaba como un visillo frente a una ventana abierta, se restregó la palma de la mano derecha en la falda de su vestido azul, la mano que siempre se le dormía cuando le subía el azúcar. Se sentó un momento, se tomó las dos cápsulas que llevaba en el bolso y se comió una chokolatina.

Cuando se recuperó, anduvo hacia la casa con paso tranquilo, observando los pinares de alrededor. Escuchaba con claridad las olas, aunque desde el camino no veía el mar.

Empujó hacia dentro la verja oxidada. Al hacerla girar saltó un poco de pintura negra en su mano. El lugar tenía una atmósfera de herrumbre y de una lenta pero inevitable decadencia. A la derecha, una olivera reseca pero todavía viva se inclinaba con fatiga hacia su propia sombra. A la izquierda, por encima del muro de piedra de varios metros de altura, asomaban las copas de los cipreses y de algunos pinos, cuyas ramas cubrían parcialmente la casa, que tenía la presencia de una mansión indiana abandonada a su suerte. A las puertas tapiadas se les habían caído las marquesinas; las escaleras, en otro tiempo con pasamanos de mármol y escalones de roseta, eran el hogar de docenas de gatos que se movían rezongones entre la inmundicia, y en la fuente redonda del jardín un Poseidón enmohecido amenazaba a las nubes con un tridente de dientes partidos. La balsa de azulejos estaba llena de desperdicios flotando en el agua podrida y vio una rata escabullirse bajo la base de una estatua de Afrodita de color verdoso.

—Es un cementerio de elefantes —dijo en voz alta, como si su padre pudiese escucharla desde la urna que recostaba en el regazo.

Cuando era niña había visto, desde lejos, fiestas de la alta sociedad donde los invitados brindaban con champán bajo caños de agua limpia que recogían los jacintos y los nenúfares de aquel jardín. Ahora era todo silencioso y tétrico, aunque si prestaba atención todavía podía escuchar el rumor de aquellas veladas de fiestas y puestas de largo detrás de las puertas tapiadas, colonizadas hoy por la hiedra seca.

Encendió un cigarrillo. No debía fumar, el médico se lo había advertido y la tos cavernosa se lo recordaba constantemente, pero a veces era mejor hacer oídos sordos a ciertas cosas. *Carpe diem*, que habría dicho su padre.

Recordaba que en alguna parte, no muy lejos, había una ermita. Volvió a la senda bordeando el muro de la casa, guiándose por el murmullo del oleaje y seguida por un gato pardo callejero. El felino se exhibía con su lomo y cola arqueados, intentando expulsar a la intrusa de un territorio que creía suyo.

Apareció el mar. Las nubes estaban bajas y se movían paralelas al horizonte como si fuesen de procesión. Bordeando la costa se divisaba el campanario de la iglesia y las casas del pueblo. Se descalzó y bajó a la cala.

Había una caseta de madera en ruinas frente al antiguo embarcadero y una pasarela de maderos podridos y estacas vacilantes que asomaban por encima del agua. Una barcaza abandonada se balanceaba amarrada por una sogas deshilachada. El

cabeceo de la quilla era como el gesto inconsciente de una vieja loca mirando la lejanía sin ninguna expectativa.

Tras el pinar que rodeaba la cala se veía la construcción circular de la ermita.

Estaba en el mismo estado de abandono que el resto de la finca. Los matojos y las malas hierbas ocultaban los dos escalones y la puerta, que estaba cerrada con una cadena. Era evidente que nadie había estado allí en mucho tiempo. Se asomó al interior por una pequeña ventanilla protegida con forja. A izquierda y derecha del altar se adivinaba la silueta maciza de dos ataúdes de piedra granulada al estilo de las antiguas sepulturas de los nobles medievales. A los pies de la de la izquierda descansaba un perro de granito y en los de la derecha un cojín con un ángel rollizo.

Lucía conocía bien a los difuntos: Amelia Quiroga estaba enterrada desde 1945 en la tumba de la derecha. Julio Quiroga, su esposo, yacía en la de la izquierda desde 1963. No pudo evitar un silbido sarcástico. Realmente no alcanzaba a comprender qué podía haber visto su padre en gente como aquella, capaz de hacerse un panteón al estilo de los Reyes Católicos.

Junto a la ermita, ascendiendo un promontorio, reconoció el antiguo merendero en el que pasaba las horas muertas esperando a su padre. Estaba abandonado y se había acabado convirtiendo en vertedero y urinario público. Subió hasta allí y observó alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiese verla. A continuación alzó la urna hasta la altura de sus ojos.

Todos creían que el destino final de las cenizas de Juan de Dios sería acorde a los sueños y los afanes que tuvo en vida. Andrés hubiese querido hacerle un gran homenaje, como a un héroe, con discursos y personalidades que glosaran su pasado. Lucía se estremeció ante semejante idea. ¡Su padre un héroe! Ella tenía una idea muy distinta de dónde debían acabar aquellas cenizas.

Abrió despacio la tapa y, con un gesto brusco, de asco, vertió las cenizas en un bidón repleto de basura podrida. Después lanzó lejos la urna. El ruido metálico al rebotar contra una piedra sonó como un quejido.

Su cuerpo tembló tan intensamente que se le doblaron las piernas y tuvo que sentarse. Estuvo un buen rato quieta, con la mirada perdida en el mar, sin pensar en nada. Ni siquiera había sentido el desahogo que esperaba encontrar después de tanto tiempo aguardando para hacer aquello.

A lo lejos, mar adentro se veían relámpagos. Se incorporó y bajó de nuevo a la ermita. Todavía quedaba en pie parte de la empalizada de madera que delimitaba el antiguo cementerio donde habían sido enterrados durante generaciones los servidores de la casa. Había una docena de lápidas más o menos alineadas en dos hileras, pero a Lucía le interesaba solo la que estaba un poco más apartada. El salitre y la erosión habían alisado y agrietado la lápida, borrando lo escrito. Abrió un hueco con las manos apartando las malas hierbas para despejar el espacio y se recogió el vestido antes de reclinarsse en la tierra húmeda.

—Le buscaron el peor de los sitios, doctor —dijo con una sonrisa triste. Tocó la

lápida buscando ese efecto telúrico que se le supone a las cosas antiguas y le pareció como acariciar el cuerpo dormido de un enorme y milenarío dinosaurio al que era mejor no despertar. Incluyó la mejilla sobre la piedra, como si pudiera escuchar la respiración del muerto.

Estuvo un rato en silencio, de rodillas. De lejos parecía estar rezando, pero en realidad no lo hacía. El agnosticismo era de lo poco que había heredado de su padre. Simplemente deseaba estar cerca del único hombre por el que había sentido un afecto verdadero. Un hombre al que apenas había visto en vida pero que la había acompañado siempre desde aquella tarde de 1945 en el puerto. Él era la causa por la que había regresado. No servía de nada guardar rencor. Lo mejor era cargar con lo que la vida le daba y seguir adelante. Era necesario hacer aquel viaje y enfrentarse de una vez por todas a su pasado..., siempre y cuando lo que le dijo Octavio Cruz por teléfono fuese cierto.

Empezaba a llover, gotas gruesas que caían espaciadas anunciando el aguacero que se avecinaba. Lucía se levantó y bordeó el cementerio para bajar de nuevo a la playa.

El pueblo estaba a tres kilómetros siguiendo una senda que iba paralela a la costa con leves ondulaciones. Era una estampa hermosa: el horizonte con sus nubes, el gris del aire, las huellas de sus pies desnudos borradas por la reminiscencia de las olas y el pueblo asomando el perfil a la inmensidad del mar. Volvió una vez la vista atrás, antes de que la cala y la Casa de Las Ceibas desapareciesen tras una curva del camino.

Sitges, 20 de septiembre de 1975

La lluvia se derramaba en cascada sobre la marquesina de la parada de autobuses donde Octavio Cruz esperaba con inquietud, moviéndose de un lado a otro. Cada vez que escuchaba el ruido de un motor fijaba la mirada en el final de la calle, y cuando por fin asomó en la pendiente el autobús amarillo de la línea de Barcelona le dio un vuelco el corazón. Observó con ansiedad a los pasajeros que iban bajando apresuradamente bajo el diluvio, escrutando a las mujeres. De manera desconcertante, Lucía no estaba entre el pasaje. Miró la hora para cerciorarse de que aquel era el autobús que ambos habían convenido. Lo era, pero el autobús cerró sus puertas y se reincorporó a la ruta. Octavio se preguntó qué hacer.

Estaba arreciando la tormenta y eso significaba que el fin de semana sería gris y pesado, el preludio del invierno en un pueblo de la costa.

Él odiaba el invierno, las playas de arena revuelta y sucia, desiertas, el mar encrespado y los temporales, las tardes de lluvia interminables vistas desde las ventanas del casino escuchando a los mismos vecinos con los cuchicheos de siempre. La perspectiva era deprimente y alteraba más de la cuenta su ánimo aquella mañana en la que se mostraba muy nervioso, algo poco habitual en él.

A primera vista, Octavio Cruz parecía un ser arenoso, blando. Permanentemente mostraba una expresión de incertidumbre que acentuaban unos labios delgados y titubeantes, como si siempre le quedara algo por decir y no encontrara el momento de hacerlo. Vestía de riguroso negro un traje que no disimulaba su corpulencia obesa y se empeñaba en usar corbata aunque manchaba el cuello almidonado de la camisa con el sudor de la papada. Sus ojos pequeños, casi ocultos bajo los párpados carnosos, luchaban continuamente contra la tentación de mirar con cinismo a los demás. Tenía cuarenta y cinco años, pero la barba descuidada y la obesidad le hacían parecer diez años más viejo.

Hasta ese instante no se había detenido a pensar lo que significaba volver a ver a Lucía después de tanto tiempo, y de repente no estaba seguro de querer aquel reencuentro. Después de todo, su amistad no había acabado demasiado bien.

Intentó animarse diciéndose que hacía treinta años de aquella tarde, todo un abismo. Quizá ella ya no recordase con la misma intensidad que entonces.

Se preguntó qué aspecto tendría. Por teléfono, su voz le había resultado chocante: recordaba a Lucía siendo una niña, pero le había parecido que le respondía una mujer, posiblemente un poco quebrada por el cansancio, una desconocida que probablemente no tenía nada que ver con esa imagen que él había ido amasando con el paso del tiempo. En su memoria, no había muerto la época en la que ambos se pasaban el día vagabundeando por los callejones del puerto. Lucía era una niña

bulliciosa, capaz de tomar al asalto, sin esperarlo, la cabaña de los gitanos del otro lado de la vía del tren, en territorio de Can Tunis. En aquella época tenía el pelo muy largo, dorado, precioso cuando el sol lo iluminaba a contraluz. Siempre iba llena de arañazos en los brazos y en las rodillas, con el flequillo molestando sus bonitos y grandes ojos almendrados, tiznada de la grasa de las grúas del muelle de descarga en las que se subían para jugar y ver mejor la montaña de Montjuïc y la bocana del puerto.

Deseaba contra toda lógica ver aparecer a esa niña, treinta años después, con la misma risa y con esa expresión de energía vivaz y estimulante que seducía a todo el mundo. No obstante, debía rendirse a la evidencia. Lucía no podía haber hecho otra cosa que crecer y cambiar, como lo había hecho él mismo. Octavio Cruz casi no se reconocía ya en el muchacho orejudo y delgado que era. El escudero fiel de Lucía había desaparecido bajo el peso de este hombre que era ahora.

Distraído con sus pensamientos, no se dio cuenta de que su amiga había aparecido por el extremo del sendero que bordeaba la costa hasta el merendero de la Casa de Las Ceibas.

El chaparrón la había atrapado a medio camino de Sitges y los últimos trescientos metros los había recorrido a toda prisa. Respiraba con dificultad, estaba empapada y, bajo las gafas, la visión que tenía era borrosa. Se sacudió las gotas de agua de la cara y de los párpados y examinó con atención al hombre gordo de traje negro. Tuvo que fijarse bien para vencer su incredulidad.

—Dios mío, no puede ser él —murmuró.

Como si quisiera acrecentar su decepción, Octavio Cruz la descubrió por fin. Desde la marquesina, su antiguo amigo parecía dudar también echando la cabeza hacia delante como una tortuga. Cuando Lucía lo vio alzar el brazo derecho y saludarla, dudó un instante. Tal vez no era buena idea haber venido.

Pero ya era tarde. Octavio venía correteando hacia ella con pasos cortos y ridículos de pingüino, protegiéndose con un paraguas.

Lucía trató de disimular su desencanto con una sonrisa y él se detuvo cerca de ella, con un gesto ambiguo.

Ambos se observaron con cierta desazón. Lucía tenía el vestido pegado completamente al cuerpo, resaltando sus formas y la ropa interior. El pelo mojado goteaba sobre la frente. En la cara tenía un poco de tierra húmeda.

—Te has cortado el pelo —dijo su amigo, casi como un reproche.

Lucía se apartó el flequillo de la frente y sonrió.

—Y tú te has dejado la barba. Pareces mayor.

El rostro serio de Octavio Cruz se sonrojó un poco. Estaba incómodo.

Era una situación absurda. Estaba sujetando el paraguas que en modo alguno protegía su corpulenta espalda, a dos metros de Lucía, que estaba empapándose sin decidirse a ir hacia él.

—Un abrazo estaría bien —dijo ella, protegiéndose el pecho con los brazos, sin

dejar de sonreír.

Octavio se sonrojó un poco más. Tal vez ella no lo recordaba, o no lo sabía, pero no soportaba el contacto físico. Nunca tocaba a nadie, ni se dejaba tocar. Eso era así desde la niñez, y únicamente había hecho una excepción a esa regla de manera voluntaria.

—Pensé que vendrías en el autobús de las diez —dijo, obviando la propuesta de Lucía.

—Y lo he hecho. Pero me he bajado en la cala de los Quiroga.

Él no disimuló su extrañeza.

—Entonces has estado en la tumba del doctor Márquez.

Ella asintió, pero no dijo nada acerca de las cenizas de su padre.

—¿Y qué te ha parecido?

—Un cementerio abandonado. De momento, solo eso.

Octavio Cruz pareció decepcionarse.

—Tengo el coche cerca. Vamos a mi casa, necesitas un baño con agua caliente.

Poco después, en casa de su amigo, Lucía se relajó un buen rato en la bañera, mientras lo oía en el mueble bar preparando unas copas. Necesitaba el baño y la sensación relajante de la espuma flotando atrapada en burbujas de colores alrededor de su cuerpo, pero sobre todo necesitaba tiempo para asimilar las cosas que estaba descubriendo, el paso del tiempo, el modo en que su memoria empezaba a desmenuzarse. El cambio de su viejo amigo era un ejemplo sangrante. De repente tenía la asfixiante sensación de que estaba en manos de un desconocido.

El agua se estaba enfriando. Se puso el albornoz colgado detrás de la puerta, que olía a una colonia agradable, no demasiado fuerte para ser de hombre. Se sentó en la taza del inodoro, mientras el vapor del agua empañaba el espejo en el que se miraba de perfil el lado derecho de la cara.

La vieja cicatriz parecía más profunda. No era una cicatriz fea, en el sentido de que no le desfiguraba la cara pequeña y armoniosa, sino que más bien incitaba a tocarla, a recorrer con los dedos la hondura sonrosada que nacía en el párpado inferior del ojo derecho y recorría toda la mejilla hasta perderse en el cuello, tras el lóbulo de la oreja, como si fuese la huella de una lágrima que nunca dejaba de brotar. Unos minutos antes, le había parecido que su amigo hubiese deseado tocársela, de habérselo permitido esa absurda manía suya de no admitir ningún contacto humano.

Salió sin secarse, arrastrando las gotas de agua como la cola de un vestido por el suelo. El aroma de un ramo de rosas, rojas de cinabrio, acarició su nariz. Después de todo este tiempo parecía que al menos su amigo médico continuaba siendo cuidadoso con los detalles.

Octavio Cruz estaba sentado en un sillón de piel negra de anchas orejas. Había puesto dos copas y una botella de vino rosado junto al jarrón con las rosas en una

mesa camilla. Al ver a Lucía con su albornoz entornó los ojos, secretamente satisfecho.

—La sirvienta tiene hoy fiesta, pero mañana le pediré que lave tu vestido —dijo, para disimular su turbación.

—Gracias. Tengo que hacer una llamada. ¿Te importa?

Él le indicó dónde estaba el teléfono. Mientras la veía hablar recostada sobre una silla, la admiró con calma. Seguía siendo atractiva, incluso parecía que los años de exilio le habían dado una expresión ausente que la embellecía, con ese aire que los franceses llaman *allure*.

Lucía colgó el teléfono y volvió junto a él. Parecía algo turbada.

—¿Todo va bien?

Ella se sentó de lado, al borde de un sillón y con las piernas cruzadas.

—Es Andrés... Está enfadado. Quizá no tendría que haberle dejado acompañarme.

Octavio se sobresaltó.

—¿Has venido a España con Andrés?

—Sí... Tenemos ciertos problemas, y pensé que este viaje podría ayudarnos, aunque no sé en qué modo... Pero no te preocupes. No le he comentado nada de lo que me dijiste por teléfono.

—Pero habrás tenido que darle una razón de cierto peso.

—Así es —dijo Lucía, sin especificar en qué consistían tales razones.

—Has sido muy valiente, tal y como están las cosas —afirmó, descorchando la botella de vino. Las cosas a las que se refería eran la Marcha Verde, los juicios de Burgos, la agonía de Franco, los atentados, la represión policial... El ambiente estaba de lo más enrarecido.

Lucía se encogió de hombros. Valiente no era un adjetivo con el que se sentía identificada. Alzó su copa y brindaron.

—Cuéntame qué has hecho estos años —propuso ella.

Octavio Cruz hablaba con voz de barítono de cosas mundanas, como si se hubiesen visto ayer y nada hubiera pasado en los últimos años. Ella lo escuchaba con aparente atención, pero en el fondo no hacía más que sumergirse en el sonido de su voz sin atender a sus palabras. De alguna manera, estar allí tratando de recuperar la normalidad de una antigua amistad sin agravios, mientras se escuchaba la lluvia detrás de la ventana, le permitía ir relajándose y ordenar sus pensamientos. Sin embargo, en algunos momentos observaba a su amigo sentado en el sillón, con la cabeza inclinada hacia un lado y las manos cruzadas sobre el regazo, y notaba en él una atención extrema y una mirada que la asustaba. Él parecía darse cuenta y disimulaba, cambiando de postura o mirándose la palma de una mano.

Estuvieron así hasta tarde. La botella de vino estaba casi vacía y el cenicero a rebosar cuando escucharon las sirenas de los pesqueros al volver a puerto. Agotado el repertorio de anécdotas insípidas y de recuerdos edulcorados comunes, ambos se

miraban ahora en silencio. Octavio Cruz meneó la cabeza con una mueca nostálgica y luego se dio una palmada suave, como si quisiera atrapar un poco de aire con un signo de fatalidad en la mirada.

—A veces paso por la calle Imperio. Un día, incluso me encontré con Virtudes. Aún pregunta por tu padre, la pobre —dijo, fingiendo una torpeza que estaba lejos de ser casual.

Lucía quería evitar volver a aquella tarde. Hablar de su padre significaba mover un viejo vagón lleno de malos recuerdos que había estado mucho tiempo en vía muerta.

—Ya hace mucho de todo eso.

Sin embargo, Octavio Cruz no dejaba de escrutarla.

—Me acuerdo perfectamente de todo. Estaba en el muelle y vi cómo sacaban del agua por las axilas el cuerpo de tu padre. Era un buen hombre.

Lucía retuvo el aire y lo soltó poco a poco, compungida.

—¿Te importa que fume? —Encendió con parsimonia un cigarrillo y dejó ir el humo por la nariz.

Su padre, un buen hombre... Ella no lo recordaba así. El recuerdo más persistente que tenía de él era su ausencia, y los atardeceres en la puerta, esperando verlo aparecer al principio de la calle Imperio. Cuando asomaba por la esquina, tambaleándose, ella corría a buscarle las zapatillas, encendía la lámpara del velador y dejaba encima de la mesa el periódico del día. Lo escuchaba peleándose con la cerradura, entrar golpeándose con los muebles, ir al dormitorio, ponerse el pantalón del pijama y desplomarse en el sillón. Entonces, ella iba a su lado, abría el periódico y leía en voz alta los sucesos y los chismes de sociedad, sobre todo los referentes a los Quiroga, y tenía que seguir leyendo hasta que se quedaba dormido.

—Un buen hombre —insistió él.

Lucía miró su reloj de pulsera. Llevaban más de tres horas dando rodeos. Sabía lo que su amigo estaba buscando, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar al punto de la conversación que él quería.

—Déjalo, Octavio. No quiero hablar de aquella tarde, ni de mi padre.

—Creí que después de tanto tiempo podríamos aclarar las cosas —dijo, dejando que cierto resquemor asomase como un fugaz relámpago en sus ojos.

¿Aclarar las cosas? Lucía no entendía bien cómo se hacía eso. Su vida era una cadena de engaños entrecruzados en la que cada eslabón era una mentira que justificaba la siguiente. No hubiese sabido por dónde empezar.

—No hay nada que aclarar. Soy asmática, ya lo sabes, y el polvo, cuando se levanta, me ahoga.

—No te conocía esa vena poética —dijo Octavio, sin dejar del todo un tono acusatorio que empezaba a molestar a Lucía.

—Ya me has entendido. Así que centrémonos en lo importante.

—De acuerdo, como quieras.

Se levantó con pesadez, fue al armario y volvió al sillón con un sobre gris acolchado bajo el brazo. Se inclinó sobre la barriga antes de dejarse caer como un fardo, apartó con el reverso de la mano la ceniza y dejó el sobre encima de la mesa. En una esquina, Lucía pudo leer el matasellos del Ministerio de la Gobernación y un número de registro. Sin embargo, no lo tocó. Dejó que él le explicase.

Seis meses atrás, Octavio Cruz había sido nombrado director de Estudios Psiquiátricos Penitenciarios.

—Ese título, tan largo que no cabe grabado en ninguna placa, en realidad significa que me he convertido en un carcelero de locos, depravados y dementes sin mácula. Lo mejorcito de la casa.

Se burlaba, buscando, sin embargo, el reconocimiento implícito de Lucía, pero ella no hizo alusión alguna y él continuó hablando, un poco molesto: lo primero que había hecho era tratar de poner un poco de orden en los historiales de los presos con enfermedades mentales graves, más de dos mil en toda Cataluña. Los había que no tenían familia, o que habían sido abandonados después de años encerrados; en algunos casos encontró que ya se habían cumplido las condenas, o prescrito los delitos cometidos, aunque sus autores continuaban encerrados. Era una labor ingente, pues muchos archivos se habían perdido o traspapelado por falta de celo en los diferentes traslados de dependencias o departamentos. Resultaba complicado asociar expedientes con nombres y fechas a presos concretos, algunos de los cuales continuaban con sus ficheros abiertos pese a llevar décadas muertos. Una tarde llegó a su despacho una furgoneta con dos archivadores del antiguo Ministerio de la Gobernación que le dejaron en la puerta. Tardó varias semanas en ordenar las fichas y la documentación que contenían, y finalmente llegó a cuadrar los expedientes de todos los internos, excepto el de uno: el que Lucía tenía ante sí.

—Fíjate en la fecha del matasellos. Noviembre de 1945. No sabía que el papel aguantase tanto tiempo. Anda, ábrelo.

Ambos se tomaron su tiempo para mirarse detenidamente, tratando de descifrar los pensamientos del otro.

—De acuerdo, lo abriré yo —dijo Octavio, al ver que ella no se decidía.

El día había pasado muy rápido, ambos se dieron cuenta porque sentados uno frente al otro empezaban a verse como sombras. Estaba oscureciendo. Él se levantó con dificultad y fue a encender una lámpara.

—Todo es muy extraño —dijo al volver a la mesa, resoplando. Extendió unas hojas mecanografiadas y calcadas con papel carbón y las examinó con la mandíbula apretada, como si fuesen parte de un puzle muy difícil de completar.

Lucía no decía nada, miraba las hojas sin leerlas ni inclinarse hacia adelante, esperando con tensión. Octavio Cruz señaló con un dedo corto y gordezuelo un apunte mecanografiado y subrayado en rojo.

—Este hombre se llama Liviano. No se sabe nada más de él, excepto que es gallego, de un pueblo cercano a la costa de La Coruña y que nació a principios de

siglo o finales del anterior. No tiene cédula de identidad, ni se le conoce causa pendiente o pasada, no tiene antecedentes, ni familia... Es como si no existiera. Ni siquiera tenemos su ficha dactilar, pero lleva encerrado en el pabellón psiquiátrico de la cárcel de hombres más de treinta años, y nadie sabe por qué.

Su amiga lo miró escandalizada.

—Eso es una verdadera aberración.

—Eso pensé yo. Fui a entrevistarle para empezar inmediatamente con los trámites de indulto..., pero me encontré algo que no esperaba.

—¿Qué te impide liberar a un hombre así?

—Ahora, mira detenidamente su fotografía. Yo mismo ordené que se la hicieran hace unas semanas.

Era un hombre viejo, delgado y huesudo, desagradable de mirar, de cuello arrugado y largo con la nuez prominente, la piel atezada y una larga cabellera gris que recogía en una coleta. Hubiese pasado por un hidalgo de pómulos marcados y perilla quiijotesca. Sus ojos parecían seguirla a todas partes.

Lucía estuvo un rato sin decir nada. Apartó luego unos segundos la mirada para concentrarse en la lumbre del cigarrillo que fumaba.

—No reconozco a este hombre. No sé quién es, pero lo cierto es que hay algo en él que me resulta familiar.

—De acuerdo. Ahora mira esta otra.

Octavio Cruz le mostró una fotografía que había extraído de una revista de 1945. Era del doctor Nahúm Márquez pocos meses antes de ser ejecutado. La colocó junto a la del anciano para que Lucía pudiera compararlas.

Ella examinó ambas durante varios segundos. Luego se recostó sobre el sillón y dejó ir un suspiro. Parecía confundida.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —inquirió Octavio.

—El parecido es evidente, incluso con treinta años de diferencia. Pero esas cosas pasan... Hay gente que se parece.

—¿Como dos gotas de agua? Lucía, por favor...

Su amiga se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—¿Qué puedo decir? Se parecen, sí. Pero al doctor Nahúm Márquez lo ejecutaron un mes después de que mi padre... En fin, ya sabes.

—¿Y si estuviera vivo? Podría ser este viejo, supongámoslo por un momento.

—Vengo de visitar su tumba, Octavio. Solo porque se le parezca no puedes deducir que sean la misma persona. No tiene lógica.

—No la tiene, pero tengo dudas muy razonables. Hice que registrasen la celda del viejo, y encontré múltiples esbozos de dibujos relacionados casi todos con la familia Quiroga. Y aún descubrí algo más interesante. Ese hombre guarda en un pequeño baúl todos los recortes de prensa en los que salió la muerte de tu padre.

Ya estaba. Lucía oyó en su cabeza un ruido chirriante, como si ese tren fantasma perdido en su memoria se pusiera en marcha lentamente.

—Eso no significa nada definitivo.

—No, claro que no. Liviano podría haber asimilado una personalidad, la de cualquiera. Quizá coincidió en la cárcel con el doctor Nahúm e hizo suya la historia y el personaje, puede que sea un pobre desquiciado por tres décadas de encierro. Pero ¿por qué no cerciorarse? Eso solo puedes hacerlo tú.

Ella se removió inquieta.

—Apenas lo recuerdo. Solo lo vi un par de veces en persona.

—Pero si es él, lo sabrás. Piensa en todas las respuestas que podríamos obtener. Necesito conocerlo todo de Nahúm Márquez, y tú eres la llave, Lucía. Solo hablará con la hija de Juan de Dios. Contigo.

Barcelona, 22 de septiembre de 1975

Un sordo hubiese oído sin esforzarse la preocupación que Lucía rumiaba en las tripas mientras miraba por la ventana desde el último piso de la biblioteca. En las azoteas, las antenas y las coladas eran zarandeadas por el viento, como si los edificios largasen velas para salir de aquel turbio embarcadero que era la ciudad. A lo lejos, donde el cielo era más grumoso, se distinguía la línea azulada del horizonte entre los contenedores del puerto y el cerro del cementerio.

Aquel rincón lejano le parecía otro país. Un país que había conocido bien tiempo atrás.

—¿Encuentra algo?

Hacía veinte minutos que el bibliotecario removía los viejos archivos del periódico, escondido detrás de su sonrisa indescifrable, pensando tal vez en las vueltas que da la vida. Al entrar por la mañana pensó que iba a ser un día más, poco excitante, como los dos cafés americanos que ya se había tomado en un vasito de plástico, pero la sorpresa se había presentado de improviso en su despacho, cuando aquella dama, atractiva pese a esa extraña cicatriz —o quizá gracias a ella—, había entrado examinándolo todo como una lechuza, girando el cuello de lado a lado, en redondo, y le había pedido ver lo publicado sobre la familia Quiroga. Más exactamente, sobre el asesinato de la mujer, Amelia Quiroga.

—Aquí está —dijo, al fin, mostrando un anuario de 1945.

Una gaviota planeaba en círculos sobre las azoteas, se alejaba y volvía a acercarse hasta pasar cerca de la ventana, dejándose llevar con suavidad por las corrientes de viento que venían del mar. Gruesas gotas de lluvia empezaban a caer, aplastándose a cámara lenta contra la ventana. Sonó un trueno lejano que fue acercándose hasta pasar por encima del edificio y alejarse después. El día se oscurecía por momentos.

Lucía tragó saliva, sin apartarse de la ventana.

—Fue un caso sonado. Lástima. Era muy hermosa, mejorando lo presente.

Ella encendió un cigarrillo con una cerilla. Observó el fósforo entre los dedos hasta que se consumió.

—Disculpe, señorita. Aquí no se puede fumar —le dijo el bibliotecario.

—Ya. Me gustaría que me dejase sola un rato.

El bibliotecario titubeó.

—Me temo que eso no es posible.

Lucía puso en el bolsillo de la bata azul del hombre un billete doblado.

—Baje a tomarse un café. Serán diez minutos.

El bibliotecario observó con irritación a esa mujer de actitud frívola con un punto de prepotencia. Pero mil pesetas eran muchas pesetas.

Las crónicas de la época hablaban de los Quiroga como una familia que vivía al margen del resto de mortales. Fiestas, derroche, lujo y una corte que iba con ellos a todas partes. ¿Qué pintaba su padre, un pobre sindicalista de la metalurgia, con una familia así? Nada. En realidad, Amelia Quiroga nunca llegó a conocerlo en persona, y por lo que ella sabía, su padre nunca logró estar a menos de cien metros de la señora Quiroga. Sin embargo, la memoria había ido recomponiendo el puzle con el paso del tiempo. Aquellas excursiones casi semanales a la finca de Las Ceibas con los prismáticos, aquellas mentiras a su madrastra, aquella obsesión patológica por Amelia... Aquel modo de comportarse de su padre se explicaba por un motivo tan absurdo como plausible. Ahora, observando la hermosa estampa de aquella mujer, apenas una niña, en el almanaque, lo veía claro. Su padre estaba enamorado de aquella aristócrata cuyo asesinato, envenenada con talio por el médico de la familia, Nahúm Márquez, conmocionó a la sociedad de la época. Esa teoría del espionaje y de la trama comunista que se inventó la policía no cuadraba con la personalidad ni la manera de ser de su padre ni del doctor Márquez. Su padre era un hombre demasiado abrupto, sin el refinamiento ni el entrenamiento necesario para ser cómplice de aquel crimen, y el doctor Nahúm Márquez tenía los ojos demasiado llenos de vida para ser un asesino.

Pero allí estaba escrito, en titulares bien grandes: «Abatido por la policía Juan de Dios, uno de los terroristas que conspiraron para asesinar a Amelia Quiroga». Y esa mácula era la que repetía la historia. En los círculos estudiantiles, en el exilio, entre la izquierda más beligerante, su padre, Juan de Dios, era un héroe, un mito, una leyenda que había herido en lo más hondo al general Quiroga, la bestia más sanguinaria de la policía militar franquista. Por ese mismo crimen, su padre era un proscrito, él y todos los suyos, de por vida. Y todo se lo debía al que entonces era inspector Ulises, al que todos llamaban entre dientes *el moro*.

Le vino un vómito repentino, pero contuvo la náusea, tomó una gragea e inspiró una fuerte calada de su Chester.

Aunque habían pasado treinta años, todavía recordaba cada partícula del olor de aquel policía, cada corpúsculo de piel, saliva o pelo, cada tono de su voz. Probablemente sería hoy un viejo taciturno, amargado y débil que agotaba sus últimos días en algún pueblo de la Costa del Sol. Acaso se estaría consumiendo encarcelado en la soledad, sin otra familia que todos sus demonios. Lo imaginaba como un viejo decrepito, encorvado sobre un bastón temblequeante, con la cara arrugada y llena de manchas. Un viejo sucio e incontinente que se estaba ahogando en su propia mierda. Pero ni siquiera esa derrota ficticia que Lucía había urdido en su imaginación le permitía olvidarse de Ulises. A veces le asaltaba el presentimiento de que ya había muerto, y esa idea, que el *moro* estuviese muerto sin que ella tuviera la posibilidad de elegir matarlo o dejarlo vivo, la frustraba.

Volvió al periódico de 1945. La noticia mostraba a toda página una fotografía de su padre, semidesnudo, vuelto boca abajo sobre una camilla metálica en el clínico

forense. Reconoció claramente a Ulises, el tipo de traje y bigote que sonreía junto al cadáver, como si fuese un cazador mostrando su presa abatida.

Asqueada, iba a cerrar el anuario cuando vio algo que llamó su atención. El *moro* y el forense se habían retratado con el cadáver de su padre en la morgue. Sin embargo, alguien había colocado un pañolón de grandes dimensiones detrás de ellos para la ocasión, como una especie de decorado. En ese fondo se adivinaba el águila de la bandera española sujetando con sus garras una esfera. Alrededor había inscrita una leyenda que ocupaba todo el contorno.

—Espero que haya encontrado algo interesante. Sus diez minutos han pasado. — El bibliotecario había vuelto y parecía de mal humor.

—Présteme una lupa —le pidió Lucía con urgencia. Leyó la inscripción de la esfera con la ayuda del aumento y, al completarla, apartó la cara como si un alfiler se le hubiese clavado en el ojo.

El bibliotecario se extrañó de su reacción y, cogiendo la lente, le preguntó qué era lo que llamaba tanto su atención.

—La inscripción de esa enseña —dijo ella.

—Es una locución latina —leyó el bibliotecario—: *Ab alio spectes alteri quod feceris*. Viene a significar: «Espera de otro lo que tú hayas hecho a alguien». Es una versión del ojo por ojo. ¿Por qué le interesa?

—Mi padre guardaba una insignia como esa. ¿Sabe por qué aparece en esta foto?

El bibliotecario se mostró muy interesado.

—Era el lema de una famosa unidad especial de la Brigada Política que no se andaba con demasiados miramientos. Pero si su padre tenía una insignia como esta, ¿cómo es que usted no lo sabe? Solo sus miembros podían tenerla.

Lucía palideció. Decidió llamar a Octavio Cruz.

Octavio no estaba en casa. En cambio, al regresar al hotel en el que se hospedaba, encontró a Andrés en la habitación.

Por un momento, sopesó la posibilidad de hablarle con sinceridad y explicarle por qué habían vuelto a España. Ya lo había intentado en alguna ocasión, pero se había dado cuenta de que a Andrés no le interesaba demasiado el tema. Bastante tenía con esas estúpidas y peligrosas compañías que se había puesto a frecuentar: un grupito de conspiradores adolescentes entre los que debía de estar la jovencita que le había hecho a su marido el moratón en el cuello que él se esforzaba en disimular.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Andrés, saludándola, con el auricular del teléfono en la mano.

Lucía se acercó a él y le dejó un beso sin vida en la mejilla. Al otro lado de la línea se escuchaba música de fondo y risas.

Ella apretó la mandíbula.

—Sí, estoy bien. Nada más quería decirte que quizá esta noche regrese tarde. Voy a ir a Sitges. Adiós.

Decidió dar un paseo por el puerto para intentar serenarse.

Un barco recreativo se alejaba del muelle. Sentado en un banco sobre papeles de periódico para no mojarse, un viejo muy bien vestido daba de comer a las palomas. Cuando Lucía pasó cerca, el anciano la saludó, tocándose el sombrero, aunque en realidad más bien parecía que ocultaba el rostro para que ella no lo reconociera. Lucía tuvo una sensación extraña, de gelidez, al pasar por su lado. Instintivamente, apretó el paso.

El viejo del banco alzó un poco el ala de su sombrero. La vio alejarse entre la gente hacia el edificio antiguo de las atarazanas, cabizbaja y pensativa. Era en la inconsciencia de sus movimientos donde desbordaba hermosura, le pareció. Evidentemente, se había convertido en una bella mujer. Estuvo tentado de seguirla, incluso de hacerse el enconradizo, el viejo desvalido y desorientado, solo por el placer de verla más de cerca. Pero sabía que por el momento eso era imposible. Se levantó con cierta dificultad y se alzó el cuello del abrigo negro. Dio dos pasos entre las palomas que un momento antes se arremolinaban junto a sus zapatos y que ahora se dispersaban asustadas. Un coche se acercó muy despacio hasta detenerse a su altura. Se abrió la puerta de atrás y el viejo subió.

—Vamos a la Delegación del Gobierno.

—A la orden, comisario.

A través de los cristales tintados del coche oficial, el comisario Ulises podía contemplar sin ser visto y eso le hacía sentirse como el Fantasma de la Ópera, o como Drácula observando con conmiseración a sus víctimas durmiendo antes de clavarles los colmillos. Saber cosas que los demás no saben le daba ese poder. Poder para decidir en qué momento, y cómo, variaba el curso de la vida de los demás. Y pensó en Lucía, mientras acariciaba el sello en su dedo índice con la vieja insignia del águila.

Costa da Morte, 1915

El invierno había llegado duro a Munxidos, Olimpia ya lo supo antes de que cayesen las primeras nevadas en la sierra. Le bastaba con observar las orlas de espuma coronando las olas que rompían el farallón. El mar era sabio y Olimpia sabía leer sus señas, había aprendido a hacerlo desde que era casi una niña y subía a lo alto del acantilado.

Nahúm sabía dónde encontrar a su madre, ella nunca se escondía, ni siquiera cuando necesitaba estar sola. Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y una manta roja sobre los hombros, mirando el infinito sin moverse, era como esos indios que había visto dibujados en unos libros de la escuela. Le gustaba sentarse a su lado sin hablar, escuchando cómo respiraba bajo el sonido del mar y el ulular del aire en lo alto del acantilado. Olimpia no decía ni hacía nada y se quedaban los dos allí hasta que el sol se iba.

Pero aquella tarde su madre tenía cosas que decir.

Tan pronto lo vio llegar, extendió sus brazos delgados como patas de pollo y lo acogió en un abrazo que olía a lavanda y romero, luego le quitó de la mejilla una pestaña que se le había caído y, pegándosela a la punta del dedo, le pidió que pensase un deseo y que soplara. Nahúm deseó en silencio y muy intensamente que su madre nunca se muriese. Sopló con fuerza. La pestaña no se despegó del dedo. Olimpia sonrió indulgente y acarició su pequeña cabeza de niño.

—No siempre tenemos lo que queremos, ya lo aprenderás. Deberías estar en la escuela.

—No quiero ir. Papá me preguntará la lección.

—Las lecciones están para ser aprendidas, así que baja ahora mismo a la escuela.

Con aire pensativo y las manos cruzadas detrás de su levita, el maestro del pueblo, don Nicolás, se paseaba entre los pupitres dobles de la clase con aire pensativo. Se detuvo ante el viejo retrato de la Regente, colgado en la pared junto al de su hijo, Alfonso XIII, y recitó, más para sí que para los alumnos que lo observaban expectantes:

*En alas de mi deseo
la ilusión nos ve marchar.
Una Escuadra de Ateneo
navegando por el mar.*

—¿Alguien me dice qué aniversario conmemoran estos versos tan hermosos? — preguntó después, volviéndose a sus pupilos con voz muy gastada.

Los niños se miraron entre ellos, luego al suelo de pizarra y tierra, al encerado donde estaba escrito el abecedario con caligrafía gótica, alguno tuvo un ataque de tos, otros perdieron la vista en los campos cubiertos de escarcha. Entonces, el maestro se fijó en el último pupitre de la clase y señaló a un niño de ojos curiosos y avispados, de carnes tan consumidas que se le notaban los pómulos bajo su piel mortecina.

—Márquez. ¿Sabe usted lo que debería celebrarse hoy en toda la patria y que nuestros gobernantes disimulan con el mayor cinismo?

La vergüenza dio un poco de color a la cara del pequeño, que se puso en pie manteniendo los brazos pegados a su cuerpecillo.

—Sí, señor. La partida de Cervera hacia el Desastre de Cuba.

—Gracias, hijo, puedes sentarte —musitó el maestro con la mirada vidriosa.

Nahúm no quería ir a la escuela, no entendía la mirada perdida de don Nicolás ni lo sentía como lo que era, su padre, además del maestro de Munxidos. Era un veterano de la guerra de Cuba que regresó inesperadamente al pueblo después de que todo el mundo lo hubiese dado por muerto en el naufragio de la escuadra de Cervera frente a las costas de Cuba en 1898. Venía consumido por las fiebres, con el blanco de los ojos amarillento y comido por los parásitos. Desde ese día, el maestro siempre había inspirado entre sus vecinos un cierto recelo, porque no estaba bien visto que los muertos regresaran a la vida. Por eso don Nicolás vivía con ese estigma de fantasma desde su reaparición. Nahúm lo veía a veces ponerse a escondidas el uniforme astroso de infante con las botas de caña rotas, el machete al cinto y el sombrero de expedicionario con la borla colgando a la espalda, y sentarse de esa guisa con la mirada trasnochada, perdida hacia el oeste, desecándose en la puerta de casa con el cuerpo anclado en la montaña y el espíritu volando por mares, calores y lugares de los que siempre hablaba con nostalgia: Camagüey, Cienfuegos, La Habana... Nunca llegó a recuperar su lugar en el mundo. Nahúm creció con debilidad, como si la vida titubease sobre si valía la pena instalarse en un cuerpecillo tan frágil, y aun así, era capaz de cargar a su padre y entrarlo en la casa cuando se quedaba petrificado, como devorado por aquella vieja fiebre que trajo de la selva y que nunca se le iría del todo, y lo llevaba hasta su mecedora ante la pasividad de Olimpia, que miraba a su esposo como si fuese un saco de algarrobas.

Se decía en el pueblo que su madre nunca quiso a Nicolás. Pero Nahúm sabía que eso no era cierto. A los diez años, estaba tan acostumbrado a escucharla llorar por las noches como al ruido constante del río Pensamiento pasando detrás de la casa.

Como todas las mujeres que veían a sus maridos partir a la guerra, Olimpia ya empezó a sentirse viuda apenas sin tiempo para haberse sentido casada. Pocos meses después llegó la noticia de la derrota y el naufragio y a Nicolás lo dieron por muerto. Era costumbre entonces que la habitación de los muertos se cerrara con llave una vez celebrado el entierro y que las cosas se quedaran tal y como estos las habían dejado

en vida. Aquella viuda nunca vio el cadáver de su esposo porque el mar rara vez devuelve lo que se adueña, pero cerró la habitación que casi no habían compartido el mismo día que se enteró del óbito.

La dejó tal cual: un vaso de agua medio vacío, un quinqué apagado, un libro a medio leer con las tapas boca arriba, las mismas sábanas y la misma colcha, las cortinas de paño a medio desvelar, la ropa en los armarios, las zapatillas debajo de la cama, las velas en el cajón del baúl y el paraguas colgado detrás de la puerta. Nada se tocó, ni para limpiar ni para darle uso. Sin embargo, durante el día, la viuda solía correr el cerrojo y entrar en la habitación, se sentaba en la cama, miraba a su alrededor cómo el polvo y la humedad iban sepultando mes tras mes el recuerdo del desaparecido. Imaginaba que aquel hombre la había querido, que era un hombre fuerte y romántico, de ojos de novela y talle de leyenda, que sus vidas habían sido tan maravillosas que eran la envidia de la comarca entera. Y que volvería, porque un hombre que nunca ha existido no puede irse.

Todo era perfecto. La nostalgia fue creciendo en el interior de la viuda hasta convertir la desaparición en un motivo de sueños y alegrías. A veces pasaba rozando la puerta de la habitación cerrada con llave y el solo contacto con la madera, que ya se hinchaba por la dejadez y la humedad, le alegraba el día. En los prados, cuando salía a buscar cardos y ortigas, lo veía acompañándola por los caminos de la sierra y luego, al anochecer, sabía que él estaba afuera guardando la casa de alimañas. El recuerdo ya no existía, solo la nostalgia. Él era cariñoso, apasionado, él lo era todo.

Hasta el día que regresó.

Y Olimpia, que tanto había soñado con su regreso, no sintió emoción alguna. Miró a un extraño que tomó posesión de ella de nuevo, en su altar, en aquella habitación en la que durante años había vivido la nostalgia. Intentó ser feliz con él, se dijo que si había aprendido a amarlo en su imaginación, también aprendería a amarlo en carne y hueso. Pero fue inútil. Poco tardó en darse cuenta de que ese hombre era un usurpador, hostil, enfermo..., infiel. Eso era lo que más le dolía: cuando la tomaba, veía en sus ojos que no era a ella a quien hacía el amor con fiereza, casi con desesperación, sino a otra, a un amor moreno que se había quedado allí, perdido entre cañas de azúcar. Empezó a odiarlo, y cuanto más se mordía los puños para no llorar de dolor mientras la poseía, más lo odiaba. Cada noche, antes de acostarse, se embadurnaba los pezones y el vientre con vinagre para hacerle sentir la amargura que ella sentía. Pero luego, cuando Nicolás se quedaba dormido, se acurrucaba a su lado y sentía que aquel hombre de párpados cerrados y cuerpo en paz era *aquel otro* a quien ella había inventado.

Nunca hablaron de sus amores añorados. Tuvieron hijos, pero nunca más hablaron de nada. Así recordaría siempre Nahúm a su madre Olimpia. En silencio.

Un silencio que rompió la última noche.

Estaban sentados alrededor de la mesa mientras Olimpia leía con sus lentes redondas, colgadas al cuello con una cadenita, el periódico de la provincia. De vez en

cuando, alzaba la vista por encima de las gafas y doblaba el periódico sobre la rodilla, y luego volvía a leer, sin hacer comentario alguno. Aquella noche dijo que le apetecía tomar el aire. Salió al patio de la casa con las manos en los bolsillos del delantal y las piernas enfundadas en leotardos. Miraba el firmamento, a reventar de estrellas, limpio de nubes, que se veía por encima de la parra. Nahúm salió tras ella, con la yacija para vaciarla. Olimpia parecía transfigurada. Su hijo vertió los orines y se quedó mirándola, a su lado, esperando que entrase, pero ella tenía su atención fijada en las estrellas.

—Fíjate, Nahúm: dos soles se reflejan en la superficie de dos lunas. Eso significa que si dos personas se quieren, si son como gotas de agua, tarde o temprano, estén donde estén, acabarán encontrándose la dama de la Luna y el Águila.

—¡Entrad, cogeréis frío! —Oyeron gritar a su padre. Ella miró hacia el interior con una pena infinita, suspiró, acarició la pequeña cabeza de Nahúm y se alejó hacia el río.

El pequeño se quedó en el umbral mirando el camino invisible del puente de piedra. Esperó un poco, y al ver que su madre no regresaba, entró en la casa y ocupó la butaca de tres pies tapizada con una tela verde oliva en la que se sentaba a cenar.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó don Nicolás.

El río en aquella época del año era peligroso. Una capa de hielo sucio sepultaba el caudal que corría por debajo con gran fuerza. Más de uno había tentado a la suerte en el pueblo corriendo por la superficie crujiente y frágil, de una ribera a la otra, perseguido por las grietas que se abrían con cada zancada. Sacar el cuerpo de Olimpia fue un trabajo minucioso que requirió del esfuerzo de todo el pueblo durante buena parte de la noche. Mientras peleaban con la corriente para desencallar el cuerpo atrapado por las piedras y la hiedra, Nahúm vio la cara de la suicida, azulada, asomando por el agujero que había hecho en el hielo al saltar desde el puente. El agua le pasaba por encima de la boca y de los ojos abiertos que miraban al cielo, o lo miraban a él.

Esa fue la primera vez que Nahúm Márquez vio la muerte de cara y ya no se le olvidaría su expresión. Le habían arrebatado a su madre. Se volvió distinto, como si siendo un niño hubiese envejecido de pronto. Su mirada adquirió una profundidad de abismo que inquietaba a cuantos lo conocían, lo mismo que sus silencios y sus largos paseos por el acantilado.

«¿Por qué estás tan callado?», le preguntaba su padre cuando lo descubría mirándolo atentamente sin decir nada, pasados los meses. Lo acompañaba el olor del eucalipto para hacer vahos y una voz temible por el timbre pero dulce por el sentido. Nahúm no sabía qué responder, lo mismo podía estar horas contando las hilachas de los calcetines, como despistarse de la lección de álgebra con el vuelo de una mosca. Veía deambular por los pasillos de la escuela a su padre con el cuerpo de brisa apenas

sustancioso, lo escuchaba hablar con una expresión juiciosa y un halo inocente, como para que nadie lo tomase muy en serio, observaba su levita colgando en el perchero que había detrás de la puerta, y lo odiaba. Odiaba su olor, sus dientes pulcros, el tacto frío de sus dedos cuando le acariciaba la cabeza rapada. Sentía lo que era el odio, lo experimentaba, aunque no era capaz de expresarlo en palabras, solo en mutismo. Y lo único que podía hacer era subir al acantilado y sentarse allí durante horas en silencio, mirando hacia el oeste como había aprendido de su madre.

Centro psiquiátrico penitenciario de Barcelona, 2 de octubre de 1975

Sor Amparo conocía bien a Liviano. Por eso no intentó convencerlo de que entrase a pesar de la lluvia que estaba cayendo. Dejó que se quedara un rato más en el patio, sentado en un banco de piedra. De nada hubiera servido recordarle que era demasiado viejo para permitirse coger una pulmonía. La monja se quedó bajo el porche con las cuentas del rosario entre los dedos, vigilándolo de cerca.

Empapado como un gorrión, con la cabeza hundida bajo el cuello alzado de su viejo abrigo de miliciano, Liviano se abandonaba. Las gotas resbalaban sobre su pelo de color ceniza y se quedaban suspendidas en su flequillo lacio, para luego caer a los lados de la nariz y de la boca, abrumándolo de frío. Con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el regazo, no se movía, parecía la estatua de un ángel caído a las puertas de un cementerio. Quería estar solo, reflexionar sobre la petición tan extraña que le había hecho su psiquiatra.

Tres días después, cayó enfermo con una fiebre altísima y en la enfermería del centro penitenciario le hicieron un primer chequeo. Mientras se abotonaba la chaqueta del pijama tras el biombo, examinaba el molde de plástico de un pulmón diseccionado. «No parecemos gran cosa», pensó, sin prestar demasiada atención a las palabras del doctor.

—Tenemos que trasladarlo al hospital. Aquí no podemos diagnosticarle con precisión.

Liviano apartó el biombo. Justo detrás de la mesa donde el médico escribía algo, el cristal de la ventana le devolvía su silueta distorsionada.

—Yo vivo aquí. Puede darme aspirinas, supongo —dijo.

El doctor se encogió de hombros.

—Lo que usted tiene no se cura con aspirinas.

El viejo metió las manos en los bolsillos de su descolorido abrigo de miliciano y fijó la mirada, cansada y descreída, en la calva de aquel tipo que escribía sin prestarle atención.

—Pero es lo que siempre nos dan —dijo mostrándole un paquete empezado.

El médico hizo como que no lo había oído y continuó escribiendo.

Liviano se inclinó hacia él, examinándolo detenidamente.

—¿Por qué escribe de mí, si no sabe nada de mí?

—Sé que está gravemente enfermo, y eso me basta.

—Somos fotos en blanco y negro, retratos que amarillean en los libros antiguos, en los baúles de las casas viejas —apostilló en voz alta.

El médico dejó el bolígrafo y miró por primera vez con curiosidad al anciano.

—¿Por qué dice eso?

—Quién sabe, a lo mejor la muerte es gris y sube hasta la córnea y se mete en la retina. Y a lo mejor, después del gris pasa al negro y eso significará que ya estoy muerto.

—Sí, claro —dijo, centrando de nuevo su atención en el escrito que estaba redactando.

Llamaron a la puerta de la enfermería y entró sor Amparo sin esperar. Liviano sonrió, sin mirarla. Le gustaba la presencia inesperada de la monja, sus apariciones fantasmales y su voz grave, con ese acento incorregible de Córdoba. Se movía con sigilo, levitaba por los pasillos con el hábito negro y blanco. Sor Amparo era su punto de equilibrio, la certeza de que el mundo continuaba en su sitio.

El doctor le explicó que habían detectado unos bultos sospechosos en la garganta de Liviano y que necesitaban hacerle pruebas de contraste. Para ello era necesario el permiso del director del centro y del propio interesado, o de su tutor, en caso de incapacidad.

El anciano no intervino hasta que el médico hubo acabado.

—Así que eso le concierne a usted, hermana. Es mi tutora, porque soy *incapaz*, ja, ja, ja... Lléveme a la celda. Alfonso tendrá hambre y yo tengo que seguir con mi cuadro. El doctor ya ha terminado, ¿verdad?

—Cebas demasiado a esa mascota tuya —dijo la monja, acompañándolo del brazo fuera del despacho.

Sor Amparo quería a aquel viejo de un modo que iba mucho más allá de lo que la caridad de su vocación le exigía. Liviano contemplaba cada detalle de la vida con una mirada de iluminado que abrasaba de dolor todo en lo que se posaba. A veces, cuando pasaba junto a ella y rozaba apenas su hábito, eso era suficiente para que su olor penetrase en el alma casta e inmaculada de la monja y la cercenase secretamente, deseosa de tocarlo y de acariciar sus mejillas huesudas y de besar sus párpados agrietados de largas y altivas pestañas.

Lo sentía como algo propio desde que llegó al centro en 1945, cuando el invierno era más crudo, de madrugada, furtivamente. Lo trajo un coche con dos policías de paisano que entró en el recinto con las luces apagadas, delatando su presencia solo por el crujir de la gravilla bajo las ruedas. No hubo anotaciones en el registro de entrada ni le tomaron las huellas, e inmediatamente fue conducido al ala este: la de los internos más peligrosos. Recordaba sor Amparo que aquella noche se cruzó con él apenas un instante en el pasillo. Solo llevaba el abrigo de miliciano. No parecía especialmente peligroso y por eso no entendió que lo encerrasen en el ala este. Nadie quería trabajar en aquella parte, era un mundo en el que se encerraba a la gente de por vida, a veces atados con cadenas a la pared, un mundo de horror sin luz, ni visitas, ni esperanza, donde el hábito o la cruz no podían poner a salvo a nadie de caer en la locura. Pero ella se ofreció voluntaria para cuidar del recién llegado. Quería estar cerca de aquel olor desmesurado, de aquella celda en el rincón más alejado. Esa puerta silenciosa que parecía albergar la muerte. De eso hacía treinta años y desde

entonces habían envejecido al mismo paso ella, Liviano y el silencio entre ambos.

—Tendrás que ir al hospital —le dijo la monja mientras atravesaban un largo pasillo.

—No iré a ningún sitio hasta que lo diga el doctor Cruz. Él me conoce. Sabe quién soy.

Sor Amparo apretó los dedos contra la tela de sayal del hábito al recordar al hombre gordo con barba y traje negro que vino a ver a Liviano a principios de septiembre.

No le gustó ese hombre, ni su cordialidad forzada. Miraba con altanería, burlón como un chivo. Y tampoco estrechó su mano cuando se la tendió, al contrario, tuvo la sensación de que rehuía cualquier contacto físico. Preguntó por el anciano y le enseñó un expediente con un nombre que no le decía nada. Liviano no se llamaba Nahúm Márquez. No supo de qué hablaron porque no la dejó estar presente. Después de ese día, la enfermedad había empezado a aflorar a la superficie como la carcoma en la madera.

—Insisto en que debes ir al hospital.

Entraron en la celda y Liviano se sentó ritualmente frente al caballete de pintura, concentrándose en la tabla de colores y en los trazos de unos contornos que únicamente estaban definidos del todo en su cabeza.

—¿Por qué no me dices lo que quería de ti ese hombre? —preguntó la monja con cautela. Cada vez que le preguntaba por aquel extraño doctor, Liviano ponía mala cara, se removía inquieto y no decía nada, fijando la mirada en su trabajo.

—Necesito amaranto —dijo el viejo, cambiando de tema—. Amelia adoraba el color encarnado de sus flores aterciopeladas. Se las hacía traer de la India porque decía que las de aquí eran demasiado pálidas o demasiado vivaces.

Sor Amparo se daba cuenta de que Liviano describía también la geografía de unos años feroces y maravillosos a los que era imposible regresar.

Entonces, ocurrió algo.

Liviano se apartó con brusquedad, tiró el pincel al suelo y se encaró con el lienzo.

—Me miente. Me está mintiendo. ¿No lo ve? —Enarcaba las cejas, que parecían cerros nevados. Acercaba y alejaba sucesivamente la cabeza, como un miope frente a un libro en el que no acaba de leer nítidamente—. ¿Quién eres tú? —le preguntó a la pintura.

—La misma que pintas siempre —terció sor Amparo, acercándose.

Él negó y, como si acabase de descubrir a un intruso en su obra, señaló con dos dedos el perfil de los ojos.

—Amelia no miraba así. Esa mirada es falsa.

Sor Amparo no la encontró diferente a las de otros cuadros que ya había hecho. Daba la sensación de mirar de fuera adentro, como una de esas galaxias que implosiona y que se engulle a sí misma. Le parecía que los ojos azules, lo mismo que sus rasgos demasiado pálidos, le daban a la mujer pintada aire de hada lánguida, un

poco fantasmal. Sabía que luego, cuando Liviano pintase el pelo, ese aire recogido variaría hacia otro más inquietante, una especie de guerrera de los bosques del norte.

—A mí me parece la de siempre —repitió, casi hipnotizada.

El viejo se inclinó sobre el retrato, aún con la pintura fresca, y besó los labios de la mujer apenas esbozada. Cuando apartó la boca, eran sus labios los que estaban manchados, como si la mujer le hubiese devuelto el beso.

«Que no le dé una crisis, Dios mío», murmuró sor Amparo a medias entre el temor y el desaliento. Cuando tenía una crisis, era muy capaz de destrozar cuanto encontrase por medio, incluyendo los cuadros. Después, cuando volvía en sí, podía pasarse días enteros reconstruyéndolos pieza por pieza sin abrir la boca, ni dormir, ni comer.

—Había una niña. Y no me acuerdo de su cara —murmuró Liviano, que no hablaba con la monja, sino con el retrato, dándose en la frente—. Y yo sé su secreto, y ella sabe el mío.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—El doctor Cruz. Dijo que había una niña aquella mañana. Ella va a venir a verme.

Barcelona, 4 de octubre de 1975

Lucía abrió los ojos llenos de espanto.

Había vuelto a soñar con el *moro* Ulises y tardó unos segundos en darse cuenta de que ya no estaba en la pesadilla, sino en la habitación de un hotel. Buscó a tientas un cigarrillo y fue a sentarse a los pies de la cama. Observó la oscuridad de la habitación, rota por la lumbre del cigarrillo y por los fogonazos malvas de un anuncio luminoso en la calle. Abrió la ventana lo justo para dejar escapar el humo. El despertador de la mesita marcaba las tres de la mañana y sabía que ya no podría conciliar otra vez el sueño. Se tocó la cara. Aún perduraba la sensación de la pesadilla con Ulises encima de ella rajándole la mejilla. Dio una calada larga al cigarrillo, escuchando el crujido del tabaco al quemarse, se acercó a la ventana y tiró la colilla.

El cartel luminoso acariciaba de color malva el cuerpo dormido de Andrés con la mano desmayada sobre el pene flácido. Reclinándose sobre la almohada, Lucía lo contempló con nostalgia. Los años habían aposentado su cuerpo haciéndolo más viril y a la vez más dúctil. Acarició su pelo, canoso y abundante. Sopló suavemente sobre sus largas pestañas al tiempo que dejaba resbalar el dorso de la mano por la mejilla áspera, sin afeitar. Aspiró el olor levemente ácido de su piel dormida y, abriendo las piernas, se dejó caer lánguidamente hacia su lado de la cama, con la mirada fija en el plafón del techo. Se masturbó con cuidado para no despertarlo. Mientras se acariciaba el pubis y los pezones erectos, tuvo un espasmo pretérito, el sucedáneo aburrido y recurrente de un orgasmo.

De haberse despertado, Andrés se hubiese sentido molesto, innecesario.

—¿Para qué me tienes a mí? —Le habría recriminado.

Lucía conocía bien a los hombres, tan frágiles y suspicaces cuando de demostrar sus artes amorosas se trataba. Los años en el prostíbulo le habían enseñado todo lo que tenía que saber de ellos, a mentir y a fingir con convicción. Se entregaría a él mirando al techo, deseando decirle que la estaba embistiendo en vez de hacerle el amor y él la penetraría con redoblado ímpetu mientras ella apretaba los párpados agrandando el abismo hasta acabar fingiendo el orgasmo con tal de que no se sintiera obligado a seguir con aquello y la dejase en paz. No era culpa de Andrés. La culpa era del *moro* Ulises y de todos los que habían estado encima de ella cuando aún era demasiado pequeña para soportar sus cuerpos nauseabundos. El *moro* Ulises fue capaz de transformarla en cualquier mujer que los clientes pudieran desear: recatada, perversa, infantil, fatal, musa o vampiresa. Un buen encaje, zapatos de tacón, medias de liga, el maquillaje adecuado y un abundante relleno en el sujetador podían obrar milagros. Pero al mismo tiempo, todos los que la desearon la incapacitaron también para sentir nada por hombre alguno. Excepto por Nahúm Márquez.

Por la mañana, desayunaron como un matrimonio normalmente aburrido, con la noticia de que, en vista de la nueva recaída del general Franco, el príncipe Juan Carlos asumía la Jefatura interina del Estado. En el cenotafio erigido en memoria de los Caídos se había reunido un numeroso contingente de excombatientes para rezar por la recuperación del Caudillo. Desde el extranjero llegaban voces cada vez más insistentes de que en realidad Franco ya había fallecido y que Carmen Polo se preparaba por si era necesaria una huida repentina. Sin embargo, allí estaba la policía y la mismísima hermana del dictador, Pilar Franco, asegurando que su hermano seguía al pie del cañón. Al atardecer de aquel mismo día, se emitió un comunicado desde El Pardo en el que se informaba de que, en el curso de un proceso gripal, Franco había sufrido una crisis de insuficiencia coronaria, pero que evolucionaba favorablemente.

—Cabrones —murmuró Andrés.

En la ciudad se respiraba, aquellos días, un ambiente extraño que fluctuaba, según las noticias, entre la euforia y la quietud más expectante. Los controles de la policía se hacían más evidentes y los modos más violentos. Cada pocos días había algaradas que nunca acababan pacíficamente: huelgas, manifestaciones y un nerviosismo del que nadie podía sustraerse, solo por el hecho de pasear por las calles. Desde el exilio y la clandestinidad se aconsejaba no hacer nada, suspender cualquier acto o acción prevista para no provocar a la policía. Lo mejor era esperar, cuestión de días o de semanas, a que Franco muriese. En cambio, Andrés se movía a contracorriente de todo el mundo.

Imbuido en un espíritu de lucha por el ambiente de revuelta, se comportaba como un adolescente, insultando a los policías en las manifestaciones, haciendo pintadas nocturnas y repartiendo propaganda.

—Ya no eres un jovencito —le había recriminado Lucía, temiendo las consecuencias de aquella actitud irresponsable, mientras esperaban el metro en el andén desierto de la Gran Vía.

Él observaba la boca negra de la estación. En el reflejo de los raíles se anunciaban las luces del metro acercándose.

—Eres tú la que ha querido regresar —dijo sin mirarla, mientras aumentaba el estruendo metálico del tren entrando en la estación. Los ojos de Andrés querían huir pero no podían.

—No podemos estar huyendo siempre, ¿verdad?

—Te vi anoche, en la cama.

Ella se quedó mirándolo como si fuese un extraño. Subió al metro sola.

—Me alegro de que fingieras estar dormido. Yo finjo también no verte cuando llegas tarde, también finjo que no me doy cuenta de que me rehúyes y de que me engañas con otras —le dijo antes de que las puertas se cerrasen.

—¿Adónde vas?

—A visitar a un viejo preso que es paciente de Octavio.

Lucía observó a su marido en el andén. De repente le pareció un pobre hombre desvalido que se estaba haciendo mayor con dificultades para asimilarlo. No se sentía triste por él, era mucho peor que eso, estaba mortalmente cansada.

Bajó del metro en la parada siguiente y subió las escaleras hacia la calle como si arrastrase una cadena de mil eslabones. Buscó una cabina de teléfono y llamó al despacho de Octavio Cruz.

—Necesito que prepares un encuentro con ese viejo. Cuanto antes.

Cuando la oyó al otro lado de la línea, Octavio supo que algo le pasaba, pero no se atrevió a preguntarle. En la percha del baño todavía colgaba el albornoz que ella se había puesto aquella noche y que él no había vuelto a utilizar. Tuvo la tentación de prevenirla.

—Lucía...

—¿Qué?

Dudó unos segundos, tragando saliva. Si le confiaba su sospecha de que los hombres del *moro* Ulises estaban vigilando su casa desde hacía días, ella volvería a irse y la perdería para siempre.

—Nada, que lo de la entrevista ya está hecho. Lo preparo todo enseguida. Espera un segundo.

Mientras esperaba colgada al teléfono, Lucía notó que se estaba mareando. A veces no distinguía bien los objetos, los veía borrosos o desenfocados y no podía calcular bien a qué distancia se encontraban. Le pasaba cuando un disgusto le subía la tensión. La última vez que estuvo en el hospital le habían dicho que la sangre le llegaba con dificultad al cerebro y que tenía déficit de oxígeno, aunque prefería no pensar en eso. Lo único que podía hacer era buscar un lugar con poca luz, sentarse, tomar algo con azúcar y esperar a que pasase. A través del cristal sucio de la cabina entreveía la fachada de un edificio viejo en cuyos bajos había un bar.

—Perdona la espera. —Octavio Cruz volvió a ponerse al habla—. Tienes hora para mañana. Ve temprano. Te haré llegar la documentación necesaria.

—Muy bien. Ya te contaré qué tal ha ido.

—De acuerdo... Me gustaría saber qué te pasa.

Lucía suspiró contra el auricular. No le apetecía hacerle confidencias a un desconocido por el mero hecho de que un día hubiesen sido amigos.

—Necesito un café muy cargado. Ya hablaremos, Octavio.

Había empezado a llover. Cruzó la calle sosteniendo apenas el equilibrio y se dirigió al bar del chaflán.

El café Tres Gatos era un local estrecho, dominado por la barra que ocupaba casi todo el espacio. Las paredes estaban pintadas de un rojo chillón sobre las que había pintado en negro la silueta del horizonte en París, con la Torre Eiffel, Montparnasse y Notre Dame. Colgaban carteles publicitarios de bebidas y cafés. La clientela era joven y masculina, poco reivindicativa y muy bebedora, a juzgar por las miradas espesas.

Apenas dudó unos segundos en el umbral de la puerta con el paraguas cerrado y la gabardina chorreando. El aire caliente y denso del bar le dio una breve y placentera sensación de alejamiento. Se sentó en una esquina de la barra sin quitarse la gabardina. En la estantería de enfrente, bajo un letrero de Mirinda, había una figura de plástico con tres gatos sentados abrazándose que la miraban. Se le acercó una camarera.

—Le puse al café «Tresgats» por esa figurilla. Me la encontré y pensé que era graciosa. ¿No te parece simpática? He tenido que ponerle la o, «Tresgatos», porque los maderos de ahí enfrente tienen muy mala leche y ya me han denunciado tres o cuatro veces —dijo, señalando el vértice del muro de la comisaría que se veía desde allí. A Lucía se le revolvió el estómago—. Ya veo que tampoco te gusta mucho la policía —sonrió la camarera.

—No mucho.

Se llamaba Clara y era, además de la camarera, la dueña. Miraba desde el interior de la barra con ojillos pardos simpáticos, secándose las manos muy blancas y de dedos finos con un paño de cocina. Reclinó el cuerpo delgado sobre la barra.

—Tienes mala cara.

—Necesito algo de azúcar —dijo Lucía, notando que se mareaba. Apoyó la mano en la barra.

—¿Es por la tensión? Le baja a cualquiera con este tiempo. Hace semanas que no para de llover. Te traigo un café cargado.

Lucía tardó un rato en recomponer las distancias entre sus dedos y las cosas y en dejar de sentir el sudor frío en la nuca, aunque aún pasarían unas horas antes de que se desvaneciese la sensación de que había estado muerta. Siempre que tenía un disgusto le pasaba igual. Y la imagen patética de Andrés en el andén todavía no se había esfumado.

A través de la pared acristalada que tenía delante podía observar el bar sin darse la vuelta. No había música de fondo, tampoco conversaciones altisonantes ni ruido de máquinas o de televisor, y sin embargo, tenía la sensación de que no había silencio en aquel lugar. Era como si la gente se hablase con las miradas o con los gestos. Se dio cuenta de que ella y la dueña eran las únicas mujeres.

—No te preocupes, este es el único sitio lleno de hombres en el que una mujer puede tomarse un café sin que intenten adivinar el color de sus bragas —dijo Clara con una sonrisa equívoca. La miraba sin atisbo de vergüenza o de justificación. Muy al contrario, observaba a Lucía como si bajo su gabardina y su pelo corto reconociese su pasado y eso las convirtiera, de algún modo, en cómplices.

Pero Lucía no sentía esa complicidad. O quizá sí, pero la incomodaba. Buscó la mesa cerca de la puerta para no perder de vista la calle, como si esta pudiese marcharse y dejarla allí. Sabía que Clara estaba examinándola desde la barra, haciéndose preguntas, pero no se atrevía a volverse.

Puso el bolso encima de la mesa, sucia de rodajes de café y pegajosa, y sacó su

paquete de Chester y la fotografía que Nahúm Márquez le regaló pocos días antes de ser ejecutado. Examinó detenidamente su fisonomía. Había sido un militar atractivo de joven, aunque nunca guapo. Le sentaba bien el uniforme de campaña africano y en la foto tenía más pelo de lo que ella recordaba. Nunca supo cuándo se la había hecho, ni en qué país ni en qué guerra, pero de todo aquel tiempo pasado aquella fotografía y el hombre que se la dio era lo único bueno que recordaba.

Al cabo de un buen rato, alzó la mirada y observó la comisaría a través del letrero de cafés Tupinamba pintado en el escaparate del bar. Veía la garita y, en la puerta de hierro, bajo la bandera, al policía que hacía guardia. Se sujetó la muñeca y notó que le temblaba la mano. Tenía miedo, y no había dejado de tenerlo desde que bajó del avión en el Prat. Cuanto más cerca estaba de la calle Imperio y del *moro* Ulises, más miedo sentía de que la sentencia de la antigua insignia de su padre se hiciese realidad: «Espera de otro lo que tú hayas hecho a alguien».

—Qué tontería —se dijo para restarle importancia a esos pensamientos. No podía permitirse tantos movimientos inútiles de la memoria, como otras personas que se perdían en los detalles infinitos e insignificantes de su pasado. Ella debía seleccionar cuidadosamente qué destapaba del polvo y qué no para poder seguir aspirando a una ficción de normalidad.

Con el rabillo del ojo vio acercarse a Clara. Lucía se levantó e intentó esquivarla, pero ella se interpuso en su camino.

Clara la observó con curiosidad y un punto de comicidad maliciosa. Le puso en la mano, acariciándole muy levemente con la punta de una uña pintada de rojo, un trozo de papel cuadriculado donde había escrito su nombre y su número de teléfono.

—Si necesitas más azúcar...

Cuando salió del bar, Lucía cogió el papel y lo tiró a un charco donde pronto se borró lo escrito, aunque no las intenciones. Se concentró de nuevo en el policía que paseaba arriba y abajo haciendo su guardia, sin prestarle atención, y se preguntó si sería capaz de volver a sufrir el calvario que le había hecho pasar el *moro* Ulises.

—Mejor que no te dejes atrapar —se dijo, tocándose la cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara.

Melilla, 1925

El canto del muecín llamando a la oración de la noche desde el minarete de la mezquita, «Alá es grande y Mahoma es su profeta», estremeció a Nahúm Márquez.

Rechazó el cannabis que le ofrecía su compañero de paseo, un gallego como él, también cabo del tabor de regulares, y se encaminó hacia el embarcadero siguiendo la estela de la oración cuyo eco se multiplicaba por las callejas embarradas y las casas de toba encaladas de la ciudadela. En una mano llevaba un ramo de jazmines y romero. Una de las prostitutas que iba con su compañero se ofreció a acompañarlo a las barcazas del amarre. Allí solían tener lugar los encuentros fugaces de las fulanas con los soldados de reemplazo. Nahúm rechazó a la mujer con un gesto hosco y se alejó calle abajo.

Era una noche de calor sofocante.

Pasear solo, aunque fuese tan cerca del cuartel, estaba prohibido. Se decía en los fumaderos y en los garitos del puerto que se preparaba una grande, un desembarco en Alhucemas combinado con los franceses para acabar de una vez por todas con los rifeños de Abdelkrim. La ciudad era un hervidero de rumores, espías y asesinos. Aun así, Nahúm prefería arriesgarse a que un sicario rebelde le intentara rebanar la garganta con tal de no seguir aguantando a su compañero de camareta y la juerga con hachís, vino y prostitutas moras de baja estofa. Buscaba la soledad siempre que podía. No era como los otros jóvenes, llamados a filas desde la Península, que ahogaban el miedo de aquella guerra cruenta con bravuconadas y viviendo como si cada día fuese el último. Estaba tan asustado como cualquiera, pero no se dejaba dominar por ese sentimiento ni lo compartía con otros. No recibía cartas de nadie ni tampoco las escribía, no había una novia de la que hablar ni una familia a la que echar de menos. Estaba solo en el mundo y muy lejos de casa, pero eso no le disgustaba.

El muecín seguía con la oración. Al otro lado de la bahía, la silueta maciza y amenazante del monte Guruguru se elevaba sobre el horizonte sin una sola luz, bajo un cielo despejado y africano lleno de estrellas. En los amarres del puerto se veían las luces de posición de los cruceros franceses y del cañonero *Jaime I*, llegado de Málaga, anclado fuera de la bahía. Todo estaba tranquilo, el agua era una manta sobre la que se reflejaba la luna, el calor era adiposo, enturbiador, y no se veía a nadie. Era fácil cerrar los ojos y dejarse hipnotizar por el canto coránico que despedía el día desde los minaretes. Olió los jazmines y el romero, y después echó las flores al agua. Mientras el ramo desgajado flotaba entre las barcazas, encendió un cigarrillo.

Se cumplían diez años del suicidio de su madre Olimpia.

Desde que el cura de Munxidos se negó a darle sepultura en tierra sacra a su

madre, por suicida, Nahúm había dejado de creer en Dios. Aun así, cada año, estuviera donde estuviera, le echaba un ramo de flores y rezaba algo parecido a una oración por su alma. La enterraron sin lápida ni cruz bajo una roca de su querido acantilado, al que no parecía importarle acoger el cuerpo de una pecadora. Allí iba a verla cada aniversario para sentarse en silencio, como hacía ahora mirando el destello de los barcos. Tuvo también un pensamiento para su padre Nicolás, enterrado unos metros más allá de la madre, también en una tumba anónima, solo que en esa no había nadie: Nicolás se lanzó al océano desde el acantilado poco después de que muriese su mujer, quizá deseando regresar a nado a Cuba. Aunque nunca recuperaron el cuerpo, Nahúm cavó una tumba, no por respeto o cariño, sino para que su madre se sintiera acompañada y creyese que el hombre que descansaba enterrado a su lado era el esposo que siempre imaginó.

Que cuidase una tumba vacía y otra sin bendecir no era la única rareza de aquel muchacho de cuerpo liviano y carácter melancólico que desconocían sus compañeros. Tampoco sabían de su cualidad para detectar las señales de la difteria o del mengue, o con qué rapidez había aprendido de los soldados moros a combatir las fiebres africanas, o a combinar venenos para cauterizar heridas. Y tampoco sabían que tenía pesadillas y se orinaba en la cama. Para ellos no pasaba de ser un muchacho introvertido al que solía verse vagar por el cuartel con la única compañía de un viejo mastín, indiferente a la calima africana, vestido de riguroso uniforme con algún libro de medicina bajo el brazo. Había decidido que iba a ser médico muchos años antes, y la razón de esa decisión irrevocable no tenía nada que ver con el hecho de que la única farmacia de Munxidos hubiese pertenecido a un primo de su padre, con quien se crio después del fatal desenlace de sus progenitores, un hombre demasiado ingenuo, a veces hasta la crueldad. Nahúm decidió hacerse médico para poder comprender las pesadillas que le provocaban irremediablemente la micción incontrolada y nocturna y el mal secreto que llevó a sus padres a suicidarse.

Las pesadillas empezaron poco después de enterrar a Olimpia. A veces soñaba con olas negras y enormes que lo arrasaban todo a su paso; otras, creía que corría perseguido por un monstruo de ojos inyectados en sangre. Intentaba huir, pero no se movía, los pies se alquitranaban y se le pegaban al suelo. Soñaba también que se despeñaba por un abismo sin fin y que gritaba mientras caía, pero el aire le arrancaba su grito y sentía que las tripas se le subían a la cabeza del vértigo. Sin embargo, aunque esas pesadillas le desataban indefectiblemente la vejiga, no eran las peores. Las que lo horrorizaban y lo hacían saltar de la cama despavorido eran las que protagonizaba su madre.

Ella aparecía en un rincón de la casa, sentada en una silla con los brazos caídos a los lados, mirando por la ventana hacia el sol que se ponía. Estaba pálida, recién salida de un baño de hielo, y vestía de negro. Nahúm se quedaba quieto en el sueño; después de un momento de duda, se acercaba y le tocaba el pelo sucio de barro, lleno de ramas y hojas revueltas en sus rizos. Olimpia se volvía poco a poco hacia él para

dejarle ver sus ojos anegados en los que flotaban los peces rojos del río Pensamiento y le sonreía, una sonrisa atroz, desfigurada, de pozo turbio. Entonces, Nahúm gritaba y trataba de huir, pero sentía la mano de su madre trayéndolo hacia ella, mientras emitía un sonido líquido, parecido al canto de las sirenas que enloquecía a los marineros cerca de los arrecifes.

Despertaba gritando y sentado en el colchón meado de la cama.

Tardaría toda una vida en entender qué significaban aquellas pesadillas. Y la respuesta no la encontraría en aquellos libros que su joven inteligencia devoraba con fruición pero sin provecho, sino que le llegaría mucho después, en el albor de su propia muerte, cuando el verdugo lo sentó en la silla del garrote un amanecer que nevaba. Pero todavía faltaban años para ese amanecer, y ahora, la noche de calor asfixiante de Melilla le traía los olores especiados del mercado del casco viejo y el silencio expectante del puerto mientras el muecín apagaba su canto. Pronto sonaría el toque de queda y todos los soldados deberían estar acuartelados. Se decía que el coronel Franco y el mismísimo Primo de Rivera iban a pasar revista a las tropas a la mañana siguiente.

Aquella guerra iba de verdad. Habría tiros y muertos, mutilados y miseria. Y él estaría en medio de todo eso.

La guerra de África era, en Muxidos, poco más que un rumor lejano, como el océano que se abría en la costa. Se sabía que existía, pero que nunca llegarían las olas al pueblo. Nadie sabía, ni quería saber, nada de la guerra. La guerra era el juego preferido de los críos, cosas que se pasan cuando uno se hace mayor. Los más pequeños del pueblo asaltaban el puente de piedra, representando ser romanos vestidos con capas de trapo, lanzas hechas con ramas y, los más espabilados, con tirachinas. Los otros eran los cartaginenses, y montados en un viejo borrico con dos escobas atadas al morro, como si fuese el elefante de Aníbal, defendían la posición. Eso era la guerra, rasguños y magulladuras, alguna pedrada perdida y poco más. En la capital se hablaba de muertos, de moros, de tanques y aviones, uniformes y máquinas que apenas algunos habían visto dibujados en alguna revista, y cuando un avión sobrevolaba el cielo de Muxidos, demasiado alto como para ver la bandera de sus alas, todos corrían a la calle y especulaban si era de los buenos o de los malos, sin que nadie tuviera muy claro quién era quién. Pero los aviones pasaban siempre de largo, hacia La Coruña o hacia Oviedo.

Así que cuando llegaron a avisar a Nahúm de que los reclutadores estaban en el pueblo, no dejó de ordenar las estanterías de la trastienda con despreocupación, subido en la escalera de madera en precario equilibrio con un recipiente de porcelana en una mano y un poco de madreSelva en la otra. Solo pensaba en cerrar la farmacia esa tarde e irse al meandro a pescar esos peces rojos que tantas pesadillas le causaban. A ver si los pescaba todos y así dejaba de mearse en la cama.

Era un día caluroso, la sábana, mojada durante la noche, se secaba de la cuerda que tenían puesta entre las higueras, detrás de la casa. El perro se mordía los cuartos traseros, desesperado por quitarse las garrapatas.

Cuando llegó el reclutador, Nahúm lo miró con extrañeza.

—¿Nahúm Márquez? Queda usted obligado a incorporarse a filas en el plazo de tres días. Aquí tiene el billete para La Coruña. Preséntese en la comandancia del puerto y allí se dispondrá de usted.

Nahúm fue a contestar, pero ya no tuvo tiempo. Era demasiado tarde. La guerra estaba allí, metida en su patio, en su vida, para no irse nunca jamás.

Así había ido a parar al norte de África, a una ciudad que le era extraña, desordenada y confusa como cualquier frontera.

Entrecerró los párpados y examinó la lejana y amenazante presencia del monte donde se escondían los cabileños. Sintió miedo. Quizá ya no volvería de esa masa compacta y oscura. Se echó al hombro la guerrera con los galones de cabo y miró una última vez el ramo de flores ya desperdigadas sobre el agua aceitosa del puerto.

Cuando se encaminaba hacia la calle del cuartel, alguien le salió al paso, como por casualidad.

—Buenas noches. —El desconocido saludó quitándose la gorra de paño azul para echarse el flequillo negro hacia atrás. El resto de la cabeza estaba afeitada.

—A la orden, mi capitán —saludó Nahúm Márquez, cuadrándose.

—Hace un calor de mil demonios —murmuró, mientras se secaba el sudor del cuello enrojado con un pañuelo. Lucía la indumentaria de los regimientos rifeños y le sonrió mostrando una dentadura blanquísima. Se caló la gorra con las estrellas y, sin perder la sonrisa, le preguntó a Nahúm dónde estaba su acompañante. El toque de queda estaba al caer.

Nahúm se sintió fascinado por el oficial de la gorra y la casaca de paño azul. Era esbelto y el uniforme le encajaba de maravilla con sus ojos verdes y el fino bigote de galán. Los galones brillaban en las bocamangas de la guerrera, cruzada por un cinto de cuero negro que sujetaba la cartuchería. Llevaba abrochados todos los botones dorados hasta el mismísimo cuello sin solapas y por debajo asomaba una impoluta camisa blanca, tan reluciente como las botas negras de caña alta que remataban sus pantalones bombachos, sin rastro de polvo. Hablaba con suavidad, modulando la voz y escogiendo bien las palabras, aunque no podía disimular su acento norteafricano. Nahúm miró sus manos, la izquierda en la hebilla y la derecha sujetando unos guantes de piel. Eran duras.

—O desconoce las ordenanzas militares o se las pasa por el forro. En ambos casos, es una insensatez andar por ahí solo.

Nahúm notó que la sangre se le agolpaba en la nuca y en las exiguas mejillas. Al oficial no le pasó inadvertida la turbación del muchacho y comprendió al instante que

no era uno de aquellos soldados reenganchados y puteros con los que estaba acostumbrado a tratar. Este era un recién llegado, un perro al que amaestrar, alguien que podía serle de provecho. Con desenfado, como quien no quería, soltó una risotada y, mirándolo con fijeza, le dijo:

—O a lo mejor estás pensando en desertar. Si es eso, agárrate los huevos porque en los regulares tratamos mejor a los perros de Abdelkrim que a los desertores.

Nahúm llevaba el tiempo suficiente en Melilla para saber que muchos habían acabado fusilados en la tapia del cementerio —se preguntaba por qué los fusilamientos que tantas veces vería en los años venideros se hacían en las tapias de los cementerios— sin mayor motivo que el hecho de que una guerra reclama sus mártires, como su cuota de cobardes, héroes y traidores.

Se justificó con ojos de animal acorralado, atento a cualquier signo amenazante. No iba a desertar, solo estaba paseando, no soportaba a su compañero de paseo, eso era todo. No era un traidor.

—Veremos... Vente conmigo —le ordenó el oficial con las manos a la espalda. Lo miraba con severidad, pero la sonrisa no se había borrado de su cara.

A Nahúm le vino la fatalidad del gallego. Asumió que aquello solo podía acabarse en El Morro, la prisión militar, por más que intentase explicarle a aquel oficial con pinta de aristócrata del Rif, de moro españolizado, que se le había ido la hora pensando en el suicidio de su madre y en pesadillas con peces rojos. Sin embargo, el oficial pasó de largo ante la puerta del cuartel, saludó con desgana al soldado de la garita y, sin transición ni mediar palabras, se hizo seguir por Nahúm hacia el peligroso barrio viejo.

El casco antiguo era, a partir del toque de queda, un lugar desierto en el que las calles sin nombre ni orden, estrechas y empinadas, desorientaban a quien no estuviese muy acostumbrado a andar por ellas en la oscuridad de la noche. En esa parte de la ciudad no había retenes ni patrullas. El olor era el más eficaz de los guardianes. Solo las moscas, centenares, parecían no necesitar un pañuelo empapado en alcohol o una mascarilla para entrar. Olía como un matadero donde las terneras se habían podrido colgadas de los ganchos al sol.

Acortaron camino por la antigua iglesia, que se había convertido en un laberinto de agujeros y cascotes bajo una nave central sin techo ni presbiterio. Nahúm observó de reojo, sin perder el paso del oficial, las capillas laterales, consagradas antiguamente a los santos patronos y que eran ahora dormitorios más o menos acogedores para mendigos y marginales de todas las razas. Algunos tenían mantas viejas que defendían como perros hambrientos rabiosos, otros dormían sobre los cadáveres más ilustres de la ciudad, ya que el suelo de la iglesia era en realidad un campo santo donde habían recibido sepultura obispos y hombres notables. Una mujer con los pechos al aire yacía con un soldado, con los pantalones bajados hasta las

rodillas, sobre la lápida de un obispo Gutiérrez muerto en 1889, y un mendigo con sífilis orinaba en la lápida del honorable Horacio Tres Puertas, alcalde de la ciudad fallecido en 1900.

El oficial le dijo que se pegase a la pared y que anduviese deprisa. No parecía asustado, pero su voz resonó en la oquedad como una advertencia.

—Si alguno de esta escoria te echa mano, métele la bayoneta entre las costillas —dijo. Él había desenfundado su pistola.

No fue necesario. Ganaron el otro lado de la calle y, sin detener el paso, rápido pero sin premura, seguro de adónde iba, el oficial respiró aliviado de nuevo al ver el cielo raso y la luna que alumbraba con suavidad los adoquines del suelo y las fachadas encaladas. Nahúm abrió mucho la boca, respirando el aire pegajoso de la noche, para borrar el sabor de excrementos que se le había incrustado en la garganta.

Anduvieron un poco más, arriba, abajo, giraron y volvieron a girar. A Nahúm le parecía que a veces pasaban por el mismo sitio dando rodeos, como si el capitán quisiera desorientarlo todavía más.

—Ya hemos llegado —dijo, al fin, parándose en una esquina desde la que, quedando ambos en la penumbra, podía verse, al otro lado de la calle, lo que parecía una taberna o un garito de alterne. Dos soldados custodiaban con aire poco marcial la entrada. Fumaban con los fusiles apoyados en la pared.

El capitán de regulares ya no sonreía y su expresión era dura, de cazador que acecha a la presa. Consultó su reloj de pulsera. Eran las diez y media. Según le expuso con absoluta frialdad a Nahúm, la situación era la siguiente: hacía treinta minutos que tenía que estar en su camareta. Si ahora se iba y lo dejaba allí solo, tardaría al menos otros treinta en volver al cuartel, eso si encontraba pronto el camino y no le rebanaba el cuello algún moro cabrón o un legionario borracho. En cualquier caso, al menos tardaría una hora. Faltar del cuartel una hora después del toque de queda era considerado como desertión.

—¿Sabes lo que significa eso?

No contestó. Se limitó a asentir cuando el capitán se tocó la cartuchera de cuero por la que asomaba la empuñadura de su pistola. Según el reglamento, el oficial podía arrestarlo en aquel instante y someterlo a juicio militar. También podía asesinarlo allí mismo y luego decir que el cabo había intentado escapar al verse sorprendido. Nahúm estaba bien jodido, como le hizo ver.

—Pero hay otra opción, siempre la hay —dijo. Señaló a los dos soldados que custodiaban la puerta del garito al otro lado de la calle.

Solo tenía que entrar allí, buscar a una mora que se hacía llamar Iziquel y traerle lo que ella le daría. Así quedaban en paz.

—Les dices a esos animales de la puerta que vienes de parte del *moro* Ulises o no te dejan entrar. Y a la morena, lo mismo, que te mando yo por el paquete de hoy. Está muy buena, pero ni se te ocurra follártela, no hay tiempo. Te doy diez minutos. ¿A qué estás esperando? El reloj ya cuenta.

Nahúm cruzó la calle y fue hacia los soldados, que se pusieron tensos al verlo. Quería volver a tener frío por las noches y sentir la humedad del Atlántico, quería irse a casa con sus pesadillas y sus sábanas mojadas, pensó mientras les daba la contraseña. Los dos soldados intercambiaron una mirada incómoda.

—Venga, pasa —dijo uno.

Era un lugar pequeño, de luces tenues para disimular las caras y los defectos, mesitas bajas con taburetes, tapicería morada con flecos en las paredes, alfombras baratas en el suelo y música de bolero, «que se note que esto es suelo patrio», dijo uno con la muerte tatuada en el antebrazo. Mirase donde mirase, adivinaba ojos que lo escudriñaban a través del humo espeso del hachís, ojos que lo delataban como intruso, desconfianza en los clientes habituales, codicia en las chicas de la barra. Tenía que salir de allí cuanto antes.

En una esquina vio a un hombre de mediana edad, un poco calvo. Llevaba puesta una chaqueta gris desgastada de piloto abrochada hasta el cuello y su pistola en bandolera. Estaba bebiendo con varias mujeres y con un grupo jovial de jóvenes que desprendían un olor penetrante de aceite y de queroseno. Todos parecían pasarlo en grande. Al pasar junto a ellos, Nahúm se maravilló al reconocer al que parecía llevar la voz cantante. Era el hermano de Franco, el piloto del Plus Ultra. Recordaba haberlo visto en una revista con las gafas redondas ya puestas y la capucha de cuero abrochada, posando con agilidad en la escalerilla de la cabina. Las mujeres lo besaban riéndose y por un momento la guerra pareció divertida, una aventura.

Una de las prostitutas se fijó en Nahúm con más atención. Se separó de los otros y se acercó. Nahúm sintió el aliento del hachís y el alcohol en su cara cuando le preguntó si se había perdido. Era un animal exótico, una piel morena y unos ojos profundos que no hacían concesiones a los débiles ni a los pusilánimes. Cuerpo duro como la mojama.

—Busco a Iziqel. Vengo de parte del *moro* Ulises.

—El puto *moro* —dijo ella, soltando una carcajada y mirando a Nahúm con aire entre despectivo y curioso. Ella era Iziqel.

Pasaron a la trastienda y, de entre unas cajas de cerveza, la mujer sacó un paquete del tamaño de un ladrillo envuelto en papel de *La Vanguardia*. Nahúm reconoció, en la fotografía de la página, la cara de Primo de Rivera. Era absurdo, claro, pero ver una cara familiar le hizo sentirse más cerca de casa. Iziqel le pasó el paquete y volvió a mirarlo con sus ojos negros, muy adentro y muy cerca, con los pezones rozándole el brazo.

—¿Cómo te ha atrapado a ti? —le preguntó con un tono de complicidad que a Nahúm lo desconcertó. Era evidente que estaba borracha, o drogada, o ambas cosas.

—¿Quién no lo está en estos tiempos?...

No esperó a que le respondiera.

Mientras Iziqel se ponía de rodillas y le desabrochaba los botones de la bragueta sin que él supiera qué hacer, la mora dijo que Ulises siempre conseguía de sí mismo y

de los demás cuanto se proponía, y que era como el reflejo en una habitación llena de espejos: se escurría y se escondía multiplicándose, idéntico y distinto, hasta volverse irreal, pero ni uno solo de sus pensamientos o de sus sentimientos le pertenecerían jamás.

—¿De dónde eres?

—Del norte.

—El norte es muy grande.

—Gallego.

—Me gustas, gallego. Ten cuidado con el *moro* Ulises.

Y se metió el pene erecto en la boca. Nahúm fue a decir que no tenía tiempo, pero ella lo apuntó con un dedo mientras con la otra mano le aferraba la entrepierna.

—Es un regalo, gallego, estamos en guerra y mañana puedes estar en una caja de pino.

Centro psiquiátrico penitenciario de Barcelona, 5 de octubre de 1975

Un guardia la enfocó con el reflector de la garita y ella se quedó en medio de la acera sin moverse. Bajo esa intensa luz, con el cuello de la gabardina alzado y el paraguas escupiendo la lluvia sobre las hombreras, el guardia tenía un aspecto terrorífico. Lucía abría y cerraba los ojos como si quisiera enfocar correctamente la visión.

—Oiga, señora, ¿qué hace aquí?

—Tengo un pase —dijo ella.

Lo tenía. Octavio Cruz se lo había extendido.

El guardia alumbró con la linterna el permiso y luego a Lucía. Emitió un gruñido reprobatorio. No eran horas de visita. La miró con curiosidad fría y algo cínica. Al cabo de unos segundos, alzó la punta del fusil y señaló el chaflán de más arriba. Una luz anaranjada resaltaba en los bajos del muro.

—Todavía no está abierta la puerta, y la cola está en el otro lado. No se quede ahí parada. No se puede estar en la acera, así que circule.

«Necesito azúcar», se escuchó a sí misma, sin saber en realidad de dónde había salido esa voz. Estaba amaneciendo y el contorno de los edificios iba concretándose bajo un cielo sucio y un tiempo desapacible. En la puerta de la prisión empezaba a haber cola para entrar. Alguno, por la vestimenta, debía de ser abogado. Pensó en Andrés.

Quizá ni siquiera la echaba de menos. Lo oyó llegar muy de madrugada oliendo a perfume juvenil. No quería reconocerlo, pero pensar que se había buscado una amante la molestaba. Lo echaba de menos, o quizá no era a él a quien extrañaba, sino que era la sensación de sentirse sola lo que la inquietaba.

La calle empezaba a animarse como un gigante que se despereza y en el primer bostezo hace temblar todo. Cada vez más ruido, más coches, más gente y más prisa. Pero la puerta de la prisión seguía todavía cerrada, con la cola resignada de gente esperando a que se abriera. Lucía se colocó detrás de una señora mayor que se volvió para saludarla y decirle que venía a visitar a su hijo, un buen muchacho con mala suerte. Se le ocurrió que las cárceles estaban llenas de mala suerte y de colas con madres voluntariamente ingenuas. Diez minutos después, la cola empezó a moverse. Las puertas abiertas de la cárcel eran fauces negras que se tragaban a la gente.

Cuando le llegó el turno y le mostró el pase al funcionario, este lo estudió con detenimiento. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa, levantando el mentón para observarla. Recelaba, y Lucía empezaba a inquietarse, aunque procuraba no mirarlo y se secaba la palma de la mano en la gabardina con disimulo.

—Esto no es lo corriente. Este tipo de visitas se concierta con antelación —dijo el funcionario, como si pretendiese que le diese una explicación plausible para alterar su

rutina.

Pero Lucía se limitó a encogerse de hombros aparentando indiferencia y repitió como un loro lo que había estado ensayando en silencio un minuto antes.

—No sé. A mí me mandan de la revista *Nuevo Horizonte* para hacer un reportaje a las hermanas de la Sagrada Piedad.

La coartada se la había proporcionado Octavio Cruz, lo mismo que el pase y la cédula falsa. No había entendido en ese momento por qué tantas precauciones, ya que estaba segura de que nadie se acordaba de ella, y mucho menos de Juan de Dios, su padre. Pero, extrañamente, Octavio había insistido mucho en que ocultase su verdadera identidad, y ahora Lucía empezaba a comprender que no le faltaba razón. La justicia, como la policía, era lenta pero implacable, y nunca olvidaba.

El funcionario hizo una llamada, sin dejar de vigilarla. Detrás de ella, la cola se iba haciendo mayor y los guardias de la puerta lo apremiaban, pero el funcionario esperó hieráticamente la respuesta. Lucía escuchó una voz de mujer al otro lado de la línea. El funcionario colgó. Volvió a examinarla detenidamente, como si en el fondo de su tosca inteligencia quedara una reminiscencia de duda que no supo articular.

Ojalá Octavio no la hubiese llamado, pensó en aquel instante Lucía. Podía haberse quedado en Viena con su marido y su matrimonio plácido, y sus amigos convenientes y poco entrometidos. De pronto comprendía lo absurdo de haber abandonado su vida sin aristas aparentes para volver a esta cadena de sensaciones y recuerdos que la arrastraba por el cuello al infierno. ¿Qué ocurriría ahora si alguien descubría su identidad verdadera?

—Segunda puerta a la derecha —dijo, al fin, el funcionario, devolviéndole el pase y la cédula falsa.

Y el portón interior de la cárcel se abrió pesadamente para ella.

Al pasar al interior del vestíbulo embaldosado tuvo la percepción de que la atmósfera era distinta a la del otro lado. Todo, ella misma, parecía debilitarse por el extraño influjo de una tristeza contenida. «El primer espacio simbólico de la cárcel es la celda», le había dicho Octavio para advertirla, y eso era lo que esperaba encontrar: celdas, rejas herrumbrosas, puertas de goznes chirriantes, guardias malcarados, gritos que sobrecogiesen el ánimo. Sin embargo, comprendía ahora que la cárcel como concepto no tiene nada que ver con la realidad.

Lo primero en llamar su atención fue el olor de lejía bajo el que adivinaba las inmundicias mal disimuladas de los pasillos, y luego el brillo monótono de los fluorescentes, como la luminosidad de un día de niebla.

La recibió una monja de hábito negro y mandil gris. Era muy alta, de aspecto rudo, y al presentarse su voz sonó con gravedad.

—Soy sor Amparo. El doctor Cruz me ha pedido que la atienda en cuanto me sea posible.

Lucía no sabía exactamente qué era lo que Octavio Cruz le había contado a la monja, de modo que tanteó el terreno.

—Sí, lo siento. Pero es que no es fácil decidirse.

La monja apenas le ofrecía el perfil de sus cejas pobladas y de los pelos de la nariz aguileña.

—No nos comemos a nadie —fue cuanto dijo.

Atravesaron varias cancelas hasta llegar a la entrada del ala este. A lado y lado de la galería estaban las celdas, y los internos se asomaban por las mirillas de las puertas metálicas pintadas de gris cuando escuchaban a la monja haciendo sonar su manojó de llaves, observándolas con odio sordo, como el murmullo de un río subterráneo. Cada vez que una puerta se abría y se cerraba tras ella, Lucía notaba que la sensación de debilidad iba a más, como si estuviese más cerca del centro mismo del que emanaba esa tristeza, un centro que parecía atraerla como un imán.

—Aquí hace frío —murmuró, refiriéndose más a lo inhóspito del silencio que a la temperatura real, pero la monja la entendió mal e hizo un gesto de afirmación.

—Es un edificio demasiado grande y antiguo y la caldera no da abasto. Hemos pedido que la cambien, pero nos dicen que no hay presupuesto. Quizá usted pueda hacer alguna referencia en su artículo. Una crítica periodística vale más que mil solicitudes burocráticas. Porque ha venido para eso, supongo, para hacer un artículo sobre Liviano...

Eso era lo que Octavio Cruz le había dicho para no levantar sospechas si ella decidía volver más veces.

No hubo más palabras. Era difícil seguir el paso de sor Amparo, rítmico y firme, retumbando por los pasillos desiertos, seguida de cerca por el taconeo de los pasos cortos y precipitados de Lucía. En algún momento, detrás de alguna puerta, la atmósfera cambió. En esta parte olía a pinturas y disolventes, y la luz que se reflejaba sobre la pared era nítida y venía del patio exterior. Se escuchaba el rumor de las cotorras.

Lucía giró la vista, contrastando aquella zona con el desierto que acababa de atravesar. Luego se volvió hacia la monja y pareció interrogarla en silencio. Sor Amparo apartó las dos hebras de cabello gris que le caían en la frente por debajo de la cofia y sonrió.

—Esta es la parte más soleada del ala este, se ve el patio, incluso si se asoma al alféizar se adivina un poco la calle. A veces los internos echan migajas de pan por la ventana y se llena todo de gorriones, y en verano, las puestas de sol son preciosas. Liviano es nuestro interno más veterano, y este rincón es lo más parecido a la normalidad que podemos ofrecerle.

—¿Qué clase de enfermo es? —preguntó Lucía.

Sor Amparo pareció dudar un momento. Luego se encogió de hombros.

Durante los primeros años de preso, Liviano prácticamente no hablaba. Al principio pensaron que era sordomudo, pero un reconocimiento médico aclaró que la ausencia de ruido en su interior era voluntaria y no clínica. Con el tiempo, y a fuerza de paciencia, la monja fue consiguiendo que pronunciase siquiera algún balbuceo. De

ese modo interpretaba si tenía frío, calor, hambre, sueño o dolor. Solo muy de vez en cuando, Liviano abandonaba ese mutismo, y cuando lo hacía gritaba desgarradoramente y se retorció hasta hacerse sangre con las correas, sin que nadie supiera qué o quién le quemaba de ese modo tan atroz las entrañas. Sor Amparo, que era una mujer entera, acostumbrada a convivir con las esquinas de la razón, se desarmaba de pena y desesperación cuando lo veía sufrir de esa manera. Trataba de ayudarlo con palabras dulces, pero Liviano negaba con la cabeza, mirándola con las pupilas dilatadas y errantes, vertiendo mocos y saliva por la nariz y la boca.

Sor Amparo recordaba con pesar aquellos primeros tiempos tan duros. Luego las cosas habían mejorado, aunque con él nunca se sabía. Qué tipo de enfermo era, le preguntaba aquella desconocida, como si fuese sencillo catalogarlo...

—Desde luego, no uno de manual, aunque tampoco un personaje de novela.

Al final de la galería, se detuvieron ante una celda. Tenía el pestillo bajado pero sin la vuelta de llave en la cerradura. Al abrirse la puerta, una luminiscencia ambarina salió del interior. Lucía vio a Liviano. Encorvado ante el caballete, movía con destreza el pincel sobre el contorno de unos ojos cuya mirada aún no se adivinaba.

Liviano venteó el aire como un perro de caza. Sorteando los olores de pinturas y disolventes, llegaba hasta su nariz afilada la frescura del romero que había inundado la celda. El olor del romero, como el del jazmín, estaba tatuado en su memoria.

—¿Ha cambiado el perfume, hermana? —preguntó sin volverse.

—No soy yo la que lo usa. Ha venido a verte la mujer de la que te habló el doctor Cruz —le aclaró sor Amparo.

Lucía se sorprendió al comprobar que la monja y su paciente habían estado hablando de ella.

Liviano inclinó levemente el cuello hacia atrás, mirando de soslayo a Lucía y enderezándose de nuevo sobre el lienzo que estaba pintando. Había pasado demasiado tiempo, muchos calendarios tachados, para recordar la última visita de una mujer hermosa. De hecho, no recordaba ninguna aparte de sor Amparo, y la hermana no le estremecía las carnes por su belleza. Además, no le gustaba conocer gente, luego había que despedirse, y a la larga olvidarla, y eso siempre costaba pesadillas, lamentos y penas que era mejor evitarse.

—Váyase —conminó a Lucía, concentrándose de nuevo en la pintura del caballete.

—Pero si exigiste que viniese a verte —intervino sor Amparo, deseosa, sin embargo, de que el cambio de opinión de Liviano fuese definitivo. Aunque ella no podía obligar a la invitada del nuevo director a marcharse, con gusto la habría acompañado hasta la puerta si Liviano persistía en su negativa.

—El doctor Cruz cree que puedo ayudarle —terció Lucía.

Liviano se volvió despacio hacia ella y, sin levantarse del taburete desde el que pintaba, la escrutó trasponiendo una mirada encima de otra como si la viese a la vez por dentro y por fuera, moviendo un poco sus ojos agrietados bajo los párpados, con

frialdad. Lucía se sintió pequeña y cobarde.

—¿Y qué ayuda es esa? No la conozco.

Lucía respiró hondo. Tampoco ella lo reconocía, aunque había algo familiar en él.

—Esa mujer que está pintando es Amelia Quiroga, ¿verdad? Mi padre guardaba todos los recortes de prensa en los que hablaban de ella. Era muy hermosa.

Liviano ladeó un poco la cabeza y la miró de reojo, sonriendo. Se levantó con parsimonia, dio dos pasos al frente y se situó delante de la mujer. Lucía podía escuchar, casi tocar debajo de la piel arrugada y oscura, el corazón cansado del viejo, el latido de un elefante enfermo caminando al cementerio de los antepasados, y no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos.

Nunca había visto unos ojos como aquellos. Su mirada era como una de esas raras ocasiones en las que había visto juntarse los horizontes del cielo y de la tierra en un crepúsculo perfecto. Entraban ganas de sentarse frente a esos ojos sin pensar en nada, extasiada. Pero también eran tenebrosamente jaspeados, amenazantes y apasionados; azogue que fulgía o se apagaba según le daba en la cara la luz.

—¿Cómo se hizo esto? —le preguntó el viejo elefante, tiñéndole la cicatriz con el dedo manchado de pintura.

—Tuve un accidente de joven.

Liviano no la creyó. Aún era capaz de reconocer la mentira. Fuese como fuese, no tenía miedo de ella ni le molestaba su compañía.

—Puede quedarse, si quiere. Alfredo y yo estamos un poco aburridos. Y a la hermana no le importará dejar de espiarme durante un rato.

Sor Amparo obedeció con evidente disgusto. Cuando salió y cerró la puerta tras de sí, Lucía miró con desvalimiento a su alrededor.

No era así como se había imaginado la celda de Liviano: sin paredes acolchadas, ni un camastro metálico con correajes de cuero, o una bombilla desnuda balanceándose en el techo, parecía más el desordenado taller de un pintor. Por todas partes, pinceles, aguarrás, espátulas, telas por desembalar, las cuatro paredes llenas de bocetos clavados con chinchetas y de salpicaduras de pintura, sobre la cama varios libros sobre pintores clásicos, y asomando por debajo de los flecos de la colcha, un ratón que la miraba con descaro.

—Yo soy de una raza lluviosa, como usted —dijo Liviano al cabo de un minuto, dejando de prestarle atención. El ratón correteó hasta él y le subió por la pernera del pijama. Liviano lo alzó en la palma de la mano y le acarició el hocico—. Se llama Alfredo. Es mi único amigo. ¿Usted tiene amigos?

Lucía miró por la pequeña ventana de la celda. Pronto volvería a llover. En la alambrada del muro, una paloma callejera se había quedado enredada y había muerto, aunque por efecto del viento sus alas seguían moviéndose.

—Los necesarios.

—¿Y cuántos considera necesarios?

—Puede que ninguno. ¿A qué se refiere con eso de la raza de lluvia?

Liviano estaba ahora junto a la ventana, observando las nubes espesas que sorteaban el muro de su prisión y que poco a poco iban tapando el cielo.

—Trae la lluvia consigo, es su traje. Ha mudado de cuerpo, pero sigue llevando el mismo vestido. Igual que yo. Llevo una nube encima, y a donde voy me sigue como la sombra de mi tristeza. Igual que a usted. Llenaríamos un océano si nos juntásemos.

—Vaya, no hubiese dicho que doy una imagen tan patética —dijo Lucía con un tono demasiado alegre como para disimular la ironía.

Liviano no contestó. Le daba ahora la espalda, extasiado en la contemplación del patio. Los recuerdos se distinguían nítidamente en sus ojos, como simas en cuyo fondo se mecía algún mar de color vainilla.

En cierta ocasión había estado toda la noche pintando. Por la mañana, cuando sor Amparo entró a buscarlo para el desayuno, el vapor de la pintura humedeció sus ojos tan pronto abrió la puerta. Toda la celda, desde el techo al suelo, rezumaba pintura fresca de un azul abismal. Él le gritó al verla entrar y corrió a cerrar la puerta. Dijo temer que aquel océano pintado durante la noche se desbordase de las paredes e inundase los pasillos. Al entrar Lucía en la celda, había tenido la misma sensación, como una fotografía quemada por el paso del tiempo:

Treinta años atrás, en el puerto. Un cadáver inflado por el agua al que le faltaba un zapato, encima de una tarima. El muerto miraba con los ojos en blanco y la boca abierta al cielo nublado. Empezaba a llover, como si las nubes quisieran darle de beber al ahogado. Una niña junto a unos toneles de madera observando a un policía con la pistola en la mano que amenazaba a la gente que le gritaba: «¡Asesino!». Pero había alguien entre el tumulto que no gritaba al policía, sino que miraba a la niña muy fijamente.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, señorita? —le preguntó sorprendidamente Liviano.

Lucía se estaba mareando otra vez, buscó a tientas en el bolsillo del vestido el azúcar que siempre guardaba y se apartó a una esquina para tomárselo apoyada en la pared.

—El doctor Cruz tiene dudas sobre su identidad, es posible que usted no debiera estar aquí, y me ha pedido que lo averigüe.

—¿Y cómo piensa hacerlo? ¿Trepanándome el cerebro?

—No, por Dios. Conocí a una persona en el pasado que podría parecerse mucho a usted, de seguir con vida.

—Esa persona... ¿era buena? —le preguntó Liviano, acercándose a la pila en la que lavaba sus pinceles. Llenó un vaso limpio de agua del grifo y se lo ofreció a Lucía, que empezaba a sudar. Luego apartó unos botes de pintura del único taburete y la hizo sentar.

Aquel gesto le pareció a Lucía demasiado real en un sitio así, con el viejo que la miraba medio ido debajo de un abrigo astroso. Pero no era capaz de pensar en otra cosa que en la tensión baja y los grumos de azúcar deshaciéndose en su lengua. Cuando sentía ansiedad solo podía pensar en el azúcar y en la tensión baja, en los

colores de la pared o en la hormiga que se movía desorientada entre las baldosas del suelo. Su mente huía de lo inevitable cuanto podía, aunque al final tuviese que pararse.

—Sí, creo que el doctor Nahúm Márquez era buena persona, aunque a veces las personas hacen cosas que no esperamos —dijo, bebiendo el agua con ansiedad.

—Así se llamaba ese hombre, Nahúm Márquez.

—Así es. Mire, es este. —Le mostró la fotografía del joven militar en uniforme africano—. La tarde que murió mi padre, ese hombre me salvó la vida. Luego, mientras esperaba en la cárcel a que lo ajusticiaran, me regaló esta fotografía antigua, haciéndome prometerle que nunca lo olvidaría.

Liviano miró la fotografía con recelo. Después fue a sentarse en la pared opuesta. Con los dedos delgados y manchados de pintura, estiraba de cada hilo hasta sacarlo de la bocamanga del chaquetón que llevaba puesto encima del pijama. Una vez arrancado lo dejaba en su otra mano y repetía la misma operación hasta que tenía suficientes para hacer un ovillo que guardaba en la chaqueta del pijama.

Lucía dudó un momento, pero acabó preguntándole.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —Le preguntaba el de verdad, como si Liviano no fuese más que una prenda de vestir igual que el pijama o el abrigo.

El viejo se estiró en el suelo mirando al techo con una sonrisa de imbecilidad, como si esa pregunta lo hubiese desorientado. Lucía negó con la cabeza. Ese no podía ser el hombre que ella vio morir en el garrote. «Los muertos no cumplen años», se dijo.

—¿Se llama usted Nahúm Márquez? —insistió una vez más, solo para oírlo negarlo.

Liviano pareció recapacitar. A pesar de que intentaba recordar, solo veía a una niña sin rostro y el sabor de unos labios fríos y rotos rozando su boca. Y la niña que lo besó aquella tarde bien podía ser esta mujer de ahora o cualquier otra. Se volvió hacia la pared ocultando el rostro. Quiso huir de la mirada de ella, pero no pudo, Lucía lo seguía con los ojos, sin moverse.

—¿Por qué se hace pasar por un hombre que murió en 1945? ¿Por qué guarda noticias sobre mi padre? ¿Por qué pinta a Amelia Quiroga? ¿La conoció?

Liviano se puso rígido y empezó a balancearse haciéndose un ovillo.

—Nahúm Márquez amaba a Amelia Quiroga —balbuceó.

—No. Nahúm Márquez asesinó a la señora Quiroga y por ello lo ejecutaron en el garrote vil el 20 de noviembre de 1945.

Entonces, Liviano hizo aquello.

Echó hacia atrás el tronco y después se golpeó la frente con un golpe seco y brutal contra la pared. Y aún lo repitió una vez más antes de que Lucía consiguiese agarrarlo por los hombros mientras pedía auxilio a gritos. Liviano se volvió un momento hacia ella y balbuceó algo escupiendo sangre. Algo que la dejó paralizada.

Una maraña de manos y brazos la arrancó del cuerpo del viejo, que sangraba

abundantemente por una brecha abierta en la cabeza. Aturdida, escuchó las recriminaciones de sor Amparo y las órdenes de los enfermeros que forcejeaban con Liviano y lo sacaban en volandas de la celda.

—Señora, ¿está bien? ¿Le ha hecho daño?

Lucía se miró las manos manchadas de sangre, lo mismo que el regazo y el cuello. No era sangre suya, era de Liviano. Tranquilizó al enfermero, que la ayudó a ponerse en pie.

Las piernas le temblaron, no por lo que acababa de hacer Liviano, sino por lo que acababa de decirle justo antes de que entrasen los enfermeros: «*Ab alio spectes alteri quod feceris*». «Espera de otro lo que tú hayas hecho a alguien». Y lo repitió aún dos veces en voz baja, como si una gran maldición hubiese caído sobre ella.

La Casa de Las Ceibas, Sitges, 1940

Nahúm Márquez se observó de cuerpo entero en el espejo del armario, al contraluz de la bombilla. Se sentía incómodo y no lo disimulaba.

—Solo es una montería, no un desfile por la Castellana —se burló al otro lado de la habitación el *moro* Ulises, calzándose las polainas y la cartuchería sin tantos remilgos.

Nahúm suspiró. Hacía quince años que conocía al antiguo capitán de regulares, y seguía sin entender su sentido del humor. La guerra de África y la reciente guerra civil los había puesto en el mismo bando, pero no eran amigos. Nunca lo habían sido, y muy probablemente jamás llegarían a tener eso que otros llamaban camaradería de armas. Únicamente los unía un juego de lealtades que ya duraba demasiados años, gracias al cual Nahúm Márquez había evitado la primera línea del frente en ambas contiendas a cambio de haber sido el chico de los recados del *moro*. Durante esos quince años, lo había estado sirviendo llevándole los paquetes de hachís donde hiciese falta, siempre bajo la protección de la valija militar; o haciendo de cicerone con sus nuevas chicas, jovencitas y no tan jovencitas, reclutadas en Marruecos o en los pueblos que el conflicto bélico iba arrasando a su paso, putas de la miseria que Ulises sofisticaba lo suficiente para gustar a los oficiales de alta graduación, y que luego, cuando ya no valían, eran pasadas a los clubes de la tropa.

Con el final de la guerra civil, ambos habían colgado el uniforme. Nahúm se había doctorado en Psiquiatría con un expediente académico discreto, y desde su posición de soltero establecido y asentado consideraba que esa deuda con su antiguo capitán ya estaba saldada.

No así el *moro* Ulises, quien, abandonada la carrera militar, buscaba ascender como inspector de la policía política. Formaba parte de un grupúsculo oscuro al que se temía incluso dentro de la propia policía. Compuesto principalmente por hombres reclutados en Marruecos y en los centros penitenciarios, el inspector Ulises había entrenado y dirigía a un pelotón de ejecutores, una especie de pistoleros a sueldo al servicio casi personal del general Quiroga. Nadie, o casi nadie, podía negarle nada al que todos llamaban *el moro*. Haciendo uso de esa prebenda, el inspector todavía recurría de vez en cuando a Nahúm para algún encargo, «por los viejos tiempos», como solía amenazarlo eufemísticamente.

En virtud de esa dependencia, Nahúm Márquez estaba en la Casa de Las Ceibas aquel amanecer de 1940. El mismísimo Julio Quiroga, general del Estado Mayor, y hombre de gran poder, le había hecho llegar a través del *moro* Ulises una invitación directa y escueta:

*Mi esposa y yo deseamos que comparta este fin de semana con nosotros en nuestra finca de Las Ceibas, para conocerle y tratar un asunto delicado.
Venga. Le conviene.*

J. Q.

No imaginaba Nahúm Márquez qué podía querer de él un personaje tan importante, ni le hacía mella la advertencia del *moro* Ulises, el cual, atusándose su bigote de galán, parafraseaba socarrón a Antonio Machado, mientras acababa de ceñirse la ropa ante el espejo:

—*El mañana no está escrito, como tampoco lo está el pasado*, así que, querido doctor, si la fortuna o la desdicha llaman a tu puerta, no se la cierres. No servirá de nada.

Nahúm negó con la cabeza. Él no era como la mayoría de aquellos médicos, aves de rapiña que recién acabada la guerra pululaban alrededor de las familias poderosas buscando el modo de medrar en el nuevo régimen tras la caída de la República, ni se esforzaba en parecer simpático o brillante. Conocía sus límites y se ceñía a ellos, no tenía ambiciones políticas, en realidad no las tenía de ningún tipo, excepto la de seguir viviendo. Era un hombre observador y meticulado, un solitario que procuraba escapar de los problemas, pero negarse a complacer al general Quiroga no era algo que él pudiera permitirse, y el *moro* Ulises no dejaba de recordárselo. Y allí estaba, a pesar de que había algo inquietante en aquella invitación y también en la socarronería con que le hablaba.

—Le he hablado de ti al general, pero sobre todo a su esposa. —Y al decir «esposa» le guiñó un ojo—. Les he jurado que eras el mejor psiquiatra, además de hombre de toda confianza.

—¿Y para qué necesitan un psiquiatra?

—No lo sé, pero tú lo averiguarás y luego vendrás a contármelo. No me decepciones, Nahúm —le advirtió con una sonrisa de lobo mientras acababan de vestirse en la caseta de invitados y salían al encuentro de los demás.

Nahúm Márquez hubiera debido hacerle caso a su intuición, seguir su instinto y marcharse inmediatamente de aquella casa. Pero no lo hizo, y sin saberlo, estaba dando los primeros pasos hacia el cadalso, un camino que culminaría cinco años después.

En el jardín se estaban reuniendo todos los invitados, gente influyente, militares, empresarios, políticos, todos falangistas o filofascistas. Nahúm era consciente de la importancia de estar tan cerca de personas como Serrano Súñer, hombre fuerte de Franco, el mismísimo Millán Astray o el embajador alemán, entre otros.

—¿Quién es el general? —preguntó.

El *moro* Ulises señaló una cabeza aquilina de cabellos grises que asomaba entre otras muchas, a cierta distancia. Rodeado por un público que parecía estar muy atento, Julio Quiroga explicaba algo. Era consciente del efecto que causaba su presencia y se regocijaba en asustar a los timoratos con órdenes y gestos breves,

cortantes y precisos.

—¿Qué les estará explicando?

El *moro* Ulises sonrió, impertinente.

—Algo sobre la caza... O sobre su mujer. —Cazar, aparte de contemplar a su esposa, decían que era la mayor pasión de Julio Quiroga.

Cuando las nieblas del mar empezaban a remontar la sierra y el nervio de los helechos estaba áspero y la hoja amarillenta, el general salía a los calveros con sus criados y unos pocos elegidos para encararse la escopeta y tirar. En esos días se cerraban importantes negocios, se pedían y se concedían favores, y se firmaban no pocas condenas de muerte o de prisión, incluso algún hijo descarriado de familia poderosa era agraciado con el indulto. Participar en una de esas cacerías era un privilegio al alcance de muy pocos.

—Busquemos las monturas que nos han asignado —dijo el *moro*.

Cuando se dirigían a la caballeriza les salió al paso un jinete. El caballo se encabritó levantándose de manos mientras el jinete tiraba con fuerza del bocado para sofocarlo. Nahúm pudo ver que lo gobernaba una mujer.

—Esa es Amelia —le susurró al oído el inspector Ulises, saludándola con la mano y una mueca retenida.

Nadie conocía la edad exacta de Amelia Quiroga. Montada sobre aquel animal de pecho poderoso, parecía intemporal, una reina mágica de los bosques envuelta en luz turquesa. Habría otras ocasiones, no muy lejanas, en que esa misma mujer se transformaría en un ser salido de la más profunda negrura, de belleza milenaria y maligna. Pero aquel amanecer, a Nahúm le pareció que era una muchacha recién aprendiendo de la vida, apenas una veinteañera risueña y dispuesta a todo. Vestía botas altas y pantalón de montar caqui, su pelo era liso y bien peinado, azabache, recogido detrás con un pasador de filigrana, y un mechón largo y rebelde le colgaba entre los ojos dándole un aire jovial.

Se reclinó un poco sobre el costado para estrechar la mano de Nahúm y este tuvo que bajar la mirada turbado porque sus pechos, redondos y duros, subían y bajaban visiblemente debajo de la camisa al compás de la respiración del caballo. Amelia lo saludó sin desmontar, mientras palmeaba el cuello del animal, que no dejaba de moverse inquieto.

—Hablaremos cuando haya un momento más tranquilo —dijo, trazando un arco imaginario con la mano que abarcaba el bullicio de caballos, jinetes, lebreles, vareadores y sirvientes que se agolpaba en la explanada frente a la entrada de la casa. Luego volvió grupa y desapareció, inclinando imperceptiblemente la cabeza hacia el *moro* Ulises.

—Menuda mujer. Es de las que queman —murmuró el *moro*.

Por primera vez, Nahúm estuvo de acuerdo con él. Se miró la mano que acababa de estrecharle y... sí, notó que quemaba.

La comitiva se asemejaba a un ejército medieval cuando cruzaron la verja de la

casa para adentrarse en la montaña. Aún pesaba sobre sus pasos la noche, aunque pronto amanecería. Los caballos piafaban en la oscuridad y el sonido de los cascotes rebotaba sobre las piedras del camino. Resonaba en la sierra el aliento de los hombres y las bestias y los ladridos de los perros. Los jinetes se balanceaban en las monturas como sombras compactas embutidas en capas y ponchos para protegerse del rocío. Amelia y el general cabalgaban a la cabeza, grupa con grupa. Ella con las riendas relajadas y su cuerpo prolongándose con perfección en su montura y él con la escopeta en la funda y el traje de montería, erguido sobre la silla. El bosque pronto empezó a hacerse más espeso al tiempo que la noche iba retirándose. Cuando se adentraban por los senderos sin pisar, la fronda filtraba la luz de un modo especial: el sol buscaba perforar la espesura de helechos por cualquier resquicio, y entonces hacía refulgir el agua de los regatos y las piedras redondeadas y cubiertas de musgo. Parecía un bosque encantado donde los caminos desaparecían detrás de los pasos del caminante y se transformaban en cárceles verdes de olvido. Y Amelia parecía la reina de aquellos bosques.

Poco antes de llegar a la cima de la colina, el camino comenzó a suavizar la pendiente hasta desembocar en un paseo plano con un túnel de extraños árboles en las veredas. Nahúm examinó extasiado sus troncos altos, de veinte metros, con sus ramas y sus hojas rojizas.

—Son ceibas —le hizo notar una voz junto a la grupa de su caballo, reduciendo la marcha y señalando los árboles—. Exactamente, diez. Aunque en origen debían haber sido doce. Esos árboles son los que le dan nombre a mi finca.

Nahúm reconoció de inmediato la cabeza de pelo gris del general, que se había ido rezagando hasta quedar a su altura. Buscó con cierto desvalimiento en la mirada al *moro* Ulises, que iba trotando unos metros más adelante, junto a un tipo con el que mantenía una charla que parecía interesar a ambos.

—¿Sabe de dónde vienen esos árboles?

—Del trópico —dijo, asintiendo.

El general pareció sorprendido, y aún exclamó alegre cuando Nahúm le explicó que su padre Nicolás estuvo en la guerra de Cuba y que le había hablado de muchas cosas del Caribe, también de las ceibas.

—Entonces comprende el poder mágico y la experiencia que guardan sus troncos gruesos. La ceiba es un árbol de sabiduría y de fortaleza legendaria. —Señaló con la fusta el mar, que se veía un momento y luego desaparecía tras la arboleda—. Mi padre construyó la casa con el dinero amasado con el comercio en Cuba y Filipinas. Al volver a España, trajo consigo doce ceibas en barco. Solo llegaron diez, estas; las otras dos murieron en el viaje. Una se tiró por la borda, desesperada de que la hubiesen arrancado de su ceibal. La otra, con menos determinación pero la misma pena, se dejó morir en la bodega secando sus raíces. Estas diez, más jóvenes, a pesar de ser más viejas que la memoria de cualquiera de nosotros, no sentían la misma nostalgia y, puesto que mirar un mar es como mirar otro, aceptaron sin demasiada

añoranza su nueva tierra. Una muerte trae una vida, un final trae un principio.

El tono alegre del general se quedó un momento condensado, como la respiración de hombres y animales.

—Y aún verán caer muchas cabezas, estos árboles. —Luego, queriendo apartar una sombra, se sacudió el aire de enfrente, como si espantara una mosca.

En aquel momento se acercaba a ellos, con un trote suave, la montura del *moro* Ulises. Se detuvo junto a ellos y saludó a Julio Quiroga.

—General, veo que ya conoce a Nahúm. Es el hombre del que le hablé.

Julio Quiroga miró con simpatía a Nahúm.

—Sí, hemos charlado. Creo que servirá. —E ignorando a Nahúm por completo, se volvió hacia el *moro* Ulises. Ahora tenía el entrecejo fruncido y apretaba con cierta crispación la rienda de su caballo, un precioso ejemplar inglés de color blanco con vetas grises—. ¿Qué sabemos de ese individuo de los prismáticos? ¿Ya lo has cazado?

El *moro* se ruborizó. Era imposible notarlo en la pigmentación de su piel aceitunada, pero Nahúm se dio cuenta por el modo en que arrugó el bigote, como una rata.

—Estoy en ello. Hemos localizado a un conductor de autobuses que nos ha contado que cada sábado un matrimonio con su hija se baja en la parada de la cala. Estamos investigándolo. Es cuestión de tiempo.

El general ladeó la cabeza y miró hacia el mar. Tenía un ojo de color pardo y el otro de color verde, y las cejas grises y negras, de trazo grueso. Parecía calibrar cuánto abarcaba la palabra «tiempo». Al cabo de unos segundos, señaló con brusquedad al inspector. Era la apostura amenazante de quien estaba acostumbrado a mandar y ser obedecido al instante.

—No hay tiempo ni hostias, Ulises. Quiero a ese cabrón espía, y lo quiero ya. Le prometí a Franco una buena lección para esos cabrones, y necesito que me los des en la mano. Haz tu trabajo. —Clavó espuelas y se alejó hacia la cabeza de la comitiva.

Nahúm no entendía nada, pero un instinto antiguo, de los años en África, le advertía que no debía precipitar acontecimientos, sino esperarlos. Por tanto, se limitaba a escuchar. Y en la escucha empezó a intuir la respuesta.

—¡El general piensa que los espías y los terroristas salen de debajo de los árboles! Fusilaría a la mismísima luna si pudiera. En parte, lo entiendo. Si no hay revolucionarios, nosotros nos quedamos sin trabajo —le dijo el *moro* Ulises, aunque más bien parecía estar pensando en voz alta.

—¿Espían al general?

—A él, precisamente, no.

Nahúm Márquez siguió la mirada del *moro* hasta que sus ojos se encontraron con los de Amelia Quiroga. La joven esposa del general cabalgaba unos metros por delante, vuelta sobre la grupa de su caballo, y le sonreía misteriosamente.

—No entiendo nada —dijo.

—Ya lo entenderás. Para eso estás aquí.

Nahúm nunca lo había visto tan preocupado.

La cacería se prolongó todo el día. Cuando avistaron de regreso la Casa de Las Ceibas, ya entraba la noche.

Una hora más tarde, Nahúm salió de la casa principal y bajó a la caseta de la cala. Estaba empapado de sudor, y la luz de esa luna indiscreta al que un majadero pretendía mandar fusilar lo iluminaba. La caseta consistía en una única habitación con aparejos, remos y una vieja barca por embrear, varada en la orilla. Se tumbó en la arena y cerró los ojos, que le pesaban tanto como las piernas.

Pocos minutos después, oyó una voz de mujer que tarareaba una canción. Alzó el tronco sobre los codos y vio a Amelia Quiroga.

Paseaba desnuda bajo la luna en la playa. El mar borraba las huellas que iba dejando sin tiempo a que se asentaran y zarandeaba sus piernas. Se detuvo en un punto oscuro de la orilla, detrás de unas rocas que la luna solo perfilaba. Los remansos de las olas se quedaban estancados en las cavidades de la piedra y burbujeaban como si el mar hirviese. Un cangrejo le pasó cerca del pie y enseguida desapareció. Mar adentro, se veían los faros de las barcas de pesca y se escuchaba el sonido renqueante de sus motores imponiéndose al rumor de la marea. Nahúm se ocultó detrás de la caseta para contemplarla con detenimiento.

Lo oportuno era regresar a la casa con los otros invitados y olvidar la visión de aquel ser, maravillosamente indiferente ante su propia belleza y desconocedora del peligro que su existencia entrañaba para el doctor. Tal vez lo mejor era hacer las maletas y regresar a Munxidos, a la farmacia, a la escuela de su padre, y volver a pasar las tardes en el acantilado con el fantasma de su madre, a sentarse allí a contemplar las guerras de los demás en silencio. Hacerlo en aquel preciso momento, antes de que la voluntad le flaquease y el cuerpo desnudo de Amelia Quiroga se convirtiera para siempre en su prisión.

Mientras pensaba en ello, escuchó el sonido amortiguado de otros pasos sobre la arena detrás de él. Adivinó junto a la caseta de los pescadores la presencia de una figura humana cerrándole la retirada. Había aparecido de pronto y caminaba hacia él, aunque Nahúm estaba seguro de que quien se acercaba no podía saber que él estaba allí, a pesar de lo cual el extraño no vacilaba, venía directo a su encuentro. Durante un instante, pudo distinguir bajo la luna unos rasgos amorfos, como los de un jabalí rechoncho y torpe.

Nahúm se pegó cuanto pudo a las rocas. El desconocido no reparó en su presencia y se detuvo diez metros más adelante, también oculto a los ojos de Amelia, que seguía sin darse cuenta de la cercanía de ambos hombres. El extraño extendió la mano y acarició desde la distancia el perfil desnudo de la esposa del general con suavidad helada. Y sonrió, antes de desaparecer en la oscuridad en dirección a la pineda que delimitaba la playa.

Nahúm, que no se atrevió a moverse, se preguntó quién era ese hombre, tratando

de buscar en su mente algún rasgo o algún detalle en él que pudiera resultarle familiar. Entonces vio que Amelia, iluminada por las luces de la casa, andaba hacia la orilla y se adentraba en el mar, chapoteando y levantando pequeños grumos de espuma que resplandecían bajo la luna.

Agazapado en su rincón, se quedó muy quieto, observando hipnotizado, como quien contempla la llama de una hoguera y acerca la mano aun sabiendo que va a quemarse. Se puso en pie, imaginando qué olor desprendían sus manos, su pelo y su piel mezclados con el salitre y la arena. Era imposible, se dijo, que ella no lo hubiese visto, que no supiese que estaba allí, a unos pocos metros, observándola.

Como si en la distancia hubiese leído el pensamiento lúbrico de Nahúm, Amelia se dio la vuelta, cubierta hasta medio cuerpo por el agua oscura que resaltaba aún más su piel pálida, y se quedó quieta, inexpresiva o quizá un poco triste, observándolo a él o dejándose observar. Y al cabo de un minuto, cuando acaso consideró que ya era suficiente, empezó a alejarse con brazadas largas, hasta que Nahúm dejó de oír el chapoteo y de ver la estela de espuma alrededor del cuerpo.

De repente se escucharon gritos de alarma que venían de la casa. Nahúm advirtió otra vez la silueta del desconocido corriendo de un modo grotesco, como un león marino o una morsa, en una carrera desesperada pero titubeante por ganar la oscuridad de los pinos. Lo perseguían de cerca Ulises y el general Quiroga. Ambos empuñaban sus armas. Aun así, el fugitivo logró ganar la espesura del pinar que había detrás de las rocas.

—¡Otra vez ese hijo de puta! —oyó gritar al general con la respiración entrecortada.

Oculto tras las rocas, lo vio acercarse a la orilla y escudriñar la negrura del mar. Nahúm no apartaba los ojos de la pistola en la mano crispada de Quiroga y rezó para que Amelia no se hiciese visible todavía en el agua. Si lo descubrían, tendría serias dificultades para explicarse.

—Ha pasado por aquí. Tienes que haberlo visto —le gritaba al *moro*.

Y el *moro* asentía, observando con insistencia la caseta de los pescadores. Había descubierto la figura inmóvil de Nahúm, aunque no dijo nada. Esperó a que el general emprendiese la vuelta a la casa para acercarse.

—Sal y no te quedes ahí como una rata —lo conminó. Observó con atención maliciosa el temor en la expresión del médico. Miró hacia el mar y se puso a tararear una musiquilla, afilada como la peor de las amenazas—. Si no sale pronto del agua, la señora Quiroga va a encogerse como un odre —gruñó.

—No sé de qué me habla.

—Ya... Te estoy observando, Nahúm, joven amigo. Siempre estoy detrás de ti. Me debes una. —Y en señal de amenaza le mostró el sello de su dedo índice derecho en el que el águila abierta de alas agarraba con sus garras una esfera que simbolizaba el mundo. Sin decir más, se alejó hacia la casa principal tras los pasos del general.

Minutos después, de nuevo bajo la calma, la oscuridad devolvió el cuerpo pálido

de Amelia, que salió del agua con paso tranquilo, segura, recogiendo a un lado el pelo ante la mirada angustiada de Nahúm.

—¿Por qué esa cara de terror, doctor?

—¿No se da cuenta del riesgo que hemos corrido? Si la hubiese visto aquí, desnuda conmigo, podría haberse provocado un grave equívoco.

Así era, en efecto, admitió Amelia. En la mirada de esa mujer brillaba un fuego diabólico, una burla que lo asustaba.

—No era yo la que espiaba a nadie bañándose, ¿verdad, doctor?

Nahúm Márquez enrojeció de vergüenza.

—Debería tener cuidado. Un hombre celoso es capaz de cualquier locura — respondió.

Amelia Quiroga asintió lentamente con la cabeza.

—Así es. Lo mismo que una mujer.

Barcelona, 7 de octubre de 1975

Estaba atardeciendo. Lucía y Octavio Cruz paseaban muy cerca de los escaparates que ya encendían los adornos luminosos. Él observaba a los transeúntes con aire taciturno, mientras ella trataba de hacerle comprender el desconcierto que Liviano le había provocado.

—Está totalmente loco. Se podría haber roto la cabeza dándose golpes; de no haber entrado los celadores... Pero en su modo de mirarme había algo extraño, una familiaridad que me desconcierta y al mismo tiempo me asusta.

—Entonces, ¿crees que es Nahúm o no? —preguntó Octavio Cruz inquieto. En la esquina, un individuo con toda la pinta de ser policía no le quitaba el ojo de encima. Sabía que lo espiaban desde que ella había regresado y aun así insistió en quedar en un lugar público cuando Lucía pudo localizarlo por la mañana.

Ella parecía no darse cuenta del peligro. Gesticulaba para hacerle comprender a su amigo la complejidad del asunto.

—Es difícil de decir. Me parece muy extraño que conozca esa expresión, y que me la dijera precisamente a mí, como si supiera que yo comprendería.

Octavio se apretó las manos sin perder de vista al individuo que los vigilaba desde el otro lado de la calle.

—¿Qué es lo que comprenderías?

Lucía se quitó las gafas y se acarició la cicatriz de la cara con la patilla.

—*Ab alio spectes alteri quod feceris*: «Espera de otro lo que tú hayas hecho a alguien». Es una amenaza en toda regla, «ojo por ojo, diente por diente», el lema de la unidad que mandaba el *moro* Ulises.

—Eso no demuestra nada —dijo, atolondradamente—. Muchísimas personas sufrieron torturas a manos de esa gente en los años cuarenta. Tu padre mismo, ¿no tenía un sello de esos en casa?

Lucía asintió, aunque no quiso profundizar en el tema. Además, se había dado cuenta de que Octavio estaba cada vez más nervioso.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Esa historia de los pistoleros del *moro* Ulises es ya pasado. Es muy probable que esté muerto. No veo por qué tienes que alarmarte.

La mirada de Lucía se enturbió.

—Si hubieras estado un solo día en sus manos, entenderías por qué hay que temerlo aunque hayan pasado mil años.

Él la miró con una viveza que la estremeció, como si se hubiese transformado en un gorila rabioso encerrado detrás de unos gruesos barrotes por entre los que de vez en cuando sacaba su brazo peludo capaz de triturarle el cuello.

—Tienes una memoria muy frágil, Lucía.

En una ocasión, siendo Octavio Cruz un niño, lo sorprendió el *moro* Ulises espiando a Lucía en el prostíbulo. Cuando se vio descubierto, quiso liberarla y luchó con el policía. Pataleó, mordió y perjuró, pero se quedó sin los dos incisivos de un puñetazo, era una pelea demasiado desigual. Peor fue quedarse sin corazón cuando se dio cuenta de que ella había presenciado esa humillación detrás de la puerta sin decir ni hacer nada, limitándose a sonreír con aquella perfidia aprendida de puta resabiada.

Por entre la bandada de cuervos que rondaba su cabeza desde niño, esa imagen de Lucía se elevaba como una fortaleza inexpugnable.

—Quizá sería mejor que regresaras a Viena, si tienes miedo.

Lucía se encogió de hombros.

—Resultas un poco desconcertante, Octavio. ¿Quién habla de huir? Solo digo que hay que tener cuidado.

—¿Y si estoy en lo cierto? ¿Qué pasará si descubres que ese hombre es Nahúm Márquez? —le preguntó.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—En ese caso, tendremos la esperanza de hablar con un fantasma, que no es poco. Le gusto. Ayer pude hablar con la monja que lo cuida. Dice que mejora de las heridas que se hizo en la cabeza y que pregunta por mí. Me gustaría volver a verlo, al menos otra vez. Si puedo hablar con él con calma, podré tener una conclusión más clara.

—¿Y luego?

—No lo sé. Llevo toda la vida pensando en el antes. No estoy acostumbrada a pensar en el después.

Octavio Cruz se relajó un poco al ver que el policía se iba calle abajo. De nuevo tuvo la tentación de advertir a Lucía del peligro que estaba corriendo y de lo cerca que ella misma estaba de la verdad sin saberlo.

—Te recuerdo que Franco no se ha muerto aún. Todavía es ilegal participar en movimientos de oposición, y tu marido anda por ahí pavoneándose, como si fuese un crío inconsciente con un grupo de niños pijos que juegan a la sedición. Los están siguiendo desde hace tiempo, todo el mundo lo sabe en la facultad. Hasta ahora no les han hecho mucho caso porque son unos críos, pero la presencia de Andrés cambia las cosas, así que deberías advertirle que deje de llamar la atención de ese modo.

Lucía observó con extrañeza a su amigo.

—¿Hay algo que me quieras decir?

Él desvió la mirada.

—Nada. Solo que podría tener más cuidado. Y que no entiendo por qué sigues con él. No tenéis nada en común.

A veces Octavio Cruz parecía ser otra persona. De repente su mirada perdía la fiebre y recuperaba el sosiego, su cuerpo se relajaba como si por un momento dejasen de estar en guerra su esencia y su materia. Miró a Lucía de modo esquivo y luego

sonrió enigmático.

—Antes no era así... O tal vez era yo la que era diferente. Gracias por el aviso, hablaré con él —se disculpó.

—Nunca te quiso. Lo recuerdo en la facultad cuando era estudiante, siempre fue un mujeriego.

—Y tú siempre has sido un poco intrigante... Déjalo ya, por favor.

—Lo siento, yo solo...

—Sí, ya lo sé. Solo quieres ayudarme, te lo agradezco, pero sé cómo gobernar mi matrimonio.

Octavio Cruz consultó la hora. Era tarde y tenía un asunto pendiente. Acordaron que le prepararía una entrevista más con Liviano para dentro de unos días y que después verían qué hacer. Lucía hizo intención de abrazarlo, pero él se apartó con cara de circunstancias. Se despidieron allí mismo.

Ya había oscurecido por completo cuando el coche de Octavio se detuvo cerca de una arboleda con mansedumbre, resbalando por la gravilla que bordeaba el parque. En la radio, con el volumen bajo, se escuchaba la voz del ministro de la Gobernación dando el parte nocturno. La luz de una farola se reflejaba en el capó negro y realzaba en la penumbra el rostro flácido de Octavio dentro del coche. Observaba con fijeza a una mujer en medio de la plaza, a unos treinta metros. Finalmente hizo sonar la bocina y la mujer, al darse cuenta de su presencia, corrió hasta el coche.

—Llegas tarde —dijo ella, sentándose en el asiento trasero.

Octavio movió el espejo retrovisor para verla mejor. Estaba hermosa, como siempre.

—He ido a ver a un paciente —se disculpó, poniendo el coche en marcha.

—¿A estas horas? Te ganas el sueldo con tus locos, doctor —dijo la mujer con ironía.

—Y tú con los tuyos —replicó él con humor—. Además, no son locos, son internos con disfunciones de carácter. Y este paciente es especial.

La mujer puso una expresión de fingido enfurruñamiento:

—Vaya, el doctor está teórico esta noche. Habrá que hacer algo para que te relajés. ¿Vamos a tu casa?

—¿Has traído lo que te pedí? —le preguntó, cortante.

—Está en mi bolso.

Octavio miró su reloj. Era pasada la medianoche.

La mujer se recostó demorándose con una voluptuosidad que a él no le decía nada por fingida. Añoraba la sutileza de las putas de antes. Las de ahora no se esforzaban en disimular lo que eran. De no ser por lo que llevaba en el bolso, quizá la hubiese rechazado.

—Sí. Vamos a mi casa.

Vivía en el casco viejo de Sitges, donde era fácil huir del rincón de la calma y sumirse en un antro bohemio, donde el vicio y la perversión tuviesen la necesaria pátina de romanticismo.

La casa de Octavio conservaba aquella atmósfera. El muro que la circundaba estaba decorado con trozos de cerámica, las balaustradas sostenidas por ninfas de mármol rosa y grandes jarrones de barro cocido descansaban con los soportes de forja sobre el empedrado. El interior era una continuación del exterior: las paredes pintadas de color tierra las decoraban unas cerámicas artesanales. La sala de estar era un espacio diáfano, casi sin muebles: la butaca, una mesa provenzal y dos sillas de madera, varias repisas con tinajas de barro cocido con flores secas y un mueble archivador al fondo.

Mientras la mujer deambulaba por la estancia observándolo todo con curiosidad, Octavio encendió una lámpara de pie que quedaba junto a la contraventana de madera cerrada. Luego se apartó de aquel punto de luz que apenas iluminaba una parte de la sala de estar y se sentó en la butaca, que quedaba en la oscuridad.

—Si quieres cambiarte, puedes hacerlo aquí mismo. Acércate a la luz, y no olvides lo del bolso.

—Eres un cerdo, doctor —dijo la mujer con voz libidinosa.

La débil luz de la lámpara brillaba sobre los hombros de la mujer y, a medida que iba desprendiéndose del vestido, resbalaba por su cuerpo, resaltando sus pechos pequeños y puntiagudos, sus caderas y sus piernas. Se demoraba como una serpiente enroscándose en un tronco, pero Octavio no sentía nada al mirarla, atento únicamente al rostro.

—Póntela —le pidió.

La mujer obedeció. Abrió el bolso y sacó una peluca de pelo natural, largo y bien cuidado. Octavio Cruz solo conseguía excitarse así y apaciguar la lacerante necesidad que tenía. Ahora no veía a una prostituta, grotesca en su afán de insuflarle deseo. Veía a una diosa, a un ser perfecto. El vivo reflejo de Lucía.

—El parecido es asombroso —reconoció admirado.

La mujer se acercó.

—¿A quién te recuerdo? ¿A una antigua novia?

Octavio miró las vigas del techo, que imitaban los travesaños de madera sobre los que colgaban unos quinqués de adorno, arrugando aún más la frente. Luego dejó caer la cabeza hacia adelante, pesada como una piedra, sobre el pecho a cámara lenta. La mujer estaba apretándole las manos, melifluas y sudorosas, aun a sabiendas de que no le gustaba que lo tocasen. Tensó las mejillas y apartó las manos, escondiéndolas debajo de las piernas.

—Así es. Algo parecido a una antigua novia.

Cada centímetro de su cuerpo obeso y sudoroso conservaba el esfuerzo del coleccionista persistente y el olor de todas las chanzas y caprichos que había sufrido desde niño por culpa de Lucía. Se veía siguiéndola a distancia hasta la casa de putas

del Raval donde vendía el cuerpo, y quién sabe si el alma, para luego, cuando ella ya no estaba, regatear con el portero y pagarle para poder revolverse un minuto entre las sábanas calientes en las que ella había yacido. Nunca la tuvo y nunca la tendría. Únicamente podía mirarla, como un pastel tras el escaparate.

Ahora sonreía con cinismo a la prostituta que no detenía su danza. Y la miraba como un perro hambriento mientras se secaba con un pañuelo unas gotas de sudor que le asomaban en la coronilla y la frente.

—¿Qué quieres que haga?

—Finge que estás excitada, que te estoy haciendo el amor, y acaríciate el pelo mientras gimes.

Y mientras la mujer lo obedecía, entreabriendo la boca para dejar ir suspiros entrecortados, mientras se clavaba las uñas con fingida pasión en un muslo y con la otra mano revolvía el pelo postizo, aumentando el ritmo de su frenesí y los golpes de cadera como si estuviera siendo poseída por un fantasma, Octavio cerró los ojos, se frotó la entrepierna y pronto se encontró en otros lugares, que seguían existiendo pero que ya no eran como antes. Todo estaba girando muy deprisa, como el cuerpo de la prostituta que danzaba acercándosele y alejándose, como el reflejo desigual de la conciencia y la realidad. Se sentía narcotizado, ausente a todo y al mismo tiempo con la sensibilidad tensa, con todos los poros de la piel receptivos, con la misma ansiedad que el desierto absorbe la escasa lluvia.

La prostituta seguía danzando, balanceando su cuerpo como si ella también participase de una especie de trance. Octavio Cruz alzó la cabeza y observó a la mujer a través de los párpados medio cerrados. El blanco de los ojos enrojeció levemente. Después se incorporó pesadamente, haciendo crujir el sillón, y se puso a merodear entre las sombras como un lobo, husmeando el aire y tensando los músculos. Tenía el pantalón manchado de semen.

La mujer dirigió sus ojos brillantes y burlones hacia él. Sentía un asco inmenso. Se había quitado la peluca y la había tirado al suelo. Los mechones se derramaban sobre la alfombra como si fuesen pequeñas culebras disecadas. La luz de la única lámpara que iluminaba la habitación estaba matizada con un paño de seda y sus destellos cubrían a la prostituta de malva. Bajo esa luz, Octavio y la mujer parecían espectros.

—Es suficiente. Puedes irte.

Cuando escuchó el portazo de la calle, miró a su alrededor, notando el silencio que había vivido siempre con él. En la calle, apostados bajo una farola, dos individuos vigilaban su casa. Se fijó en el despertador junto al teléfono. Aún estaba a tiempo, pensó. Podía llamar a Lucía, advertirla, contárselo todo y llevarla escondida en el coche al aeropuerto aquella misma noche. Quizá eso sería suficiente para que lo perdonase, o quizá no.

Pero en realidad no deseaba hacerlo. Porque a diferencia del *moro* Ulises, su odio hacia Lucía no era conocido y frío, sino secreto y lacerante.

Descolgó el teléfono y marcó el número particular del comisario Ulises.

Barrio Chino de Barcelona, finales de agosto de 1941

Sonó el teléfono de madrugada varias veces, y aunque intentó ignorar el timbre molesto tapándose la cabeza con la almohada, fue Iziquel la que se levantó y le puso el auricular en la oreja.

—El amo te reclama —dijo la vieja puta en plan guasón. Luego se metió en el lado caliente de la cama.

Nahúm se rascó la cabeza y la miró con cariño. Cuando sonaba el teléfono de la habitación que ocupaba los jueves por la noche con Iziquel, solo podía ser una persona. No dijo nada, escuchó un momento con el auricular sujeto entre la clavícula y el mentón, anotó algo en la libreta que siempre llevaba en el bolsillo de la americana y colgó.

—Dúchate. A tu señorita ricachona no le gustará que huelas a plebe y a furcia — le dijo después Iziquel, con la voz amortiguada por el colchón.

Nahúm no contestó. Sabía que las putas no sentían celos, ni siquiera Iziquel, con la que se acostaba por afecto, en pago de aquella primera mamada gratis en el antro de Melilla. Acabó de vestirse y se despidió dándole un beso en la frente.

En la puerta del prostíbulo lo esperaba el coche del general.

Nahúm Márquez frecuentaba desde hacía más de un año la casa de los Quiroga, ocupado en la extraña dolencia que aquejaba al general. Su enfermedad era como un cáncer demasiado extendido, imposible de contener, un cáncer que le comía la conciencia y la razón. Nadie sabía a ciencia cierta por qué el general se había vuelto tan huidizo y huraño. Parecía ausente durante las tertulias en el casino del pueblo y en las partidas de cartas, no discutía cuando alguien rebatía sus opiniones, siempre controvertidas, y pasaba todo el tiempo posible en la cala privada. Sus conocidos decían que atravesaba un período de depresión, otros justificaban su repentino cambio de ánimo asegurando que no andaba en sus cabales. Pero fue Amelia Quiroga quien le desveló, meses después de conocerse, la verdadera naturaleza del mal que aquejaba a su esposo.

Fue durante uno de los habituales paseos a caballo por la finca. Habían salido los tres a montar aunque el tiempo era desapacible. Tan pronto alcanzaron una llanura, el general aprovechó para lanzarse campo a través. Nahúm y Amelia se quedaron rezagados y, al poco, ella decidió hacer un alto.

Mientras Nahúm la ayudaba a desmontar y enlazaba las riendas de su caballo en un árbol, Amelia lo miró muy fijamente. Desde la turbadora experiencia de la playa, hacía más de un año, no habían vuelto a hablar a solas. Tácitamente, ambos habían decidido eludir aquella noche.

Sin embargo, Amelia Quiroga parecía proclive a jugar con él. Nahúm intuía el

peligro y procuraba evitar las miradas errantes o los gestos poco claros de ella.

—Dice el *moro* Ulises que es usted un buen médico. Persona reservada y fiel.

—Demasiados halagos de alguien que no me conoce bien.

Amelia suspiró, echando la cabeza hacia atrás. Estaba preciosa, con el pelo mojado y el flequillo pegado a la frente, como un animal salvaje y libre.

—No habla mucho. Y eso no facilita las cosas. Pero le cae bien a mi esposo.

Nahúm la observó con atención. Se sentía a gusto en su compañía; «demasiado a gusto», pensó. A ella no se le escapó la intensidad de aquella mirada.

—Dígame, doctor, ¿la locura tiene remedio? —le preguntó al vuelo. Luego observó alrededor, inquieta. Se habían detenido junto a una cabaña abandonada de las que usaban antiguamente los pastores, en un prado cercado de alambres y rodeado de montañas tras las que se escuchaba el paso de la tormenta. Amelia permanecía en un aparte, junto al quicio sin puerta de la cabaña, con los ojos cerrados, atenta al rumor de la hierba mojada. Entonces se volvió hacia él.

Eso dependía del tipo de locura, explicó Nahúm. Podría haberle hablado de su madre Olimpia, enamorada de un fantasma vivo, o de su padre, consumido en la fiebre de la nostalgia, o de sus propias pesadillas y micciones nocturnas provocadas por el miedo, incluso de la pobre Iziquel, esclava que amaba y odiaba a la par al *moro* Ulises. El mundo, bien mirado, no dejaba de ser una pura locura.

—Me refiero a la peor de todas las locuras —continuó Amelia. Hablaba de una locura que no da tregua al espíritu, que no se calma nunca, ni aun cuando parece que duerme. Siempre está ahí, presente, esperando para salir a comerse la lucidez del que la padece.

Fue a preguntarle qué nombre tenía esa locura y quién la padecía, pero antes de saberlo apareció en la vereda del camino el caballo negro del general, con las polainas empapadas y sucias de andar por tierra blanda y resbaladiza. Desmontó con brío y caminó hacia ellos. Se percibían con claridad los pasos y el roce del barro húmedo en las suelas, y el estallido de las gotas de sangre de los conejos o las perdices colgadas del cinto al caer al suelo.

—La peor de todas —repitió Amelia a media voz, saliendo de la cabaña al encuentro de su esposo.

En el rostro reconcentrado del general se adivinaba el recelo.

Así fue como Nahúm Márquez supo que el general Julio Quiroga enloquecía de celos y temía acabar en un manicomio o cometiendo cualquier barbaridad, y de ese modo en el que ocurren a veces las cosas, sin nombrarlas ni anunciarlas, se convirtió por la costumbre en una especie de médico de cabecera al que el militar recurría a cualquier hora y en cualquier lugar. Y Nahúm acudía presto, como esta noche en la que había sonado el teléfono en la habitación del prostíbulo mientras dormía con su hetaira mora.

El mar era aquella noche como una cinta chispeante que se deslizaba junto a la costa. La quietud rodeaba la Casa de Las Ceibas, a oscuras, excepto la luz que se veía

en el piso superior, en la biblioteca del general. A pesar del cansancio, Julio Quiroga no lograba conciliar el sueño. Temía quedarse dormido y soñar que Amelia estaba en brazos de otro. Las pesadillas lo habían convertido en un insomne penitente, un espíritu nocturno que vagaba por la casa o por el pueblo cuando los demás dormían y que necesitaba hablar, a veces cuatro o cinco horas, cuando ya no era capaz de leer o de despachar con alguno de sus subalternos.

Por eso había vuelto a llamar al doctor Nahúm Márquez.

—El mariscal Bugeaud solía decir: «Como venga el viento habrá que poner la vela»; pero él no tenía que lidiar con un animal de la noche como mi esposa —le confesó.

Sentado cerca de la mosquitera, Nahúm escuchaba, como ya lo había hecho en otras ocasiones. Había anotado en su libreta el nombre del tranquilizante que debía administrarle, pero el general se había negado a tomarlo por el momento, dejando el vaso con el líquido junto al velador, dedicándose a dar vueltas por la estancia con las manos atrás. Hacía mucho calor y, pese a que las ventanas estaban abiertas, no corría el aire y ambos hombres sudaban, Nahúm en camisa y el general en pijama.

—¿En su tierra hace tanto calor?

—Más del que nadie pudiera imaginar. —Nahúm le habló de un sol inmisericorde que hería las peñas de la sierra por donde rondaban los lobos, nunca vistos pero que dejaban su marca en los rebaños y los perros. En cambio, las mañanas de invierno congelaban el agua de los pozos de tal manera que no podía romperse con picos ni mazas, y la leña se humedecía dejando en las chimeneas de toda la aldea un tufo insoportable de tiempo enmohecido.

El general se acercó mucho a él, tanto que pudo ver en su mirada borrosa y notar en su aliento que había estado bebiendo mientras lo esperaba.

—Yo conocí a mi esposa en un lugar así, cuando la vida no era espina, solo rosa.

Lo dijo con una voz rotunda ajena a su cuerpo y con una certeza que no dejaba lugar para las ficciones, aunque era un momento ya perdido para siempre el instante en que conoció a Amelia.

Fue en el agua donde se miraron la primera vez. En un día azulado y somnoliento que ella tomaba el sol en una roca, ambas, mujer y roca, desnudas. Podría haber pasado cualquier cosa cuando se cruzaron. Podrían no haberse visto, o ignorarse, o haberse mirado incomodados por la belleza insultante de ella y por la aparente indiferencia de él. Cuando se presentaron, sin una excusa que hiciera necesario tapar la desnudez de ella, Quiroga levantó una ceja cautelosamente y, entonces, Amelia cubrió con una blusa gris perla su caparazón, inquieta. Allí mismo se podría haber acabado todo en un triste desenlace, incluso antes de empezar. Apenas se estaban mirando por primera vez y ya buscaban garantías de algo en el otro.

Julio Quiroga suspiró abriendo las fosas nasales y cerrando pesadamente los párpados. Cuando los abrió, sus ojos brillaban.

—Pero ella ya no me ama. Y ahora no puedo evitar pensar que nunca lo hizo.

El general se mostraba cada vez más posesivo con respecto a Amelia; apenas permitía que nadie se le acercase, y en las pocas ocasiones que ella se quedaba a solas con algún hombre, la acusaba de las intenciones más perversas. La cosa se había agravado en las últimas semanas, desde la fiesta de cumpleaños que Amelia había estado organizando para celebrar los sesenta años del general. Durante días, y en el máximo secreto, organizó todos los preparativos para darle una sorpresa: llamó a sus antiguos compañeros de promoción, contrató una orquesta y encargó un bufet con las mejores exquisiteces. Todos los vecinos ilustres fueron invitados con la recomendación expresa de que no revelaran el motivo de la invitación, pero como la comunidad de veraneantes era pequeña y aburrída, la fiesta secreta se convirtió en el tema de rumores y murmuraciones de las que no tardó en darse cuenta el general. A su paso, la gente lo miraba con indulgencia; si hablaban en corrillo cuando él se acercaba cambiaban de tema, y pronto supo que le ocultaban algo. Estaba convencido de que Amelia tenía un amante, lo sabía todo el mundo y lo trataban como a un cornudo miserable. Exigió saber su nombre, de dónde era, cuántos años tenía, dónde podía encontrarlo.

Ante semejante disparate, Nahúm se vio obligado a desvelarle el secreto de la fiesta, pero fue inútil. El general, furibundo, dijo que mentía.

—Todo esto no tiene sentido, general —dijo Nahúm, intentando mantener un tono de voz neutro—. Usted me llamó para pedirme ayuda, dijo que temía estar volviéndose loco, que los celos lo estaban matando. Yo le dije que no se preocupase, que era cosa pasajera. Bien, quizá me precipité. Creo que está cansado, que algo lo está carcomiendo, algo sin sentido que solo existe en su imaginación, porque su mujer lo ama, de eso no hay duda, pero usted se niega a aceptarlo. Debería descansar, buscar ayuda especializada.

Tal vez si hiciesen un viaje los dos, volver, por ejemplo, a donde se conocieron...

Una sonrisa feroz alumbró el rostro de Julio Quiroga.

—Eso estaría bien. Iremos los dos al lugar en el que nos conocimos, al infierno.

Deliraba. Nahúm se dio cuenta de que estaba ya en un lugar muy lejano del que no era posible volver, un mundo donde no había nada, excepto su obsesión. Decidió que aquella misma noche hablaría con Amelia sobre la posibilidad de internarlo al menos una temporada.

Finalmente, el general accedió a tomarse el calmante. Poco a poco fue tranquilizándose y quedó sumido en una melancolía de estatua marmórea envuelto en el aire de la derrota. Con las manos inertes y azules sobre el regazo, su cuerpo se asemejaba al de un viejo rey que lo ha perdido todo.

Nahúm esperó a que el general se durmiera y no pudo evitar el gesto de retirarle un mechón de la frente. Sentía una mezcla de temor, reverencia y odio por aquel hombre que se había puesto en sus manos.

Ya iba a salir de la habitación cuando lo oyó removerse en la cama.

—¿Se quedará esta noche en la casa de invitados?

—Sí, general, pero ahora debe dormir.

—No puedo dormir. Solo tengo ganas de asesinar a la luna.

—¿Asesinar a la luna?

—Sí, porque se mete en su cuarto y la espía desnuda.

En el jardín delantero de la casa, junto a la fuente de Poseidón, Amelia Quiroga observaba distraída las ondas que creaban los peces japoneses nadando bajo los nenúfares. Nahúm Márquez se acercó y el dedo índice de la mano derecha rozó con disimulo el pliegue del vestido de Amelia, joven, risueña, con una boina inclinada sobre el flequillo a la moda de Montmartre y un cigarrillo en sus labios finos y bien dibujados.

—¿Ya se ha dormido la fiera?

—No debería hablar así. Su esposo está enfermo, es inestable y puede volverse peligroso. Deberían consultar a un especialista y tal vez...

—... Encerrarlo, lo sé, pero eso es imposible. Mi esposo jamás permitiría una mancha semejante en su linaje. Por otra parte, quizá no es locura, sino prevención, lo que tiene.

—No entiendo...

Amelia Quiroga sacó su pluma de escribir y, tomando la mano de Nahúm Márquez, escribió sobre su palma:

«El amor es una punta envenenada que si se clava en el corazón equivocado puede matarnos».

Nahúm Márquez observó su mano y luego el rostro de Amelia Quiroga. La había visto tantas veces en esos retratos de prensa, tan estirada con esos recogidos sobre la nuca y los vestidos de noche, los collares de perlas y los pendientes brillantes, siempre con la misma expresión muerta de rica insatisfecha, que no parecía la misma mujer.

—Juega con fuego, doctor —dijo ella, poniéndose en pie y acercándose a su boca.

Cuando ella lo besó, Nahúm olvidó por completo dónde estaba y quién era, aunque la noche en la playa del año anterior pasó como un rayo por su mente. Dejó que ella lo guiase hacia el cenador y allí, entre las sombras, se entregó sin reparos al sacrificio de aquella bruja. Puede que en un segundo de lucidez se odiase por lo que estaba haciendo mientras se llenaba las manos con los pechos cálidos que Amelia Quiroga le ofrecía, pero pasó rápido sobre esa culpa, porque estaba convencido de que una vida de plenitud era aquella que agota todas sus posibilidades pese a las adversidades, a veces incluso a pesar de uno mismo.

Hicieron el amor en silencio, hurtando los gritos y los estertores al placer, para no ser descubiertos. En adelante, todos sus encuentros serían así, un viaje lujurioso, y arriesgado, harían el amor en lugares públicos con urgencia, se besarían en cuanto el general se descuidase, se escribirían cartas apasionadas y ambos aprenderían a acariciarse desde lejos con los pinceles.

Muchos años después, Nahúm Márquez comprendería que todo había sido un

juego para ella. Y ni siquiera entonces, cuando ya estuviese subiendo al cadalso por culpa de aquella mujer, se quejaría por ese descubrimiento, ni entregaría sus recuerdos al polvo de la memoria.

Delegación del Gobierno Militar, Barcelona, 17 de octubre de 1975

En la recepción que las autoridades locales habían preparado aquella tarde al señor presidente del Gobierno no faltaba nadie que ostentase cierto poder en la ciudad. Reinaba el mismo aire que en las cacerías organizadas antaño por el general, pensó el comisario Ulises, mientras observaba discretamente a los presentes.

No deseaba estar allí ni le preocupaba la gravedad de la atmósfera, fingida, por supuesto. Sentía un silencio interior que hacía tiempo que no había vuelto a experimentar, desde los tiempos de la guerra contra los rifeños, en Melilla. Era una calma asesina, un viaje al corazón vacío del desierto en que se convertía su espíritu cuando sentía la posibilidad de dar con un enemigo largamente perseguido.

—¿Se ha enterado, comisario? —le preguntó la esposa desconsolada de alguien que no conocía y a la que saludó efusiva y coquetamente, disimulando la náusea que le provocaba el cigarrillo mentolado de la señora.

Se había enterado, claro, como todos los presentes, de que la noche anterior un equipo de especialistas en enfermedades coronarias se había incorporado de manera urgente al palacio de El Pardo. Y también acababa de enterarse del color de los tirantes del sujetador de la señora.

—Terrible, sí. Pero el Generalísimo sale de esta, seguro. Tranquila, señora.

Lo mismo se decía en todos los mentideros del país desde que en la madrugada del día 23 de septiembre un repentino empeoramiento de la *gripe* había obligado a Franco a desaparecer tras un nutrido grupo de médicos. En realidad, quien más quien menos se preparaba para los acontecimientos que estaban por venir.

Un rato después, en la sobremesa, los comensales charlaban de modo distendido en pequeños conciliábulos. Desde uno de esos grupos, un joven llamó la atención del comisario para que se incorporase a la conversación.

Se llamaba Pedro Ornaque, era un diplomático de familia rica que hacía las veces de consejero personal de Arias Navarro. Su ambición era tan conocida como su falta de escrúpulos.

—Señores, les presento al comisario Ulises, una leyenda en la Brigada Político-Social. Además estuvo ya como joven capitán en la guerra de África. De ahí le viene el apodo de *moro*, supongo, ¿no es cierto, comisario? —El joven utilizaba un tono cortés y superficial en el que se notaba cierta displicencia que previno a Ulises.

—Le agradezco su atención, señor secretario. Pero mi labor ha sido sobre todo administrativa.

—No tengo entendido eso —insistió el joven, admirando el sello en su dedo.

—Se dicen muchas cosas que no son ciertas. Es lo malo de ser una *leyenda*.

El joven pareció no captar la ironía, señalándolo con un gran puro que estaba

fumando.

—Leí su informe previo sobre el asesinato del inspector Melitón Manzana en el 68. Muy importante. También he podido consultar los expedientes que tramitó en el proceso 1.001. Usted se encargó de instruir los atestados contra Marcelino Camacho y Saborino Galán.

El comisario Ulises notaba la trampa, pero no sabía cómo era el cepto.

—Melitón y el caso 1.001... Usted me habla de la prehistoria, señor secretario. Mi papel en ambos fue meramente circunstancial. Melitón se condenó solo, y en el fondo, era previsible lo que le hizo ETA. El muy incauto iba por ahí bravuconeándose de los huesos que rompía en cada interrogatorio.

—¿Y qué me dice de los jurados sindicales? —le preguntó un hombre de mediana edad que saboreaba un coñac en una gran copa.

—Pura subversión —intervino un tipo de pelo canoso engominado. Como todos los que estaban allí, era falangista de la vieja guardia. *El búnker*, los llamaban: los incondicionales de Franco.

—El caso de los jurados sindicales fue una patraña —dijo el comisario con voz tranquila—. Ni siquiera me permitieron interrogar en persona a Marcelino Camacho ni al otro.

Aquel exabrupto dejó descolocados a los presentes, lo que aprovechó el comisario para disculparse y alejarse al fondo del gran salón.

Se fue a un rincón a mirar el patio interior del edificio, apartando con dos dedos la cortina. Andaba dándole vueltas a la llamada que le había hecho Octavio Cruz pidiéndole una cita. Con esa artimaña demostraba ser más inteligente de lo previsto al adelantarse a su detención. Quizá pensaba que obtendría así un trato más favorable cuando se desatase la cascada de sucesos que iban a producirse en los días siguientes. Pero quien así pensaba era porque no conocía suficiente al comisario.

El joven secretario del presidente se acercó a interrumpir sus pensamientos.

—No ha estado muy hábil con ese comentario sobre los jurados sindicales, comisario.

Ulises apoyó el hombro contra el cristal de la ventana. Sus ojos se reían sin que sus facciones se movieran un ápice. Era como un vampiro de inclasificable edad, alto, delgado y extremadamente elegante.

—A usted, joven, la edad le impide tener perspectiva. Están acabados, todos ellos. Yo mismo lo estoy. Muere el Caudillo y cae el telón. Fin para nosotros.

—No para mí —dijo en voz muy baja el joven.

—No. Usted cambiará de chaqueta —corroboró el comisario, observando con aire desafiante al joven, seguro de que sabía exactamente lo que estaba pensando, pero retándolo a soltar su farol.

El joven secretario estaba demasiado seguro de sí mismo como para ofenderse con semejante obviedad.

—Será una democracia, pero a nuestra medida: el príncipe aceptará como

presidente del Gobierno a Arias Navarro. Ya conoce la estrategia, hacer como que se mueve algo para que no se mueva nada. Y para que eso sea así, necesitamos gente como usted.

—No seas estúpido, muchacho. —Al joven no le pasó inadvertido ese brusco cambio al tuteo—. Tu jefe, nuestro jefe, no me traga. Cree que soy un estorbo, que debo retirarme ya sin dar guerra. —No era la primera vez que venían a buscarle las cosquillas al *moro* desde Madrid, aunque treinta años como policía le habían endurecido la espalda y le habían enseñado a sobrevivir entre conspiraciones y puñaladas traperas.

Sin embargo, el joven lo miraba con interés científico, como si fuese un dinosaurio. Había averiguado lo suficiente de Ulises, alias *el moro*, comisario de la BPS desde el año 48, y antes inspector de zona en la misma brigada, para saber que no era un policía especialmente intuitivo, ni siquiera demasiado inteligente, pero que no tenía escrúpulos de ninguna clase y que sabía rodearse de las personas adecuadas. Había visto su agenda y era para asustarse: J. I. San Martín, teniente coronel, jefe de los servicios secretos, C. I. Cano, jefe de la GC, más un largo etcétera de personas muy importantes en el aparato de Seguridad del Estado. Calculó que no era necesario andarse con demasiados rodeos.

—Tenemos un trabajo para usted. Algo especial.

—¿Y qué trabajo es ese que no puede venir ordenado por conducto reglamentario?

El joven observó con atención la sortija en el dedo de la antigua unidad del comisario.

—Un trabajo que debe hacerse al modo de antes y que puede poner el broche de oro a su carrera.

El comisario Ulises frunció el ceño, molesto por aquellas sobras que le ofrecían como si fuese un perro famélico.

—Yo ya no tengo carrera.

Parecía la señal que estaba esperando el joven, que se inclinó hacia delante con los ojos brillantes y la mandíbula tensa.

—Precisamente. No tiene nada que perder.

El *moro* se fijó en el reloj de pared. Seguía lloviendo y el día era claustrofóbico. Se miró las manos. Los dedos eran largos, el índice y el corazón muy levemente manchados de nicotina, y las uñas blanqueadas. Se miró la palma de la mano derecha. El surco de la línea de la vida era profundo y accidentado. La del amor era casi inexistente.

—Dime una cosa, ¿tú crees que la casualidad es una ley del universo, una manera extraña de hacer justicia, o que por el contrario es un mero capricho del destino, como si los dioses de Homero jugasen con nosotros?

El joven, desconcertado, no supo qué responder.

—Es igual. Déjalo. Veamos, explícame qué quiere esta vez el Estado de este

humilde servidor.

—Mañana, comisario, mañana. Ahora únase al resto para disfrutar del ágape, y mire de desagraviar a nuestros contertulios por su actitud de antes. A la gente con poder es mejor tenerla de nuestra parte.

A la mañana siguiente, cuando el comisario Ulises aún estaba quitándose la gabardina y dejando el paraguas mojado en el cubo, llegó un motorista del Ministerio del Interior con un sobre lacrado remitido por Pedro Ornaque. Cuando vio su contenido, una única hoja mecanografiada por una cara con tres puntos muy claros, se tocó las puntas del bigote, incrédulo:

Punto uno. Con carácter de urgencia, esto es, en el plazo de dos o tres semanas, deberá desmontarse una trama subversiva terrorista que aprovechando la enfermedad del Generalísimo pretenda subvertir el orden del Estado, llevándonos a una nueva confrontación fratricida. Preferentemente, grupos de izquierda, comunistas, anarquistas, etc. Deberán crearse las pruebas suficientes que permitan un juicio ejemplarizante.

Punto dos. Se organizará la trama a partir de elementos fichados por la Brigada Político-Social, siendo elegidos elementos poco destacados o conocidos tanto nacional como internacionalmente. Deben incluirse hombres y mujeres, todos mayores de edad, en número a determinar por usted.

Punto tres. Los elementos más manipulables serán juzgados y condenados a pena de muerte, que posteriormente será conmutada por cadena perpetua. Los menos maleables deberán ser eliminados físicamente.

Cuando el comisario terminó de leer la orden, la quemó.

No creía en la venganza, era una pasión que desmotivaba, pero allí estaba, después de tantos años, como algo natural, la posibilidad de acabar lo que dejó en su día a medias. Como un puzle imantado, todas las piezas corrían veloces en su cabeza a encajarse unas con otras en un plan perfecto.

Descolgó el teléfono y llamó a su ayudante.

—Detened a Octavio Cruz y preparad el interrogatorio. No, que nadie lo toque, quiero interrogarlo yo mismo.

Casualidad o destino, no importaba. Treinta años después, volvía la misma conjunción de circunstancias, pensó, la maravillosa coincidencia que una vez más le permitía matar dos pájaros de un tiro. Abrió con la llave el cajón donde guardaba la carpeta de plástico negra con sus documentos privados y sacó una fotografía de Lucía.

—Inofensiva —repitió en voz baja.

«No existe nada más peligroso que un animal que creías amaestrado, pero que conserva todo su instinto salvaje», reflexionó. Aún la veía saliendo por la puerta de Auxilio Social, vestida con un vestido negro con puntilla de encaje y delantal, con un crespón por el luto de su padre. El pelo corto, y duro, espeso, los dientes delanteros un poco separados, los labios carnosos y las uñas mordidas, en el escalón del edificio, junto a una monja con la cofia de alas anchas, con su maleta de madera atada con una

cuerda. Y lo que nunca se le había ido de la cabeza, ni de día ni de noche, eran sus ojos, su mirada de mil putas, esos ojos que soñaba cada día con morder, devorar y besar sin transición.

Sitges, 19 de octubre de 1975

Sonó la campana de la iglesia de los pescadores en la madrugada y Octavio Cruz pensó en el pobre Judas, escondido en el monte Getsemaní, debatiéndose entre el odio y el amor a Jesús y preguntándose inútilmente qué debía hacer, mientras los soldados del Sanedrín llevaban al maestro a su muerte.

Salió a la terraza. Estaba con las manos aferradas a la verja oxidada de la casa con la mirada fija en el horizonte. El mar oscuro y agitado se iluminaba con breves e intensos relámpagos de una tormenta desatada varias millas al interior. El batiente de la ventana abierto golpeaba contra la pared por el efecto del viento. Era una noche cerrada y fría, y salvo las luces del paseo marítimo todo estaba oscuro. Entonces se dio cuenta de que alguien lo estaba observando desde la verja de la entrada. La respiración de ambos se condensaba al salir de sus pulmones desacompañadamente.

—Oiga, ¿qué hace ahí? Esto es una propiedad privada.

El comisario Ulises apenas ladeó un poco la cabeza. Estaba borracho de ese modo suyo, sin parecerlo ni perder la compostura, pero con el labio un poco más caído. Le hizo un gesto con la mano para que se acercase despacio, como si quisiera mostrarle a un animalillo escondido y temiese que lo asustara.

—Baja aquí, muchacho. Tenemos que hablar.

Detrás del comisario, un vehículo de la brigada esperaba con las luces apagadas y el motor en marcha para trasladar al doctor Octavio Cruz a comisaría.

Calabozos de la Prefectura de Policía, Barcelona, madrugada del 20 de octubre de 1975

El comisario Ulises alzó la mirada hacia el techo manchado de humedades, luego deslizó los dedos sobre las paredes embadurnadas con pintura pardusca, y de nuevo regresó al centro de la sala, junto al cuerpo de Octavio Cruz. Estaba desnudo y esposado de pies y manos a una única silla de plástico. Sobre su cabeza se balanceaba una bombilla que daba una luz sucia e intermitente.

Ni siquiera le había puesto la mano encima todavía. No había sido necesario. Bastó con la escenografía, como hacían los antiguos inquisidores, para doblegar su voluntad.

—La dictadura de la imagen sojuzgando a la palabra —murmuró el comisario al oído del detenido.

—No me pegue, comisario —sollozaba Octavio Cruz—. Solo quiero colaborar, se lo juro.

Así era como Octavio Cruz, naufragando un momento en el miedo y al siguiente en el rencor, había accedido a ser el traidor, el caballo troyano de aquella historia. El comisario estuvo un rato observándolo en silencio, con un profundo asco. Súbitamente, se puso de nuevo a dar vueltas. Cuando la luz de la bombilla le alumbraba el rostro parcialmente, parecía más viejo, como un odre vacío.

No había esperado otra cosa de él. Lo consideraba un cobarde desde que era niño. Recordaba a ese gordo grasiento espionando a Lucía, a través de la mirilla de la habitación de la casa de putas. Entreabría la puerta lo justo para verla beberse la boca de los clientes con la lujuriosa dejadez de la meretriz que ya era, del mismo modo que se entregaba a las manos desesperadas de sus amantes y les permitía, burlona, que le comiesen los pechos con urgencia. Aquel ritual de venganza, dedicado a su mirada indiscreta, fue repitiéndose durante años y Octavio Cruz se quedaba bajo la penumbra cuando ella ya se había ido, tumbado en la cama con las piernas abiertas y los ojos cerrados, esperando algo, algo que nunca ocurriría.

—Me conoces desde que eras niño, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Ya, pero para nosotros los viejos, la edad se detiene en ciertos momentos. Para mí, tú siempre serás ese niño maricón que espionaba a Lucía en la casa de putas.

La expresión desnuda del comisario, que parecía en aquel momento un anciano benevolente e inofensivo, gravitaba como una amenaza permanente sobre la cabeza de Octavio Cruz.

—Dices que la llamaste para que regresara a España. ¿Por qué?

—Ella piensa que usted está muerto y que ya nadie se acuerda de lo que pasó con

su padre.

—Y tú no has querido desilusionarla diciéndole la verdad.

En algún lado se escuchaban gemidos, voces rotas y cortantes. Aquel lugar era el laboratorio en el que por arte de la alquimia el dolor se convertía en verdad.

—Se hubiera vuelto a marchar —gimió Octavio Cruz—, y yo quería que se quedara aquí. Necesitaba tenerla cerca.

—Y, sin embargo, sabías que estábamos detrás de vosotros. No puedes ser tan estúpido para no haberte dado cuenta de que mis hombres te seguían.

La cabeza de Octavio Cruz gritaba. Iba a estallarle, como si una bala alojada en su cerebro girase sobre sí misma abriéndose paso hacia fuera rompiendo tejidos y neuronas.

—Dime una cosa. Si es tu amiga, ¿por qué quieres que yo la atrape? Porque eso es lo que estás buscando, que yo le haga daño. Para eso me has llamado.

A Octavio Cruz le obsesionaban los sonidos de aquel lugar. Eran una ópera tétrica, un aviso del tormento.

—Lucía no le ha hecho daño a nadie. Es su marido y ese grupo de estudiantes quienes deberían preocuparle.

El comisario sonrió con cinismo. No había sido difícil enterarse de esas confabulaciones disparatadas que andaba organizando Andrés. El muy idiota ni siquiera se escondía, no hacía más que pasearse en compañía de esos pequeños e inexpertos aspirantes a activistas del comité universitario a los que sus hombres tenían permanentemente vigilados. Se decía en la universidad que preparaban una gorda, un golpe de efecto para cuando muriese Franco. Pobres incautos, pensaba Ulises, sonriendo. Los golpes de efecto son como un bumerán, si no agachas la cabeza se te vuelven en contra y te la cortan.

—No intentes desviar la atención, Octavio. Eso es secundario. A mí me preocupa otra cosa que tú vas a aclararme: ¿por qué Lucía va cada día a la Modelo? —le preguntó, ajustándose los gemelos a los puños de la camisa. Estaba cansado y quería irse a casa. Ese engendro sudoroso y peludo, lejos de moverle la compasión, le repugnaba, pero ni él ni sus hombres tenían acceso al pabellón Este de la prisión. Ni siquiera Pedro Ornaque le había conseguido una autorización, de manera que lo necesitaba para saber qué se escondía allá dentro.

—Visita a un paciente mío.

—¿A quién?

—A Liviano.

El comisario reflexionó. Ese nombre no le decía nada.

—¿Y por qué lo visita?

—Le dije que ese viejo tal vez era Nahúm Márquez.

El comisario Ulises se quedó muy quieto detrás de Octavio Cruz, de modo que este no podía verlo por más que giraba el cuello. Observaba los granitos de pus de su nuca y el sudor que le daba a la piel un color magenta mezclándose con la luz. Ese

nombre, Nahúm Márquez, significaba algo, «el hijo de la risa», recordó. Nombre hebreo, por eso le llamó tanto la atención. Un judío entre moros. Pero en boca de aquel gordo temeroso ese nombre sonaba confuso.

—Eso es una gilipollez. Nahúm Márquez murió en el garrote en 1945.

—No es cierto. Yo lo vi aquella tarde de 1945 cuando murió el padre de Lucía. Y sé que es la misma persona que tengo en el pabellón Este.

El comisario examinó con perplejidad a Octavio Cruz.

—¿Qué pretendes, estúpido, confundirme? Déjate de chorradas. Yo estuve en la ejecución de Nahúm Márquez, vi cómo el verdugo le retorció la tráquea hasta partirle las vértebras.

Octavio Cruz guardó silencio. Sin embargo, él reconocía a Nahúm Márquez, lo reconocía por su olor, aunque ni siquiera le había confesado eso a Lucía. Ese olor era su secreto mejor guardado, y Liviano lo tenía, el olor de los muertos, el mismo que desprendía el padre de Lucía aquella tarde entre los contenedores y la lluvia del puerto.

El comisario merodeaba a su alrededor como si quisiera descubrir en la expresión aterrada de Octavio el truco, dónde estaba la broma, cuál era su intención.

—Supongamos que te creo, que es verdad que Nahúm Márquez sigue vivo sin que yo me haya enterado después de treinta años. ¿Qué interés podría tener Lucía en él?

Octavio Cruz pareció dudar, negaba con la cabeza y lloraba.

—¡Contesta, coño! —gritó el comisario, dándole un bofetón.

Ante el contacto de aquella mano, Octavio se estremeció aullando.

—Lucía cree que Nahúm Márquez es la única persona que sabe quién mató de verdad a su padre.

El comisario no dijo nada. Se retiró a un rincón y encendió un cigarrillo mientras trataba de ordenar sus ideas. La versión oficial sobre la muerte de Juan de Dios decía que, a las dos de la madrugada del día 6 de octubre de 1945, un destacado militante clandestino del PCE, detenido en varias ocasiones anteriores por delitos de tipo menor, fue llevado a comisaría para ser interrogado en relación a un posible atentado contra los Quiroga. Según constaba en el sumario del juez instructor, la delación de la compañera sentimental del implicado, Virtudes Némesis, permitió encontrar abundante material relacionado con la familia Quiroga en la casa número 13 de la calle Imperio, donde vivían ambos con una hija de trece años, Lucía de Dios. Mientras el detenido era interrogado, durante un traslado a otras dependencias, intentó escapar, y pese a estar custodiado por varios agentes, consiguió ganar la calle y alejarse hacia el puerto, donde fue abatido de dos tiros en la espalda por el inspector a cargo del interrogatorio.

—Yo disparé a ese cabrón. Lo sabe todo el mundo.

Octavio Cruz se daba cuenta de que su situación iba a empeorar. Desesperadamente, necesitaba hacerle comprender que él no suponía ningún peligro.

—No soy yo quien pretende remover las cosas, comisario. Es Lucía.

—¿Qué es lo que hay que remover? ¿Acaso no está todo claro y cerrado? —preguntó con suspicacia.

—Así es.

Y, sin embargo, Octavio Cruz sabía cuánto callaba.

Tenía once años cuando pasó todo. Desde lo alto de un viejo casco de barco abandonado, disfrutaba de una vista privilegiada de los muelles de carga y de la bocana del puerto. Los tinglados de madera se alineaban frente a su mirada horizontal en hileras de varios pisos de altura y lo que parecían kilómetros de longitud. De uno de esos caminos salió corriendo Lucía, como si huyese en desbandada. Llovía con una virulencia dañina, gotas gruesas que rebotaban con un sonido de bala contra los contenedores. Corrió al encuentro de Lucía, intuyendo el camino que su huida estaba siguiendo. Nadie conocía mejor que él los recovecos de aquel bosque metálico. Le dio alcance antes de que llegase a la ladera del cementerio.

Estaba sucia de sangre y tenía el pelo revuelto, lo miraba a los ojos de modo extraño, como si la hubiesen vaciado por dentro o se hubiese vuelto loca. Cuando le preguntó qué le pasaba, ella señaló algún punto del grupo de bultos que acababa de dejar atrás.

Aunque le costó un par de rodeos, Octavio Cruz acabó dando con el sitio que ella había señalado.

Fue entonces cuando descubrió la esencia de los muertos, porque hasta aquel momento la muerte no era nada, no existía, no era tangible, y al ver el cuerpo de Juan de Dios tumbado de lado en el suelo sobre un charco de sangre, lo primero que hizo fue tocar al muerto, la carne, la ropa, la sangre, y convertir en real y aprensible lo que hasta entonces había sido inexplicable. No había nadie alrededor, ni se oía nada, excepto el golpeteo ensordecedor, y a la vez bello sonido, de la lluvia contra los techos de los contenedores y contra el asfalto. Hipnotizado por la presencia del cadáver, tardó un rato en sentir sobre su nuca los ojos de un desconocido. Hervía su mirada al observarlo a él y al cadáver alternativamente. Era evidente que no se habían encontrado con el muerto por casualidad, y que aquel desconocido ya estaba allí, escondido, cuando había llegado Octavio. Pero no era culpable, nada lo hacía pensar, ni en su actitud tranquila, que aceptaba la lluvia con mansedumbre, ni en sus ropas o manos, limpias de sangre. Él no era el asesino, pero tenía expresión de haber sido testigo. Esos ojos eran los de Liviano. Aunque en aquel tiempo no se llamaba así. Se llamaba Nahúm Márquez.

—Quiero entrar en ese búnker y ver en persona a ese tal Liviano.

Octavio Cruz tartamudeó.

—Lo intentaré, pero me llevará al menos una semana.

—Esperaremos. Vale la pena —dijo, como una amenaza contenida, el *moro* Ulises.

Centro psiquiátrico penitenciario de Barcelona, 1 de noviembre de 1975

Aquella mañana, Liviano puso el punto de lectura entre los números 12 y 13 de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, y tras dejar el libro en la mesa, se quedó un instante mirando desde el ventanal ovalado el jardín interior donde algunos presos cuidaban los macizos de flores. Arriba, en el pabellón, otros internos se desgañitaban en la clase de música y sus voces disonantes se esparcían a través de las celdas de los presos comunes, de la cocina, del comedor, de las garitas de los guardias y del patio de cemento.

El viejo se llevó las dos manos al vientre. En las últimas semanas el dolor era imposible de disimular.

—Los hombres no tienen misericordia —dijo, con el semblante sombrío, pensando tal vez en lo que acababa de leer—. El amor no se perdona.

Sor Amparo le palmeó el hombro, fingiendo no ver su gesto.

—No dramatices, hombre. Cualquiera, hasta el más animal, sucumbe al amor. —Lo dijo sin mucha convicción, segura de que Liviano la escuchaba sin atender, pendiente de las manos que le temblaban ostensiblemente y de su cabeza tan nublada como sus ojos. Parecía muy cansado y enfermo desde el último ataque que le había dado cuando lo visitó aquella mujer.

Bajaron en silencio a la sala de estar.

Liviano cerró los ojos y luego los abrió parpadeando varias veces, como si una luz lo deslumbrara.

—Cada vez me acuerdo más de mi madre. ¿Eso es normal? Veo el acantilado, y la tumba sin nombre. Y al lado, la tumba de mi padre, vacía... Eso es un oxímoron, me parece: una tumba sin muerto.

Estaban solos en la gran mesa redonda del comedor con el televisor encendido sin volumen. Liviano prendió un cigarrillo, insensible a la mirada reprobatoria de sor Amparo.

—No ponga esa cara, hermana... Ande, pásame el cenicero.

—Esos cigarrillos te matarán.

Liviano se encogió de hombros. Él ya estaba muerto. Un cadáver que fumaba.

Fue mientras tomaban el café, un café espeso sin azúcar, cuando Liviano empezó a hablar sobre Amelia. «Era una buena amante —dijo—, alguien a quien podía amar sin arrostrar las preocupaciones de la vida en común, a quien podía reducir a mero espejo».

—Cuando salga de aquí —«eso sería pronto», puntualizó—, hablaré con el general Quiroga para que nos deje ir tranquilos, sin rencores.

Sor Amparo prohibió a las lágrimas que fueran más allá del barranco de sus

párpados.

Liviano había dejado que el cigarrillo se consumiera en el borde del cenicero. La hermana se quitó las gafas y las dejó sobre el mantel.

—El general Quiroga está muerto, Liviano, como su esposa. ¿Ya no lo recuerdas? Amelia Quiroga murió asesinada... —Lo miró con atención antes de decidirse a completar la frase—... Por Nahúm Márquez. Hace mucho tiempo.

Pero Liviano parecía no entender el concepto del tiempo, ni de su paso.

—No. Le prometí hacer ese viaje a Munxidos. Está esperándome con la maleta. —Entre distraído y alelado, arrancando los hilos de la manga y haciendo con ellos un ovillo que deshacía y volvía a embrollar, de nuevo escuchaba la voz de Amelia. A ratos la escuchaba más débilmente, como la letanía de un bebé cansado de llorar, pero en otros momentos los gritos en su cabeza eran estremecedores, como los alaridos de un mutilado durante un bombardeo. Le martilleaban los oídos, y aunque se los tapaba, aquel aullido se colaba entre los dedos y se le metía en el cerebro y lo torturaba.

Sin que nadie lo supiera, Liviano había empezado a darle forma febrilmente a su pasado para no olvidarlo a base de dibujar, una y otra vez, el puente romano de Munxidos, con todas las grietas de la piedra, con la enredadera comiéndose el tiempo y con el manto verde de la humedad. Dibujó el río Pensamiento con todas las caras que él le había visto, en verano con las gentes sentadas en las riberas pescando, en invierno con la nieve sucia ocultando el cuerpo azul de Olimpia. Dibujó las conversaciones de Nahúm con Amelia cuando hablaban de las lágrimas de San Lorenzo y de las estrellas y de los amores imposibles. Dibujó la desesperación y el odio enfermo de Julio Quiroga, y el amor necesitado, y por último, dibujó su propia muerte.

Aquellos dibujos eran su testamento.

—Necesito que me dé el aire —dijo Liviano. Le pidió a la monja que lo acompañase al patio.

Discretamente apoyado en el hombro de ella para disimular el temblor inevitable de sus piernas, que ya apenas lo sostenían, Liviano movió su cuerpo exiguo hacia la esquina más cálida del patio. Se sentaron encima de unos palés, dejando que el sol les calentara la piel, y durante un rato Liviano observó el paseo de los presos, la paloma muerta del muro y las nubes que pasaban sobre sus cabezas. Luego se volvió lentamente hacia la monja y murmuró que el reloj de arena ya había dado la vuelta. Lo presentía. Y al decirlo, el ronquido estentóreo de su respiración decreció hasta convertirse en un murmullo apenas audible.

Sor Amparo solo percibió un cambio en él, un matiz, como la sombra que dejaban aquellas nubes veloces sobre el muro encalado de la prisión.

—No digas esas cosas, tienes muchos puntos en la cabeza y es normal que te

encuentres aturdido, pero pasará, tranquilo.

Liviano asintió sin convencimiento. Estuvo un rato más pensativo y luego le pidió algo a la monja.

—Me gustaría hablar con esa mujer otra vez.

Sor Amparo protestó. *Esa mujer* lo había soliviantado hasta el punto de llegar a autolesionarse. No creía que su presencia fuese beneficiosa para él. Sin embargo, Liviano insistió. La vería una vez más, solo una. Después, todo estaría ya en su sitio.

Dos días después, al atardecer, Lucía y Liviano bajaron también al patio cuando los otros reclusos ya se habían retirado a sus celdas. Desde una ventana del piso superior, sor Amparo los observaba. La monja sentía algo parecido a los celos, aunque no lo confesaría jamás, ni a Lucía ni a nadie, cuando descubría en la expresión de Liviano la paz que ella le daba. Los colores en la pintura del viejo se habían suavizado, y para sorpresa de todos, el anciano apareció una mañana sin el abrigo de miliciano del que jamás se desprendía. Además se había deshecho la cola y se había cepillado la cabellera, cosa que no hacía desde años. Para todos los que de un modo u otro trataban con Liviano, era evidente que Lucía ejercía sobre el viejo una buena influencia. Incluso para sor Amparo.

El patio era cuadrado, rodeado por altos muros. Ambos caminaban rozando las paredes en el sentido contrario a las agujas del reloj. Cuando llevaban seis o siete vueltas, Lucía empezó a marearse. Se sentía como las mulas que arrastran una rueda de molino dejando una marca profunda en la tierra. El patio empezó a hacerse pequeño y el suelo a girar. Se desvaneció de repente, y se hubiera ido al suelo si Liviano no la hubiese alcanzado antes, atrapándola por la cintura. En el rictus del viejo sintió compasión de sí misma, de su propio cuerpo, débil y escurridizo, estrechado de improviso por un abrazo desesperado. Por primera vez en mucho tiempo, no tuvo la desagradable sensación de que un hombre la invadía, sino que la acompañaba.

—Lo probable y lo increíble son cabos de la misma cuerda. Si los juntas, resulta lo inevitable —dijo Liviano, ayudándola a incorporarse.

Lucía no era capaz de descifrar aquel jeroglífico.

—Lo siento, pero no comprendo.

Entonces, Liviano se puso a hablar de una casa cuyos suelos estaban alfombrados de cretona y donde había constante bullicio en la cocina. Decía que a todas horas se escuchaba en el gramófono *Los cuatro madrigales amorios* del maestro Rodrigo, guitarras y piano que inundaban de elegancia las estancias, como si esa música fuese la voz de la casa.

—Me acuerdo de los limoneros que llenaban las tardes de verano de un olor ácido.

Lucía supuso que hablaba de la Casa de Las Ceibas.

—¿Recuerda una ermita? Había unas personas enterradas allí. ¿Sabe quiénes eran?

—Claro que la recuerdo. Una capilla del siglo XII con una pila bautismal de mármol.

Eso la desconcertó. No existía, ni había existido nunca, que ella recordase, tal pila.

—No recuerdo eso.

—Había también un precioso retablo de Cristo Crucificado, imitación perfecta del pintado por Velázquez en 1630... El Cristo Crucificado —insistió ante la cara de asombro de ella—. Si alguna vez lo ha visto, es imposible haberlo olvidado. Hasta Unamuno le dedicó un poema:

*Vara mágica nos fue el pincel de Don Diego.
Por ella en carne te vemos hoy.*

Lucía se encogió de hombros. No había visto nunca ese retablo, lo cual la sumergió en la confusión.

—¿Usted cree que yo estoy loco? —le preguntó de improviso Liviano, con un aire festivo.

Ella no sabía qué decir.

—Tengo algo para usted, pero no puedo dárselo ahora —dijo Liviano, señalando con disimulo la ventana desde la que eran observados por sor Amparo. El tono de conspiración la sorprendió.

—Creí que eran amigos.

Liviano sonrió. Por supuesto que lo eran, por eso mismo no quería involucrar en aquello a sor Amparo.

—Ella cree que estoy loco, y le permito que lo crea para protegerla. Pero no puedo esconderme más. El reloj marca mi hora. Veo llegar a Caronte con su barca y todavía no tengo la moneda en mi boca.

Lucía sintió una mezcla de ternura y desesperanza ante aquella mente hecha retales.

En los días siguientes, el silencio de Liviano fue el refugio de Lucía. Él andaba por allí, más ido unos días que otros, ausente al aire que los rodeaba en el patio del pabellón. Ella y sor Amparo lo veían desde el zaguán perseguir mariposas imaginarias como si fuera un niño. Lucía se acostumbró con el paso de las semanas a la calma de Liviano y al letargo de la cárcel, donde cada loco tenía su escenario y las obras de unos no interferían en las de los demás. El silencio era cuanto pasaba y no pasaba.

—Me gusta venir aquí —le confesó un día a la hermana mientras contemplaba de lejos a Liviano, que parecía enfrascado en la tarea de rascar con los dedos el revoque de una pared.

Sor Amparo vigilaba a Lucía de manera inteligente y discreta.

—Si le gusta este sitio es porque puede entrar y salir cuando le place. —Si aquello era un reproche a su ligereza, desde luego no lo parecía al decirse con una sonrisa cálida—. Además —se interrumpió con intención—, cualquier refugio acaba siendo inseguro.

Lucía no dijo nada, mirando el patio como si estuviera pendiente de Liviano, que seguía con su juego en la pared. Sin embargo, sor Amparo sabía que Lucía no veía aquello que miraba, sino que su mente estaba lejos de allí.

—¿Acabará pronto lo que ha venido a hacer? —le preguntó.

Lucía la miró de reojo.

—Sí, pronto.

—Es curioso ese repentino interés suyo y del doctor Cruz por Liviano. En treinta años de encierro no ha recibido visitas... No me gustaría que nadie le hiciese daño, o que lo utilizase para su provecho. No sé si se ha dado cuenta, pero desde que empezaron estas visitas su salud ha empeorado.

—No la entiendo, hermana —dijo, escudriñando el perfil de la monja.

—Yo creo que sí me entiende. Y no le reprocho nada. Él parece feliz de tenerla cerca, y eso me basta. Pero sé que me miente, como sé que me miente ese doctor amigo suyo, por más que no comprendo la naturaleza de su mentira. Pero déjeme que le diga que no es bueno esconderse en los demás.

—¿De qué iba a esconderme?

La monja la miró con tristeza.

—Liviano me dijo una vez que los cobardes mueren muchas veces antes de su propia muerte. Y que él era el peor de los cobardes. Si hubiese sido valiente habría muerto una única vez.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que el valor, como las demás virtudes, tiene también sus limitaciones.

Lucía buscó algo que decir, pero la monja le ahorró el esfuerzo levantándose de su vieja silla de mimbre.

—Es la hora de recogerse.

La monja bajó los dos escalones que separaban el zaguán del patio y fue al encuentro de Liviano. Asiéndose con ambas manos el borde del hábito, se asemejaba a una reina en su corte, y el pobre viejo que le sonreía desde lejos era el más querido de sus vasallos.

Barcelona, septiembre de 1942

Eran los últimos días de aquel verano de noches con el aire oleoso. Al anochecer, justo cuando se encendían las primeras farolas, la gente sacaba las sillas al portal y se sentaba a dormitar aprovechando la escasa brisa que venía del puerto, envuelta en los olores ácidos de las redes y del pescado podrido.

El *moro* Ulises andaba cerca del cementerio, buscando la calle Imperio y la casa de Juan de Dios. Un mendigo le salió al paso gritando que estaba ciego y que los gusanos se le comían los ojos. Lo seguía una pléyade de críos haciéndole burla y lanzándole bolas de barro que recogían de la calle, convertida en una riera de torrente sucio y nervioso. La acera, de poco más de un palmo, no le servía al *moro* como refugio para protegerse los pantalones o los zapatos del fango. Levantó un poco el ala del sombrero que se había puesto aquella mañana, señaló la calle que subía y le preguntó al mendigo a qué altura quedaba la chabola de la Virtudes. La jauría de niños enmudeció. Incluso el mendigo dejó de gritar y se quedó con su trágica apariencia, petrificado en medio del lodazal. Todos miraban el sombrero del *moro* Ulises, y sus zapatos negros y blancos y su americana de color hueso. Todos sabían qué aspecto tenía un policía de la secreta.

No era buena noticia ver aparecer a la policía por el barrio. Los críos se dispersaron como las langostas para llevar la mala noticia por todas las cloacas, escondrijos de estraperlistas y zaguanes de putas. La presencia de Ulises era como la brisa que precede a la tormenta, removiendo las hojas y poniendo en fuga a los pájaros. Llegaba arropado por la noche, como los malos augurios o los pecados inconfesables, y nada bueno podía esperarse.

Para cuando el *moro* Ulises asomó al final de la calle Imperio, la Virtudes ya estaba prevenida y esperaba, con el ojo pegado a la mirilla de la puerta. A pesar de estar alerta, la sorprendió de pronto el perfil alargado del inspector al otro lado. Retrocedió justo a tiempo para que la frágil puerta, derribada de una patada, no se le viniese encima. El *moro* irrumpió en la casa y se vio rodeado por el aroma del ajeno.

Una quemadura antigua se adivinaba en el escote medio desnudo de la Virtudes, que llevaba puesta una bata desabrochada que le venía demasiado grande. Al principio, el *moro* casi no reparó en la mujer; miraba por encima de ella el interior de la casa.

—¿Estás sola?

—No sé nada —gimió la mujer. No era la primera vez que la policía venía en su busca desde que habían metido a su marido en la cárcel dos años atrás por espiar a los Quiroga. La cicatriz de las quemaduras en el pecho era testimonio de esas visitas.

El *moro* Ulises pasó levemente el dedo por encima de la mesa, sin tocar a la

mujer.

—Yo sí. Sé que han soltado a tu marido esta mañana. Pero lo he vuelto a detener —dijo, mirándose la yema manchada de polvo pegadizo—. Ahora está en comisaría, sangrando como un cerdo.

—¿Por qué lo han detenido? Seguro que no ha hecho nada. —La mujer sabía que detrás de cada ventana había unos ojos mirando y unos oídos escuchando. Juan tenía un prestigio en el barrio, era un sindicalista de los duros, de los que no se dejaba amedrentar por un policía de la secreta. Y de lo que ella hiciese o dijese dependía que esa fama se mantuviera.

—Siéntate —le ordenó el *moro* Ulises.

La luz de la calle llegaba con tacañería al interior de la casa. La madrastra de Lucía se sentó en el sofá, frente al aparato de radio apagado, con la concentración pasmada en la botonera dorada del dial. Sus párpados, acostumbrados a la oscuridad, temblaron al ver reflejada en la pared la silueta del *moro* de pie, a su espalda, mirándola con intensidad.

—Aquí huele que apesta y la mierda te va a acabar comiendo —dijo el policía, recorriendo con sus ojos pequeños y atentos el salón. Frotó con la suela del zapato el suelo de linóleo desgastado y sucio. Luego se acercó por un ángulo al sillón. Como la Virtudes no hizo intención de volverse, se colocó frente a ella para que no pudiera esquivarlo.

—¿O es tu cuerpo lo que huele? Apesta a muerta.

Ella seguía con la mirada fija al frente, con los párpados entrecerrados y las manos cruzadas sobre el regazo, como si el cuerpo del policía fuese invisible. Sin embargo, el *moro* Ulises era un buen conocedor del miedo humano. Ese era su trabajo, atemorizar a los demás. Y la Virtudes estaba aterrorizada, la delataba el color azulado intenso de las venas de su frente y la respiración honda.

—¿Por qué estás asustada?

—¿Qué le han hecho a mi marido?

—A lo mejor la ha palmado y las ratas se están comiendo su cuerpo asqueroso.

Algo de muy lejos, un atisbo de conciencia perdida, se asomó a los ojos de la Virtudes. Un breve brillo de ira. Apartó los ojos del frente y miró hacia un lado, en el que estaba la foto de bodas encima de un sucio tapete de encaje.

—Cerdos —murmuró.

El *moro* Ulises merodeaba con suficiencia por el salón, abriendo cajones y revolviendo sin mucho interés. No necesitaba desmontar toda la casa para encontrar lo que había venido a buscar. Ella se lo daría, seguro. Pero no tenía prisa.

—Tu marido y yo hemos llegado a un acuerdo. Ahora trabaja para mí.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque si no lo hace se estaría pudriendo aún en la cárcel, mientras su mujer y su hija andan puteando por el barrio.

La Virtudes se indignó.

—A la niña nadie le ha tocado un pelo.

—No te hagas la idiota. Por cierto, ¿dónde está?

La Virtudes se rascó el escote y la quemadura quedó más a la vista.

—Pero ¿por qué le interesa esa chiquilla?

—Por lo mismo que le interesa a todos los hombres —se mofó.

—Eso no puede ser.

—Forma parte del trato que he hecho con tu marido. Podría hacer que lo fusilasen por degenerado, o por imbécil. Creo que no te importaría mucho, ¿verdad?

La Virtudes no dijo nada. Apretó los puños y negó con los ojos cerrados.

—¿Dónde está la habitación de tu hija?

La mujer negó rotundamente con la cabeza.

—Ella no está.

—No te he preguntado eso.

La pequeña habitación empapelada de azul era la mejor iluminada. Daba a un patio interior tapiado con azulejos y tiestos con geranios. Un poco más allá de la tapia, asomaban los tendederos de los otros bloques. El aire amenazante de tormenta traspasaba el visillo de la ventana abierta. En las repisas de encima de la cama, una muñeca de trapo miraba al *moro* con ojos nacarados, con polvo en sus rizos postizos y en su vestido de encaje. Entrar allí le encogió el estómago. Tuvo la sensación de que profanaba una tumba, aunque no había cadáver encima de la cama cubierta con la colcha morada que arrancó con violencia. Era como una fiebre, un desvarío, un deseo tan fuerte y apremiante que no lo dejaba pensar.

—Habla con tu marido. Creo que sabréis lo que os conviene. Volveré mañana por la noche —dijo antes de salir a la calle.

Soltaron a Juan de Dios al día siguiente por la tarde. Sin embargo, el sindicalista no compartía la alegría de sus convecinos, que al verlo lo saludaban efusivamente como si fuese un héroe. Entró en casa taciturno y algunos vecinos oyeron al matrimonio discutir agriamente. Un rato después, la Virtudes salió en busca de su hija Lucía. Los que se cruzaron con ella vieron que la niña iba cabizbaja y limpiándose las narices con la manga de la bata. Detrás de ellas, a distancia, iba el amigo regordete de Lucía, Octavio Cruz.

Al caer la noche, el *moro* Ulises aparcó la motocicleta en una esquina desde la que podía examinar la casa de Juan de Dios. La calle Imperio dormía, pero era el suyo un sueño ligero. Se escuchaba el taconeo de pasos rápidos mezclándose con los murmullos de las fachadas que pugnaban por elevarse y convertirse en gritos, risas o insultos. También llegaba hasta la esquina el llanto de un bebé confundido con el de una mujer. Dos perros, que por el efecto de una farola parecían verdes, le ladraron sin mucho énfasis y huyeron asustados cuando pasó por su lado procurando no pisar las basuras desparramadas por el suelo. Sin luna, ni estrellas, ni horizonte, el cielo era

una bóveda negra. Lloviznaba una lluvia raquítica y sucia.

Ni siquiera podía esgrimir la excusa de ir borracho cuando entró en la casa. Estaba pictórico. Fue directo a la habitación de Lucía y la encontró en la cama, encogida sobre sus rodillas, protegiéndose pero desafiante, mientras en el umbral de la habitación su padre y su madre lloriqueaban pero no se atrevían a defenderla. Se tumbó boca abajo apretujando las sábanas, y reptó hasta ella, olisqueándola como un perro. Recorrió con los dedos emocionados sus muñecas, luego cerró despacio la puerta dejando a sus padres fuera. Se sentó con placidez en la silla de mimbre que estaba justo a los pies de la cama. Un pequeño espejo ovalado colgaba detrás de la puerta. Volvió a la cama, se tumbó y miró hacia la puerta. Se veía toda la cama y todo su cuerpo. La obligó a ponerse a cuatro patas y a mirarse en el espejo mientras él la penetraba con violencia. Sus pequeños pechos de niña, lechosos, balanceándose a cada embestida, su boca quebrada en un gemido de dolor, o de asco, aunque, en el fondo le gustaba, estaba convencido. Sí. Tenía alma de puta, eso no se enseña, se lleva dentro.

Veinte minutos después salió de la habitación secándose el sudor de la nuca con un pañuelo. Gotas perladas le bajaban por las cejas y por el pecho. A través de la puerta entornada se veía a Lucía con la sábana manchada de sangre apretada entre las piernas.

El *moro* se sentó en el escalón de la calle. Se sentía lleno de vida, como hacía años, en África. Allí, cuando se acaba el desierto empieza el océano. Y lo hace de modo abrupto. El viajero remonta la última duna sin esperanza, sabiendo que detrás de esta habrá mil más. Pero de repente se oye el sonido de las olas, un sonido apenas distinto al del silencio. Es como escuchar el interior de una caracola: remoto e irreal, pero sin embargo audible. Ese sonido, como el olor de la espuma y de los peces muertos en la arena picoteados por las gaviotas, era algo que nunca había olvidado, porque desde ese paréntesis azul podía ver cada día la costa del otro lado, aquel trozo de tierra al alcance de la mano que lo llamaba continuamente. Y él era de los que cogía lo que quería.

—Eres un hijo de puta —oyó que le decía entre dientes Juan de Dios.

El *moro* encendió un cigarrillo. Sí que lo era, para eso había nacido. Pero no se escondía, al menos. No era él quien tenía que ver cómo desvirgaban a su hija en su propia casa para que dejasen de darle corrientes en los huevos.

—Eres una mierda, Juan. Acabo de follarme a tu hija porque no tienes cojones de ir a la cárcel otra vez ni de aguantar un interrogatorio. Y cuida tu lengua si no quieres que te la arranque.

Juan de Dios retrocedió un paso hacia la penumbra, como un perro que retrocede al cubil ante el fuego. El *moro* sacó una sortija con la insignia del águila aferrando una esfera con las garras, la marca de su unidad, y se la lanzó a Juan de Dios.

—Guárdala. Si te detienen en una manifestación o en una redada será tu salvoconducto. Mañana irás a trabajar a la fábrica como si nada. Y de lo que ha

pasado hoy, ni una palabra si no quieres aparecer flotando en el puerto.

—No podré hacerlo.

—Entonces hazte un favor: pasa el cinto por una viga, súbete a una silla y ahórcate, porque volveré mañana, y pasado, y tantas veces como quiera. Así que, mátate o cállate. Tu hija ya no es tuya. Ahora es mía.

Barcelona, 8 de noviembre de 1975

Al entrar en el aparcamiento exterior y entregarle las llaves al botones, Andrés sintió el mismo dolor casi oculto en el estómago que sentía cada tarde al ver la puerta de verjas cubiertas de rosales de invierno y se descubrió suspirando con hondura cuando el portero las abrió de par en par dándole las buenas tardes.

La música era un rumor cálido que emanaba del fondo del vestíbulo enmoquetado y de las paredes tenuemente iluminadas con faroles de hierro forjado. En los reservados a lado y lado de la barra veía sombras furtivas besándose en la penumbra de las que se apartó para buscar el rincón desde donde veía la ciudad a lo lejos a través de un gran ventanal. No tuvo que pedir para que le sirvieran y se encontró, como cada tarde, haciendo rodar entre las manos un vaso de vodka mientras las luces de la ciudad empezaban a asomar a lo lejos, preguntándose, como de costumbre y sin mucha convicción, qué demonios hacía allí en vez de marcharse a casa.

Así estuvo mucho rato, bebiendo con parsimonia, sin la glotonería necesaria para emborracharse, observando cómo anochecía, ajeno al mayor trasiego de clientes en el bar a medida que avanzaban las horas. Pensaba, y a ratos divagaba sobre Lucía, sobre él mismo, sobre su matrimonio, sobre las cosas que habían ido pasando con los años sin ser consciente de ellas. Entonces notó un brazo suave y perfumado que se abrazaba a su cintura y un cuerpo de formas fibrosas que se aplastaba contra su hombro buscándole el lóbulo con unos labios carnosos. Escuchó una voz golfa, saludándolo con la familiaridad de muchos otros encuentros anteriores, pero no volvió la cara, ni siquiera contestó. No podía. Tenía un nudo en la garganta. De repente se sentía solo, un bufón ridículo huyendo de su destino en brazos de amantes demasiado jóvenes que ni siquiera olían como olía Lucía cuando era tan joven como ellas. Y se imaginó en los años siguientes, rindiendo culto a las pequeñas vanidades en locales como aquel y en mujeres como esta, que bebía de su copa pero lo miraba con perplejidad sin intuir siquiera qué le estaba pasando por la cabeza.

Ella, como las otras, un día se acabaría cansando y ya no querría bajar con él en su coche al *meublé* de la avenida del Hospital Militar para hacer el amor durante un par de horas, previo pago y encargo de una botella de agua mineral. Pero eso no le importaba. Ni siquiera se enamoraba de ellas, solo eran una ficción, un modo de volar aunque fuese sin levantar mucho las alas. Un rato de olvido.

Esta se llamaba Gilda, y ya no era capaz de recordar el nombre de las otras, ni siquiera de las más recientes. Cuando lo miraba desde el espejo del baño mientras se desvestía enseñándole sus braguitas azules, y le exigía que la amase como ella lo amaba, sin reservas, él sonreía conmovido por tanta y tan santa inocencia. Pero además de inocente, Gilda era una estudiante de último curso de Derecho eficaz y

muy inteligente. Formaba parte del Comité Estudiantil Clandestino, un grupúsculo que a Andrés le hacía mucha gracia porque le recordaba sus años de logias estudiantiles. Aquellos jóvenes, con Gilda a la cabeza, jugaban a la subversión, organizaban conferencias y charlas con periodistas, escritores y políticos de signo contrario al régimen, así se habían conocido ellos dos. Algunos más fogosos proponían actuar de modo mucho más contundente, siempre hablaban de la posibilidad de un atentado contra alguien importante, pero Andrés no se los tomaba demasiado en serio.

Subieron al coche de ella y fueron al *meublé*. A la habitación de los espejos.

De vuelta a su hotel, Andrés se había ido a la cama solo para no tener que enfrentarse con Lucía cuando volviese. La oyó entrar en la habitación de madrugada y notó sus ojos, mucho antes de ver su sombra flameando en el umbral.

—¿Qué haces ahí, como si fueras un fantasma? —le preguntó.

Ella no se movió. Se había puesto la muda de dormir y, bajo el contraluz de la calle, su cuerpo se dibujaba con nitidez bajo el camisón transparente, el vello del pubis y las piernas contorneadas.

—Te observo —dijo Lucía. Antes le gustaba verlo dormir. Parecía un guerrero reposando y se sentía segura al saber que estaba ahí. En momentos así recordaba sus promesas de niña, cuando por las noches apagaba la luz de su cuarto y dejaba la puerta entreabierta para ver la del pasillo, imaginando cómo era la vida fuera de allí. Nunca se había acostumbrado del todo a dormir con la luz apagada.

—Ven a la cama —le dijo Andrés, apartando la sábana con la que cubría su cuerpo desnudo.

Lucía se acarició la cicatriz de la mejilla con la punta de los dedos. Ya no le parecía un guerrero, sino un cuerpo usado, gastado en otra boca y despojado para ella de todo misterio. La misma pregunta que se hacía a menudo resonó en su cabeza: «Si no lo amo, ¿por qué no lo dejo?».

Le bastaba decir «no» una sola vez para ganar el mundo. Pero no sabía dónde ir con tantos caminos para elegir, a qué país, a qué ciudad... A qué hombre o mujer que le hiciese olvidar quién era. No valía la pena el esfuerzo, a esa conclusión había llegado a los cuarenta y tantos años. Andaba su matrimonio y su vida hacia una felicidad sin sobresaltos, en la que no era necesario volcar nada de una misma. Bastaba con sentarse y dejar que el tiempo pasase. El tiempo que no curaba nada, sino que simplemente pasaba.

Andrés la cogió de las manos atrayéndola a la cama.

Quizá porque se sentía sola, porque tenía ganas de llorar, porque era uno de esos momentos en que todo podía derrumbarse con una sola palabra o un mal gesto, se dejó ir entre las sábanas y permitió que él la utilizase, aunque todavía no se le hubiese ido de la piel el rastro de otro cuerpo mucho más joven y firme.

Después de amarla, estirados uno junto al otro en la cama, Lucía se había dado cuenta de que Andrés la miraba de modo distinto, parecía inquirirla sin decirle nada, como si esperase que ella diese el primer paso. Hasta que, al ver que eludía mirarlo a los ojos, le preguntó:

—¿No me dices nada de ese viejo al que vas a ver a la cárcel?

Lucía se sobresaltó, aunque apenas encogió un poco el cuello. Se revolvió en la cama, dándole la espalda.

—¿Por qué te interesa ahora?

—Nada. Simple curiosidad.

Ella se dio cuenta de que bajo aquel comentario inocente subyacía un río subterráneo de sospechas que lo mortificaban.

—Voy a salir al balcón a fumar un cigarrillo.

—Está lloviendo —dijo Andrés.

Pero no pudo impedir que se levantase y abriese las contraventanas de madera. Él se acercó por detrás y abrazó su cintura desnuda. Besó su hombro pecoso y se lo dijo a bocajarro, mientras fumaban los dos en el balcón del hotel, como si no fuese nada importante.

—De repente me doy cuenta de que no sé nada de ti. Eres una extraña.

Llevaban quince años casados y era como si hubiese estado todo ese tiempo remando en una laguna, y ahora estuviese en su centro lleno de niebla, sin saber a dónde dirigirse.

—Hace más de un mes que arrojaste las cenizas de tu padre. Podríamos regresar a Viena. Quizá todavía estemos a tiempo de salvar lo nuestro.

Lucía aplastó el cigarrillo en la barandilla del balcón.

—No empieces otra vez.

Hizo intención de entrar en la habitación, pero Andrés no estaba dispuesto a dejarla tranquila.

—¿Por qué nunca quieres hablar de nosotros?

—¿Para qué insistir? —le replicó Lucía. Su historia estaba tan acabada aquí como en Viena.

Andrés metió los dedos inquietos en el entresijo de su pelo, echándose el flequillo hacia atrás.

—Resulta sarcástico que tú digas eso como si fuese yo el culpable. Eres tan hermética que a veces me vuelves loco. No sé nunca qué estás pensando.

—No me encuentro muy bien. Podemos dejarlo para otro momento...

—¡No! —Andrés estaba frenético y tenía las cejas revueltas. Hablaba y el humo que había inhalado del cigarrillo se le escapaba desacompañado por la boca y la nariz—. No podemos dejarlo para otro momento. Ya no puedo más.

Lucía lo miró con extrañeza. De repente, Andrés parecía una de esas personas para las que las palabras eran un bien necesario sobre cualquier otra consideración. Ambos habían detestado siempre a ese tipo de personas obtusas que se imponían una

explicación para cada suceso de la vida.

—Qué quieres que te diga, estamos pasando una mala etapa.

—¿Una mala etapa? Me estoy acostando con adolescentes, Lucía. Creo que es algo más que una mala etapa.

Ella se volvió hacia la calle. Abajo, un coche aceleraba con brusquedad. Sintió un mareo muy intenso y por un momento tuvo la sensación de que iba a perder el equilibrio y caer al vacío.

—¿Y pretendes hacerme sentir culpable de tus infidelidades? Eres un hijo de puta, Andrés.

Él la miró con rabia. Desapareció un momento dentro de la habitación y volvió con unos papeles.

—En Viena podemos divorciarnos en dos meses.

Si hubiese tenido saliva en la boca reseca, Lucía le hubiese escupido por imbécil, por necio, pero sobre todo por ciego. Tal vez su padre traicionó a muchos. Pero de todos sus pecados, el peor lo había cometido contra su hija. Y él no se daba cuenta. Nunca se dio cuenta de nada, porque no quiso, o porque no pudo.

—¿No dices nada?

—No tengo nada que decir —dijo Lucía con la mirada fija en la calle mojada—. Nunca he tenido nada que decir, tú lo sabes todo —remachó.

Barcelona, 9 de noviembre de 1975

El agente se removió inquieto en el asiento.

—Ahí está, comisario. ¿Quiere que la detenga?

Era difícil entender a los jóvenes de hoy en día, pensaba el comisario Ulises. Chicas guapas, con esos anchos ojos de andaluza vistiendo enlutadas como cuervos. Había una en especial que le llamó la atención. Estaba sentada en un banco delante de la puerta del paraninfo universitario. Apenas una niña. Recordó al mirarla la suavidad adolescente de Lucía, su carne temblorosa y sonrosada, púber, su pecho incipiente despuntando bajo la franela. Se mordió el labio, haciéndose sangre.

—Tráela.

El lacayo bajó rápidamente del vehículo negro aparcado, cruzó la acera y sacó la placa de policía. Antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que pasaba, la estudiante que había elegido el comisario Ulises estaba sentada en el asiento de atrás entre él y otro policía.

El chófer arrancó con un destino incierto. El siniestro paseílo.

La táctica consistía en no decir nada, ni mirar al detenido. Silencio criminal, que se manchase con la culpa y la duda, que piense, y que el pensamiento deje de ser racional y se convierta en desvarío y luego en pavor.

Con la chica no fue necesario esperar mucho. Apenas una vuelta por Urquinaona, luego Arco de Triunfo, vuelta atrás y bajar por Vía Layetana hacia el puerto. Antes de llegar a Correos, la muchacha lloraba suplicando que la dejaran bajar, jurando que ella no había hecho nada. El comisario Ulises sonrió. ¿Acaso eso importaba? Le ofreció un pañuelo y un gesto paternal. Las canas y el bigote blanco y su ropa cara le facilitaban dar la imagen de abuelo acogedor y comprensivo. Un anciano incapaz de hacerle daño a nadie.

—¿Qué estudias?

Derecho. Ahora todos estudiaban lo mismo. Él prefería la Filología Hispánica. Cervantes, Quevedo, Cela. La literatura era mejor que la ley, aseguró, riéndose. Daba más juego y más interpretaciones. Le preguntó si conocía cierto poema:

*Yo no tengo memoria
del paisaje, ni tiempo,
ni rostros ni figuras,
solo polvo impalpable,
la cola del verano
y el cementerio de donde*

*me llevaron a ver,
entre las tumbas,
el sueño de mi madre.*

Dijo que no, la muchacha, tal vez por el miedo.

—Es raro. A los comunistas os encanta Neruda.

—Yo no soy comunista —se atrevió a balbucear ella.

—Pero te follas a uno.

La chica llevaba un crucifijo de plata colgado de una cadenita que retorció con un dedo. Apenas podía contener el llanto. De repente, sin previo aviso, el comisario Ulises le dio un bofetón.

—No llores —le dijo, como si en vez de un bofetón le hubiese hecho una caricia—. Los cristianos tendríais que ser más sufridos. Mira Jesucristo, él os enseñó que el dolor es el pan del hombre. Dolor, niña, dolor... Te aseguro que todavía no conoces la dimensión de esa palabra. No quieras conocerla.

Sacó una fotografía del bolsillo interior del abrigo. Estaba hecha de lejos, furtivamente, y se veía a un hombre de unos cincuenta años, distinguido, con el pelo canoso a media melena y patillas gruesas, los ojos azules, de aspecto germánico. Llevaba un chaleco de punto y una trenca de piel. Estaba junto a un taxi, besando a una chica. La besaba a ella.

—Te habrá contado que es abogado laboralista, yerno del *mítico* sindicalista Juan de Dios. Pero en realidad es un terrorista que se dedica a la subversión. A ti y a tus amigos os gusta meteros en follones, pero este os viene grande, puedo asegurártelo.

La muchacha estaba aturdida, miraba por la ventanilla con los ojos desorbitados. «Un ratón en la ratonera», pensó el comisario.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Eres muy joven. ¿Sabes que es un hombre casado? ¿Y qué me dices de ella? A la mujer también tienes que conocerla. ¿Te gusta quitarle el marido a la hija de un héroe? ¿Qué pensarían tus amigos?

La muchacha balbucía cosas incomprensibles, sollozaba y repetía que no sabía nada de nadie. El comisario sonrió. Había tenido buen ojo al elegirla a ella.

—Las mujeres movéis el mundo. Sois la palanca de movimiento. Por eso los demás harán lo que tú les digas.

—Yo no sé de qué me habla —musitaba la chica.

El comisario asintió. No importaba lo que ella decía, sino la sensación de poder. Esa expresión que le entusiasmaba en las mujeres jóvenes: de miedo y desorientación. Allí estaba él, hundiendo los dedos en esa alma limpia como si fuese arcilla blanda, moldeándola a su gusto, corrompiendo su suerte. Así se reclutaba a los informantes, haciéndoles creer que ya nada era posible sin su presencia omnisciente.

Sacó de una cartera de piel un sobre cerrado y lo dejó en el regazo de la chica.

—Le entregarás este sobre a Andrés. Pero no le dirás que te lo he dado yo, sino que lo has conseguido a través de unos amigos de tu padre que trabajan en el Ministerio del Interior. Luego les contarás a tus amigos qué es lo que te ha ocurrido hoy, sin omitir un detalle. Diles más, diles que unos brutos con placa te han violado.

—¿Van a violarme? —sollozó despavorida la joven, desviando la mirada del rostro perplejo pero libidinoso de los acompañantes del comisario.

—No, si haces lo que te he dicho. Y lo harás porque cada día habrá alguien observándote. Sabré todo lo que haces, a dónde vas, con quién hablas... Si me mientes o me ocultas algo que deba saber, volveré a buscarte y el paseo será un poco más largo. Eres joven y este juego no es para ti. Cumple tu parte y te dejaré en paz.

El comisario ordenó parar el coche delante de la universidad media hora después y dejó que la muchacha se bajase. No se engañaba, sabía que la lealtad es como el miedo: una atadura corta. A medida que dejas de sentir la cuerda, te olvidas de ella. Dentro de dos o tres días, cuando empezase a tranquilizarse, la chica buscaría a los demás y les explicaría lo que le había pasado. Eso era lo que él quería.

—Disculpe la pregunta, comisario, pero ¿por qué no los detenemos a todos? Conocemos sus pasos, dónde se reúnen y qué pretenden. Conozco perfectamente ese tipo de conspiradores. Unos pelagatos inofensivos, comunistas que con los años se convierten en capitalistas nostálgicos, los peores niños de papá.

—No es fácil montar un complot creíble. Dicen que va a haber una ley de amnistía, y puede que hasta el partido comunista sea legalizado. Tenemos que obligarlos a que se engalliten, que se crean importantes y nos ofrezcan una presa fácil. Deben volverse arrogantes, intentar alguna cosa gorda.

—¿Y qué había en el sobre?

—Mi agenda personal para el día 20 de noviembre. Me he puesto como cebo.

Necesitaba hacer creer a esos críos que estaban haciendo algo realmente importante y subversivo, si todo un comisario de la Brigada Político-Social les andaba detrás.

—Cuatro estudiantes que van a escuchar a un comunista nostálgico... No sé. Esperaba más una trama internacional, terroristas peligrosos, ya sabe, bombas, tiros...

El comisario echó la cabeza hacia atrás con un gesto de cansancio. Andrés Loyola era ideal para convertirlo en líder de un grupúsculo terrorista, en un mercenario entregado a cualquier causa para subvertir regímenes por métodos violentos. Había manipulado los ficheros policiales, de modo que en sus antecedentes constaban delitos como haber facilitado armas a grupos separatistas vascos y anarquistas a través del expresidente de Checoslovaquia, el comunista Dubcek.

—En realidad, Andrés es solo un cebo, una manera de justificar sueldos y contentar a las facciones más ultraortodoxas del Gobierno. La verdadera presa es Lucía.

El policía encendió un cigarrillo, exhalando el humo azulado por la nariz.

Después sonrió con cinismo.

—Todo esto le viene muy bien, ¿verdad, comisario? Así puede vengarse de esa mujer.

—El pasado de un hombre es de ese hombre. De nadie más —replicó el *moro*.

Habían pasado treinta años desde aquella primera noche que desvirgó a Lucía y ese momento se repetiría hasta el infinito. Eso era lo más doloroso, la añoranza de ese cuerpo duro como un tallo de hierba, jugoso y verde que un día fue, y excitarse, desear a esa niña de nuevo, recuerdos envueltos en una bruma de distancia. Una noche en que estaba borracho se atrevió a confesar que se había enamorado. Los celos y la envidia cada vez que la veía cruzar miradas con otros hombres lo consumían, obligándolo a disfrazar la debilidad de brutalidad. La reacción mezquina de la puta que lo escuchaba al conocer aquel sentimiento que a él le estaba vetado fue burlarse y entregarse con más fiereza a los otros clientes. Y todo porque él, el capitán de las tropas más duras de África, el interrogador más hábil de toda la brigada, el ser civilizado que despedía a los fusilados con una sonrisa fraterna antes de firmar sus condenas, estaba enamorado de una niña que lo despreciaba.

Solo quería hacerle pagar con la vida tanta arrogancia.

—¿Hay noticias del doctor Cruz?

—Todavía no.

—Entonces esperaremos. Hasta que yo no haya hablado con ese viejo Liviano, nadie se moverá.

Barcelona, 10 de noviembre de 1975

Aquello era como un matrimonio sin capitulaciones. Cada uno de ellos se sentía casado con Gilda. La escuchaban con devoción, aunque en realidad estaban más pendientes del movimiento de sus labios que de las palabras que de ellos salían. Sentían verdadera fascinación por ella.

Unas semanas más tarde, cuando ocurriese lo que ninguno de ellos creía posible en aquel momento, Gilda declararía ante la policía que el apartamento de la calle Balmes en el que se reunieron aquella mañana era de los padres de uno de los implicados. En total eran cuatro, de entre dieciocho y veintidós años, estudiantes de Derecho y de familias acomodadas. La recibieron como una heroína después de que se hubiese corrido la voz de que la habían detenido, la abrazaban y le daban de fumar marihuana, mientras ella les explicaba que la policía andaba detrás de Andrés y que la habían secuestrado.

Hubo gritos y descalificaciones. Aquellos hijos de puta habían ido demasiado lejos, había que denunciarlos. Nadie podía hacer semejante cosa y quedar impune.

—Nos están siguiendo. Saben lo que hacemos. Podríamos ir todos a la cárcel — les recordó uno de los muchachos, el que parecía más juicioso.

Entonces, Gilda se atrevió a sugerir la posibilidad de que tal vez deberían suspender los actos que tenían previstos.

—De ningún modo —protestó el hijo de los dueños del apartamento. No podían echarse atrás. Ya estaban todos los panfletos en la imprenta, la gente estaba avisada, no podían acobardarse. Además, si habían interrogado a Gilda era porque se los tomaban muy en serio. No era poca cosa que nada menos que el comisario jefe de la Brigada Político-Social se interesase por sus actividades.

—Están cagados de miedo.

—Pero me estarán vigilando —observó Gilda—. Ellos saben que os estoy contando esto. De hecho, creo que era lo que pretendían. Quieren empujarnos a hacer alguna tontería para poder trincarnos a todos.

—Mejor. Eso nos servirá para despistarles de nuestra verdadera acción —asintió enfervorecido uno de ellos, el que miraba a Gilda con mayor devoción.

—¿Qué acción?

—Propongo que secuestremos al comisario.

—Eso es imposible. No podemos hacerlo, es muy peligroso.

—Ya es hora de que pasemos a la acción. Que nos tomen en serio. Esos cabrones se creen que pueden hacer lo que les dé la gana, te secuestran a plena luz del día y no pasa nada. Pues es hora de que les demos en la frente... Yo propongo que secuestremos a ese comisario.

Se oyó un silbido y le siguió un silencio expectante. Gilda sacudió la cabeza incrédula, observando a quien acababa de hacer semejante propuesta.

—Estás loco. No puedes hablar en serio.

—¿Y por qué no? —intervino otro, tímidamente, mientras sostenía un porro y el humo lo obligaba a entrecerrar los ojos—. No hablamos de matar a nadie. La idea es secuestrarlo unas horas, acojonarlo un poco. Luego lo soltamos en alguna calle donde lo esperen los periodistas. Será una buena putada.

Los otros asintieron, riéndose. No se trataba de matar a nadie, repetían, sino de asustar, un secuestro que durase unas horas. Hablaban envalentonados por la marihuana y el alcohol, aunque en estado sobrio ni siquiera se atreverían a pedirle la hora a un policía. En realidad, aquella propuesta descabellada tenía más que ver con las gónadas y la testosterona que con ideales políticos. Todos estaban enamorados de Gilda y buscaban la manera, ficticia pero efectista, de desagraviarla.

Pero ella ya tenía su romance.

Aquella noche, después de hacer el amor, tumbados los dos boca arriba entre las sábanas revueltas, Gilda acarició la mejilla de Andrés.

—Te he traído algo que deberías ver —le dijo, poniéndose de repente trascendental.

Él vislumbró algo en ella fugazmente, un leve temblor, cuando saltó de la cama con la espalda y el culo enrojecido y volvió con su carpeta de estudiante entre los brazos. Tuvo que apartar los ojos de aquella imagen, de pronto tan pudibunda.

—¿Qué es esto?

—No lo sé. No me he atrevido a abrirlo. Me lo dio un policía. Tenía fotos de ti... y de tu mujer. —Y entonces le explicó lo que le había ocurrido, y luego le habló de lo que pretendían hacer sus compañeros.

Andrés no dijo nada. Extendió el contenido del sobre cuyo encabezamiento estaba escrito con plumilla y una perfecta caligrafía en cursiva: era la agenda del comisario para el día 20.

—Es una trampa. Os está utilizando como cebo para atrapar a mí y a Lucía. Tengo que avisarla.

—Los demás están decididos a hacer algo. Y yo también —dijo Gilda, al verlo dudar. Había algo distinto en ella, una atmósfera más adulta, un miedo que hasta ese momento no había advertido Andrés. Era como si se hubiese encaramado a lo alto del muro que separaba su adolescencia de su edad adulta y hubiese visto algo de lo que había al otro lado.

—Es mi mujer, Gilda. Y tú eres demasiado joven para...

—Por favor, Andrés, no caigamos en el patetismo.

Los dos se miraron. Ella, interrogante; él, consternado.

—Lo mejor es que os marchéis a casa y que dejes de verme, por tu seguridad. Me voy al hotel, intentaré convencer a Lucía de que salgamos de Barcelona hoy mismo.

El teléfono sonó una y otra vez en la habitación vacía del hotel en la que la noche

anterior Andrés y Lucía habían decidido divorciarse.

Aquella tarde, sor Amparo notó que algo no iba bien. Vio desde la ventana de su despacho que Lucía y Liviano se despedían con un abrazo intenso. Luego, cuando Liviano entró en el pabellón, lo vio renqueante, muy cansado, pero feliz, como si se hubiese quitado un grave peso de encima. La confirmación de que algo definitivo había cambiado la tuvo cuando lo encontró haciendo la maleta en su celda a la hora de la cena.

—¿Por qué haces la maleta?

—Amelia vino a verme anoche. Y dijo que me preparase. El reloj ya ha dado la vuelta —le explicó.

Aquello parecía una mudanza en toda regla, lo que asustó mucho a sor Amparo, que se temía un rebrote esquizofrénico en Liviano. Había recogido todos los cuadros y los había dejado en el suelo, enrollados y atados con hilo. También había recogido los pinceles, la paleta de colores y el caballete. Incluso el colchón estaba levantado y la taquilla vacía.

—¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó la monja.

Liviano, vestido de calle con el único traje con el que había entrado en el manicomio treinta años antes, había recogido sus pocos enseres en una maleta vieja y estaba sentado encima de los muelles del somier. Su pequeño ratón Alfredo correteaba de un hombro al otro.

—Espero. Estoy listo.

Como en otros tantos desvaríos, sor Amparo intentó no hacerle demasiado caso. Sin embargo, en esta ocasión la acongojaba la expresión pétrea de Liviano. Realmente estaba convencido de que se iba a alguna parte, y ello no solo parecía no importarle, sino que, al contrario, le proporcionaba un gran aplomo.

En ese momento la luz del pasillo varió un poco. Como cuando en los bombardeos perdía fuerza la corriente eléctrica, parpadeó y luego se apagaron los fluorescentes, encendiéndose las luces de emergencia. Ese mínimo cambio en la intensidad eléctrica hizo volverse a Liviano y dirigir su mirada a la rendija de la puerta de su celda. Durante años se había acostumbrado a los pasos leves y cortos de los celadores nocturnos, a las toses de los otros presos, incluso al goteo de las cañerías.

Esos ruidos poblaban el silencio de la noche, pero de repente habían cesado. Se incorporó y salió al pasillo en penumbra. Sintió el aire tenso, como si todo fuese a estallar.

—Ahí están —dijo.

Dos hombres estaban al fondo del pasillo, detrás de la cancela. El más viejo —también era el que parecía con más autoridad— esgrimió una placa de policía.

—Espera aquí —dijo sor Amparo, saliendo al encuentro de los desconocidos.

Se escuchaban voces, entre ellas la de la hermana, irritada.

—No quiero tranquilizarme —decía—. Y me da igual que sea usted comisario. A ver la orden, enséñemela.

Al cabo de un momento, Liviano vio acercarse con pesar a la monja, flanqueada por los dos hombres. El de más edad, más alto y elegante que el otro, iba a la derecha. Le resultó vagamente familiar, pero pronto desvió su atención de nuevo hacia la monja. En treinta años de presidio, nunca la había visto con la cabeza descubierta, y ahora caminaba hacia él con el griñón en la mano, un gesto de fatalidad que encontró hermoso.

A pocos pasos, el comisario Ulises se inclinó hacia atrás, como si hubiese restallado contra su cara un latigazo. Al tener a solo unos centímetros a Liviano, al poder oler su cuerpo de piel gris enferma, pero, sobre todo, al entrar en su mirada de azogue, Ulises sonrió con amargura. Octavio Cruz estaba en lo cierto:

—Hola, Nahúm. Cuánto tiempo...

—Se llama Liviano, por Dios. No sé qué les ha entrado a todos en la cabeza con ese Nahúm. Voy a llamar ahora mismo al director. Tiene que haber una explicación. No te muevas, Liviano, vuelvo enseguida. —Sor Amparo revoloteaba alrededor de ambos quejándose, apenas controlada por el ayudante de Ulises. Hacía tanto ruido que pronto empezaron a asomar cabezas en las mirillas de las otras celdas. El *moro* Ulises la miró dándole a entender que no le importaba su condición religiosa. O se callaba por las buenas o él la haría callar por las malas. Sin embargo, la monja no era una de sus putas, no se amedrentaba con facilidad. Se volvió como un huracán haciendo frisar su hábito y se alejó con largas zancadas. El *moro* Ulises le hizo un gesto inequívoco a su ayudante, que salió en pos de ella.

Cuando Liviano oyó que el desconocido lo llamaba por su verdadero nombre, lo observó con atención, intentando recordar por qué le resultaba familiar aquel porte distinguido. De pronto, sus ojos se hicieron muy pequeños y aviesos. Enfrentó la mirada del *moro* con decisión. Lo reconocía, ahora sabía quién era.

—Hola, capitán.

El comisario Ulises se acarició el bigote al tiempo que esbozaba una sonrisa, como si estuviese reviviendo algo divertido.

—Comisario... Prefiero que me llames comisario. Melilla está muy lejos, amigo.

—Melilla... —repitió Liviano, como si nombrase un lugar mágico que recordaba vagamente.

—¿No es extraño? —dijo el *moro* Ulises cuando se quedaron a solas.

—¿Qué es extraño?

—Tengo la sensación de estar hablando con un muerto.

—Yo lo hago a menudo —aseguró Liviano. El comisario escrutó su expresión y se dio cuenta de que lo decía muy en serio.

—Pues yo no suelo hacerlo... Te vi caminando hacia el cadalso, recuerdo el peso de tus huellas crujendo bajo la nieve..., cómo te ejecutaba el verdugo.

—Entonces es que está viendo un fantasma —replicó de forma desdeñosa Liviano. El cáncer, que ya era un monstruo de proporciones descomunales en sus órganos vitales, le daba esa nueva voz, la que le hacía parecer, en efecto, un espectro.

El comisario Ulises se metió las manos en los bolsillos. Sonrió. De la pasta que estaba hecho Liviano, carne o espíritu, pronto tendría cumplida información.

—¿Tú crees que se puede matar a alguien que ya está muerto? —le preguntó, haciéndole sentir todo su poder.

Liviano guardó silencio un momento, como si meditase la respuesta. Al fin y al cabo, él era el más adecuado para responderla.

—No lo sé, supongo que sí. Pero en cualquier caso deberías saberlo mejor que yo. Tú ya mataste una vez a alguien que estaba muerto.

El *moro* Ulises lo observó inquieto.

—¿A qué te refieres?

—Al padre de Lucía —afirmó sin duda Liviano—. Cuando llegaste aquella tarde al puerto, Juan de Dios ya estaba muerto, alguien le había roto la cabeza. Sacaste la pistola, le diste la vuelta al cadáver, le disparaste dos veces en la espalda y lo hiciste rodar hasta el embarcadero del muelle de donde lo sacaron horas después.

El *moro* Ulises se removió intranquilo.

—¿Tú cómo sabes eso?

—Yo estaba allí, lo vi todo. Pero no te inquietes. Creo que aquello ha sido lo único bueno que has hecho en toda tu vida.

—¿Y sabes quién lo mató de verdad? —le preguntó el comisario.

—Por supuesto —respondió Liviano—. Por supuesto.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para que me lo cuentes, viejo amigo.

Pocos días después de aquella visita, Liviano hizo algo extraño.

Sin la tutela de sor Amparo, que había sido cesada de su puesto de manera urgente y sin tiempo a despedirse, el viejo vagaba por los pasillos como un perro sin amo. Apenas comía ni dormía y nadie se cuidaba de su higiene, con lo que su estado se tornó deplorable rápidamente.

No salía de la celda, pero aquella mañana le pidió a uno de los celadores que lo bajase al patio. Estaba prohibido que los presos del pabellón Este se entremezclaran con los reclusos comunes, pero ya que nadie reparaba en la situación de Liviano, el celador accedió sin darle importancia al error que estaba a punto de cometer.

Durante buena parte de la mañana, Liviano estuvo dando vueltas alrededor del patio como los demás; al cabo de un rato se apartó de la corriente de presos que paseaban en el sentido inverso a las agujas del reloj y fue a sentarse sobre una caja de madera. Tenía un cuerpo tan apropiado a su mote que la madera ni chistó. Vio su sombra reflejada en la pared y pensó que ya era viejo. Se frotó las manchas que con el tiempo le habían ido saliendo en las manos y en la cara y se preguntó por qué los

hombres se aferraban de aquel modo tan irracional a la existencia, por perra que esta fuera, y por qué seguía anhelando, esperando algo de sí mismo, algo que ni siquiera sabía qué era. Entrecerró los párpados como si dormitara con los brazos cruzados, masticando una pequeña viruta de madera. Un gitano arañaba su guitarra rodeado de otros compadres en aquel rincón del patio.

Liviano sacó del bolsillo unas tijeras largas. Algunos hicieron la intención de arrebatarlas, suponiendo que iba a suicidarse o a atacar a alguien, pero lo que hizo fue agarrarse la coleta y cortarla de una sola vez, echando después las guedejas de color ceniza encima del abrigo. Se roció con disolvente del que utilizaba para sus pinceles y se prendió fuego. Los presos que estaban más cerca le oyeron decir, como si sentenciara, que ya no era nada, ni nadie. Solo ceniza esperando el último soplo de viento. Entonces nadie hizo nada por apagar las llamas.

Tres días después murió en la enfermería de la prisión a causa de las quemaduras.

Casa de Las Ceibas, Sitges, finales de septiembre de 1945

Amelia Quiroga había celebrado una fiesta rutilante y, a pesar de ello, cuando se hubo marchado el último de los invitados, se dejó caer en su amplio y vacío sofá de cachemir con el hormigueo de la tristeza plantado en la boca del estómago, mientras los criados recogían las mesas del jardín y apagaban los faroles.

—¿El señor ya se ha retirado? —le preguntó al ayuda de cámara del general.

Desde hacía tiempo, Amelia y Julio Quiroga no se hablaban directamente, sino a través del servicio.

—Sí, señora. Ha pedido que no se le moleste hasta mañana.

—¿Hoy también ha avisado al doctor?

—Sí, señora. Ya viene de camino.

—Gracias. Puede retirarse.

Cuando se marchó el servicio, se sirvió un *bourbon* en cristal de Bohemia y lo bebió despacio, deleitándose con el sabor húmedo de sus labios en contacto con el borde frío del vaso. El juego de colores resinosos del licor dibujaba al trasluz extrañas formas en el fino cristal.

Amelia pensó que quizá, después de todo, aún podría resultar una noche interesante. Se pondría su lencería más incitadora y se pintaría los párpados con la raya azul que tan bien le rasgaba los ojos; pondría música íntima, bajaría la intensidad de la luz y esperaría en el sofá, con un poco de cannabis a punto, a que llegase Nahúm Márquez, a quien su esposo había mandado llamar, como siempre a horas intempestivas.

Estaba determinada a seducirlo una vez más, pese a que el doctor se negaría al principio, para acabar accediendo a sus deseos, como siempre. No lo deseaba realmente, ni siquiera lo encontraba atractivo, excepto por su mirada hirviente, pero ese repentino prurito de puritanismo que se había adueñado de su antiguo amante desde que la enfermedad de su esposo había empeorado resultaba un acicate. Necesitaba huir de lo cotidiano como si lo cotidiano fuese la antesala de la muerte, habiendo como había aprendido desde muy niña a vivir en el límite invisible entre lo posible y lo deseable. En esa frontera era donde más a gusto se movía y, por tanto, estaba dispuesta a todo con tal de no sentirse sola y de poder borrar la voz arrugada de su marido, su imagen lánguida y el olor castrense de aquella maldita casa.

La tapicería del sofá le acariciaba la nuca y el alcohol endulzaba exageradamente el recuerdo de sus escarceos con el introvertido doctor. Aquella primera cita fue la mejor. Él trajo un vino que bebieron en las manos y la boca del otro, un vino rojo y cálido. El suelo del portal donde hicieron el amor era en su memoria mucho más mullido que este sofá en el que jamás se habían desnudado. No hubo ni un ápice de

dolor, en aquella primera penetración, que se pudiera comparar con el que sintió en tantas de las que vinieron después con su marido. Y sin embargo, esa primera pasión también había acabado por extinguirse.

Se levantó y sacó una vieja libreta de una caja que guardaba en el mueble del salón. Había una rama seca de romero como punto, allá donde había escrito sus sentimientos por el nuevo amante. Con una sonrisa de disculpa, recordó que tuvo la desfachatez de escribir aquellas cursilerías. Sorbió un trago y encendió un cigarrillo. Y luego, sin pausa, otro.

Para cuando Nahúm Márquez llegó a la casa, pasadas las dos de la madrugada, ya estaba borracha. La botella vacía rodaba sobre la alfombra y un humo intenso aromatizaba toda la casa de cannabis. La embriaguez exaltaba la percepción de Amelia sobre las cosas, hacía que levitase, que fuese consciente del aroma de la jojoba que irradiaba la piel del recién llegado y que se fijase en los cristales luminosos de la lámpara que colgaba en el techo, emitiendo destellos como si fuese un árbol de estrellas.

Lo recibió tumbada en el sofá, con el conjunto de seda blanca manchado de alcohol y los tirantes del sujetador caídos sobre el hombro con descuido, con la raya de lápiz de ojos desdibujada sobre la sien y con el cenicero a punto de volcarse y quemar un cojín. Lo miró intensamente a través de la puerta entreabierta que daba al salón. Era una especie de juego, conseguir que él se volviera, que mirase y se diera cuenta de su presencia sin que ella dijera nada.

Nahúm chasqueó los labios con cansancio y fingió no verla mientras se quitaba el abrigo y se lo entregaba al criado, dejando el maletín en el mueble del recibidor. Pensó que Amelia cada vez se estaba volviendo más indiscreta, y se preguntó si no era eso lo que pretendía realmente, que los viesan juntos y que eso precipitase el final.

Subió directamente a las habitaciones del general Julio Quiroga.

Julio Quiroga gozaba de una robusta salud física, no así su cabeza. Aquella noche, mientras Nahúm Márquez pensaba en Amelia, esperándolo abajo como una gata en celo, tuvo que soportar como tantas veces los desvaríos de aquel hombre consumido por los celos. Reclamaba su presencia cada vez más a menudo, casi a diario, y lo obligaba a sentarse en la silla junto a su mesa de trabajo, le ofrecía uno de sus habanos y le preguntaba cosas, a veces de su pasado, a veces de política, o del amor, o de cualquier cosa que se le ocurriera.

En ocasiones, como aquella noche, salían a una de las terrazas encaradas al mar y se quedaban en silencio contemplando la marea.

—Añoro la guerra. Cuando entramos en Barcelona y la ciudad se rindió a nuestros pies, dejaron de escucharse discursos e himnos obreros en las fábricas, empezaron a desaparecer de las calles las banderas negras y rojas, ya no se veían recorriendo las avenidas principales los coches de la FAI, las mujeres soldado colgaban los uniformes de mecánico, los pañuelos y las cartucheras y, a escondidas,

recuperaban los delantales y los rosarios, y el humo de papeles secretos quemándose día y noche llenaba las calles vacías...

—La guerra es su oficio, general. No el mío —dijo Nahúm, que aquella noche notaba una beligerancia más acentuada que de costumbre en su paciente. Sabía que era contraproducente llevarle la contraria, pero Nahúm no recordaba gloria ninguna en la guerra. Sus recuerdos, hirientes y muy vivos, eran otros, no los del estratega, sino los del soldado raso: lo que queda después de la batalla, mulos muertos y podridos en las cunetas, guñapos de hombres con el vientre abierto sepultados bajo nubes de moscas, campos sembrados de ceniza, y por todas partes un silencio que compungía el corazón. En los pueblos se ofrecían a los soldados mujeres con huesos que apenas se mantenían sujetos por una pátina de piel seca y verdosa, frágil como un pergamino. Madres con hijos, niños que no eran más que calaveras sin ojos ni labios, ni orejas, de apariencia fantasmagórica.

—Sí —asintió el general—, es un oficio duro. Pero para un hombre como yo, la paz es más dura aún. En la contienda, al menos existía la lealtad entre los hombres. Sabías quiénes estaban de tu lado y quiénes no. Acércame ese papel de encima de la mesa.

El tono con que lo dijo y la mirada torva pusieron alerta a Nahúm.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó, encendiendo un cigarrillo. La lumbre de la cerilla iluminó un instante sus pupilas de color diferente. El general metió la mano en el bolsillo de su batín y sacó una estilográfica con la que estampó su firma en el papel que acababa de acercarle—. Es una sentencia de muerte. Ese desgraciado sindicalista que espiaba a Amelia tiene los días contados, y ni siquiera lo sabe, el muy idiota.

Nahúm se mostró cauto.

—¿Juan de Dios? Creo que ahora trabaja para el inspector Ulises como uno de sus chivatos.

El general miró de reojo al doctor.

—¿Cómo sabes tantas cosas de esa gentuza?

—Tiene una hija, Lucía. El inspector Ulises me la ha traído alguna vez para que la tratase con discreción de algunas infecciones en la vagina.

—Ese degenerado cree que no sé lo que hace con una menor, pero se lo tengo que tolerar, me es útil.

Nahúm se sentía desorientado, no sabía hacia dónde pretendía llevar la conversación el general.

—¿Qué delito ha cometido ese desgraciado?

Julio Quiroga esbozó una sonrisa.

—¿Qué es Amelia para ti, doctor? No me mientas o haré que te despellejen a palos ahora mismo como a un perro.

Nahúm Márquez sintió un terror cervical. ¿Qué podía decir? Amelia Quiroga era para él un espíritu, una intención de amar que tuvo como ideario.

—Una buena amiga, pero por encima de cualquier otra consideración la esposa de

un paciente mío.

—No es eso lo que he oído. Ulises dice que sois amantes desde una noche de 1941.

—¿Por qué iba a decir tal cosa el inspector? —balbuceó Nahúm.

—Porque es la verdad, y porque así cree que se gana mi favor. No insistas en la mentira. Podemos preguntarle a ella, directamente. En realidad, ya no me importa.

Hubiese querido poder afirmar que ella le regaló la paz que tanto había anhelado, pero no fue así. Si ella sintió alguna vez pasión o verdadero deseo, más allá de huir de la rutina, el general lo dudaba. Últimamente notaba que iba disminuyendo por momentos su vitalidad, como si ya no le quedara nada más que decir, y eso le causaba una pena infinita, más allá de la ira o del odio.

—Todos morimos, es cierto, algunos muchas veces y de muchas maneras durante toda una vida de muertes. Pero ya se acabó.

Nahúm suspiró. Sabía que estaba entre la espada y la pared.

—No sé qué decirle, general.

—¿Ha llegado a enamorarse de ti? ¿A hacértelo creer, al menos?

Nahúm hubo de confesar la tristeza de ver cómo un amor como el que él le profesaba, puro fuego, iba quedándose en nada, en apenas un rescoldo de calor que a veces, durante un segundo, resurgía y volvía a brillar con una llama fugaz que, sin embargo, ya no podía recuperar empuje por mucho rato.

—Solo he sido un bufón —reconoció el doctor.

—Entonces sabes lo que se siente cuando ella te besa de ese modo gélido, como si quisiera helarte el corazón —dijo el general, reclinándose hacia delante en la silla. Miró a Nahúm de manera dramática al mismo tiempo y murmuró—: Quiero que la mates, poco a poco. Que sepa que se está muriendo, como yo lo he estado haciendo durante todos estos años, y que sepa, también, que no habrá clemencia.

Nahúm se echó hacia atrás sobresaltado. Miró de hito en hito al general, para cerciorarse de que definitivamente había perdido el juicio.

—Sé lo que estás pensando, y no me importa —aseveró Julio Quiroga—. Mayor ha sido tu locura, mintiéndome. Amelia es ya un cadáver, lo quieras tú o no. Solo me falta el modo de enterrarla, y quiero que lo hagas tú. Me lo debes. O tu vida, o la suya.

—¡Pero me está pidiendo que asesine a una persona!

—Está todo pensado. No tienes nada que temer, saldrás impune. Ya he encontrado a quien será ajusticiado.

El general le tendió la sentencia de muerte que había firmado delante de él. El reo, Juan de Dios, estaba condenado a muerte por el asesinato de... ¡Amelia Quiroga!

—Esto es una locura. Condena a muerte a un hombre por un delito que ni siquiera se ha cometido aún.

—Es un hijo de puta que deja que el *moro* se folle a su hija. No merece otra cosa.

—¿Y su esposa merece la muerte?

El general Quiroga se levantó indignado.

—En tiempos de Otelo no hubiese necesitado a ningún médico traidor e intrigante para envenenar a la adúltera. Me hubiese bastado con atravesarla de parte a parte. Pero estamos en tiempo de leyes, y eso te salva. Te necesito para envenenarla sin dejar rastro.

Barcelona, 16 de noviembre de 1975

Lucía recibió la llamada de Octavio Cruz en el hotel. Al parecer, Liviano había dejado algunas cosas para ella.

—Voy enseguida —dijo consternada por la noticia de su muerte.

Dejó en la recepción recado por si regresaba Andrés, al que llevaba días sin ver.

Al salir se levantó el cuello del impermeable caminando calle arriba, bajo las marquesinas de los balcones que chorreaban agua sucia de los desagües. Con los ojos entrecerrados por encima de sus gafas empañadas observaba el cielo pesado y atiborrado de nubes, oscuro como el recuerdo de los días en la calle Imperio. Una pareja se besaba tórridamente en medio de la acera y de sus cuerpos salía humo, como si la pasión de ambos, mojados, evaporase la lluvia. Se apartó de ellos. Pasó muy pegada a la pared, junto a un andamio en el que la polvareda que caía al suelo era apelmazada por el agua, como grumos de harina. Escuchó el piropo de un solitario, fino y delicado. Ni siquiera se inmutó. Cualquiera que la hubiese visto bajo la lluvia habría tenido la sensación de que aquella mujer de apariencia burguesa, fría y distante, envuelta en un aire de ausencia, estaba por encima del bien y del mal. Caminaba con paso firme, con la mirada al frente y la espalda erguida. Toda una reina con los zapatos rojos manchados de barro.

Solo era una apariencia.

Se paró junto a unos parterres. Miró sin ver las ondas de los aspersores que con absurda puntualidad se abrieron y empezaron a regar el césped empapado. Escuchó sin oír los ladridos de los perros bajo la lluvia. Notó el frío de su nuca mojada y se sintió en aquel instante más sola que nunca rodeada de un silencio que la apretaba como una mortaja.

Octavio Cruz la esperaba en la entrada de la prisión. Parecía un ser zozobante cuya mirada no acompañaba a sus palabras ni a sus movimientos, demasiado exasperados. Mientras iban hacia el pabellón Este, puso a Lucía al corriente de cómo había sido todo, relatándole de manera abrupta el episodio bonzo del patio pero omitiendo la visita del comisario Ulises. Ella se mantenía hermética, apesadumbrada por semejante horror. Tardó un rato en darse cuenta de la ausencia de sor Amparo y no le costó creer la excusa que le dio su amigo: la monja y Liviano estaban demasiado unidos como para que su muerte no le hubiera afectado hasta el punto de tener que marcharse del centro. Esperaba verla al menos en el cementerio para despedirse de ella.

Entrar en la celda de Liviano sin Liviano fue como entrar en una habitación sin muebles. Todo resultaba frío e impersonal. Habían recogido el colchón doblándolo sobre el somier y habían desaparecido las pinturas, los cuadros y el caballete.

Únicamente permanecía el fuerte olor del disolvente.

Junto a la taquilla metálica vacía había una carpeta de dibujo.

—¿Es eso? —preguntó Lucía apenas sin poder reprimir las lágrimas.

—Sí. Había una nota especificando que eran para ti. Nadie los ha tocado.

—Me cuesta creer que haya hecho algo así. Tiene que haber pasado algo terrible en su cabeza —dijo mientras se sentaba en el somier de muelles y abría la carpeta sobre su regazo.

Octavio Cruz forzó una sonrisa diletante que esgrimía cuando no se quería dar por enterado de algo.

—Demasiados años encerrado. ¿Quién sabe lo que podía pensar un hombre así? Creo que fue un error mezclarte en esto. De verdad que lo siento.

Lucía no le prestaba atención. Al pasar las láminas dibujadas por Liviano reconocía en esos dibujos cada relato, cada anécdota que el viejo le había explicado, como si de una tira de cómic que relataba toda una vida se tratase. Hasta que llegó al último de ellos.

Hizo la intención varias veces de cerrar la carpeta y de decir algo, pero las palabras no le salían.

—¿Puedo quedármelos? —dijo, poniéndose en pie, con la carpeta de dibujo bajo el hombro.

Octavio Cruz la miró con recelo.

—Sí, claro, ya te he dicho que el viejo los dejó para ti... Pero ¿qué es lo que has visto? Estás pálida.

—El azúcar. Tengo que salir de aquí.

Anduvo sola sin saber a ciencia cierta dónde iba, hasta que algo en su interior la obligó a sentarse en un banco y a examinar la última lámina con detenimiento.

Fue una tortura reconocer en aquel dibujo su verdadera naturaleza. Andrés siempre la acusaba de tener una existencia barrida de continuo por un viento de fuga. Pero de repente, era como si hubiese encontrado un muro o una piedra tapiada que no le permitía seguir huyendo.

Liviano había dibujado a su padre boca arriba sobre un cielo lluvioso con la expresión perpleja, como si la muerte lo hubiese sorprendido. Parecía no creer lo que le acababa de pasar. Un reguero de sangre le salía detrás de la nuca y se confundía con un charco de agua sucia, un zapato desabrochado se le había salido del pie sin calcetín y tenía los pantalones bajados. Estaba con los brazos en cruz y las manos crispadas sobre el empedrado.

Una niña estaba de pie a su lado, boquiabierta, estudiando atentamente el cadáver, como si sus pensamientos la asustasen más que el cuerpo inerte. Tenía el vestido mojado y las manos sucias de barro y sangre. Y más atrás, escondido entre unos contenedores metálicos, un hombre joven observaba atentamente la escena.

Lucía cerró el portafolio dejando ir un gemido. Era exactamente como ella lo recordaba, tan exactamente que parecía que Liviano le hubiese leído el pensamiento.

Asintió con la cabeza, observando una nube que tenía forma de media luna. Liviano la había estado engañando. Todo el tiempo había sabido quién era ella.

Regresó al hotel. Necesitaba de pronto hablar con alguien, contárselo todo, desnudarse por una vez. Ya había guardado demasiado silencio sobre lo que pasó aquella tarde de 1945. Pero Andrés no había aparecido, ni había vuelto a llamar. Lucía se sintió culpable.

La noche que discutieron y él le pidió que se divorciaran había sido larga y apenas pudo dormir unas horas antes de ducharse, tomar un café en silencio e ir a mudarse. En el tiempo de cambiarse la falda y la blusa por un vestido negro no quiso encontrarse ni hablar con Andrés, pero, pese a darse prisa, no pudo evitarlo. Apareció en el umbral del dormitorio con aspecto cansado, ojeroso, despeinado y con una tristeza que nunca antes había sido tan patente. Dijo que tenían mucho que hablar, pero lo cierto fue que en ese momento no le salieron las palabras a ninguno de los dos. Él buscaba sus ojos de un modo esquivo, a medio camino entre la vergüenza y la oposición de su orgullo, y ella lo miraba sin saber qué se suponía que debía hacer o decir.

Debería haberle dicho algo, atender a su llamada de auxilio. Pero no se sintió capaz, estaba desconcertada por todo lo que ocurría a su alrededor, las cosas giraban y giraban vertiginosamente y ella no podía atajarlas; era como cuando era niña y jugaban al corro de la patata y las otras niñas formaban un círculo en cuyo centro se quedaba ella, y giraban y cantaban, dando vueltas, más y más rápido, mientras que ella solo podía concentrar la mirada en un punto fijo para no marearse. Y en aquel momento aceptó que Andrés fuese un naufragio más en su vida.

No sabía si iba a volver o no, Andrés no tuvo el valor o la serenidad de decirlo en aquel momento. Pero ahora Lucía recreaba con tristeza el último momento en que lo había visto: se limitó a darle un beso en la frente y un abrazo tan cálido que a ella le dio miedo porque en verdad sonaba a despedida.

Cementerio de Montjuïc, 17 de noviembre de 1975

No se movía una hoja.

A lo lejos, detrás de un muro de piedra, se escuchaban pasos sobre la grava. Seguramente estaban enterrando a alguien. Algo más abajo del castillo que corona la montaña, Lucía se sentó en una piedra que se abismaba al mar, bajo la que anidaban los cernícalos. Octavio Cruz la había citado cerca de allí, en Miramar, pero todavía era pronto y le apeteció recorrer una vez más las calles mortuorias del precioso cementerio al que iba a jugar cuando era niña. A ambos lados de la carretera se derramaban hacia la pendiente las parcelas del antiguo cementerio judío. Su padre le explicaba que los judíos enterraban allí a sus muertos siempre con los pies hacia el este. Calculó que en esa dirección debía de quedar Jerusalén, o algún sitio sagrado para ellos.

Encendió un cigarrillo y se quitó las gafas, contemplando las tumbas que se veían por todas partes, como un bosque frondoso. El sol estaba alto, seguro y frío sobre un cielo limpio de vértigo. ¿Cuántos muertos habría enterrados allí? Miles, quizá cientos de miles. ¿Y desde cuándo? Nunca se lo había preguntado antes. «Eso es la edad — pensaba—, darse cuenta de la muerte». En aquel ámbito silencioso, entre los cipreses y las estatuas fúnebres, dormían ángeles y demonios, dioses y mortales, asesinos y víctimas, santos y mundanos... Todos juntos, arracimados bajo la misma quietud. Cerca, una lápida blanca y sencilla servía de lugar de oteo a una gaviota de cuello gris. Esparcidas sobre el mármol resquebrajado, las flores de plástico le daban un aire casi ridículo al epitafio grabado en letras doradas: «Todos los días hay combates en nuestro corazón (San Agustín)».

Ese detalle, o el vuelo de la gaviota, o quizá el paso fúnebre de un sepulturero, la entristeció. No es que necesitase un motivo para estar triste, los llevaba todos consigo, pero su pena era como una gota malaya. Iba cayendo con una cadencia exacta y lenta sobre el mismo punto de su alma, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. Exactamente sobre el mismo punto.

Le desconcertaba la naturalidad con que la muerte y la vida se confundían en una simbiosis perfecta. La actividad de la calle, los repartidores de los camiones, los coches atascados en el semáforo, los guardias y la gente en su afán de hormiga desaparecían nada más con volver el rostro hacia la penumbra de su espalda, donde el tañido continuo y lánguido de la campana del cementerio marcaba el ritmo pausado de otra existencia.

Faltaban diez minutos para la hora acordada con Octavio Cruz. Deliberadamente, evitó bajar del cementerio por la carretera antigua del puerto que iba a desembocar justo en la calle Imperio, en las entrañas del barrio. Dio un rodeo más largo y se

metió por la carretera de los palmerales de Miramar.

Sintió lo lejos que estaba de la niñez al ver el edificio de fachada blanca de la RTVE y recordar qué buenos momentos habían pasado allí, viendo a hurtadillas cómo se grababan los primeros programas de televisión, y las veces que se habían colado en las cestas del teleférico que bajaban de la montaña al puerto. La vista continuaba siendo ensoñadora, aunque ahora viese el mismo horizonte con otros ojos, y aunque tal vez ya no era un mar tan grande ni una ciudad tan inmensa la que tenía a sus pies. Dos transatlánticos entraban al puerto. Se veían las cubiertas rebosantes de pasajeros que, desde lejos, parecían minúsculas notas de color que se movían de aquí para allá. Otras embarcaciones más pequeñas navegaban alrededor de los buques, escoltándolos como si fuesen delfines. Hacía una mañana esplendorosa, de un cielo limpio y un mar tranquilo y muy intenso. Se olvidó durante un momento de quién era y de todas sus circunstancias. Se quitó los zapatos y posó los pies en el asfalto caliente. Había una quietud hermosa y lánguida en el ambiente. Dejaba ir la mirada sin prisa hacia el horizonte, deteniéndola en el ir y venir de las olas de aire. Permanecía quieta, y su expresión era inescrutable.

Al volverse vio a su amigo.

Octavio Cruz la esperaba en la pequeña plazoleta delante del edificio, mudado de camisa pero con el mismo traje de siempre, de boda y de entierro. No se acercó, esperó a que ella llegase a su altura, en un rincón donde nadie pudiera rozarlo ni siquiera por accidente. Parecía cansado, tenía la mirada fijada en algún punto inconcreto y el rostro sin tensión en las mejillas. Jugaba con un mechero entre los dedos, pasándoselo de uno a otro como hacían los crupieres expertos con las cartas, hasta que se le cayó al suelo. Imperceptiblemente, el tiempo había empezado a cambiar. Unas ráfagas de viento levantaron un remolino de polvo, y un nubarrón negro y amenazante emergía a lo lejos como si cabalgase sobre los bullones de espuma de las olas.

—¿Por qué hemos quedado aquí? —le preguntó Lucía, demasiado apremiante mientras caminaba hacia él.

Octavio Cruz pareció encoger, asustado.

—Este sitio era importante para nosotros, antes. Además, es un lugar seguro.

Lucía lo miró con inquietud.

—¿Qué ocurre? Parecías asustado por teléfono. ¿Has encontrado algo más sobre Liviano?

De repente, Octavio Cruz tenía una mirada lúgubre, de enterrador.

—¿Hace mucho que no ves a Andrés?

—Unos días. Discutimos y se marchó, ya lo ha hecho otras veces, pero siempre vuelve, aunque nunca ha estado tanto fuera. ¿Por qué? —preguntó Lucía, pálida, pues sabía de antemano con solo mirar a su amigo que algo grave había ocurrido.

—La policía lo ha detenido. Lo acusan de estar preparando un atentado terrorista.

—No lo entiendo —protestó ella, incrédula—. Pero si Andrés es incapaz de

hacerle daño a nadie.

—Al parecer, la policía no piensa lo mismo. Han encontrado en casa de uno de los estudiantes con los que se relaciona tu marido datos para atentar contra un alto mando policial.

—¿Dónde lo tienen?

—Parece ser que en Vía Layetana. Lo están interrogando.

—Tengo que ir ahora mismo. Es un error terrible.

—No debes hacer eso bajo ningún concepto.

—Tú no lo entiendes, es un error y yo...

Lucía intentaba explicarse de un modo coherente, pero su amigo la interrumpió con un gesto perentorio de la mano.

—La persona contra la que iban a atentar es alguien que tú conoces y que no querrías ver por nada del mundo.

Un relámpago iluminó el cielo y la pendiente de la montaña, y le siguió un trueno terrible, un chasquido, como si Dios se hubiese partido la espalda. Poco después empezó la sonata sincopada de las primeras gotas gruesas de lluvia.

Lucía no dijo nada. Se asemejaba a una estatua de arena desmenuzándose grano a grano bajo el agua.

—El *moro* Ulises —confirmó Octavio Cruz, como si se viese obligado a romper un tabú pronunciando ese nombre. Su voz sonó profunda y hueca, como si brotase del interior de un útero de piedra.

Dependencias de la Brigada Político-Social, Barcelona, 17 de noviembre de 1975

El comisario Ulises se detuvo un momento ante la puerta y se quedó mirando muy atentamente a la mujer que había en la acera de enfrente protegiéndose de la lluvia bajo la marquesina. El aire levantaba como una vela su camisa y empujaba contra sus muslos el pantalón de paño color hueso.

—Espera aquí —le ordenó al policía que lo acompañaba.

Cruzó la calle con zancadas largas y mirada al frente, alzando un poco el mentón.

—Hola, Lucía —saludó el *moro*.

Lucía se dio perfecta cuenta del peligro mortal que era para ella y para Andrés aquel saludo, que le sonó como el bisbiseo de una cobra antes de atacar. Movi6 un poco la cabeza hacia delante, tratando de cerciorarse de que aquel viejo con bigote y pelo blanco era el *moro* Ulises. Incluso se quit6 las gafas para limpiarse las lentes con el fald6n de la camisa empapada. Se apart6 el pelo aplastado de la cara y volvi6 a ponerse las gafas. No lo recordaba as6, tan viejo... Parec6 inofensivo.

—Demos un paseo —dijo el comisario—. Si coges una pulmon6a no me servir6 de mucho. —Hizo un gesto alzando el brazo y baj6 hasta ellos el coche oficial. El conductor se baj6 con su traje gris y con aquella cara de fastidio que ponen los funcionarios agoreros y abri6 la portezuela.

—Quiero ver a mi marido —dijo Luc6a, una vez se hubieron acomodado en los asientos traseros.

El comisario sonri6, sin atreverse a mirarla a los ojos. Tem6a que ella se diese cuenta de que estaba paralizado de nervios.

—Cada cosa a su tiempo. Arranca —le orden6 al conductor.

El coche encar6 V6a Layetana abajo en direcci6n a la Barceloneta. A trav6s del retrovisor, la silueta del edificio en el que estaba detenido Andr6s fue empequeñeciendo hasta verse reducido a un punto negro azotado por la lluvia. Luc6a se dio cuenta de que el comisario la miraba indirectamente a trav6s del reflejo de la ventanilla, sentado a su lado como si mirase afuera. No dijo nada.

Su silencio calibraba la situaci6n, y su mente corr6a veloz intentando hacerse una idea de los acontecimientos que iban a suceder. El *moro*, que pareci6 leerle el pensamiento, esboz6 una sonrisa funesta.

—No te preocupes. Hemos detenido a ese grup6sculo de estudiantes, y por supuesto a tu marido. Nunca hubiese dicho que acabar6as poni6ndote en manos de unos mequetrefes que juegan a poner bombas y secuestrar polic6as. ¿No lo sab6as? Esa tonta niña pija de Gilda, la misma que se folla a tu marido, con sus amiguetes..., ¡pretend6a secuestrarme a m6! Por supuesto, ellos saldr6n antes de una hora de la comisar6a. As6 son las cosas cuando se tiene dinero y tu pap6 es abogado rico. Pero

no es tu caso, ni el de Andrés. No tenías que haber vuelto, Lucía. Deberías haber dejado las cosas como estaban. Los dos sabemos que tu padre no se merecía este sacrificio.

Lucía miró hacia el puerto. No había cambiado mucho desde 1945. Recordaba todavía cómo algunos hombres intentaban acercar al muelle con pértigas el cuerpo desnudo de su padre. Una y otra vez, el cuerpo se escurría y se alejaba flotando con la espalda desnuda y peluda sobresaliendo como una boya de carne azulada. Hubo que traer una polea y brazos fuertes para alzarlo con una soga desde las axilas. Alguien dijo entre risas que parecía una perca gigante, y hubo algún comentario mordaz respecto al tamaño de los testículos. Entre los curiosos bromeaban acerca de los ojos comidos por los peces y se achuchaban unos a otros cuando los policías no vigilaban. Cuando llegó el *moro* se acabaron las burlas. Incluso los niños se volvieron hacia aquel tipo de traje y corbata que había aparecido en el corrillo y que miraba a Lucía con ojos perturbadores de lobo y con una sonrisa cínica que afilaba su cara. Nadie dudó de que él fuera el asesino de Juan de Dios. Y el *moro* no hizo nada para que pensasen lo contrario.

—¿Qué quieres? Ha pasado demasiado tiempo.

El comisario Ulises asintió.

—Demasiado. Antes me hubiese conformado con que me llamasen, con un «gracias por todo» tal vez hubiese sido suficiente. O quizá te hubiera marcado la otra mejilla, quién sabe. Ha pasado mucho desde aquello. Ahora ya es tarde para perdones, ¿no te parece?

Ella cerró los ojos y en un gesto mecánico acarició el camino que su cicatriz horadaba en la mitad derecha del rostro. Aguzando el oído, apenas percibía el repiqueteo de la lluvia sobre la chapa del coche y el paso de las ruedas sobre el asfalto mojado. El resto del mundo parecía haberse sumido en un silencio absoluto y premonitorio de algo por venir.

—Ya no soy una niña de la que sea fácil abusar —murmuró.

El *moro* Ulises pareció sorprenderse un poco. Luego se encogió de hombros.

—Ahora eso ya no importa. Era otra época. Otros modos. La gente está harta de política, y más de cosas que pasaron hace tanto, pero los cabos sueltos me molestan. Es una cuestión de principios. Quiero que el círculo se cierre en paz. De hecho, casi te había olvidado... Pero aquí estás otra vez.

Lucía se encogió en el asiento. La humedad de la ropa mojada le traspasaba la piel y empezaba a tener frío. No se atrevía a mirar al comisario, que ahora la observaba con una sonrisa rabiosa.

—No molesto a nadie y Andrés tampoco. Solo quiero olvidar y vivir tranquila.

—A la mierda con eso —se rio—. No has dejado ni un solo día de tener pesadillas, ¿verdad? Por eso has vuelto. No puedes quitarte aquella tarde de la cabeza, se repite en tu mente una y otra vez... ¿O es a mí a quien echabas de menos?

Lucía lo miraba muy fijamente ahora, apretándose el vientre, como si ella hubiese

parido a semejante alimaña y los ovarios le sangrasen cada vez que él estaba presente.

—Te salvé una vez y me pagaste huyendo de mí —dijo el comisario, dejando entrever por una esquirla de la mirada una parte de aquellos sentimientos—. Y nunca te escuché dar las gracias. Para ti siempre fui un perro, y como perro me diste las sobras. Ahora este perro te huele, pero ya no te reconoce. Y va a morderte.

Le ordenó al conductor dar la vuelta y regresar a las dependencias de la brigada.

En el lugar en el que la encerraron reinaba una atmósfera irreal. La luz se movía como en bucles que llegaban del exterior sin acabar de descender lo suficiente como para disipar las sombras que la envolvían. Estaba en un sótano y sobre su cabeza había una claraboya de plástico protegida con barrotes. Hacía tanto frío en aquel cuarto de dimensiones que no había llegado a delimitar —la tenían a oscuras con los ojos vendados y la boca tapada con esparadrapo, sentada y esposada de pies y manos a una silla—, que en algún momento de delirio había imaginado estar encerrada en el corazón de un ventisquero. A ratos notaba un aire cortante en la cara, como si alguien la observase y le echase el aliento gélido encima, y tenía la sensación inquietante de que unas manos de dedos invisibles recorría la geografía de su cuerpo sin llegar a tocarla. En ningún momento escuchaba una voz o un ruido que no fuese el corretear nervioso de las ratas o el goteo de una cisterna. De vez en cuando sus nervios y su cuerpo entero se encrespaban como si le diesen una descarga eléctrica. Eso ocurría cuando resonaba en los pasillos algún grito corto y agudo. Prefería no pensar qué provocaba esos gritos, porque eso era la antesala que disparaba su imaginación.

Su situación no era una táctica del comisario Ulises que pretendiese amedrentarla. Iba mucho más allá. Era toda una estrategia de destrucción. Muy en su interior, Lucía comprendió que no saldría viva de aquel calabozo. Poco a poco sucumbió a una especie de sopor en el que los pensamientos iban y venían sin orden, pasaban por su mente pero no los retenía. La única idea clara que se abría paso en su cabeza era que estaba sola, como nunca lo había estado. Morir así, en medio de aquella inmundicia, sin nadie, la sublevaba. Y entre lágrimas, evocaba la imagen de Liviano, su actitud a veces infantil y otras en cambio serena, con esa mirada suya de sabio protegido en todo instante por el afecto de sor Amparo. En otros momentos era en Andrés en quien pensaba y lo revestía de unas cualidades que nunca le había visto antes. En aquel mundo deprimente de oscuridad, la imagen de su esposo era la de un hombre de creencias fervorosas, idealista y noble.

Solo tenía a Octavio Cruz para salir de allí. Y en esa creencia que ella misma convirtió en certeza con el paso de las horas radicaba su esperanza: Octavio tal vez podría buscar ayuda, ir a la prensa, recurrir a esos estudiantes amigos de su marido, cualquier cosa que los ayudase a salir de aquel mísero calabozo.

Sin embargo, nada sucedía, las horas discurrían con una lentitud asfixiante.

Hasta que llegó su turno.

Escuchó el chirrido del cerrojo abriéndose y un ejército de patas de cucaracha recorrió la ruta entre su cicatriz y el hombro antes de que el insecto saltase al suelo espantado. Notó el cambio de intensidad de la luz a través de la venda que le tapaba los ojos, al pasar de la oscuridad a la limpieza hospitalaria de un fluorescente que se acababa de encender. Dejó ir un gemido de alivio cuando sintió aflojarse las esposas de pies y manos, aunque no le quitaron la venda de los ojos ni la de la boca. La pusieron de pie con brusquedad asiéndola por los dos brazos, obligándola a permanecer erguida a pesar de que sufría terribles calambres en las piernas y de que las rodillas se le doblaban. La arrastraron fuera, llevándola por un angosto pasillo y unas escaleras, en cuyos escalones rebotaban sus tobillos desnudos y encarnados. Subían al piso superior.

Los sentimientos se le agudizaban al estar ciega y muda, sobre todo el olfato: no olía a la podredumbre de abajo, se respiraba mejor, a cera de muebles y a tabaco de funcionario. De alguna parte le llegó el aroma de la colonia del *moro* Ulises y se puso a temblar antes de que la sentasen dándole un golpe en la cabeza.

Alguien le quitó de manera violenta la venda de los ojos y el esparadrapo de la boca. Le costó enfocar con claridad los objetos y respirar de nuevo sin parecer un pez boqueando fuera del agua. Un hombre de aspecto fornido fue ganando nitidez ante ella. El tipo la examinaba con una chispa de humor negro en la boca. Lucía pensó que debía de tener un aspecto sucio y desmedrado.

—Supongo que estarás cansada —dijo una voz detrás de ella. Era una voz suave y cortés, afilada. La voz del *moro* Ulises.

Lucía quiso girar el cuello para verlo, pero el hombre fornido que tenía delante le apretó con fuerza la clavícula y la obligó a seguir mirando al frente, justo a la pared en la que colgaba un retrato de Franco con el uniforme blanco de la Armada sobre la cubierta del Azor. En alguna parte sonaba una radio, Juanito Valderrama, y el repiquetear de máquinas de escribir y los timbres de teléfono. Tras el cristal biselado de la puerta pasaban sombras difusas. Lucía pensó en aquella normalidad de oficina por la mañana, pensó que en la calle las madres llevaban al colegio a sus hijos, que los jubilados se sentaban en los parques a dar de comer a las palomas, en el tráfico, los coches, las motos, los autobuses... Todo eso detrás de aquella puerta, como si fuese un muro tras el que se ocultaba toda la mugre, las alcantarillas del régimen. Imaginó que salía corriendo y alcanzaba la calle pidiendo auxilio, y se preguntó quién la ayudaría. Nadie. Se apartarían de ella como si fuese una apestada, o una loca, llamarían a la policía y la devolverían allá adentro otra vez.

El comisario Ulises observaba la base del cuello blanco de Lucía asomando por encima de los hombros desnudos de su vestido. La camisa estaba sucia y raída y le caía parcialmente de un brazo. Lástima que sus superiores no hubiesen autorizado una ejecución en toda regla, a garrote vil, como en los tiempos de Nahúm Márquez. Hubiese sido un gran espectáculo ver ese hermoso cuello partido como el de un cisne muerto. Eso era ella, pensó el comisario, acercándose y tocando su nuca, un cisne

arrogante y soberbio al que iba a troncharle las alas.

—El mundo se ve pequeño aquí dentro, ¿verdad? —dijo, como si a través de la cabeza de Lucía hubiese diseccionado su cerebro.

Era, efectivamente, un mundo en miniatura. Una habitación apenas lo bastante grande como para contener a tres personas sin que se estorbasen. No había mobiliario, excepto la silla en la que estaba sentada Lucía y una mesa de madera. El comisario levantó un poco la mano en dirección a la puerta y los policías salieron, dejándolos a solas.

Giró entonces el *moro* entorno a ella como un felino, con movimientos suaves pero firmes, y se colocó ante sus ojos.

—Estás hecha una pena —dijo, tendiéndole un pañuelo que Lucía miró con renuencia—. Límpiate. Tienes una costra de sangre seca en la ceja.

Ella se limpió. El pañuelo olía a la piel del *moro*. Sintió náuseas, pero no tenía nada que vomitar en el estómago. Recordó que apenas había comido.

—¿Eres religiosa? Nunca se lo pregunté a tu padre en los años que estuvimos juntos, qué curioso.

—No soy religiosa —dijo, con un cansancio infinito—. Ningún Dios permitiría ciertas cosas, por cabrón que fuese.

El comisario Ulises sonrió, displicente. En su opinión, Lucía le daba a Dios una cualidad antropológica —la capacidad de odiar o amar como los humanos— que solo Homero daba a los dioses del Olimpo en la *Ilíada*. ¿Había leído ella la *Ilíada*? Seguro que sí, la tenía por una mujer culta.

—Pero alguien tiene que poner orden en este caos. Necesitamos que alguien se erija en árbitro de nuestros conflictos con el resto del universo. Si no hay Dios, me estás diciendo que todo es cosa de la casualidad, del infortunio, del avatar. Son leyes efímeras, plúmbeas como los sentimientos humanos... ¿Te aburro?

Lucía apretó entre los dedos sucios de mugre el pañuelo impoluto del comisario. Imaginó una babosa, o una lombriz sonrosada de seis anillos resbalando entre sus piernas. Ese era el recuerdo que el *moro* Ulises le provocaba.

—Al principio tenía incluso miedo de no reconocerte, pero no cambiamos tanto como nos creemos. Si hurgamos un poco, debajo de la costra somos los mismos —continuó el comisario.

Lucía había cerrado involuntariamente los ojos. La tensión la estaba venciendo y la voz del *moro* le llegaba lejana, como sus delirios. Realmente le resultaba difícil darse cuenta de que estaba sentada en aquella silla a merced de su viejo y aterrador fantasma. Su mente huía de aquella habitación despavorida aunque su cuerpo no podía correr en pos de ella.

—¿Te aburro? —volvió a preguntarle, levantándole la cabeza con suavidad por el mentón con el dedo índice. Su interior se conmovió. Valía la pena, se decía ahora al contemplar el rostro de Lucía, desencajado por el cansancio; sí, valía la pena tanta espera con tal de poder disfrutar de este momento.

Ella negó con la cabeza estar cansada, obligándose a un esfuerzo tremendo de la conciencia.

—Entonces mírame cuando te hablo y no seas maleducada. Para mí esto es importante. Recuerdo las charlas con tu padre; era un poco corto de entendederas, pero ponía buena voluntad. Aunque con quien yo me entendía mejor era con el doctor Nahúm, ese pobre muchacho de nombre judío. Creo que ya lo conoces, ¿verdad?

Lucía no lo veía. Solo adivinaba una silueta difusa, algo remoto.

—A veces pienso todavía en tu padre —dijo el comisario, mirándose la sortija con la insignia de su unidad—. Creo que no deberías odiarlo por lo que te hizo. Era un siervo con alma de siervo, cobarde e incapaz, pero sin más opción de hacer lo que hizo. Como tu amigo Octavio. ¿Sabías que te ha delatado?

Ella lo miró de lado, como un animal apaleado esperando el momento de mostrar todo su rencor. El comisario chasqueó la lengua, como si recordase algo fastidioso.

—Pues así es. Me ha contado que te llamó a Viena, y toda esa historia absurda sobre el loco de Liviano que resultó ser Nahúm Márquez. ¿Qué opinas? ¿Crees que era él o no? Yo creo que sí. Al menos él me reconoció, antes de prenderse como una tea.

Lucía apretó la entrepierna. Un hilillo caliente de orina le resbalaba por la cara interior del muslo. Se negó a alzar la mirada y enfrentarse a la expresión de sorpresa del comisario. Juzgaba humillante su falta de contención. ¡Cómo deseaba morir, fundirse en aquel instante!

El *moro* se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. Luego se puso a dar vueltas alrededor de Lucía con las manos en los bolsillos mirándola de reojo.

—¿Aún te duele la cicatriz? —dijo, señalándole la mejilla derecha. En alguna parte había oído decir que las viejas heridas dolían siempre.

Lucía negó.

—Yo creo que sí. Se te encarna por momentos. ¿Por qué esa insistencia en mentir?

—Quiero irme, desaparecer para siempre. —Se oyó a sí misma murmurando. Quizá era una súplica, pero a aquellas alturas la dignidad era un eximio dique para parar el terror que le ascendía por la garganta.

Tenían tiempo, se dijo el comisario. Franco ya estaba prácticamente muerto y no tardaría en salir la noticia a la luz. En las horas posteriores se daría a conocer también el desmantelamiento de la falsa trama de terroristas. Lucía tenía que morir en la madrugada del 20, pues.

—¿Era tan importante para ti volver?

Lucía se revolvió en la silla.

—Tenía que saber si era él o no.

—¿Por qué era tan importante para ti?

Lucía pensó que ya nada tenía importancia.

—Porque él fue el único testigo de la muerte de mi padre.

El comisario Ulises sabía que decir parte de la verdad no es decir toda la verdad. Y ella se empeñaba en ocultarle algo básico.

—Recuerdo el día que ejecutaron a Nahúm. Tengo perfectamente grabado en la memoria el modo en que él me miró desde el patíbulo. Es curioso, pero en realidad Nahúm no debía pagar por la muerte de la señora Quiroga. Tan solo tenía que pagar tu padre. Su sentencia estaba firmada meses antes de que ella muriese. El general era un cabrón previsor.

Lucía negó con la cabeza, bajando la mirada al suelo sucio. Tenía sed.

El comisario asintió sonriendo. Así era. De un modo u otro, Juan de Dios hubiese muerto, poco importaban las circunstancias ni quién lo hizo.

—No lo entiendes, ni siquiera después de tantos años. Tu padre solo era un cabeza de turco. —Acarició su pelo sucio. Apenas podía contener el impulso de abalanzarse sobre ella, no sabía con qué intención. Tan pronto deseaba abrazarla, cubrirla de besos, o golpearla, escupirle y llamarla por todos los nombres que conocía de perras infernales.

Lucía apretaba la entrepierna avergonzada. Cuando el comisario le puso la mano se revolvió furiosa. Sus ojos estaban borrados por las lágrimas de la ira.

—¿Qué demonios quieres de mí? —gimió.

El *moro* ni siquiera movió una pestaña.

—Nunca hablamos de eso, de lo que pasó realmente aquella tarde. Pero tú sabes que lo hice por ti, Lucía. —Y al decir esto la miró muy atentamente.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó, alzando la cabeza. Sus lágrimas le abrían surcos entre la suciedad de las mejillas.

El comisario la miró detenidamente. Estuvo tentado de sacar la pistola y volarle allí mismo los sesos. Pero se contuvo.

—No desvíes el tema. Sabes que lo hice por ti.

Ella lo miró de modo extraño, casi infantil. Luego sonrió. Después de todo, pensó, el *moro* Ulises no era Dios.

—¿Por qué te ríes? —gruñó. Entonces, Lucía reaccionó de un modo insospechado. Miró de hito en hito al comisario. No había odio en su mirada, sino una certeza absoluta y fría.

—Tú también tienes pesadillas todas las noches, ¿verdad?

Barcelona, 6 de octubre de 1945

Nahúm Márquez se dio la vuelta en la cama y, mirando al techo, encendió un cigarrillo. Amelia tenía una expresión extraña en la boca; decepcionada, pero como si ya esperase esa decepción. Estuvieron un rato así, en silencio. Luego, ella se levantó y fue a ducharse. Mientras oía correr el agua, Nahúm estuvo tentado de entrar en el baño y hacerle por última vez el amor. Pero se detuvo, desnudo, en mitad de la habitación. Cogió el vaso de vino que ella había estado bebiendo y lo escrutó a la luz de la lámpara. No se notaba nada anormal ni en la textura ni en el olor. Y sin embargo, acababa de suministrarle a Amelia la primera dosis de talio, la cantidad suficiente para comenzar la intoxicación pero no aún para destapar el envenenamiento. El proceso empezaría a ser irreversible en unos días.

Media hora después, tomaban café en un bar cercano a la pensión en la que tenían sus encuentros. Iba a ser un día desapacible, se notaba en el aire fresco y húmedo que barría las calles silenciosas y en el cielo grumoso y gris. Amelia observaba sin mucho interés un pasquín pegado en la pared sucia del bar. A pesar de que la guerra mundial había acabado, aquel papel lleno de grasa afirmaba que el Tercer Reich vencería. Un poco más a la derecha, un aleluya glosaba en un dibujo cómico el artículo 235 del Código Penal: «Habla bien. La ley castiga la blasfemia».

Amelia suspiró.

—Tú también le tienes miedo a Julio, y a su acólito, esa mierda de policía engominado —dijo con la voz extrañamente hundida.

Nahúm Márquez se pasó la mano por la mejilla sin afeitarse. Tenía los ojos apagados por la falta de sueño y por la culpa. Intentaba permanecer ajeno a su presencia, absorto en las gotas de café derramadas sobre el plato de la taza que rezumaban dejando un surco sucio y negro.

—¿No dices nada? —Ahora, Amelia lo miraba de frente, enojada.

Era tan guapa, pensó Nahúm, seguía siéndolo a pesar de la aspereza de su voz y de su mirada. Frente a ella se sentía desamparado, inmerso en un viaje a ninguna parte que tenía que terminarse tarde o temprano.

—Tu marido es de esos hombres a los que hay que temer.

—Está más insoportable que nunca —gimió Amelia, volviendo a mirar la pared—. Se pasa todo el día en su despacho con esos mapas y la taquígrafa, pegado al teléfono.

Nahúm sabía de lo que estaba hablando. El final de la guerra mundial, no por esperado, había resultado menos descorazonador para los militares españoles. Las ciudades se habían llenado de espías que se mezclaban entre los desertores y los refugiados de media Europa. Incluso se habían visto por Barcelona otra vez algunos

maquis de los que habían participado en la fracasada ofensiva sobre el Valle de Arán en el 44. Todo eso suponía mucho trabajo para el general Julio Quiroga y para el *moro* Ulises, pero eso a Amelia parecía no importarle, se comportaba como una niña caprichosa, únicamente pendiente de satisfacer sus deseos.

Por un momento, Nahúm Márquez tuvo una visión repulsiva. Vio aquel hermoso rostro, arrogante y seguro de sí mismo y de su belleza, comido por los gusanos. Vio su carne putrefacta bajo la tierra, sus cuencas vacías, su pelo ahora fecundo pronto estéril, su carne seca y hedionda.

Y ella ni siquiera lo sospechaba mientras tarareaba el bolero que el dueño del bar había sintonizado en la radio. Nahúm se dio cuenta de que prestaba atención a la letra, tal vez pensando si la tristeza de esa canción salía del mismo sitio que su aburrimiento y su hastío. O en realidad puede que no pensara en nada y solo escuchase la música, segura de su poder de seducción, soñando tal vez con un amante desconocido, etéreo, inconcreto, perfecto, mucho más valiente que el propio Nahúm, capaz de plantarle cara al general. Improbable.

Se quedó sentado sin decir nada, mirando fijamente la mesa e intentando hacer desaparecer aquella visión funesta. Al cabo de un momento dio una palmada en la mesa.

—Deberías volver a casa. Tu marido estará esperándote.

A Amelia Quiroga no se le escapó el tono apremiante y algo agresivo de Nahúm. Sin embargo, no quería volver allí. Con un poco de suerte podría meterse en la cama sin que su marido la viese y hacerse la dormida, como si hubiese pasado la noche en casa, pero lo más probable era que Julio Quiroga llegase a esa misma cama y le olfateara el cuerpo desnudo en busca de un rastro delator. Y aunque no encontrase en su piel ni un poro de sudor ajeno, los celos le comerían. Entonces se quitaría la cartuchería y la guerrera y la dejaría en la silla de cuero del celador, se bajaría los pantalones sin quitarse las botas de caña con espuelas de general de caballería y se masturbaría contemplando los reflejos de la luz marina en la espalda de Amelia hasta ponérsela dura y luego la vestiría como un elefante viejo, sin deseo, sin amor, con una obsesión malsana que no conseguiría, sin embargo, un solo grito de placer ni de reproche de Amelia, sino una mirada entre burlona, incomprensiva y de odio. La misma expresión que parecía haberse petrificado en sus labios cerrados y en su cara encerada mientras Nahúm la ayudaba a ponerse el chaquetón en la puerta del bar.

—Acompáñame hasta el tranvía —le pidió ella.

Al pasar por delante de una acera estrecha, Amelia demoró el paso para que sus cuerpos se rozaran y los alientos se acercasen tanto que el beso fuese inevitable, pero Nahúm la hizo a un lado con un gesto tan deleznablemente temeroso que se sintió de golpe apenado de su cobardía.

Cuando diez minutos después la vio alejarse en el tranvía rumbo a la estación de trenes, se dejó caer en un escalón mirando hacia las primeras gotas de aquel día que sería el más lluvioso del otoño. Tenía la mirada de una oruga caída de la hoja que la

cobija, sin ánimo, sin esperanza.

—Ojalá se muera de una vez —murmuró.

Al otro lado de la calle, alguien lo observaba con una sonrisa compasiva. Al principio, Nahúm no lo reconoció. El desconocido se alejó y Nahúm vio que una niña lo esperaba en la esquina. Hombre y niña se cogieron de la mano y se alejaron en dirección al muelle.

Entonces se acordó de la sentencia que unos días antes había visto sobre la mesa del general.

—¡Espere! —Se levantó con rapidez y corrió tras ellos, pero cuando estaba a punto de alcanzarlos se detuvo. ¿Y qué iba a decirle?: «Mire, van a condenarlo a muerte por un crimen que voy a cometer yo». Dejó que se alejasen y decidió seguirlos a distancia.

Seguir a alguien era cosa de policías avezados, como el *moro* Ulises, no de médicos que se dedicaban a envenenar a sus amantes, debió de pensar el propio Nahúm al verse burlado a la primera de cambio. Al llegar a la zona de carga del muelle, los perdió. Miró a su alrededor, anduvo a derecha e izquierda, pero el hombre y la niña se habían esfumado como por arte de magia.

Iba a marcharse, resignado, cuando sintió en la sien el tacto inconfundiblemente terrorífico de un cañón de pistola. De reojo pudo ver el cargador de una Manlicher austríaca semiautomática.

El calibre de 7,65 mm podía esparcir sus sesos y sus remordimientos en varios metros a la redonda si apretaba el gatillo.

Aquel arma era vieja, un modelo de la primera gran guerra europea, del tipo que usaban los maquis y la gente que atentaba contra el régimen.

—¿Por qué me estás siguiendo? No te gires o te reviento la cabeza. Eres del sindicato, ¿verdad? Pues que sepas que lo de la redada no ha sido cosa mía, yo no me he chivado de nadie.

Nahúm era consciente de todo, de cada detalle concreto, las gotas cayéndole en la cara, el leve temblor del brazo que le apuntaba, el color de la trenca azul de aquel hombre, y a la vez de lo genérico. ¿Y si, después de todo, moría él antes que Amelia? ¿Iba a morir realmente? Alguien los observaba, tal vez la niña. Estaría escondida en alguna parte.

—Yo no soy del sindicato —dijo, sin saber si eso era bueno o malo en su situación. Una vez más se sorprendió de su sangre fría. No tenía miedo, y se preguntó si estaba loco o de repente se había transformado en un suicida. Quizá era eso. Quizá quería que aquel tipo que cada vez se mostraba más nervioso apretase el gatillo. Sintió que le palpaba el cuerpo con una mano temblorosa mientras con la otra no dejaba de apuntarle. Buscaba su cartera, o tal vez un arma escondida. En la billetera guardaba su cédula de identidad, entre dos billetes arrugados.

—Entonces, qué coño eres, ¿policía? Yo trabajo para el inspector Ulises, mira. —Atolondradamente sacó del bolsillo la sortija que el *moro* le había dado para utilizarla

como salvoconducto cuando le hiciera falta.

—Me llamo Nahúm Márquez. Soy amigo de Amelia Quiroga y de su marido. Y si no me equivoco, tú eres Juan de Dios.

El hombre bajó un poco el arma con que le apuntaba, escudriñándolo con recelo.

—No me he vuelto a acercarme a ella, tal y como le juré al inspector —le aseguró, mirando alrededor como una alimaña acorralada.

A Nahúm le dio la sensación de que aquel tipo estaba borracho, o desvariado, o ambas cosas. Apareció la niña detrás de un contenedor y se quedó a cierta distancia, rígida, delgada y pálida como una caña pelada.

—¡Te he dicho que no salieses hasta que yo te avisara, Lucía!

La niña parpadeó, retrocediendo un paso. Bajó la cabeza. Era evidente que le tenía miedo.

Al verla de cerca, Nahúm la reconoció, pero lo disimuló.

Juan de Dios sonrió de modo desagradable.

—Mi hija. O lo fue algún día... Ahora solo es una golfilla. —El hombre guardó la pistola debajo de la chaqueta—. ¿Qué quieres de mí? Ya te he dicho que no he vuelto a ir por la Casa de Las Ceibas. La he visto ahora por casualidad, cuando iba a subir al tranvía. —Nahúm Márquez observó con desprecio a aquel tipo. Iba sin afeitarse y un olor fétido, mezcla de tabaco y alcohol con alguna muela picada, provocaba que cada vez que él se acercaba retrocediera asqueado. Debajo de la trenca desabrochada se veía un jersey beis con manchurrónes parduscos. Además de las manos, también le temblaban las pupilas. No dejaba de mirar alrededor. Tal vez esperaba a alguien. O temía algo. Sintió lástima por la niña.

—Esa niña no parece en buen estado.

—Ese cabrón de Ulises la alimenta mejor que a ti y que a mí. Además... —Juan de Dios se quedó un instante en suspenso y luego alzó el brazo, como saludando al horizonte brumoso y cargado de nubes. Lo miraba con chufra, como si acabara de contarle un chiste que no acababa de entender...—. ¿Lo conoces?

—¿Al inspector? Sí, claro. Estuve bajo su mando en dos guerras. —Y hubiera añadido de buena gana que aún seguía estándolo, de no ser por la cara de horror que puso la niña al oír el nombre del *moro*—. Tu hija parece que no se encuentra bien. —Nahúm Márquez la observó con preocupación. En todo aquel rato no había abierto la boca, y parecía muy asustada, como si le pidiera auxilio en silencio.

Juan de Dios agarró a la niña de un modo bastante brusco por el brazo y la atrajo hacia sí.

—Está bien.

—Deberías esconderte una temporada. El general va a ir a por ti.

Juan de Dios se quedó mirándolo muy fijamente, y de repente soltó una risotada estúpida.

—Nadie puede tocarme, ahora. Soy uno de los suyos —dijo, esgrimiendo la sortija como si fuese un amuleto.

—No estés tan seguro...

No le dejó terminar la frase. Se adentró con la niña en aquel dédalo de calles de cajas amontonadas.

De repente, las esclusas del cielo se abrieron y sobrevino la gran tromba de agua. Nahúm Márquez corrió a refugiarse bajo las enormes patas metálicas de una grúa que balanceaba en el vacío un contenedor colgado.

Entonces vio de nuevo al padre con su hija, algo más lejos, bajo una cortina de agua espesa. Ocurrió algo inesperado. Juan de Dios golpeó a Lucía y esta cayó al suelo. Intentó incorporarse, pero él la pateó y la arrastró varios metros. La desnudó con violencia y la lanzó sobre unos fardos. A través de la lluvia, Nahúm Márquez adivinó los glúteos del hombre con los pantalones bajados. Un chorro de agua caía de una canaleta y rozaba las nalgas, el vello y los pezones de Lucía. La veía encorvarse a cada embestida, como si el aire gélido la agarrase por la cintura y le abriese las piernas.

Nahúm Márquez cerró los ojos. La ciudad quedaba lejos, a miles de kilómetros, en la India o en las antípodas. Podría no existir, y si existía, podía no sentir nada. Solo manos, dedos de aire que entraban simultáneamente en su cuerpo y en su alma. Vio al hombre subirse los pantalones después de un estertor animal, dejando tirada a su hija entre los sacos bajo la lluvia.

Y sintió una rabia infinita, un odio descomunal por él mismo, por aquel bastardo, por el general Quiroga. Un odio insondable e inconsolable por toda la especie humana. Agarró una barra de hierro y se lanzó hacia Juan de Dios con un grito desesperado.

Barcelona, tarde noche del 19 de noviembre de 1975

El padre de Gilda había sido expeditivo y claro en aquel asunto. Prohibidas las salidas y suspendidas las visitas de sus amigos del Comité y la paga de un trimestre, hasta que él pudiera arreglar en el ministerio el desaguisado que habían armado con aquella idiotez de preparar un secuestro.

—No te puedes imaginar los quebraderos de cabeza que me está provocando vuestra chiquillada —le había recriminado, antes de salir de la habitación dando un portazo.

Gilda no obedeció. Salió al balcón a abrazar la lluvia que saltaba de sus dientes al pecho como una catarata. Se sentía un ser vivo, un monstruo adormilado nacido en plenilunio que avanzaba sobre nubes de color níquel.

A pesar de que intuía cierto riesgo en todo aquello, su padre le había asegurado que Andrés estaba siendo tratado con consideración y que probablemente durante la noche lo pondrían en libertad. Superado ese miedo, no podía evitar verle un halo de aventura a todo aquello. En su mano apretaba una nota que le había hecho llegar un desconocido asegurando saber cómo y dónde secuestrar al comisario Ulises, y poder intercambiarlo después por Andrés y Lucía. Si lo que ese tipo decía era cierto, iban a dar un golpe de lo más sonado. Y desde luego, Andrés dejaría de mirarla como a una niña. Desde que le había hecho llegar el informe del comisario, no había vuelto a ser el mismo. Parecía que le recriminaba haberlo forzado a discutir con su mujer. Incluso sus compañeros empezaban a mirarla con recelo por haberlo hecho. De modo que se sentía obligada a demostrar que estaba con ellos en esto.

No le fue difícil alcanzar la calle por la escalera de incendios al anochecer y parar un taxi en la Gran Vía.

—A la calle Imperio.

El taxista la miró por el espejo interior.

—¿Seguro que es a esa dirección a donde quiere ir?

—Sí.

El olor del puerto le llegó con nitidez pocos minutos después. No era un salitre cualquiera, era el olor del Mediterráneo, y agudizando más, el Mediterráneo de Barcelona, que no olía a brea ni a mejillones ni a lonja, sino a suciedad, a bocana del puerto, a gasoil y a prostíbulo.

Gilda se preguntó por qué la habría citado aquel tipo en un sitio así. La calle era un río caudaloso por el que, a pesar del frío y la lluvia, corrían niños semidesnudos entre los coches, que circulaban a gran velocidad, y los pasajeros se colgaban en los estribos del tranvía, empapados y sin aliento; algunos resbalaban y se caían ante la indiferencia de la gente. Un viejo, sentado en una silla bajo el zaguán del bar de

enfrente, bebía largos tragos que se derramaban por su larguísima barba y luego le daba un beso en los morros a un chucho famélico que se acurrucaba entre sus piernas; ambos se protegían de la lluvia con un poncho agujereado y parecían felices. Observó por enésima vez los alrededores, centrándose especialmente en el viejo edificio del final de la calle lateral. Aquel era el lugar escogido para encontrarse aquella noche con el desconocido.

Al final de la calle Imperio, donde acababa el asfalto y empezaba el barrizal de casetas y huertos, se oía a los gatos aparearse. El garito de alterne bullía de actividad con el ciclo de las horas cambiado respecto al resto de la calle. Gilda se detuvo en la penumbra de un muro cercano y encendió un cigarrillo. Durante un buen rato estuvo observando sin ser vista la fachada iluminada por el letrero de neón que se encendía y se apagaba, y a los clientes que entraban y salían arrastrando tras de sí un tufo añejo y decadente.

Respiró profundamente y caminó hacia la entrada del local con todo el aplomo que le fue posible reunir. El portero, corpulento y malcarado, la miró de arriba abajo con desconfianza mientras se acercaba. Se había maquillado de modo extremado y el vestido malva ceñido resaltaba voluptuosamente sus curvas. Aun así, en su manera cortés pero fría de coger el bolso y en su atávica costumbre de mirar con indiferencia delataba que ella no pertenecía a aquel tipo de ambiente.

—Me parece que te has equivocado de sitio, guapa —le dijo el portero con aire socarrón.

—Me han dicho que aquí no se prohíbe nada —respondió ella con voz libidinosa, poniéndole en la mano un billete doblado.

El portero guardó el billete y sonrió. Su boca era grumosa y desagradable, olía a tabaco negro, y su mirada, degradante y pegajosa, la desnudó.

—No suelen verse a mujeres de tu clase por aquí. Puedes encontrar lo que quieras, guapa. Y si no quieres subir con nadie a la habitación, ven a buscarme. Acabo a las seis.

Al entrar en el vestíbulo largo, estrecho y mal iluminado, tuvo la sensación de que aquel lugar la succionaba despojándola de todo. El aire que se respiraba tenía el olor del azufre, y la presencia de ojos de hombres que la espiaban desde la luz mortecina era insistente. Se escuchaba música de piano de fondo y los muebles, entonces lujosos y ahora deslucidos y pasados de moda, estaban sobre una moqueta sucia y con quemaduras de cigarrillo. Controló la náusea y avanzó con un fingido aire aburrido hacia la barra que antecedió a la pequeña sala de reservados, que estaba a oscuras. Se sentó en un taburete alto cruzando las piernas, aceptando con pasividad las miradas de los clientes. Había algo de fantasía pequeñoburguesa en aquella situación que rozaba lo onírico con el peligro de caer en la pesadilla: su pose medida de mujer fatal, las ansias contenidas de los que la examinaban, el traje de torera lila y pajarita negra del camarero, un joven marroquí con los ojos indiferentes, y el aire contenido y falsamente fantasioso de la decoración oriental podían desembocar en el

peor ambiente sin que tuviese a nadie para ayudarla si las cosas se complicaban.

Trató de no pensar en eso, imaginó que estaba en uno de los locales de moda de la zona alta; después de todo, era la misma fauna buscando las mismas cosas. Pozos alumbrados con luces dolientes, lugares para cazar y ser cazado, para beber y mentir. Nadie esperaba que dijese la verdad. En un sitio así, la verdad era de mal gusto.

Sentada en la barra, mentía, pues, en silencio. Mentía su gesto desmayado al observar los cubitos en el vaso de tubo que el camarero llenaba, mentía su expresión de gata al acecho sin muchas esperanzas, y mentía el latido de su corazón cuando vio aparecer de entre la penumbra a un hombre grueso dirigiéndose hacia ella con paso vacilante.

Octavio Cruz había estado largo rato observándola al otro lado de la barra, con los brazos cruzados. La luz de un pequeño ojo de buey le iluminaba la cara como si fuese un actor enfocado por un reflector. Al ver entrar a Gilda, se había apartado del punto de luz hasta asegurarse de que la muchacha venía sola. Luego utilizó el teléfono colgado en la pared para llamar a la comisaría. Cuando se hubo cerciorado de que aquella chica era Gilda, dejó el vaso vacío con parsimonia y se acercó a ella con cautela.

Vio que su cara palidecía y que sus pupilas titubeaban como la llama de una vela. Pese a su apostura de mujer fatal resultaba evidente que era poco más que una adolescente. Se preguntó qué posibilidades de éxito tenía el plan que había concebido para liberar a Lucía si debía ponerlo en manos de esa joven. El caso era que no le quedaba más opción que intentarlo. El tiempo apremiaba: uno de sus colegas destinado en El Pardo lo acababa de llamar antes de que saliese de la consulta para decirle que corría el rumor de que Franco ya había muerto y que dilataban el momento de dar la noticia porque en aquellas horas había un frenesí de conspiraciones y de toma de posiciones.

Según sabía Octavio, se haría coincidir la noticia del agravamiento definitivo —y eufemístico— del general Franco con la desarticulación de una red terrorista que preparaba un asalto en toda regla al poder. Apenas disponían de unas horas para liberar a Lucía antes de que fuese demasiado tarde.

Gilda se incorporó y quiso saludarlo, pero Octavio retrocedió como si la mano de la muchacha estuviese comida de lepra. Esta se retiró, contrariada.

—Usted es amigo de Lucía. Lo conocí por unas fotos que tiene Andrés.

—Así es. Y tú eres la *amiga* de Andrés... Gilda, ¿verdad? Es un nombre interesante, muy hollywoodiense.

—Mi madre es norteamericana y...

—No me interesa —la cortó Octavio—. No tenemos tiempo. Hablemos, pero no aquí.

Señaló hacia el panel que había colgado en la pared, junto a las estanterías con botellas. En ese panel estaban las llaves de todas las habitaciones.

—Dame la llave de la doce —le dijo al camarero. Este se cercioró de no ser

observado y cumplió lo que le pedía Octavio con disimulo—. Vamos —le dijo a Gilda, cogiendo la llave y adelantándose al ascensor.

Gilda miró con recelo al camarero mientras seguía a Octavio por el pasillo.

—¿También está en el asunto?

—No. Le he pagado por la habitación. Cree que eres una puta y yo tu cliente.

Gilda se inquietó. Si algo iba mal, estaría totalmente a merced de aquel desconocido que sentía repulsión de tocarla.

Entraron en la habitación. Primero Octavio, luego ella.

—Siéntate, voy al lavabo —le dijo Octavio—. Y relájate, no soy ningún psicópata, ni voy a hacerte daño.

Gilda se sintió avergonzada de que él hubiese notado su miedo. Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama cubierta con una colcha de flecos. Al otro lado de la pared, en la habitación contigua, oía crujir los muelles con el ritmo acompasado y seco del colchón bombeándose bajo dos cuerpos, y gemidos ahogados. También escuchaba el goteo de la cisterna en el pequeño lavabo de detrás de la puerta interior tras la que veía orinar a Octavio.

La puerta solo estaba entornada y Octavio Cruz podía contemplar a través del espejo el cuerpo de Gilda, tumbada en la cama boca arriba descalza, inmóvil, con los ojos cerrados. Su presencia en la habitación descomponía el interior de aquella reliquia. Tuvo la intuición de que si cerraba la puerta y la dejaba allí dormida no tardaría en fundirse con el polvo de olvido de toda la habitación.

—Deberías saber que a estas horas el comisario sabe que estás aquí. En realidad, cree que estáis todos vosotros. ¿Dónde están tus amigos? Te dije que vinieseis todos —preguntó, saliendo del lavabo. Quiso intimidarla con la voz, con el tono áspero.

Gilda esbozó una mueca de sorpresa, ladeó la cabeza hacia la puerta entreabierta y abrió los ojos.

—Se han echado atrás. Están asustados. ¿Cómo sabe el comisario que estoy aquí?

Octavio Cruz avanzó dos pasos, hasta quedarse en el borde de la cama. La miró despacio, asombrado de que fuera tan joven. Gilda se incorporó y apoyó la cabeza en la almohada, recogiendo las piernas.

—Porque yo lo he llamado para decírselo. Es probable que ya esté viniendo hacia aquí. Este local es suyo, ¿sabes?

—Pero vendrá con más policías.

Octavio pensó que Gilda era valiente de ese modo en que lo son los jóvenes. Inaccesibles al desaliento.

—¿Por qué me mira como si fuese una extraterrestre? —le preguntó ella.

—Esto no es un juego. Esa gente va muy en serio. No dudarán en hacernos daño. Y tu padre no va a poder ayudarnos si seguimos adelante y algo sale mal.

Esa muchacha tan joven y tan decidida pareció envejecer cien años al escuchar aquellas palabras.

—¿Cree que le estarán haciendo daño a Andrés?

—Espero que no. Pero en cualquier caso, nada más tendremos una oportunidad, y por lo visto deberemos hacerlo nosotros dos solos.

—Bien —aclaró Gilda con renovado ímpetu—. Entonces, estamos de acuerdo. Se hará esta noche. No es como lo habíamos planeado, pero es nuestra oportunidad. Será fácil, ya lo verá. A mí ya me han detenido otras veces y no son tan fieros como los pintan. Eso era antes, en los cuarenta. Ahora ya no pueden hacer lo que les da la gana.

—Por supuesto —repitió pesaroso Octavio Cruz, sin reconocer que él sí había sucumbido a la tortura y al chantaje.

Dependencias de la Brigada Político-Social, Barcelona, noche del 19 de noviembre de 1975

Adiez manzanas en dirección al centro de la ciudad, Andrés era conducido de nuevo a su celda en la Prefectura de Policía después de un interrogatorio. Las voces formaban a su alrededor una bruma de sonidos en la que no era fácil distinguir qué era real y qué imaginario, ya que una de las bofetadas que le habían dado le había lastimado el oído y todo lo que le llegaba por el lado derecho era un zumbido de abejorro y un dolor punzante hasta el tímpano. Durante la tarde creía haber oído a Lucía, pero podía haber sido cualquier otra voz de mujer. Había preguntado por ella, pero la respuesta de uno de los policías le había encogido el corazón y no había querido indagar más.

—Se la está follando toda la Prefectura a tu salud.

Andrés no podía saber que por orden del *moro* Ulises nadie le había tocado un pelo a su mujer, y juzgaba el padecimiento de Lucía según el que él estaba recibiendo: palizas, privación de sueño y humillaciones sexuales de todo jaez. Le habían quemado el cabello con un soplete y permanecía en el suelo, entre sus inmundicias, desnudo y esposado a la espalda. Ni siquiera sabía cuánto hacía que duraba la tortura. Le habían pateado los testículos, sangraba por el pene y por el ano, y tenía un ojo completamente cerrado por un golpe. Apenas era ya consciente de su cuerpo. Pero con todo, lo peor era imaginar lo que le estaban haciendo a ella.

Desde el instante en que Lucía había colgado el teléfono en Viena dos meses atrás, los acontecimientos se habían liberado de sus deseos como si actuaran sin más voluntad que el azar y la mala suerte. Qué lejos le parecía ahora todo: el piso acogedor y las cenas con los amigos charlando de política hasta altas horas de la madrugada, las noticias de los periódicos, el viaje de regreso y el romance con Gilda. Esperaba que aquella chiquilla animosa pero imprudente no se metiera en problemas por su culpa. Incluso las discusiones con Lucía parecían ser cosa del pasado. No ocurría lo mismo con hechos mucho más lejanos de su vida, cosas en las que no había vuelto a pensar y que en estos días de tortura ininterrumpida eran su único refugio.

Le venía continuamente a la mente la noche de veinticinco años atrás, cuando conoció a Lucía.

Al otro lado de la ciudad llovía cuando el taxi la dejó frente al entoldado rojo de un hotel con sala de baile. La lluvia mojaba la alfombra del vestíbulo, sus zapatos y la huella que quedaba en la losa del suelo.

Pidió una ginebra doble deambulando entre la clientela, encontrándose a cada paso miradas cargadas de intención, pretenciosas y repulsivas, bajo el fulgor morado de las luces intermitentes de la sala de baile, tintineando los cubitos de hielo del vaso de ginebra.

Entonces se vieron por primera vez. La voz de Lucía emanaba una seguridad plácida. Lo tomó de la mano y se sentó a su lado. Sacó la pitillera y le ofreció un poco de hierba, arimándose como una gata. A medida que hablaban y bebían sin dejar de fumar, Andrés fue sintiéndose embriagado con la sensación placentera de no pertenecerse. En algunos momentos se miraban muy intensamente con los cuerpos prácticamente pegados y entonces se hacía entre los dos un silencio reparador, lleno de la música y de la noche que ya no parecía un páramo, sino un estado de misterio. Fue prácticamente inevitable enamorarse de ella cuando le aseguró que la mayoría de los hombres eran como medusas: no pueden tocar ni ser tocados, solo están ahí, flotando. Andrés debió de pensar que él era diferente a esos hombres de los que hablaba Lucía.

Se dejó arrastrar por ella a la recepción, tambaleándose, advirtiendo, a pesar de los sentidos embotados, que los hombres la examinaban de modo disimulado pero elocuente, y sintiendo un estúpido orgullo por ello, al ver que ella prescindía de las miradas furtivas que otros ponían a sus pies como una alfombra. Pagó sin rechistar y subieron al segundo piso. Ya en el cuarto, Lucía recostó el cuerpo contra la pared con las manos cruzadas sobre las caderas y el pie derecho un poco adelantado, doblando la rodilla levemente de modo que adoptaba una postura entre melosa y aburrida, mientras que él no atinaba a quitarse los pantalones tumbado encima de la cama.

—¿De qué te ríes? —le preguntó, algo avergonzado, puesto en pie, completamente desnudo y erecto.

—De nada.

Lucía soportaba con socarronería las atenciones efusivas y precipitadas de aquel joven rebelde de casa rica, como la Venus de Milo se reía de los estúpidos hombres que enloquecían por ella. Mientras Andrés ponía sobre su cuello el aliento entrecortado y sucio y sus manos anhelantes, imaginó que ella debía de vivir en un lugar así, clandestino, donde los amantes pasaban a las habitaciones de puntillas, espectros moviéndose en la oscuridad con la tibieza de una radiografía, y todo lo que se dijese esos amantes sería como una bocanada de humo contra un espejo opaco.

—Apaga la luz —pidió ella.

—¿No te gusta mirarte?

—Prefiero sentirme. Apaga la luz.

Siempre mintió tan bien, Lucía... Y él siempre estuvo tan deseoso de creer sus mentiras...

Tres, cuatro golpes de cadera, gemidos absurdos, babas cayéndole encima de la oreja, el latir acelerado del corazón a paso de marcha militar, el tránsito de la sangre retrocediendo de las sienas hacia lugares más comunes después del éxtasis, un gruñido, y luego el silencio. Aquel silencio de insatisfacción tan grande que siempre le quedaría después de hacer el amor, como si ella lo odiase por todos los hombres con los que se había acostado, o le robase algo imposible de recuperar.

Y aun así, pensaba en ella a cada instante mientras duraba el suplicio, aunque el

dolor distorsionaba su imagen y no conseguía fijar su mente en alguna cosa agradable que hubiesen hecho juntos que pudiera aislarlo de los brutos que se iban turnando sin descanso para quebrantarlo. En los peores momentos, ni siquiera Lucía podía evitar que aullase de dolor cuando le retorcían los testículos, ni podía impedir que llorase suplicando clemencia.

Su dignidad rota, como su físico, como su mente.

Debió de pensar el comisario Ulises que el detenido ya estaba en su punto justo después de tres días de tormento. Les dio un descanso a sus chicos, que salieron bufando de la celda, agotados pero satisfechos, y se puso en cuclillas frente a la masa de suciedad y sangre que gimoteaba tirada en el suelo.

—Has aguantado bien —dijo en tono admirativo—, pero ya se ha acabado. Creo que deberías firmar esa declaración. Serán unos años de cárcel, pocos, ya lo verás. Dicen que cuando muera Franco va a promulgarse una ley de amnistía. Te acusaremos de tentativa terrorista, sin delito de sangre.

Andrés apenas podía escucharlo, tenía un grumo de sangre en el oído, y aunque intentó incorporar la cabeza, solo veía una sombra difusa a través del color violáceo de su retina. Curiosamente, lo que más le llegaba de aquel extraño era su olor. Olía a colonia a base de cítricos.

Sonrió estúpidamente, como si aquel olor le remitiera a algo que existía fuera de allí. Olía a frescura, a limpieza, a campos abiertos, naranjas, mandarinas, limones, el mar, Lucía, ellos dos haciendo el amor, perdonándose, queriéndose, el final del dolor, de la tortura, del sufrimiento, de la humillación, del miedo, de la tristeza... Solo tenía que firmar esa maldita declaración. Era un papel, un papel no decía nada, no era la verdad, ni la vida, ni las personas. Un papel no significaba nada, no cambiaba nada.

Extendió la mano derecha, como si quisiera asirse al ser que le transmitía aquel olor. Apenas movió los dedos hinchados, le habían arrancado dos uñas y el meñique se retorció de un modo inverosímil. Casi no pudo sostener la pluma que le tendió el comisario para firmar el documento que le puso delante. Dejó que la tinta escribiese su nombre, deslizándose sin conciencia.

Un nombre, unas sílabas. Nada más.

—Quiero ver a mi mujer —balbuceó.

El comisario se incorporó y se guardó la declaración en la chaqueta. Miró a aquel hombre con parsimonia, con meticulosidad profesional. Quizá sus hombres se habían excedido. No llegaría vivo al día siguiente.

—¿Por qué no? Todo el mundo tiene derecho a despedirse.

Diez minutos después trajeron a Lucía. Al ver a Andrés, sintió que un puño de acero le golpeaba el pecho, le abría el tórax y le arrancaba de cuajo el corazón. Un gemido de ahogada, un pasmo de muerte, se escapó de su garganta al reconocer en aquel bulto desnudo, tirado en un rincón como un perro, a su marido. Se mordió el antebrazo con rabia para no ponerse a gritar como una loca.

Andrés trató de dignificar un poco su situación, incorporándose y apoyando

penosamente la espalda en la pared. Como pudo, se tapó los genitales. Incomprensiblemente, sentía vergüenza porque su esposa lo viese desnudo.

—Os dejaré solos un rato —dijo el comisario, cerrando la puerta.

Mientras Lucía se acercaba despacio, como si no supiera dónde ponía los pies, Andrés tuvo de nuevo la visión fugaz de cuando eran jóvenes.

—¿Te acuerdas de nuestra primera verbena de San Juan? —susurró, tocándole la mejilla cuando ella se agachó para abrazarlo.

—Sí, me acuerdo —dijo ella, aguantando las lágrimas—. Llevaba el traje rojo con un cinturón de hebilla muy ceñido.

A Lucía le gustaba bailar, aunque nunca lo hacía con Andrés, que ya era su novio y que siempre estaba confabulando en las mesas del fondo, oculto con otros estudiantes a la indiscreción de las guirnaldas y las luces de la verbena. Ojalá hubiese estado más por ella y le hubiese dicho cuánto la quería. Ella bailaba sola, cerraba los ojos y giraba sobre sus pies de puntillas con los brazos extendidos al aire, al son de los tambores y los violines, y ascendía allí mismo, en éxtasis, hasta el punto que dejaba de sentir el peso de su cuerpo sobre el entarimado y creía volar. Parecía un hada. Cuando la música cesaba, abría los ojos y casi siempre se encontraba con los de otros hombres, que desviaban la mirada, avergonzados. Lucía, entonces, se reunía con Andrés y con los otros rebeldes y fingía prestar atención a lo que decían, aunque un poso de aburrimiento en la boca siempre la delataba.

Ahora, la expresión torcida de su boca no reflejaba más que horror. Negaba con la cabeza, buscando un centímetro de carne sin mancillar en la cara de su marido para acariciarlo sin hacerle daño. Era como si no lo creyese, como si nunca hubiese podido imaginar lo que era capaz de hacer el odio de un ser humano.

—Dios mío. Si lo hubiese sabido, Andrés... Yo...

Él le puso un dedo manchado de sangre en los labios pidiéndole silencio. No era tiempo de lamentarse, ya no servía de nada.

—He firmado la declaración —dijo con un hilo de voz.

Ya no hablaron más. Pasaron el resto del tiempo que les permitieron abrazados. Lucía apretaba contra su pecho el cuerpo inerte de Andrés y se tatuaba en la ropa su sangre, el sudor de su penitencia. Querían decirse tantas cosas que lo único que les quedaba era callar, callar y dejar que sus cuerpos se despidiesen el uno del otro con calma, como una barca que se despide del muelle y se aleja mar adentro empujada por una marea suave pero inevitable.

Tardó mucho rato Lucía en darse cuenta de que estaba lloviendo. Apenas era un rumor sordo en la calle, golpeando la acera y las fachadas. Cerró los ojos y el sonido se hizo más intenso: las gotas caían en un charco rebosándolo, ahora los pasos de unos jóvenes se oían al pasar, una mujer corría en pos de un taxi. Un trueno estremecía el cielo sobre la Vía Layetana.

Cuando se abrió la puerta del calabozo y apareció la silueta estática del comisario Ulises al contraluz, Lucía besó la frente de Andrés, que yacía con la cabeza

desmayada entre su brazo y su corazón. Estaba muerto.

Barcelona-Sitges, octubre-noviembre de 1945

El *moro* Ulises fumaba y una lenta espiral de humo escapaba de su cigarrillo distorsionándole el rostro. Las cejas revueltas y espesas le daban a su mirada un aspecto tremebundo, tan diferente a su habitual seguridad. Se llevaba los dedos, manchados de nicotina, a la boca para quitarse las virutas de tabaco que se le quedaban en los labios, y en ese gesto demoraba mucho tiempo, observando el nudo en la yema del dedo. Después miraba a Nahúm Márquez como si estuviese atisbando un páramo.

—¿Estás seguro de que está muerto?

Él asintió. El cuerpo de Juan de Dios todavía debía de estar caliente yaciendo bajo la lluvia.

—Es un buen lío. Al tal Juan de Dios en el barrio se lo conocía más por su apodo, *Tuercas*. Se lo pusieron sus compañeros de fábrica, en Hospitalet de Llobregat. Era un tipo respetado entre los obreros, un sindicalista con buena prédica entre los de su clase. ¿Sabes qué significa eso?

Nahúm negó.

—Problemas serios.

—Pero ¿puedes hacer algo o no? —le preguntó con impaciencia—. Dijo que trabajaba para ti.

—Así es. Yo soy bueno en eso, en sondear las miserias de la gente, y ese tenía alma de perro. No te puedes hacer idea de lo difícil que es infiltrarse en uno de estos sindicatos clandestinos, no iba a desaprovechar la ocasión de utilizar a este, que por cierto, resultó ser un blando y un cobarde de cojones.

Nahúm recordó aquellas lejanas palabras de Iziquel en el prostíbulo de Melilla: «El *moro* siempre consigue de los demás lo que quiere».

El *moro* Ulises lo miró con malicia.

—De todos modos, eso no es lo peor. Lo jodido es lo del general, ya sabes lo que pensaba hacer con él.

Nahúm se echó las manos a la cabeza con cansancio. Evidentemente, el policía estaba al corriente del plan del general.

—Esto es un error. Debería entregarme —musitó, casi sin pronunciar las palabras, negando con la cabeza gacha muy lentamente.

El *moro* Ulises lo observó con atención. Tenía el rostro muy serio y concentrado. Se acercó a un gran ventanal e hizo girar levemente la varilla que dirigía la cortina de listones. Había dejado de llover, la calle estaba vacía y la atmósfera tenía el aire tenue de los rosales en invierno. La rojez de las nubes, listadas y superpuestas, anunciaba frío.

—Entregarte... ¿Por cuál de los dos crímenes, el de Juan de Dios o el de Amelia Quiroga? No seas estúpido, y cíñete a lo que yo te diga. Yo me ocuparé de todo.

—Lo mismo que te ocupaste de contarle al general lo mío con Amelia...

—Te avisé de que tuvieras cuidado y no me hiciste caso. Si hubieses guardado los cojones para esa puta de Iziquel no estarías en esta situación, así que no te lamentes. Por cierto, ¿dónde está Lucía?

—La mandé a casa. —Nahúm pensaba que los niños no debían tener premura en tocar la muerte.

Ahora el *moro* sonreía, como si estuviese mintiendo, pero no una mentira grave, sino una trapillería, una broma que se acabaría descubriendo al final.

—¿Ella te vio matar a su padre?

—No lo sé.

—Bueno, no importa, vamos a ver dónde dejaste el cadáver.

Pocos días más tarde salió publicada en todos los periódicos la noticia de que un peligroso comunista que preparaba un atentado contra la familia Quiroga fue detenido gracias a las indagaciones de la Brigada Político-Social. En un traslado de comisaría, el terrorista saltó del vehículo policial, siendo abortado el intento de fuga por el inspector Ulises de dos disparos.

—¿Quieres añadir algo más? —le preguntó el *moro*, suspirando de hastío, mientras doblaba el periódico y lo dejaba sobre la mesa, junto al cenicero repleto de colillas humeantes.

Nahúm no apartaba la mirada del humo hipnótico. Sabía que el *moro* se acabaría cobrando el favor de una manera u otra.

—Te lo agradezco.

—Haces bien. Ya veré qué puedes hacer por mí.

El policía se levantó, y ya parecía que se iba a marchar cuando se detuvo, como si hubiese recordado algo.

—Dijiste que lo mataste con una barra de hierro, de un golpe seco en la cabeza; sin embargo, en la autopsia aparecen dos heridas punzantes por la espalda, a media altura. ¿También lo pinchaste con un cuchillo?

Nahúm dijo no recordar y el policía comentó que no era algo que le importase, ahora que ya estaba solucionado y que iban a ascenderlo.

—Era simple curiosidad. ¿Cómo va el otro asunto, lo de Amelia?

—Sigue su curso. No puedo precipitarme, sería sospechoso.

—Te entiendo, pero el general no se caracteriza por ser un hombre paciente.

Una noche de principios de noviembre, Nahúm Márquez fue a visitar a Amelia Quiroga a la Casa de Las Ceibas como hacía cada tarde desde que empezó a envenenarla. Le sorprendió encontrarla sentada en bata en una de las terrazas de la casa. Se sentó a su lado. Ambos miraban el mar oscuro.

—¿Te has fijado en los rosales? Es increíble. Después de tanto tiempo abandonado, el jardín sigue floreciendo. Son rosas blancas.

Amelia miró de reojo las flores. Rosas sin espinas. Rosas de mentira.

—Deja las flores... ¿Qué va a pasar ahora?

—Todo saldrá bien. No te preocupes —mintió Nahúm Márquez. Lo cierto era que en pocas semanas se había desvanecido la joven hermosa que un día fue. Ahora era una mujer mudada de olores y colores, nítida como las entrañas azules, transparentes y frías de un iceberg. Alzó por un momento su cara montañosa y miró desde sus ojos como barrancos hacia la casa en cuya parte superior había encendida una luz.

—Ya ni siquiera me mira —dijo Amelia, refiriéndose al general. Retorcía las piernas y las muñecas con impotencia, contorsionando todo el cuerpo, intentando liberarse inútilmente de los terribles dolores que ella achacaba al cáncer—. Al menos tú no me tratas como si fuera una leprosa —añadió, apoyando la cabeza en el hombro de Nahúm. El doctor sintió un espasmo de asco y al mismo tiempo de compasión.

—Tal vez nos olviden —dijo—. Tengo algo de dinero, podríamos ir a Argentina, o a México. Dicen que hay muy buenos médicos allí.

Amelia asintió, pero sabía que no iba a ser posible. Volvió la cabeza hacia la punta de las ceibas, que se balanceaban asomando detrás del muro. El aspecto de la casa se había vuelto sombrío, no tanto por el abandono, sino por la atmósfera triste que guardaba. Cerca del pinar se veía la cala, la pequeña caseta de la playa, y a lo lejos las luces difusas de Sitges. La noche era estrellada, invitaba a mirar hacia el infinito y a olvidar las cosas que pasaban aquí abajo.

—Todavía me acuerdo de aquella noche en la playa. Todo era tan misterioso...

—Sí que lo era.

—Estoy cansada, acompáñame a mi dormitorio.

La muerte sudaba en aquella habitación y el sudor salía de las sábanas húmedas, de las cortinas cerradas y del cuerpo macilento y sucio de la que un día fue la orgullosa y bella señora de Quiroga.

—No te vayas, tengo miedo. Túmbate aquí, a mi lado. —Parecía una muñeca rota. El matarratas le había consumido el color de la piel y la había dejado sin pelo y sin uñas. Amelia no era más que un animal purulento de ojos hundidos y pupilas amarillentas que ya no reconocía a nadie.

Nahúm la tumbó sobre la cama, le tapó los pies con la colcha vapuleada y le colocó la cabeza encima de un cojín de terciopelo. Luego se tumbó a su lado; oyó crujir los muelles del somier y notó hundirse un poco más el colchón de lana con su peso. Si hubiese sido un perro habría lamido las lágrimas ocultas y secas de su ama, pero hubo de contentarse con estrecharla todo lo fuerte que sus brazos le permitieron. Entonces se acordó de la primera vez que le fueron infieles al general Julio Quiroga. Hicieron el amor un día caluroso, dando rienda suelta a un deseo largamente reprimido, con urgencia y apasionamiento.

Amelia Quiroga murió a la mañana siguiente. El propio Nahúm certificó la muerte por metástasis extendidas en el colon y en el hígado.

El entierro fue en el panteón familiar, la cripta de detrás de la Casa de Las Ceibas. Había coronas de tulipanes, jazmines y rosas negras alfombrando varios metros de tierra. La misa se ofició en latín litúrgico, con dos oficiantes además del capellán castrense. Una carroza portó el féretro, de roble oscuro con ribetes y crucifijo dorado, en el corto trayecto de la casa a la cripta. Iba tirada por un triste caballo negro capado. Ni siquiera la cara de descanso de su esposa, libre al fin de la agonía tortuosa a la que el veneno la había sometido, hizo que el general Julio Quiroga derramara un poco del mucho dolor que llevaba dentro.

Después del oficio, Nahúm se detuvo frente a la ventana para ver cómo la lluvia resbalaba al otro lado de la reja por la fachada panzuda de los pinos que rodeaban la cripta, como si los árboles sudaran o llorasen. Esa imagen le trajo el tiempo de su infancia y de su pueblo: veía a sus vecinos chapoteando en los charcos como si fuesen niños que volvían de la escuela con los libros del colegio echados al hombro con sus cintas de tela. Alguno de esos niños era él, el mismo que se asomaba a la ventana a fumarse un cigarrillo liado y se quedaba mirando las nubes embobado, como si fuese un marinero nostálgico. El mismo que había asesinado a la mujer que amaba, la mujer que yacía bajo aquellas losas que pisaba.

Dependencias de la Brigada Político-Social, Barcelona, medianoche del 20 de noviembre de 1975

El comisario Ulises observaba las pocas luces de la calle desde la ventana de su despacho mientras recuperaba el extraño sueño de la noche anterior.

Había soñado que él y su sombra se cruzaban un instante en el borroso límite de la sorpresa y la curiosidad pero fingían no haberse visto. Un viejo con su cara tocaba el pífano sentado frente a un arroyo de aguas liliáceas mientras que en la otra orilla un joven tapaba parcialmente su rostro con una transparencia negra y en la cara tenía grabados encajes y extrañas filigranas. Adivinaba sus ojos bengalíes. Entonces, el hombre con ojos de tigre se acercaba al viejo del pífano y le ponía una peladilla en la boca y luego otra y otra más. Cuando el viejo las hubo comido, el hombre joven le limpió los labios de azúcar con un pétalo. En ese instante todo se quedó quieto.

Solo el hombre viejo movía sus ojos, ahora inquietantes y enrojecidos, hasta que repentinamente escupió las peladillas, preñadas de gusanos.

Encogió los hombros. Ese tipo de sueños delirantes cada vez era más común, tal y como había adivinado Lucía.

Encima de la mesa tenía el oficio del juzgado de guardia que ordenaba el inmediato traslado de Lucía a la prisión de mujeres. Al otro lado de la puerta cerrada, esperaban órdenes dos de sus hombres.

Examinó con detenimiento y cierta nostalgia el mobiliario de su despacho. No era mucho lo que había conseguido después de todo lo que había andado desde su pueblo natal en el profundo Atlas. Pensó que el desencanto era un ácido corrosivo que ya se extendía por su cuerpo sin solución.

Solo había vuelto una vez a su casa, hacía ya más de cuarenta años, en un permiso durante la campaña de África. Sus padres ya habían muerto por aquel entonces, pero la señora Akkibbi, la viuda del pastelero del pueblo, lo reconoció y tuvo una inmensa alegría en llamarlo por su nombre marroquí.

—Hassan el Aloumi —repitió varias veces en voz baja el comisario.

Ese era su verdadero nombre, un nombre que al pronunciarlo le sonaba extraño, tanto como su origen. Apenas escuchaba ya la llamada del niño que fue, pero aunque lo hubiese hecho, no habría sabido cómo encontrarlo en aquel pueblo de callejuelas polvorientas y casas de toba y caña en el que nació. No parecía muy seguro de que alguien reconociese en el capitán del tabor al hijo del antiguo cacharrero, ni siquiera en el idioma podían entenderlo. Solamente la viuda del pastelero, la pobre gorda que tenía la expresión de un demente, recordaba que su familia se dedicaba al trueque: un caballo por dos mulas, una silla por un espejo, una manta por un cuchillo de monte... Incluso una vez cambió un rollo de tela por una caja de bombones. Los bombones

estaban amargos, pero nunca antes los había probado, ni visto una caja tan hermosa ni papelitos de colores tan llamativos... Con el tiempo, al niño que él había sido las montañas se le quedaron pequeñas y empezó a intuir el olor del mar y se marchó detrás de una compañía ambulante de actores que viajaban en un carro precedidos por un jinete tan viejo como su caballo, que siempre tocaba un tambor de hojalata cuando entraban en algún lugar habitado, cada muchas jornadas de viaje por el desierto. Recordaba, como si inventase, que recorrió las mismas calles, las mismas caras y las mismas vidas que dejó atrás antes de comprender que todo se había perdido para no volver.

El pequeño Hassan se quedó para siempre sentado en el mojón del muelle, hipnotizado por las luces diminutas del otro lado de la costa, y desapareció tragado por los sueños. Y con él se quedaron los actores y el viejo a caballo con su tambor de hojalata.

—Me estoy haciendo viejo muy deprisa —gruñó, mofándose de sí mismo. Se dio la vuelta en el sillón giratorio, encarándose hacia la puerta, todavía cerrada, preguntándose qué iba a hacer con Lucía. Ordenó que la trajesen.

Lucía apenas se sostenía en pie entre los dos policías que la sujetaban por las axilas. Parecía una de las demenciadas del pabellón de Liviano.

—Siéntate ahí —dijo, sentándose en una silla plegable ante ella. Le ofreció un cigarrillo que Lucía aceptó como un autómatas, sin mirarlo. Tenía la cabeza hundida bajo los hombros y el cigarrillo humeante le colgaba sin nervio en la comisura de la boca, apenas si cerraba los ojos cuando el humo la molestaba. El comisario ordenó a los policías que la custodiaban que le quitasen las esposas y saliesen del despacho.

—¿Nunca te ha pasado estar toda una vida con alguien y no conocerlo? —preguntó el *moro*, examinándola con atención.

Lucía asintió con la cabeza, aunque no dijo nada, ni su expresión iba cambió.

—Me pregunto cómo habrían podido ser las cosas si hubiese tomado otras decisiones —dijo el comisario, examinando la blancura marmórea del dorso de sus manos—. Por ejemplo, si no me hubiese ido con esos actores ambulantes cuando era niño.

La memoria del *moro* Ulises era como una estatua de hielo deshaciéndose al sol. Pronto no quedaría ni rastro de aquel recuerdo que acababa de abrir.

—No me hagas mucho caso —se disculpó, palmeándose las piernas y levantándose pausadamente—. Supongo que entiendes lo que va a pasar ahora. Aquí tengo la orden de traslado a la cárcel.

Lucía vio en los ojos del *moro* un anhelo oculto. Sabía que no pondría un pie viva en esa cárcel. La luz del fluorescente la molestaba y no le bastaba con apretar los párpados para impedir que sus rayos blancos la perturbasen. Se cubría los ojos con la mano derecha. Tenía fiebre y el sudor frío le caía de la frente hacia las orejas y de la nuca hacia la espalda. Por dos veces había intentado incorporarse, pero, cada vez, la visión de su marido despedazado y muerto la obligaba a permanecer postrada

sintiendo náuseas. A ratos abría los ojos y sin levantar la cabeza veía a ras de suelo los zapatos lustrosos del comisario Ulises y sus calcetines encarnados junto a las patas metálicas de una silla.

¿Por qué no estaba muerta ella también? ¿Acaso merecía vivir? ¿No era ella la causa de tanta desgracia? Siempre moría alguien cuando ella estaba por medio: su padre, Liviano, y ahora, Andrés.

—Estoy cansada —fue cuanto atinó a decir.

—Siempre te queda la opción del suicidio —le dijo el comisario Ulises. Se quitó el cinturón y lo dejó en el suelo—. La cañería aguantará perfectamente tu peso. Lo único que tienes que hacer es subirte a esa silla y empujarla cuando te hayas atado el cuello. Te dejaré sola un rato para que te lo pienses, pero decídate pronto. Mis hombres están aburridos y yo tengo que salir, así que puede ser una noche muy larga para ti.

El comisario salió, pero antes de entornar la puerta volvió sobre sus pasos.

—¿Sabes? Hace más de treinta años, cuando vino tu padre a verme la primera vez después de que te entregara a mí, le aconsejé que hiciese lo mismo, que se ahorcase. El muy cobarde no siguió mi consejo. Quizá tú estés hecha de otra pasta.

Entonces, Lucía se quedó sola.

Quieta, apenas veía sus lágrimas resbalando por la nariz para caer sobre el terrazo pulido. Se hubiese quedado así para siempre, inerte, como una piedra vieja y sabia, sin sentir ni tener que enfrentarse nunca más a nada ni a nadie. La muerte de Andrés pesaba como una losa sobre todo lo que sentía y dejaba de sentir, arrastraba todo su ser y su razón hacia la locura del abandono. Veía una y otra vez a su marido trinchado en manos de aquellos matarifes y no se quitaba de la cabeza que ella era la causa de su desgracia. Andrés había muerto en la inopia, sin saber nada de ella, ni siquiera si lo amaba realmente. Ahora todos los reproches afloraban, cada segundo perdido a su lado, cada silencio, cada mentira..., como una de las últimas noches: ella estaba estudiando la fotografía de Liviano. Andrés se había acercado por detrás y le había puesto los pulgares en la nuca, como hacía antes. Pero aquel masaje que tanto la había excitado en un tiempo ya no le provocaba sino molestia y se había apartado con un giro del cuello. Sin embargo, Andrés no se dio por vencido. Acercó el aliento a su nuca y le preguntó, entre leves besos, por aquella fotografía. Lucía sintió pena al recordar tímidamente cómo se le estremecía el cuerpo con el enamoramiento de la juventud. Ahora le dolía todo eso.

El comisario Ulises la espiaba desde el resquicio de la puerta: recorría despacio los ríos de sus venitas azuladas y las pecas minúsculas de sus párpados que se prolongaban más allá de las pestañas, otrora pobladas y ahora escasas como las hojas de un árbol otoñal. Le pareció que estaba cansada, más de lo que podría admitir.

—No aguantará ni media hora. Apuesto mil pesetas a que se ahorca —dijo un policía de los que la habían llevado al despacho.

—Venga. Acepto —terció otro.

El comisario Ulises se volvió y abofeteó con fiereza al primero de sus hombres.

—Largo de aquí, hijos de puta, esto no es un circo.

Miró su reloj. Le daría veinte minutos. Cerró con llave y fue a la sala de reuniones, vacía a aquellas horas.

Quizá siempre había amado a esa mujer que estaba al otro lado de la pared, no tenía manera de saberlo, ni podía compararlo con algún otro sentimiento de los que había oído hablar. Soñador, sufriente, apasionado..., profundamente carnal y al mismo tiempo lleno de poesía. Ese era el amor de las novelas y las poesías, de las obras de teatro, de los rapsodas. Amores demasiado barrocos para el hijo de un cambalachero de las montañas marroquíes que lo único que entendía del amor era que hubo un tiempo lejano en el que pensaba que el corazón le reventaría sin remedio si ella no lo miraba, si no recogía el roce de sus dedos, si se burlaba de él o si lo trataba nada más que como a un camarada.

Pero eso era ya el olvido. Ahora solo le quedaba un rencor seco, como una flema que hay que escupir para seguir respirando.

Apuraba un resto de café que había dejado en su vaso, cuando sonó el teléfono. La llamada duró dos minutos, quizá tres. Colgó y encendió un cigarrillo. Dejó que el humo se le escapase por la nariz y entre los dientes apretados. Acabó de fumarse el cigarrillo con parsimonia y aplastó la colilla en el cenicero. Se suponía que debía estar contento, pero no lo estaba.

Examinó con condescendencia su propio reflejo en el cristal biselado de la puerta.

—No hay mejor amor que el que es imposible, el que no puede someterse al desgaste del desencanto —murmuró, poniéndose de pie en busca de Lucía, sin saber si la encontraría viva o muerta. Detestaba esa clase de amante que se escondía una y otra vez en los gestos inútiles y en las palabras vacías. Esos que van y vienen como una presencia sin espíritu, como si fuesen turistas de paso por la vida del amado íntimamente. Deseó encontrarla balanceándose en el vacío. Eso hubiese simplificado las cosas. Pero ella no era de las que ponía las cosas fáciles.

La encontró acurrucada en un rincón con los ojos enrojecidos y las piernas encogidas sobre el pecho.

—No he podido hacerlo —dijo, justificándose por seguir viva.

El comisario lamentó su falta de coraje.

—Es tu decisión. Yo ya no puedo hacer nada por evitarte lo que va a pasar.

Lucía procuró no pensar en ello mientras la devolvían a la celda. Intentaba no pensar en nada de lo que había pasado o de lo que iba a pasar. Todo era una vorágine de absurdidad y dolor.

Ya en la celda, desentumecía el cuerpo andando los tres pasos que separaban una pared de otra. Canturreaba una vieja canción oída en boca de no sabía quién, tal vez su madre, o su padre... Repetía la misma estrofa una y otra vez como si se tratara de un mantra que la hipnotizase. Le venían retazos de otros momentos, de otras vidas que parecían imposibles en aquel lugar: ella bailando en la verbena con Andrés, ella

haciendo el amor en un parque público con Andrés, ella en la ópera de Viena un Año Nuevo con Andrés. Escenas que iban y venían, que no podía retener ni concretar.

De pronto, la puerta de su celda se abrió. Eran varios, encabezados por un tipo de rostro carnoso maloliente y sucio que la miraba como un lobo. Lucía reprimió un grito tapándose la boca y empujó con fuerza la puerta de la celda esquivando las manos que palpaban el vacío intentando atraparla.

El tipo sucio rezongó una blasfemia.

—El comisario te manda recuerdos. Desnudadla —ordenó a los demás.

Lucía no quiso ver. Era como si su mente se negara a reconocer como suyos los jirones del vestido y los arañazos en su piel blanca para protegerse del terror que sentía. Solo cuando el esperma caliente empezó a resbalar por el vello de su entrepierna tuvo conciencia exacta de su situación y sintió un escalofrío. Siguió lo que parecía un tiempo interminable, una especie de limbo en el que la conciencia intentaba mantenerla lejos de esas bocas negras y desdentadas babeándole en la cara. Entonces sintió el filo de un cuchillo debajo de la ingle.

Mientras los demás la sujetaban en el suelo y abierta de piernas, el que llevaba la voz cantante pasó el cuchillo por entre el pubis. Inclino la cabeza y lo husmeó.

—Aquí hace tiempo que no entra un macho de los de antes.

La penetró con brutalidad, y al cabo de unos pocos empujones, irguió el torso, emitió un jadeo animal, como de lobo, jaleado por los demás, y eyaculó. Se quedó encima de ella a peso muerto y al rato sonrió satisfecho. Y prorrumpió en una carcajada demencial que por mimetismo todos emularon tras un segundo de duda. Nadie sabía de qué reía, pero la risa era un bien escaso en aquella corte, de modo que todos saborearon el momento hasta que el violador se puso de pie y con un gesto enérgico impuso el silencio.

—Eres una señora de mucha clase. Pero aquí, como puedes ver, no hay ningún caballero. Estos pobres tienen también derecho a pasarlo bien.

El grupo se abrió para dejarlo pasar y se cerró otra vez en torno a ella.

Luego se turnaron para violarla de nuevo.

Cuando terminaron, Lucía se tapó como pudo con los restos del vestido. Estaba más muerta que viva. Desde la entrada de la celda el comisario la observó removiéndose en el fango como una lombriz partida en dos.

Barcelona, dos de la madrugada del 20 de noviembre de 1975

El más joven del grupo se llamaba Carlos y era el dueño del coche. Él había convencido a los otros tres de que no podían dejar sola a Gilda en aquel asunto. Hacía más de una hora que montaban guardia frente al club de la calle Imperio.

—Todo el mundo sabe que estamos hasta el cuello en esto y no nos ha pasado nada. Bueno, el capullo de mi padre me dio un par de bofetadas cuando los de la judicial me llevaron a casa.

—Ya, pero esto es otra cosa. Estáis hablando de secuestrar a un madero. Eso es muy peligroso, esa gente lleva pistolas, y las usa.

—Demasiado tarde para echarnos atrás. Además, no va a pasarnos nada. No se atreverían a dispararnos, se liaría la de la hostia. Pero, por si acaso, he traído esto.

—¿De dónde lo has sacado? —dijo uno examinando con temor lo que su compañero escondía entre las piernas.

El estudiante envolvió de nuevo en el trapo el revólver niquelado del 22 y lo guardó en la guantera del coche.

—Por si acaso, repito.

—Si Gilda se entera se va a cabrear —insistió el otro.

—Tendríamos que encontrar el modo de hacerle saber que estamos aquí.

—Si se asoma a la ventana reconocerá el coche. Seguro que se alegra de vernos.

—Hace demasiado que está ahí dentro. Puede que tenga problemas. Deberíamos largarnos.

—¿Y avisamos a la policía? —se rio entre dientes el del revólver—. De eso nada, esperamos. Y si hay problemas, para eso le he cogido el revólver a mi padre. Él lo llama *el resuelveproblemas*.

—Tu padre es un facha.

—Y tú eres un gilipollas.

—Oye, ¿ese no es el comisario?

—Sí, sí, es él.

El comisario Ulises observó con cierto recelo el coche rojo aparcado en el otro chaflán. Uno de los ocupantes salió de su interior y se puso a orinar en una rueda, los otros se reían desde dentro. Eran estudiantes borrachos, de juerga. Siguió andando sin prisa hacia la luz ambarina del garito y saludó al portero.

—Esta noche hay unas chicas lindísimas, comisario. Ha venido una que no es habitual, una señorita en busca de emociones fuertes.

—Hoy no vengo con tiempo —dijo el comisario.

Subió los escalones aterciopelados con sucia moqueta sin fijarse demasiado en los tocadores, en los divanes, en los sillones de cabeza labrada enmoquetados con la

misma tela cruda que las cortinas, barnizados con resina de copal. Cruzó el pasillo con los techos altos decorados con pinturas grotescas de orgías, las puertas desconchadas, los ventanales en forma de arco con las vidrieras ahumadas, los bustos de mujeres desnudas imitando el mármol, sin prestar atención a las lámparas que apenas iluminaban el suelo de Provenza. Semejante oropel no le afectaba ni le sorprendía, puesto que desde mucho antes de ser comisario, cuando solo era el aspirante a policía, ya andaba recorriendo el mismo trayecto que terminaba frente a una puerta de embero con el número 12 sobre el marco.

Octavio Cruz lo esperaba de pie, junto a la mesita de noche, tamborileando en la madera con los nudillos.

Gilda había salido de la habitación, tal y como habían planeado. Al entrar, el comisario sonrió con suficiencia. Había un leve olor a romero que le resultaba familiar y juvenil. Tal vez de alguna de las putas más jóvenes que había pasado por allí hacía poco.

—¿Dónde están esos aspirantes a revolucionarios? —preguntó el comisario, mirando alrededor.

—La chica acaba de salir, pero volverá en un momento. Sus compañeros no han venido.

Algo iba mal, pensó el comisario. Se acercó amenazante a Octavio Cruz y lo agarró por la muñeca aun a sabiendas de que este no soportaba que lo tocasen.

—Me huele a tomadura de pelo o encerrona, gordo. Dijiste que estarían todos aquí.

Octavio Cruz se debatía como un animal en un cepo.

—Yo solo quiero ayudar, comisario. He hecho lo que me ordenó, los he citado aquí, pero solo ha venido la chica. Por favor, suélteme.

El comisario Ulises pensó que ciertos olores no se correspondían con los seres que los llevaban. Octavio Cruz olía a colonia fresca, a tipo simpático, a pesar de ser un nauseabundo chivato. Soltó el brazo y se acercó a la ventana. El coche rojo ya no estaba en el chaflán. Se acercó a la puerta al oír unos pasos fuera y la entreabrió. Eran dos prostitutas y un cliente borracho. Volvió a cerrar.

Octavio Cruz se hundió en un rincón. Estaba pálido, la boca y las manos le temblaban, y miraba al comisario totalmente desvalido, como si lo hubiesen descubierto en una falta imperdonable. El comisario dejó el pomo de la puerta y se sentó despacio en el borde de la cama, dándole la espalda a Octavio Cruz. Parecían un matrimonio que acababa de discutir en la alcoba.

—¿Sabes que a estas horas puede que Lucía ya esté muerta? Me encargué de hacerle saber que tú la habías traicionado. No se lo tomó muy bien, pero eso ya no importa, ¿verdad? Eres una vergüenza como amigo, como persona y como colaborador. En realidad, me pregunto para qué sirve la gente como tú.

Octavio Cruz escuchó el zumbido del miedo en su cabeza sonando como el aullido del viento desbocado barriendo la costa. En el bolsillo interior de su

americana notaba el peso de la pequeña semiautomática. Sabía manejarla, había estado entrenándose para este momento, pero ahora no estaba seguro de atreverse a empuñarla contra aquel fantasma de su infancia que tenía delante. Horrorizado, comprobó que apenas faltaban cinco minutos para que entrase Gilda. Era el tiempo de margen que él le había pedido para poder decirle al comisario lo que quería.

—Hasta los cobardes tenemos un momento para resarcirnos —dijo. Y al punto se quedó con la boca abierta y los labios temblorosos, como si se avergonzara de lo que acababa de decir.

—¿Y ese ataque de valentía? Explícate antes de que se disipe; ánimo, hombre — se mofó el comisario, imaginándose por un momento que Octavio Cruz sería capaz no ya de agredirlo, sino simplemente de atreverse a tocarlo.

Tal vez se estaba volviendo loco o quizá era el miedo el que lo impelía a ser audaz. Él mejor que nadie sabía que la adrenalina bloquea cualquier reacción lógica del ser humano. Provocar al comisario y rajarse las tripas con una catana eran la misma cosa. Pero eso, de repente, carecía de importancia para Octavio Cruz.

—Yo sé realmente lo que pasó aquella tarde en el muelle.

El comisario escuchaba sin permitir que sus facciones delatasen una sola emoción. Octavio Cruz era tan vehemente con las miradas de odio encendido que le proyectaba que pensó por un momento que iba a abalanzarse sobre él.

—¿De qué tarde me hablas?

Octavio Cruz miró de reojo hacia la puerta. Imaginó que en aquel mismo instante Gilda se estaba poniendo el pasamontañas. Puso su mano debajo de la americana y buscó con los dedos la empuñadura de la pistola. No iba a poder, se repetía, le temblaría el pulso.

—Usted no fue quien mató al padre de Lucía, como dijeron todos los periódicos. Cuando usted llegó, él ya estaba muerto, le disparó dos veces a un cadáver. Yo estaba allí, escondido entre los contenedores.

El comisario reconoció tácitamente que eso era cierto.

—¿Y qué viste, exactamente? —Se puso en pie. El bigote se le encogía como el morro de una rata—. Sigue soltando esa lengua de lameculos.

Octavio Cruz reconcentró el rostro.

La tarde que murió Juan de Dios, necesitaba dar una vuelta, airearse y pensar, pues temía ya estar volviéndose loco, aunque en aquel entonces no lo hubiera expresado de ese modo, pues ni siquiera sabía qué era la locura. Había pasado buena parte del día siguiendo a escondidas a Lucía en sus escauceos amorios entre los bultos del puerto, y después de verla pasar por tantas manos y tantas bocas, su capacidad de soportarlo había estallado, de modo que buscó refugio en aquella maraña de metales y callejones sin salida que tan bien conocía. Deambuló hacia el muelle del puerto, invisible tras un intrincado laberinto de contenedores metálicos apilados. Se dejó guiar por el olor de queroseno y gasoil de los barcos y por el graznido de las gaviotas. Aquella geografía lluviosa y metálica no contribuía en nada

a mejorar su estado de ánimo. Se cruzó con algunos hombres de aire asustado y escurridizo, pequeños rateros que hurtaban de los fardos que los barcos descargaban, y con un par de prostitutas de aire melancólico, en nada semejantes a la frescura de Lucía. Una de ellas leía, impertérrita, bajo la lluvia, un libro que parecía haberla abducido. La otra se protegía del agua con un paraguas desmembrado y Octavio apenas alzó los ojos desinteresadamente cuando pasó junto a ella. Fue después cuando reconoció a Juan de Dios. Iba arrastrando a Lucía.

En un callejón de apenas un metro y medio de ancho, entre dos paredes, se detuvo asombrado por lo que estaba viendo. En el otro extremo, como al final de un túnel, se veía un carguero y la grúa suspendida sobre la cubierta. Abajo, en el muelle, el padre de Lucía la embestía con violencia entre montones de sacos de arena. Apenas pudo distinguir al hombre recogiendo los pantalones y dejando un cuerpo desnudo entre los sacos. Ella no se movía y por un momento creyó que estaba muerta o malherida. Entonces, desde el extremo opuesto, apareció a la carrera un hombre empuñando una barra de hierro. Parecía que iba a atacar al padre de Lucía, que no se percataba del peligro, dándole la espalda al agresor y a su hija, pero a mitad del callejón se detuvo. Lucía se había incorporado y se cubría el pecho y el pubis con las manos. Desnuda y sin pintura ni maquillaje, parecía lo que realmente era: una niña delgada, asustada y empapada que tiritaba de frío.

Antes de que el hombre de la barra pudiera intervenir, las cosas se aceleraron. Lucía agarró un gancho de los que se usan para colgar los cerdos en los mataderos y lo clavó dos veces con fuerza en la espalda de su padre. Fue un golpe de una violencia inaudita en un cuerpo tan diminuto y Juan de Dios cayó de bruces. Lucía ni siquiera se inmutó, ni gritó, tan desgraciada con el vestido rasgado y manchado de sangre y el pelo revuelto de fango y hojas muertas, como un ángel al que le habían arrancado de cuajo las alas. Dejó caer al suelo el gancho, que repicó en el suelo con un sonido metálico.

—Así que el golpe en la espalda era de un gancho... Cabrón... Nunca me dijo nada. ¿Por eso era tan importante que ella volviera a conocer al viejo?

Octavio Cruz asintió. Ese crimen había marcado sus vidas para siempre. Y el único hombre que lo asumió voluntariamente pensaban que había muerto hacía treinta años. Era lógico, pues, que ambos sintieran el temor de que todo se destapase. Y ello solo era posible si en realidad Nahúm Márquez seguía con vida.

—En cualquier caso, vivo o muerto, no era ya más que un viejo senil.

En ese instante se abrió la puerta de la habitación y apareció Gilda con la cara tapada y un revólver en la mano. Al comisario no le hubiese sido difícil reducirla, incluso desenfundar su arma, pero el segundo de desconcierto fue aprovechado por Octavio Cruz para abalanzarse sobre él, que cayó al suelo. En medio de la refriega sonó un disparo, seco y débil, como un petardo.

Octavio Cruz miró con las pupilas dilatadas de terror su propia mano empuñando la pistola humeante. Aquello no debería haber pasado. Nadie tenía que morir, y sin

embargo, la alfombra del suelo estaba llena de sangre.

Barcelona, dos de la madrugada del 20 de noviembre de 1975

Al final del pasillo, el guardia dormitaba con la silla recostada en la pared. Una lámpara de flexo iluminaba débilmente sobre la mesa un vaso de agua medio lleno y un aparato portátil de radio. Radio Nacional emitía un programa urgente sobre la salud de Franco. Hablaba su hermana Pilar, al parecer intentaba convencer a los oyentes de que su hermano reasumiría en breve la jefatura del Estado. Hubo algún silbido aislado desde las celdas del fondo.

—¡Callaos, hijos de puta! Que alguno de vosotros no ve salir el sol mañana — gritó el guardia, demostrando que no estaba tan dormido como hacía ver. Se hizo un silencio sepulcral.

Seguía la radio, ahora hablaba Martínez-Bordiú, el marqués de Villaverde, e insistía en la línea de Pilar Franco. Paralelamente, el locutor anunciaba que, por si acaso, las tropas habían sido acuarteladas en sus respectivos destinos, y que la Guardia Civil y la Policía tenían órdenes concretas para evitar desmanes en la calle. Por otra parte, un comunicado urgente de la Policía Judicial aseguraba que en breve iban a producirse importantes novedades sobre un grupúsculo terrorista desmantelado en Barcelona.

—¿Oyes eso? —gritó alguien desde el pasillo tras la puerta de la celda de Lucía—. Os están afilando el cuchillo. —Se oyeron risas.

Más tarde, el ruido de la puerta abriéndose apartó a Lucía de un sueño poco tranquilizador. Dos hombres, o sus sombras, la conminaron desde el umbral a levantarse. Ese era el momento, pensaba Lucía, el momento en el que todo iba a quedar dicho para siempre. La sacaron de la celda, uno de cada brazo, y la condujeron, como la otra vez, con poca ceremonia escaleras arriba. Ninguno de ellos la miraba. Con los ojos clavados al frente y la mandíbula apretada, parecían sentir una grave responsabilidad, una culpa mal disimulada ante aquel cuerpo ultrajado y lacerado por ellos mismos pocas horas antes.

—Estate tranquila, mujer, que lo peor ya ha pasado —le dijo uno.

Tal vez el comisario quisiera apretar el gatillo personalmente, ya que no se había atrevido a participar en la violación masiva pero sí a ordenarla. Sin embargo, pasaron de largo, llevándola casi en volandas hasta la puerta de la Prefectura. Allí la soltaron, como se deja la bolsa de la basura, en la calle.

Lucía miró primero al frente de la acera desierta y oscura, y luego, como un perrillo abandonado, se volvió a sus captores.

—¿Aquí me vais a pegar el tiro?

Uno de los policías sonrió. Sus dientes eran amarillos.

—No seas loca. Acaba de llamar el comisario y nos ha dicho que te soltemos.

Hala, vete para casa.

El otro policía encendió un cigarrillo con un fósforo que tiró a los pies de Lucía.

—Ten cuidado —dijo—. La calle es peligrosa a estas horas.

Los basureros estaban acabando su ronda. En apariencia, las calles estaban desiertas, pero, a poco que se entrenara la vista, era fácil descubrir la vida oculta detrás de la oscuridad. Los desarrapados deambulaban sin saber dónde ir. A cada paso se volvía esperando ver aparecer al pistolero que la remataría por la espalda.

Se adentró como antaño en el suburbio. La calle era su casa, una casa sin paredes ni habitaciones ni puertas, pero con unos límites muy concretos que no iban más allá de los callejones sin luz, límites invisibles que los policías solían respetar, haciendo la vista gorda bajo la permanente amenaza de buscar un matorral o un agujero si los habitantes de la calle se hacían notar demasiado. Y estos procuraban no respirar cuando caía la noche. Aun así, era común oír en las callejuelas un tiro seco, o una puñalada certera seguida de un silencio denso y criminal, o gritos solitarios y desgarradores que nadie sabía ni quería saber de dónde venían.

Lucía ya no formaba parte del suburbio y su paso apresurado delataba miedo. No era capaz de reconocer las esquinas, ni de identificar los ruidos, y dando vueltas acabó desorientándose en aquel dédalo de sombras. Al llegar a la altura de un edificio destartado se detuvo y se ocultó en una balaustrada desde donde observó con inquietud a un grupo de mendigos peleando entre sí con fiereza. Y alzando la vista por detrás de ellos descubrió la figura imponente de un gigante al final de la calle, esperando, como si supiera que estaba allí. Lucía intentó rodear por otro lado, pero el hombre comenzó a acercarse despacio. Sus pasos resonaban huecos en los adoquines. Solo cuando una farola permitió verle la cara, Lucía reconoció a uno de los policías que la habían violado en los calabozos.

Horrorizada, pensó qué hacer.

Retrocedió hacia el interior de un edificio en ruinas. Era una casa sin cristales en las ventanas ni puertas en los umbrales, ni luz, ni techo. A medida que fue acercándose hacia lo que fuera la cocina o una especie de despensa se dio cuenta de que allí había mucha gente oculta: mendigos, drogadictos y prostitutas. Descubrió racimos de caras asomando por cada agujero observándola con unas miradas amarillas y enloquecidas y que siseaban a su paso como el rumor de un millón de hormigas. Quiso volver a la salida, pero el hombre grande ya estaba en el umbral. Buscó otro lugar por el que escapar hasta quedar atrapada frente a una entrada cerrada, quizá la antigua entrada del servicio, de la que solo quedaba una verja oxidada con las puntas dobladas hacia fuera y hacia dentro para que nadie pudiera entrar o salir.

—No tan deprisa —ordenó el hombre gigante, apareciendo sorpresivamente y cerrándole el paso.

Era un ser extraño, de brazos muy largos y robustos. Tenía la cara aplastada, casi sin nariz, como si se hubiese estampado contra el suelo desde un precipicio. Sacó un

cuchillo de carnicero y lo blandió en el aire delante de los ojos desorbitados por el terror de Lucía.

—¿Te suena este cuchillo? Seguro que sí, la hoja todavía tiene el olor de tus bragas.

El gigante soltó una risotada desproporcionada, más grande que su cuerpo. Todavía sostenía en vilo el cuchillo, blandiéndolo como una espada, mientras examinaba a Lucía con desconfianza. Pasado un instante, arqueó las cejas, grises y pobladas, y extendió el cuello, observando el vestido lleno de rotos de Lucía con renovado interés. Replegó unos centímetros la mano con que sostenía el cuchillo, como si comprendiese que la mujer no era una amenaza, pero de repente volvió a extenderlo con la misma rapidez que antes, mirándola con una renovada resolución.

—Ahora se supone que tengo que pegarte un tiro. Y tiene que ser por la espalda, mientras huyes, esa es la orden del comisario. La verdad, creo que eso es un desperdicio de plomo. Con lo bien que podríamos seguir pasándolo tú y yo sin tanto mirón como en comisaría. ¿Qué me dices? ¿Un último polvo?

Las luces de un coche aparecieron por la esquina y a Lucía se le antojó el séptimo de caballería. Pero el coche hizo marcha atrás y pasó de largo, conducido por un funámbulo de la noche que no quería que el sol lo encontrase en las calles. Gritó, pero solo le contestaron los semáforos, cambiando la fase de rojo a verde. El gigante la abofeteó mientras la apresaba por las muñecas.

—Otra vez no —gimió.

En unos segundos aparecería tras ella la oscuridad para siempre y no sabía hacia dónde huir. Negó con incredulidad. Tenía la sensación de haber entrado en la locura por la puerta grande. Actuaba como un autómatas, se movía sin procesar los movimientos, hablaba sin pensar las palabras, simplemente seguía en pie por instinto.

—No seas tan quejica, coño. ¿Acaso no eras puta? Tendrías que estar acostumbrada al trabajo.

—Hijo de puta —murmuró Lucía al notar el aliento fétido en su cuello.

—Eso me pone, resístete —dijo el gigante, besándole con zafiedad el pecho desnudo.

Lucía dejó de repente de luchar, uniéndose al movimiento brusco de cadera del hombre, que buscaba a tientas su entrepierna.

—En la boca —murmuró entre gemidos—. Bésame en la boca.

El policía se detuvo, sorprendido y estúpidamente halagado.

—Eres una guarra.

A distancia, el gigante había sabido que era una puerca, como un buen husmeador. La observaba malgastar sus energías para liberarse, pero en realidad ella disfrutaba. Eran extrañas las mujeres, pensó, mientras acercaba la lengua a su boca. En vez de huir, de intentar ponerse a salvo, se quedaba muy quieta, como si lo esperase. Incluso adivinó con sorpresa que en su boca había una mueca de desafío. Definitivamente, pensó, esa mujer se había vuelto loca.

—Deberías estar muerta.

—No sirves ni para matar a una mujer por la espalda, cerdo amorfo —jadeó Lucía mientras el gigante la empujaba hacia el suelo y ella se dejaba ir sin oponer resistencia.

—Tienes cojones, no se puede negar —rezongó el hombre, relajando la fuerza sobre ella.

No tuvo tiempo de decir nada más. Solo acertó a dejar caer el cuchillo y a echarse las manos al cuello. La sangre se le escapaba a borbotones de la yugular por entre los dedos.

Lucía lo examinó con frialdad mientras agonizaba. En el cuello se le había quedado incrustado un trozo del cristal que le había clavado. Era consciente de que había matado a un hombre, pero no de cómo lo había hecho. Simplemente, su mano se había lanzado con firmeza hacia un punto entre la nuez y la clavícula y había pinchado rápida, decidida y profundamente. Ella estaba viva y el gigante se convulsionaba como un toro con la lengua fuera, ahogándose, y eso no le producía desasosiego alguno, sino una calma fría. La misma sensación que el día que mató a su padre.

Sabía que lo que acababa de hacer significaba algo, un cambio brutal en su vida. De repente dejó de sentirse la presa.

Desplazó el cuerpo inerte a un lado y se puso en pie. No tenía fuerzas para correr. Intentó alejarse apoyándose en las paredes del callejón, mientras arrastraba las cajas de cartón y las bolsas de basura, como si estuviera borracha. A través de las trizas del vestido se adivinaba su piel blanca, encarnada por el esfuerzo. Se palpó la entrepierna, sintiendo aún el escalofrío del cuchillo que el monstruoso le había pasado por el pubis. Anduvo lo que pareció una gran distancia, tanta que por un momento pensó que podría salvarse y alcanzar la luz de la avenida principal que se adivinaba a lo lejos. Veía las coladas de ropa, y las antenas de los edificios, y el cielo negro de la ciudad, más diluida, hasta el punto de parecer que se estaba haciendo invisible.

Deambuló cansada y dolorida, con los sentidos embotados todavía por los últimos restos de la noche, sintiéndose sucia, tan sucia que quería huir de sí misma, hasta que dio con la marquesina de una parada de autobús. Se dejó caer en el banco de plástico y se tumbó, recogida de piernas, con los codos muy pegados al cuerpo y las manos juntas bajo la mejilla, e intentó salir de allí, volar o dormir, recordar cuando en noches de adolescencia, noches interminables, volvía de fiesta con Andrés y caminaban evitando mirarse mucho rato, posarse en el otro más allá de un parpadeo, aunque los dos sentían la presencia anhelante de algo que fingían no saber. Y cruzaban calles oscuras y se apretaban el uno contra el otro cuando se estrechaba la acera, y todas las aceras del mundo eran estrechas.

Barcelona, noviembre de 1945

Vinieron a buscarlo de madrugada. Iziquel, que ya estaba sobre aviso, fue la primera que los vio desde la ventana bajar del coche. Habían llegado con los faros apagados y eso no era buena señal. Fue a despertar a Nahúm, pero este ya estaba vistiéndose con aire resignado.

—¿Vas a dejar que te cojan así, por las buenas?

Nahúm Márquez se abrochó los zapatos y se ajustó los tirantes. Mientras se ponía la americana besó en los labios a su vieja amiga.

—Lo que he hecho no tiene perdón.

—Eso solo lo sabe Dios —replicó Iziquel. Nahúm se dio cuenta con turbación de que la vieja prostituta estaba llorando.

Salió a esperar al *moro* y a sus hombres al pasillo. No quería que su antiguo patrón viese a Iziquel en aquel estado.

El *moro* Ulises subía por la escalera con las manos en los bolsillos del pantalón y una expresión socarrona bajo el sombrero. Sin embargo, su aspecto diletante era una fachada para disimular ante sus hombres el disgusto que la orden del general Quiroga le producía. En el fondo apreciaba a Nahúm, no de un modo consciente, naturalmente, pero sí de una manera instintiva. Despreciaba la debilidad de su antiguo subordinado, que había permitido poner en peligro su vida por una mujer, pero algo remoto en su interior le hacía comprender sus causas. Aun así, y por encima de todo, el *moro* se debía a su jefe, y sobre todo a sí mismo.

Nahúm Márquez no ofreció resistencia, extendió los brazos y permitió que lo esposaran y lo condujeran hasta el coche.

El coche se alejó en la noche solamente con Iziquel como testigo mudo. El *moro* viajaba con el detenido en el asiento de atrás. Delante iban sus dos hombres de confianza. Nadie hablaba, como si cada cual, a su modo, se estuviera preparando para lo que se avecinaba. Rompieron la noche en la montaña de Montjuïc con las luces largas del coche, adentrándose en un antiguo camino que el *moro* había hecho muchas veces durante los fusilamientos de después de la toma de Barcelona en el 39.

Cuando el vehículo se detuvo y sus hombres abrieron la portezuela, el policía tuvo la imagen del cuadro de los fusilamientos de mayo que una vez había visto en el museo del Prado. La ciudad se veía a lo lejos envuelta en una cúpula de color naranja. Las sombras de los policías y de Nahúm se alargaban sobre el suelo al pasar delante de los faros, iluminando tenebrosamente la mitad de sus cuerpos.

—¿Te gusta Goya? —le preguntó Ulises, ofreciéndole un cigarrillo. Goya le gustaba, era un tipo que le adivinaba bien los colores a la danza de la muerte.

Fumaron los dos en silencio, el *moro* mirando a Nahúm, y este examinando la

espesura que quedaba más allá del círculo de luz de los faros del coche.

—Fuimos amigos —dijo el *moro*, esperando que el otro se dirigiese a él.

—Nunca —dijo sin mirarlo.

—Pero vivimos cosas juntos. No creas que me gusta hacer esto.

Esta vez sí lo miró Nahúm Márquez, con sus ojos de mercurio apagados. Eran como la noche.

—No pensé que fuesen a terminar así las cosas, tirado como un perro en una cuneta. Pero tampoco importa ya.

Y aunque el *moro* no dijo nada, supo en aquel mismo instante que Nahúm tenía razón. Ya no quedaba nada por hacer, tampoco para él. Matarlo de un tiro en la nuca, hurtarlo a la pantomima de juicio al que el general pretendía someterlo, era un acto de justicia, adelantarse a la humillación de la muerte en el garrote, a la enfermedad de la vigilia esperando en la celda, al delirio, al babeo. Hombres como ellos, hombres que vivieron un tiempo de pasiones y odios extremos no merecían ese final.

—Esto es lo único que puedo hacer por ti —dijo, mostrándole su pistola en el cinturón—. Será rápido.

Empezaron a caminar hacia un promontorio. Nahúm iba en medio del *moro* y sus hombres. Para llegar hasta arriba era necesario, además de conocer bien el camino, tener una buena razón para hacerlo, puesto que el viento cortante empujaba con fuerza hacia cada curva que se abismaba al mar. En lo alto de la cima, el paisaje era desolador; junto a una cruz de piedra apenas seguían en pie los restos de la caseta del guarda del cementerio. El grupo de hombres entró en las ruinas.

El interior era como una botella de olores mezclados: cera derretida, sal del mar, carcoma de la madera y humedad. En las paredes renegridas había algunos nombres y frases, antiguos corazones atravesados por una flecha entre dos iniciales grabados con cuchillos. Una cerca de espinos oxidados y sin tensión delimitaba el camposanto convertido, con el paso del tiempo y las arremetidas de las alimañas, en un osario desperdigado por entre las tumbas abiertas y las lápidas quebradas. Por todas partes veía fémures, tibias y huesos de cien anatomías barridos por la ventisca que traía y llevaba polvo de los muertos.

Pero nada de eso le interesaba a Nahúm Márquez. Se secó el sudor del miedo con el antebrazo, sentándose en un peñasco.

¿Qué hacía allá arriba a punto de convertirse en un cadáver? ¿Cómo podían las cosas haberse complicado tanto? Era difícil darle un orden a las ideas, alinear de modo consecutivo la secuencia de cuanto había pasado desde la muerte de Amelia, hacía unos días. Después de la muerte de Juan de Dios había entrado en un estado de inconsciencia del que no lograba salir, y ni siquiera ante el cadáver de Amelia había sido capaz de recuperar la lucidez. Los días habían pasado como si todos se hubiesen juntado en un único minuto y las noches fuesen el escenario para sus peores pesadillas. Vestido de luto, con la levita negra, se dejaba arrastrar hacia un sueño pesado en el que el cuerpo de Amelia empezaba a descomponerse y a oler.

—No tendrías que haberle dicho eso al general —rememoró el *moro* Ulises con un aire de distancia que no ocultaba, sin embargo, su fastidio. ¿Por qué había tenido que ir a su casa y provocarlo, diciéndole que era un asesino? ¿No lo eran todos ellos? Tal vez si no le hubiese dicho que iba a denunciar lo ocurrido... Pero parecía que Nahúm había ido a la Casa de Las Ceibas con una idea muy clara. Era como si quisiera que el general lo matase, un suicidio por la mano de otro.

Nahúm examinó desde el peñasco las estrellas que titilaban en un cielo negro y lejano. Recordó que el cielo en Muxidos la noche que murió su madre Olimpia era muy parecido. Aquel era el final del viaje. Ya no irían a ninguna parte. Era como si el mar de color botella que se revolvía y embestía furioso y sin sentido las rocas de más abajo lo hubiese arrastrado todo.

—Pesas mucho los muertos, ¿verdad? Siempre fuiste demasiado débil, Nahúm —dijo el *moro*, acercándose de un modo que pretendía ser amistoso, mientras empuñaba el arma.

—Aléjate de mí —gritó, apartándose de él como si estuviera apestado—. Eres un sádico y un asesino. No eres humano.

El *moro* Ulises se detuvo frente a él. Ahora lo miraba como si fuese una piedra amarilla que le hubiese salido de golpe a la montaña.

—Yo creo que soy precisamente muy humano. Tú valoras demasiado nuestra condición, estúpido. —¿Acaso había sido alguna vez algo más que una máquina de matar? Sí, una vez fue un niño que quiso ser cómico e ir de pueblo en pueblo detrás de una comparsa, pero de eso hacía mil años, o dos mil. El tiempo era nada, un velo que se rompía con facilidad.

Nahúm observó la escarpadura que se avistaba entre las ruinas. No había en toda la cima pelada del acantilado más edificación que la ruinoso caseta del guarda, y la única huida era definitiva, los mismos doscientos veinte metros de voladura hacia el vacío.

El *moro* Ulises se dio cuenta de lo que estaba tramando. Negó moviendo con pesadez la cabeza.

—Si saltas te vas a hacer daño.

—Me dan miedo los muertos. Tocaban música por la noche, y yo los oigo —dijo Nahúm con una voz lejana de demente.

—No son los muertos, son los fantasmas. —El *moro* abarcó con su brazo el osario que se abría alrededor de ellos—. En esas tumbas no hay nadie, en realidad —le aseguró, mirando la parte de la cima que se inclinaba hacia el mar—. ¿Crees que precipitándote al vacío vas a librarte de ellos? Entonces, adelante, salta.

Nahúm le dio la espalda, acercándose sin prisa hacia el filo del acantilado. Los hombres de Ulises intentaron impedirselo, pero este los detuvo con un gesto. Parecía divertirse con aquello.

—¡No seas imbécil, Nahúm! ¿De qué te sirve un final dramático si no tienes quien te lo aplauda?

Nahúm no se detuvo ni se dio la vuelta. Al borde del precipicio, el viento era fuerte y soplabla de costado, empujando su cuerpo escueto hacia la derecha. Esquirlas de agua helada se le clavaban en las mejillas como los besos de un verdugo lujurioso. Abajo, el mar oscuro y espumoso se abría para recibirlo sin demora. Quizá se rompería el espinazo contra alguno de los salientes antes de llegar abajo y no se le quedaría la expresión pasmosa de los ahogados que había visto de niño en los ojos de su madre.

—Puro teatro, Nahúm. No vas a saltar —le dijo a su espalda el *moro* Ulises, cada vez más irritado por aquella caminata, por el frío, por lo lejos que estaba de casa. De no ser porque tenía órdenes del general de llevárselo vivo, él mismo lo habría empujado. Además, quería preguntarle algo. Algo de vital importancia.

Nahúm cerró los ojos. El viento parecía levantarlo por los brazos, empujarlo contra su voluntad. Tenía en aquel instante sensación de infinitud. Así era la vida, pensó, un círculo que termina donde empieza. Uno anda de chico a viejo sin darse cuenta de que en realidad no avanza, solo desanda lo andado.

—No lo entiende, yo estaba enamorado de ella —murmuró con la voz desvanecida, abriendo los ojos y pegándolos al paisaje inalterable de las olas humeantes allí abajo.

El *moro* Ulises, moviendo la lengua para salivar, echando el aire por la nariz, dijo que ya no se acordaba, si es que alguna vez lo supo. Hablaba mientras se acercaba con cuidado a Nahúm. De repente se daba cuenta de que este era muy capaz de saltar, y sin saber muy bien por qué, eso lo molestaba.

—Extraña manera de demostrarlo.

Nahúm se miró la punta de los zapatos, suspendidos en el vacío. A eso había llegado; pensó: «¿Y ahora, saltaré?». Y al tiempo que se lo preguntaba sus piernas lo afirmaban flexionándose y doblando el cuerpo hacia delante. Saltó, pero su vuelo no duró más que una milésima de segundo porque tres pares de manos lo aferraron con brutalidad por las piernas obligándolo a aterrizar en el suelo. Forcejeó con los tres hombres al borde del precipicio hasta que uno de ellos perdió pie.

El policía cayó como un cometa desnudo. Veinte metros más abajo se estrelló contra el saliente, rompiéndose el cuerpo con un crujido, para seguir cayendo hasta hundirse para siempre en las fauces del mar, que entre las olas lo regurgitó un segundo antes de engullirlo definitivamente.

Con la cara aplastada contra la hierba rala, Nahúm Márquez lo vio hundirse mientras entre el otro policía y el *moro* Ulises le ponían los grilletes y lo esposaban a la espalda.

—No te morirás aún, no lo mereces, después de todo, hijo de puta. Serás muerto al garrote como un puerco —oyó que le decía el *moro* Ulises antes de que el otro policía le diese un culatazo de revólver en la cara y todo quedase en la más profunda negrura.

El día 20 de noviembre de 1945 amaneció nevando. Hacía años que no se veía cosa semejante por esas fechas en la ciudad.

Mientras era conducido al patíbulo, Nahúm observaba la nieve cayendo calmadamente sobre el patio y sobre los testigos mudos e impertérritos, personas en su mayoría de las que no sabía ni siquiera el nombre, que iban a estar presentes en el momento más íntimo de la vida de un hombre: su propia muerte. Solo las bocanadas de aire condensado que se escapaban de sus respiraciones los convertían en seres vivos a los ojos de Nahúm, a quien se le ocurrían cosas disparatadas mirando aquellas estatuas silenciosas y el patio nevado: se dijo que a lo mejor todos los muertos dejaban algo al morir, un rastro que los vivos podían husmear cuando ya no estaban, algo que hablase por ellos. Su madre Olimpia le había dejado los silencios en el acantilado, las pesadillas y las micciones incontroladas y nocturnas. Su padre Nicolás, el regusto loco de la nostalgia. Amelia le había dejado la huella de su amor profanado, burlesco pero dramático al fin... ¿Y él? ¿Qué rastro dejaba Nahúm Márquez? ¿De qué hablarían los que lo conocieron? ¿Qué dirían? ¿Por qué iban a recordarlo?

Pensó entonces en la niña que el *moro* le había traído a la celda en la víspera. Ella sí lo recordaría, al menos, con gratitud. Porque aunque hubiese cometido un crimen imperdonable envenenando a Amelia, había devuelto el sentido de la justicia universal, había inclinado la balanza en el último momento, dejándola en equilibrio al cargar con la muerte del padre de aquella muchacha.

Caía la nieve frizando sus ropas, y sentía el aire como el rumor de una daga acercándose al nacimiento de su vida, al centro mismo de su corazón, que latía con bestialidad, consciente de sus últimos latidos. De pronto, todo era importante: la luz, las cosas, las personas, los recuerdos, los no recuerdos, lo hecho y lo deshecho, todo era imprescindible en aquel segundo.

Lo amarraron a la silla con los correajes.

Sintió el crujir del tornillo girando despacio en el sentido contrario a las agujas del reloj, y la argolla metálica se fue cerrando entorno a su cuello, y mientras escuchaba la sentencia en boca del secretario judicial, el verdugo le colocó la capucha. Todo se volvió negro, apenas traslucido tras el engranaje de la tela, minúsculos cuadraditos de luz. Su respiración gélida humedeciendo aquel tejido, multiplicando por cien el eco de sus pulmones exasperados. Sintió el pánico terrible, la certeza de su muerte segura, el final de las cosas, para siempre. Aquella negrura eterna. Notó un reguero húmedo y caliente bajándole por la pernera del pantalón, pero ni siquiera fue consciente. El paroxismo del miedo, del último y definitivo instante de dolor, multiplicaba por mil el sufrimiento de la tortura.

¿Por qué no acababan ya?

El cerebro se había bloqueado, había huido hacia un punto primitivo, el mismísimo origen prehistórico de la conciencia, el recóndito punto de la memoria

genética donde los hombres seguían siendo eternos, seres no natos, universales.

Escuchó al verdugo como si le hablase estando debajo del agua mientras disimulaba colocarle bien la capucha. Le susurraba al oído que no se moviese y que se hiciese el muerto. Nahúm Márquez no entendió lo que quería decir, pero era un experto, aquel verdugo. Apretó lo suficiente para que Nahúm perdiese del todo el conocimiento, para que su corazón se parase, pero no así su vida. El forense subió al patíbulo y le tomó el pulso. Firmó la defunción y luego, con un levísimo gesto de complicidad, asintió ante el general Quiroga.

Para el mundo, Nahúm Márquez se fue aquel 20 de noviembre de 1945. En su lugar nació Liviano, un espantajo encerrado de por vida, rodeado de locos bajo la égida de una monja. Un no ser, alguien sin pasado, ni presente, ni futuro, una ficción, condenado a vagar por los retales del recuerdo el resto de sus días. La locura fue en adelante su condena, era la muerte diaria, un día tras otro, el olvido, el ostracismo. El loco resucitaba cada noche y moría por la mañana. Como las moscas, su ilusión duraba veinticuatro horas, y el sufrimiento se hacía eterno. Un despojo vestido con pijama y un chaquetón de miliciano, el anatema del verdadero hidalgo, inventando cada día, buscando y perdiendo continuamente la realidad. Con el tiempo tuvo la oportunidad de marcharse, de huir a algún lugar con su hatillo de delirios, pero no lo hizo. ¿Adónde iría? Para Liviano, la realidad era como una ciudad vista de lejos iluminada durante la noche. Tenía la sensación de que vivía rodeado de marionetas, de seres de cartón y madera movidos por hilos ocultos.

Hasta que apareció Lucía, treinta años después.

Verla de nuevo fue volver a empezar. Al mirarla detenidamente pudo trasponer, como si fuesen papel vegetal, a las dos Lucías. La que tenía delante y la que guardaba en la memoria, la niña a la que le regaló una fotografía la tarde antes de que lo ejecutaran.

Supo desde el primer momento por qué estaba ella allí. Venía a sondear su locura, a penetrar en su mente con una vara de medir como si fuese una espeleóloga, a calibrar la calidad y la cantidad de sus recuerdos. Estuvo tentado, claro, de romper el velo, de rasgarlo sin contemplaciones y de explicarle toda la verdad, de asegurarle que la recordaba, pero que no pensaba desvelar su secreto. A fin de cuentas, habían pasado treinta años, y nadie sabía la verdad de lo que pasó aquella tarde de 1945, ni podría saberla nunca, excepto ellos tres.

Barcelona, tres de la madrugada del 20 de noviembre de 1975

—¿Me quiere hacer creer que ya lo sabía?

El comisario estaba postrado en la cama. El vendaje precario que le había hecho Gilda en el vientre era a todas luces insuficiente para contener la hemorragia de la herida de bala. El color de la piel y la textura seca hablaban a las claras de que el herido estaba muy grave. Tal vez nadie en la habitación reconoció la leve sombra de tristeza y de decepción en el rostro del comisario al escuchar la pregunta de Octavio Cruz.

Apenas le lanzó una mirada de odio. Por supuesto que sabía que Lucía mató a su padre. ¿Cómo no iba a saberlo? Si él mismo la encubrió. Los motivos que tuvo para hacerlo a nadie le incumbían. Todos ellos eran asesinos, y no había diferencia entre ellos por más que Octavio pretendiese justificar a su amiga o a Nahúm Márquez.

—De modo que el límite que convierte a uno en un asesino y a otro en un justiciero es el motivo para matar... Muy relativo, me parece, incluso un poco cínico. —Quiso mantener su actitud indiferente de siempre, pero esta vez no pudo. Así, desnudo y sometido, parecía un escombros de sí mismo, un viejo ridículo tapándose la entrepierna con las manos. Ahora era él quien sentía miedo. Un miedo incomparable con cualquier otro que antes hubiese sentido. Miedo a no ser nadie, a no ser nada ya.

Octavio Cruz dejó encima de la colcha la pistola con la que se había herido en el forcejeo. Lo hizo con deliberada calma, para que el *moro* calibrase convenientemente cuál era su situación.

—No pareces gran cosa, ahora, lejos de tus esbirros y de tus mazmorras. Nadie diría que eres un verdugo.

—En cambio, tú no puedes disimular que sigues siendo un gordo cobarde al que todo esto le viene grande —dijo el comisario con la cabeza agachada, intentando rehacerse, para que no le notase el miedo.

—Sé perfectamente qué es lo que hago —respondió Octavio, fingiendo aplomo. Vano intento.

El comisario tosió con esfuerzo. Tragaba con dificultad y la nuez se movía con lentitud arriba y abajo de su cuello estropajoso. Los ojos ya no eran fieros como antes. Eran como un escaparate agrietado.

—¿Y qué has hecho con Lucía?

El comisario esbozó una débil sonrisa.

—A estas horas, seguramente ya está muerta.

Octavio Cruz dejó ir un gemido. Por momentos tenía la mirada perdida, como los ojos de mentira de las muñecas de porcelana. No miraba a ningún sitio y parecía estar mirando a todos a la vez. Examinó de nuevo al comisario.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó, casi mecánicamente.

El comisario no supo qué decir. De la basura se encargaban otros.

Octavio Cruz lo miró con un asco infinito. Un soplo, y se rompería en mil pedazos. No era ese el modo en que hubiese planeado que muriese. Él tenía que luchar y obligarlo a desangrarse en esa lucha. No había venido a terminar con un viejo incapaz de ofrecerle resistencia. Quería vencer al *moro* Ulises, al asesino, al torturador, no a aquel amasijo de carne sin fuerza.

—¿Por qué la odias tanto?

El comisario no contestó. Sabía que no había modo racional de responder a una pregunta así. Vidas persiguiendo aire. Besar sombras, odiar fantasmas. Esas cosas no pueden explicarse.

—¿Qué pasa con Andrés? —preguntó muy nerviosa Gilda. La sangre derramada por todas partes y aquella actitud contenida de Octavio Cruz la ponían enferma.

El comisario negó con pesadez.

—No aguantó el interrogatorio.

Gilda se quedó muy quieta con la boca abierta. De repente arrancó con violencia la colcha andrajosa con la que el comisario trataba de taparse y la lanzó al suelo.

—¡Perro psicópata!

No lo negó el comisario. Era su destino, había nacido para eso. Utilizar al otro, valerse del otro para alcanzar cotas insospechadas del yo. Puro egoísmo.

Gilda se abalanzó sobre la garganta de pollo viejo del comisario y le clavó las uñas en la nuez con furor. Lo odiaba con toda su alma. Y estaba dispuesta a salpicar toda la habitación con sus sesos enfermos.

El comisario cerró los ojos. Sentía el descenso de la cadencia del latido en su corazón, era consciente de las últimas burbujas de oxígeno que se aferraban desesperadas al tejido de sus pulmones, sabía que el calor entre sus manos era la sangre que se le iba.

—Déjalo, muchacha —dijo Octavio Cruz—. Está muerto.

Gilda se puso de pie y retrocedió con torpeza pisando los bajos de la colcha. A tientas, se apoyó en la pared sin apartar los ojos crispados del comisario. Miró las paredes desconchadas y sucias. La cama vieja, la silla, las cortinas raídas. Todo estaba muerto en aquella habitación. Estaban malditos todos. Los nervios se distendieron y el brazo le cayó lánguido junto al cuerpo.

Eran las 4.25 de la madrugada del 20 de noviembre de 1975.

Uno de los estudiantes que esperaba abajo con el coche rojo irrumpió en la habitación excitado. Observó alarmado primero a Gilda, con los brazos caídos como cuerdas de guitarra destensadas, junto a Octavio Cruz, secándose la nuca con un pañuelo, y después al cadáver desnudo en la cama.

—¡Joder! Oímos un disparo y...

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Gilda ausente, sin mirarlo.

El estudiante abrió los brazos, incrédulo.

—Lo acaban de decir por la radio —anunció, como si nada fuese más importante —: Franco ha muerto. Ha sido una parada cardíaca irreversible.

Epílogo

Sitges, agosto de 1978

Al salir a la calle ya no llovía, y con la misma rapidez que habían aparecido los paraguas, desaparecieron y afloraron los bañadores. Los turistas en biquini desprendían un olor de sudor y crema solar que a Gilda le deprimía, incapacitada para tomar el sol a causa de la pigmentación tan lechosa de su cuerpo.

Subió hacia la parte antigua del puerto, donde la esperaba Lucía.

La vio desde lejos sentada junto al ventanal del bar de la estación. Por entre los coches que circulaban veloces interrumpiendo su campo visual adivinó su pelo corto al estilo chico, las gafas de pasta y los pendientes redondos en cuyo punto más curvo nadaban dos delfines. Escrutó sus hombros desnudos de clavículas huesudas asomando por un vestido rojo sin mangas. Reconoció que era hermosa. En los últimos meses se había recuperado bastante bien de la infección que cogió a causa de la violación múltiple y ya no necesitaba tranquilizantes para dormir. Las ojeras habían desaparecido, como el luto por Andrés, aunque, por lo que sabía, seguía negándose a salir con hombres, a pesar de que no parecía guardar resentimiento, sino un olvido sereno, un desprecio curativo hacia el pasado.

Sin embargo, parecía estar siempre triste, y Gilda estaba ansiosa por darle la noticia que seguro iba a alegrarla.

Incluso antes de que entrara Gilda en el bar, Lucía notó su presencia. Era inconfundible esa colonia juvenil de duendecillo. Efectivamente, levantó la vista de los apuntes que estaba tomando para su segundo libro y la vio parada ante ella, con su pelo recogido en una trenza desenfadada y aquella horrible camisa de flores. Se habían hecho amigas durante el proceso judicial contra el secretario del presidente, Pedro Ornaque, que era quien había tramado toda la falsa trama de secuestros y terrorismo. Gilda había demostrado mucha sangre fría reconociendo que ella misma había disparado contra el comisario en defensa propia, cosa que Lucía sabía que no era cierta. Tampoco había titubeado la muchacha a la hora de reconocer ante ella sus sentimientos por Andrés y al mismo tiempo pedirle perdón por el daño que le había hecho. Así era aquella muchacha, convencida de que la verdad podía romper todas las barreras. Y así la aceptaba Lucía, al menos en la medida que lo permitían dos decenios de diferencia en la edad. Pero a pesar de esa corriente de simpatía entre ambas, a veces, cuando Gilda se presentaba de improviso, la sorprendía la extraña sensación de los celos, aunque rápidamente la apartaba de su mente. Trataba de imaginar que aquella relación que tuvieron Andrés y Gilda no había sido más que una muestra de ingenuidad, algo más parecido al cariño que a la pasión.

Gilda se sentó con su aire risueño. Parecía que había olvidado por completo lo ocurrido, al menos se esforzaba en no recordarlo continuamente. Tenía un nuevo

novio y a eso achacó Lucía su aire radiante.

Hablaron durante un rato de las obras en la Casa de Las Ceibas. Lucía la había comprado y estaba rehabilitándola por completo. Según el arquitecto, para finales de año podría instalarse definitivamente. Cuando decidió comprar la propiedad no lo hizo de un modo consciente y a veces se preguntaba si sería capaz de vivir en aquella casa realmente. Procuraba ir a menudo, darse a conocer y que la casa la conociera a ella también, y sí, de algún modo sentía que las piedras la aceptaban y que se llevarían bien.

—¿Qué es esto? —preguntó, apartando esos pensamientos.

Gilda le tendía un sobre.

—Un regalo para ti —respondió con una sonrisa irresistible.

Lucía la observó intrigada y luego rasgó la lengüeta.

Se trataba de una carta manuscrita tamaño folio doblada en dos partes. Al desdoblarla, una fotografía cayó encima de la mesa. Era muy antigua, descolorida y quemada, en la que aparecía un joven con uniforme colonial. Un hombre realmente apuesto, de ojos excepcionales por la profundidad de su mirada, que le confería un tipo de atractivo adquirido, puesto que no era guapo en sentido estricto.

Lucía se llevó los dedos a los labios, reprimiendo la emoción. Se quitó las gafas y las dejó con parsimonia encima de la mesa. Le dio la vuelta a la fotografía. Había una dedicatoria: «Quien no sabe de dónde viene, no sabe adónde va».

—¿Es Nahúm Márquez? —le preguntó Gilda, asomando la cabeza por encima de ella.

Lucía asintió. No sabía que hubiese más copias de aquella fotografía. Luego leyó la carta que la acompañaba, reconociendo la letra de sor Amparo:

Querida Lucía:

¿Cómo estás? ¿Llevas bien tanta atención? Ya sabes que la señal de tener gastada la propia fama es cuidarse de la infamia ajena. Gilda, esa cálida jovencita amiga tuya, ha averiguado, no sé cómo, dónde me ha recluso mi orden, y me ha hecho llegar tu libro. Sé que te ha traído muchos problemas, hasta aquí llegan las noticias, y me he enterado de que no han condenado a ese político; no es de caridad cristiana, pero está bien que algunos conozcan el infierno de Dante. No te preocupes, ya le llegará su momento. También sé que se está revisando la memoria de lo que pasó con la familia Quiroga, y que vas a documentarte para un segundo libro; Nahúm te lo agradecería, estoy segura. Me cuenta tu amiga Gilda que has recibido amenazas de unos y de otros a causa de esos libros. Unos te acusan de ser mala hija por echar ponzoña en la memoria de tu padre y te llaman «facha» ¡esos comunistas cerriles! En cambio, los otros te insultan por vilipendiar a los Quiroga y te llaman ¡comunista! resentida. No hagas caso, decir la verdad tiene estas cosas.

Además, el rencor de los demás tiene un gusto dulce cuando se es inocente, y el miedo está en los ojos del que mira, no en los tuyos. Liviano, nuestro querido Nahúm, siempre lo supo. Desde el primer día que te vio. Supo que eras una mujer valiente, capaz de desandar el camino descalza, aunque se te llagasen los pies, para volver al principio y empezar de nuevo, aunque tú misma no podías saberlo todavía. Ha tenido que pasar todo esto para que te des cuenta. Él me pidió, antes de que se lo llevaras, que te entregara esta fotografía cuando llegases al final de tu camino. Dijo que solo entonces podrías entender que quien no sabe de dónde viene no sabe adónde va. Ahora ya lo sabes.

En cuanto a mí, no tengo demasiado que decir. Soy vieja, una monja que pasea todas las tardes por un pequeño claustro sembrado de pensamientos. A veces me hago preguntas, pero no insisto demasiado en ellas. No sé si quiero las respuestas. Solo espero sin miedo mi hora. No debería hablar

así, es casi pecado, pero siento que ya está todo dicho. Desde que se fue Liviano —perdona que para mí siempre sea así, Liviano—, la vida es vida únicamente porque, en efecto, envejecen los sueños. Está muerto, pero no está solo. Nada más me precede. Nunca llegaré a saber toda la verdad, pero a veces creo que algunos hombres se disfrazan de aquello que son por dentro. Y creo que la locura de Liviano solo fue eso, un disfraz.

La Paz es un don que se gana a pulso, querida Lucía. Quizá tú ya la has ganado. Recibe un beso de tu hermana en Cristo.

*Amparo de Larrañaga.
Convento de las Carmelitas.
Madrid, julio de 1978.*

Lucía se quedó muy quieta, ausente al ruido del bar, sin aflojar los dedos que sostenían la carta ni apartar la mirada de las líneas compactas de tinta. Por un momento, Gilda pensó que no había hecho bien al encontrar a la monja y contarle de Lucía, pero cuando esta se levantó y la abrazó por encima de la mesa supo que todo estaba en su sitio.

Ambas volvieron a sentarse. La mirada de Lucía estaba fija en el otro lado de la calle. En la estación de ferrocarril, un convoy tardaba una eternidad en empezar a moverse pesadamente, como si fuese un dinosaurio que apenas empezaba a desentumecer los músculos.

Gilda siguió la dirección en la que miraba Lucía. Cuando pasó el tren, al otro lado de la vía vieron a Octavio Cruz en el andén desierto, mirándolas.

Lucía apretó los párpados y giró la cabeza.

—Algún día tendrás que hablar con él —dijo Gilda—. Todos los días me pregunta por ti, y te merodea como un animal abandonado. Me da pena.

Lucía no dijo nada. Recordaba tres años antes, cuando todo aquello empezó en la marquesina del autobús, la sensación de decepción que sintió al ver a Octavio tan desvalido esperándola bajo la lluvia, con el mismo aire infeliz de siempre, como si le faltase permanentemente algo que solo ella podía darle y por ello le guardase un rencor antiguo, casi escondido, que solo brillaba en determinados momentos, como los ojos centelleantes y amarillos de una hiena agazapada en la noche. Siempre había sido así, el pobre Octavio, un resentido, aunque en el fondo un desgraciado. ¿Y acaso no era lo mismo?

Gilda le tocó el brazo.

—Viene hacia aquí.

Octavio se abrió paso entre los vociferantes clientes del bar y se plantó delante de su mesa sin decir nada, esperando con los hombros caídos y una sonrisa estúpida que ofrecer, como una flor mustia y ridícula. Siempre se sentía así delante de ella, rígido, poco natural. Lucía lo invitó a sentarse sin darle importancia a su disculpa, ni a su voz, ni a su nerviosismo, ni a sus ojos enrojecidos y humildes, aceptando el azoramiento de su amigo con naturalidad. Siempre supo del interés juvenil de Octavio por ella: era exageradamente caballeroso, fatigante incluso, pero nunca dio el paso de decir: «Me gustas». A cambio, lo disfrazaba todo con larguísimas cartas que decían lo que no querían decir y, quizá por eso, nunca se enamoró de él: Octavio era

demasiado metafórico, escondiendo los sentimientos con las manos de dedos amarcillados debajo de sus nalgas.

—Espero que me perdone algún día. Eso es todo.

—No tenemos nada que decirnos. Nunca lo tuvimos, en realidad, Octavio. Hace mucho que dejamos de ser niños.

Lucía se levantó. Junto a la silla tenía la carpeta con los viejos dibujos que Liviano le regaló en su última visita a la cárcel. Gilda los había visto alguna vez.

—¿Qué vas a hacer ahora con los dibujos? —le preguntó, saliendo con ella a la calle, mientras miraba con pena hacia Octavio Cruz, que se quedó sentado observándose las manos apoyadas encima de la mesa.

Lucía palmeó la tapa dura. Había un tipo que tenía una galería en la calle Consejo de Ciento y que había leído en su primer libro la historia de esos cuadros. Quizá estaba interesado en organizar una exposición. Habían quedado para comer aquella misma tarde.

—¿Es guapo?

Lucía sonrió. Gilda se sentía en la obligación de protegerla.

—Sí, la verdad es que es muy guapo. Muchas gracias por la carta. Significa mucho para mí.

Condujo el pequeño Renault que se había comprado de segunda mano hasta la Casa de Las Ceibas. Antes de ir a Barcelona para la comida con el marchante deseaba hablar con el jefe de la obra sobre una de las ceibas que los obreros habían arrancado con una excavadora. Para cuando acabase el día, ese árbol tenía que estar plantado de nuevo en su sitio sin el menor daño, y el capataz le había asegurado por teléfono que así sería. De todas maneras, deseaba comprobarlo. En la radio sonaba Strauss y recordó como una cosa lejana los años vividos en Viena.

—De noche, enciendo la luz para no ver mi propia oscuridad —le había confesado una vez a Andrés—. Y nunca se acaban las pesadillas.

—Y nunca se acabarán —asintió él—, te lo digo por experiencia. Los monstruos crecen y crecen, se alimentan de uno hasta exprimirlo, y lo dejan en nada.

Ahora parecían inciertas aquellas palabras. Experimentaba algo cercano a la libertad a medida que se acercaba a la casa. La había comprado con la intención de destruirla y de sepultar todos los recuerdos con ella, pero después lo había pensado mejor. Poco a poco esa casa se le había ido mostrando en cada uno de sus rincones, sugiriéndole cientos de posibilidades nuevas. Las propias ceibas parecían invitarla con sus sombras indulgentes a mirar al futuro, como hacían ellas. Si todo iba bien, para la próxima primavera la reforma estaría acabada, coincidiendo con su segundo libro. Tenía motivos para estar contenta, aunque esa sensación era un tanto desazonadora, en cuanto que desconocida. Todavía le costaba no pensar que las cosas buenas de su vida eran efímeras, y únicamente el paso de los meses iba apaciguando ese temor suyo a perder las migajas de felicidad de las que ahora disfrutaba.

Pronto la línea de la costa se transformó en un borrón azul plateado. Conducía

veloz, ganando segundos al tiempo, metros a la distancia, memoria al olvido. Todo quedaba atrás y todo iba hacia delante. Revolvió el bolso con la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba el volante. En alguno de aquellos bolsillos, entre los sobres de azúcar y el novedoso medidor de insulina, estaba el tabaco. Después de sacar un cigarrillo dejó el paquete sobre la carpeta en la que guardaba los dibujos y borradores de Liviano. Acarició la tapa, como si en esos dibujos estuviese aún la esencia del cuerpo diminuto del viejo que los pintó, aunque de nada servía preguntarles a esos dibujos y bocetos cosas que ya no podían ser contestadas, pero le consolaban de su soledad. Todavía, cuando el alba apuntaba detrás de las persianas, tenía que esconderse debajo de la almohada para poder dormir, aún persistía el miedo de quedarse sola. Bastaría con cerrar los ojos y todo volvería a ser oscuro. Esos cuadros eran como una luz en su habitación, una compañía que, sin embargo, ya no le pertenecía. Huían de ella, buscaban la mano que los creó. Nunca entendió su parte en esta historia. Solo quería ser feliz, una más. Vivir su vida, morir su muerte. Nada más. Liviano le aseguró una vez que no nacemos para hacer lo que queremos, así que ella prefería creer que su vida había tenido al menos un sentido para alguien, quizá para aquel pobre viejo. Quizá ahora podía por fin entregarse a sí misma. El marchante le gustaba, parecía un hombre sin ataduras del pasado y eso era lo que Lucía necesitaba.

El aire que entraba por la ventanilla del coche la molestaba. Cuando quiso subir la ventanilla se dio cuenta de que la manivela estaba atascada. Entretenida intentando desatascarla, no vio la curva que se recortaba sobre la pendiente hasta que fue demasiado tarde. Las ruedas desgastadas perdieron adherencia y el freno no respondió. Sintió un golpe seco, como si chocase contra una piedra, luego las esquirlas del cristal roto de sus gafas clavadas en la cara, y que salía despedida al vacío a través de la ventanilla del coche. Todo en una milésima de segundo. El latigazo de la cicatriz en su lado derecho fue instantáneo, como si el *moro* volviese a cortarla con la botella rota en ese preciso instante.

Permaneció tumbada boca arriba, inmóvil en un saliente entre el fondo del cielo y la inmensidad del mar, sintiendo que un dios pequeño y extraño la vigilaba con una mueca de conmiseración. Podía ver humeando el coche en la carretera cien metros más arriba, bajo las nubes de formas dispares. No podía moverse y sentía que la sangre huía de sus venas y se precipitaba al vacío, y sin embargo no le dolía nada. Calculó que la Casa de Las Ceibas estaba a menos de un kilómetro, pero era improbable que llegase ayuda antes de que pasasen varias horas y Gilda diera la alarma.

A su alrededor danzaban desperdigados los dibujos de Liviano, llevados de aquí para allá por el viento. Los rostros de Amelia Quiroga, de Julio Quiroga, del *moro* Ulises, de Juan de Dios y el suyo propio revivían por el ulular de los muertos. Era una sensación extraña estar en el epicentro de aquellas vidas dibujadas y al mismo tiempo sentirse tan lejos de todo y de todos, como si en realidad ella hubiese sido siempre una extranjera en su propia vida.

Iba a morir, pero no pensaba en nada, excepto en que se alegraba, a pesar de todo, de haber existido.

El peso de los muertos, de Víctor del Árbol, fue la novela ganadora del VIII Premio Tiflos de Novela concedido por la Organización Nacional de Ciegos Españoles en el año 2006 y editada por primera vez en abril del 2006 por la Editorial Castalia.

Para Josep Forment, siempre con nosotros.



VÍCTOR DEL ÁRBOL (Barcelona, 1968) es escritor de nacimiento. Es el mayor de seis hermanos y su madre le dejaba en la biblioteca desde la salida del colegio hasta la hora de cenar para poder acudir a su trabajo de limpiadora. Esto le permitió leer multitud de libros que alimentaron su vocación de escritor. Fue seminarista durante cinco años, en el seminario de Ntra. Sra. de Montealegre, para más tarde cursar estudios de Historia en la Universidad de Barcelona y trabajar, actualmente, de Mosso d'esquadra para la Generalitat, trabajo que le ha permitido acercarse, desde 1992, al aspecto más humano de las personas, a las que describe de forma magistral en sus obras.

Ganó el Premio Tiflos de Novela con *El peso de los muertos* (2006) y quedó finalista en el premio Fernando de Lara con *El abismo de los sueños* (2008). *La tristeza del samurái* (2011) ha sido traducida a diez idiomas en Europa y Estados Unidos. Recibió Le Prix du Polar Européen (Premio a la mejor novela negra europea) concedido por la prestigiosa revista especializada en este género literario, Le Point, en el marco del Festival de novela negra de Lyon 2012. Del Árbol es el primer escritor español en conseguir este galardón.